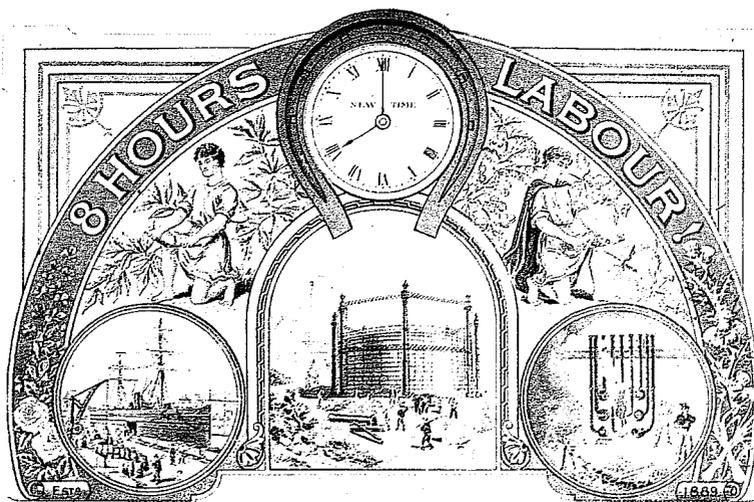


Eric Hobsbawm



El mundo del trabajo

**Estudios históricos sobre la formación
y evolución de la clase obrera**

Editorial Crítica

ERIC HOBSBAWM

EL MUNDO DEL TRABAJO

Estudios históricos sobre la formación
y evolución de la clase obrera

Traducción castellana de
JORDI BELTRAN

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

Título original:
WORLDS OF LABOUR. FURTHER STUDIES IN THE HISTORY
OF LABOUR
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Cubierta: Enric Satué
© 1984: Eric J. Hobsbawm, Londres
© 1987 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-325-9
Depósito legal: B. 29.804 - 1987
Impreso en España
1987. — NOVAGRAFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

PREFACIO

El presente es un nuevo volumen dedicado al estudio de la historia de la clase obrera que, tras un largo intervalo, viene a completar la obra publicada en 1964 con el título de *Trabajadores*.*

El tema principal de estos estudios es la formación y la evolución de las clases trabajadoras durante el período comprendido entre finales del siglo XVIII y mediados del XX, así como la relación entre, por un lado, la situación en que dichas clases se encuentran en el seno de la sociedad y, por otro, la «conciencia», los modos de vida y los movimientos que a ellas deben su existencia. Al igual que en *Trabajadores*, más que las organizaciones obreras y socialistas, sus ideologías y su política como tales (aunque considero que estos factores constituyen una dimensión esencial de las clases trabajadoras), lo que me interesa son sus raíces en la realidad de la clase trabajadora, incluyendo la realidad de los militantes de dicha clase. Algunos de aquellos sobre los que escribo son conocidos por el mundo en general; otros, la mayoría, no. Con todo, formaban parte de un mundo más amplio y he procurado tener en cuenta su relación con él. Es imposible escribir la historia de una clase determinada aislándola de las demás clases, de los estados, instituciones e ideas que componen su marco, de su herencia histórica y, obviamente, de las transformaciones sufridas por las economías que necesitan del trabajo industrial asalariado y que, por consiguiente, han creado y transformado las clases a las que pertenecen quienes lo ejecutan.

He podido comprobar la utilidad de dividir en tres fases amplias la historia de la relación de las clases trabajadoras con el resto de la

* *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1964. (Hay trad. cast.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979.)

sociedad: una fase de transición del industrialismo primitivo en la que de las anteriores «clases bajas» o «trabajadores pobres» surge una clase trabajadora industrial que posee una forma independiente de vivir y de ver la vida; una fase de «separatismo» muy desarrollado; y una fase de relativa decadencia de ese «separatismo» (véase mi artículo «The formation of the industrial working classes: some problems», en *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, pp. 175-180). Los estudios que forman el presente libro se ocupan esencialmente de las primeras dos fases, pero sobre todo de la segunda, y sólo de modo marginal hacen referencia a los fenómenos contemporáneos relativos a las clases trabajadoras de los países industrializados de mayor solera, es decir, los fenómenos habidos desde el decenio de 1950.

Puesto que el tema general de la obra se halla presente, de una forma u otra, en la mayoría de los capítulos, no siempre es posible delimitar con precisión el contenido de cada uno de ellos. Me he esforzado al máximo por eliminar las duplicaciones que se encuentran en los artículos tal como fueron escritos o publicados en un principio, exceptuando los casos esporádicos en que una repetición de poca importancia me pareció útil para subrayar algunos aspectos o argumentos significativos. Sin embargo, el libro se divide en tres partes principales. Los dos primeros capítulos son de índole general y comparativa. Se ocupan de los supuestos ideológicos de quienes escriben la historia de la clase obrera, así como de la naturaleza específica de la conciencia de la clase trabajadora en comparación con la de otros grupos sociales. Siguen a estos capítulos unos estudios comparativos más concretos de la relación entre los movimientos socialistas y la religión (o, mejor dicho, la irreligión), de la clase obrera y las naciones, y de las transformaciones del ritual y la iconografía de la clase obrera. Otro capítulo investiga los vínculos entre existencia y conciencia sociales en el caso de una ocupación determinada a la que, tradicional e internacionalmente, se la ha encasillado como propia de intelectuales y radicales de taller: los zapateros. Ese capítulo lo escribí conjuntamente con la profesora Joan Wallach Scott, que ha tenido la amabilidad de permitir su publicación en el presente libro.

Los capítulos que van del 8 al 11 tratan fundamentalmente de la clase trabajadora británica, si bien el capítulo 8 la examina desde una perspectiva comparativa. Los capítulos 9 y 10 forman el núcleo de esta parte, toda vez que estudian aspectos importantes de la evolución

de la clase trabajadora británica en su conjunto, o de sectores cruciales de la misma, a lo largo de un período prolongado. En esta parte se estudian también dos temas que ya investigué en *Trabajadores*, que tienen importancia para la evolución de la clase trabajadora en general y que desde 1964 han dado pie a nuevas investigaciones históricas y a debates animados: el «nuevo sindicalismo» y la «aristocracia obrera».

En el último capítulo reflexionaremos sobre un aspecto de la relación que hay entre la existencia de clases trabajadoras, sus luchas, y las ideas implícitas en ellas.

La historia de la clase obrera ha experimentado una transformación desde el decenio de 1950, es decir, desde que escribí la mayoría de los ensayos que aparecieron con el título de *Trabajadores*. Ya no es posible afirmar que «se ha investigado comparativamente poco acerca de las clases trabajadoras como tales (no en cuanto organizaciones y movimientos obreros)». Al contrario: cada uno de los aspectos del estudio de las clases trabajadoras ha florecido más que nunca, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero. Y lo que es más interesante desde nuestro punto de vista: ha producido varias obras históricas de gran importancia, sin las cuales no hubiera sido posible escribir el presente libro. Indudablemente, los últimos veinte años han sido una verdadera edad de oro de la historia de la clase obrera. Así pues, no cabe esperar que, como ocurrió con el que le precedió, este volumen sea una obra precursora. Con todo, puede que algunos de los aspectos que estudia todavía no sean de conocimiento universal.

Alrededor de la mitad de los estudios que aquí se incluyen son inéditos, al menos en inglés, o (como el capítulo 11) se trata de artículos que he ampliado y reescrito hasta el punto de que constituyen textos nuevos. En su origen fueron lecciones o disertaciones pronunciadas ante diversas conferencias o en varias universidades. El resto fue publicado en *Journal for Social History*, *Marxist Perspectives*, *Saothar* (la revista de la Irish Labour History Society), *History Workshop Journal*, *Past & Present*, y el capítulo 2 en I. Meszaros, ed., *Aspects of History and Class Consciousness* (Routledge & Kegan Paul, 1971). Agradezco a los editores que me permitan reproducir estos artículos ya publicados, los cuales han sido puestos al día cuando ello se juzgó necesario. Se indican las fechas de redacción y de publicación original.

Tengo contraída una gran deuda con el doctor Ronald Avery y, especialmente, con Susan Haskins por su ayuda en mis investigaciones.

Con la excepción del capítulo 9, que fue escrito para un público francés y, por consiguiente, supone que el lector posee escaso o ningún conocimiento previo de la materia, la totalidad de los artículos fueron dirigidos inicialmente a un público académico. A pesar de ello, espero que puedan comprenderlos, y quizá disfrutarlos, personas que no se interesan por la historia de la clase obrera o, posiblemente, por ningún tipo de historia por razones profesionales.

1. HISTORIA DE LA CLASE OBRERA E IDEOLOGÍA

I

La historia de la clase obrera vive en la actualidad, y en la mayoría de los países, un período de auge sin precedentes, al menos cuantitativamente. Sin embargo, desde el punto de vista de la calidad, resulta difícil juzgar el presente en comparación con el pasado, y a algunos no nos haría mucha gracia entrar en liza con, por ejemplo, Sidney y Beatrice Webb o Gustav Mayer; por suerte, en vez de tener que encararnos con ellos, podemos beneficiarnos de su labor. En la abrumadora mayoría de los casos, aunque en modo alguno en todos ellos, la expansión de la historia de la clase obrera como campo de estudio ha tenido lugar mediante su transformación en una disciplina académica. El típico historiador de la clase obrera es un investigador o profesor universitario, aunque tampoco esto es cierto en todos los casos. Como tal, el historiador se encuentra en un punto en el que confluyen la política y los estudios académicos, el compromiso práctico y la comprensión teórica, la interpretación del mundo y el deseo de cambiarlo.

Porque la historia de la clase obrera ha sido tradicionalmente una disciplina muy politizada, una disciplina que durante mucho tiempo se cultivó en gran medida fuera de las universidades. Por supuesto, todos los estudios de la citada clase estuvieron politizados desde que el tema empezó a despertar el interés sistemático de los estudiosos, cosa que ocurrió en los decenios de 1830 y 1840 con las diversas investigaciones de la condición del nuevo proletariado. Cuando las realizaban académicos (es decir, científicos sociales), su objetivo primordial era la «resolución de un problema», el cual podría resumirse en

la siguiente pregunta: ¿qué hacer con los trabajadores? Pero, aunque el estudio académico de los problemas obreros (por ejemplo, en la Alemania de finales del siglo XIX) produjo una abundante cosecha de obras históricas, su orientación básica no era histórica; y a la inversa, hasta, pongamos por caso, la segunda guerra mundial, los historiadores académicos (al menos en los países desarrollados de Europa) se interesaron poco por la clase obrera del período industrial, aunque mostraron mucho más interés por aspectos relativos a la historia de la misma en el período preindustrial: por ejemplo, los oficiales artesanos, los gremios, etcétera. La mayoría de los historiadores de la clase obrera, tanto si eran o acabaron siendo académicos como si no, surgieron de dentro de los propios movimientos obreros, o de esferas muy próximas a ellos. Al principio, gran número de ellos no eran académicos ni mucho menos, ni siquiera cuando su cultura y su erudición eran impecables: los Webb en Gran Bretaña, Mehring, Bernstein y Mayer en Alemania, Deutsch en Austria, Dolléans en Francia. Conviene recordar que en 1963, sin ir más lejos, apareció un trabajo de tanta importancia para nuestro campo como *La formación histórica de la clase obrera*, de E. P. Thompson, que no era obra de un universitario, toda vez que Thompson lo escribió cuando ejercía como profesor de enseñanza para adultos del movimiento obrero y no fue profesor universitario hasta después de la publicación del libro. Desde luego, la gran mayoría de los historiadores de la clase obrera son, incluso hoy, miembros o simpatizantes del movimiento obrero y representan alguna de las tendencias ideológicas o políticas que existen dentro del mismo; la principal excepción la constituye la historiografía de los partidos comunistas y los movimientos obreros del Tercer Mundo, que supuso una enorme producción de investigaciones «antirrojas», que en su mayor parte fueron llevadas a cabo o financiadas por los Estados Unidos a partir del período de la Guerra Fría. Pero la mayoría de nosotros somos al mismo tiempo izquierdistas y académicos. Y quizá cabría añadir que, con la gradual desintegración ideológica o política de los grandes movimientos socialistas —ya sean socialdemócratas o comunistas— en la mayor parte de Europa, los historiadores de la clase obrera, incluso los más comprometidos, gozan de un margen de movimiento mayor que antes para llevar a cabo su tarea.

La historia de la clase obrera «desde dentro del movimiento» y en gran parte de espaldas a las universidades tendía a presentar cier-

tas características. En primer lugar, propendía a identificar las «clases trabajadoras» con el «movimiento obrero», o incluso con alguna organización, partido o ideología concretos. Por lo tanto, se inclinaba a identificar la historia de la clase obrera con la historia del movimiento obrero, cuando no, de hecho, con la historia de la ideología del movimiento; y cuanto más fuerte y más unificado era el movimiento en un país o en un período, más tentada estaba de efectuar dicha identificación. Hasta hace muy poco, la historia de la clase obrera italiana presentaba esta característica de forma muy acentuada, y, en cierta medida, sigue presentándola. A causa de ello, descuidaba la historia de las clases trabajadoras propiamente dichas, toda vez que era imposible subsumirlas en la historia de sus organizaciones; o incluso prestaba poca atención a la masa y se ocupaba preferentemente de sus líderes. Huelga decir que ello suponía una importante laguna.

En segundo lugar, al igual que ocurre en otros campos esencialmente «patrióticos» —la historia provincial, la historia del jazz o la que practican los aficionados a los ferrocarriles, la historia empresarial, incluso las historias nacionales—, la historia de la clase obrera desde dentro del movimiento tendía un poco a cultivar sus antigüedades y, al mismo tiempo, a preocuparse por dar a los movimientos obreros la importancia que nadie más parecía dispuesto a concederles. Ambos motivos son comprensibles, y el segundo estaba justificado. Porque si a los que viven en Ipswich (Inglaterra o Massachusetts) les cuesta entender que a los forasteros no les parezca tan fascinante como a ellos *todo* lo relacionado con su ciudad, es innegable que la historia ortodoxa prestó una atención muy insuficiente a los movimientos obreros, y mucho menos a la clase obrera. Sin embargo, esta actitud dio dos resultados poco deseables: 1) Impidió distinguir entre lo relativamente importante y lo relativamente trivial. Por ejemplo, la *Socialist League* (Liga Socialista) británica del decenio de 1880 fue una organización temporal y pequeña entre otras organizaciones igualmente pequeñas pero permanentes, y en modo alguno merece la gran atención que le han prestado los estudiosos; durante un breve período atrajo a unas cuantas figuras importantes, fue precursora del socialismo en varias ciudades de provincias, luego se desintegró rápidamente y nunca más se supo de ella. Pero al estar asociada a Engels, William Morris y otras figuras notables, los historiadores le han prestado una atención del todo desproporcionada con su importancia. En cierto modo, lo mismo ocurre con la mayoría de las demás organiza-

ciones socialistas. La historiografía del movimiento obrero aparece llena de monografías dedicadas a organizaciones del tipo que todos hemos conocido más o menos: pequeñas sectas que nunca dejan de ser esto, pequeñas sectas; grupos; revistas y demás que viven y mueren en el plazo de un decenio sin que en ningún momento lleguen a desempeñar un papel digno de consideración. Las que sí llegan a adquirir cierta importancia no reciben necesariamente mayor atención que las otras. El pequeño grupo de los De Leonitas británicos, por ejemplo (el SLP), merece más atención que la Liga Socialista porque desempeñó la función de activador de la militancia industrial en Escocia. 2) Hace que la historia del movimiento obrero quede un poco aislada del resto de la historia, lo cual, dicho sea de paso, facilita la mezcla indiscriminada de lo importante y lo trivial. Por ejemplo, parece claro que en la Gran Bretaña del decenio de 1880 a los observadores burgueses de los nuevos movimientos socialistas no les preocupaban de manera especial Karl Marx y sus seguidores (al menos, hasta que estos últimos empezaron una labor de agitación entre los parados) y que era mayor la inquietud que en ellos despertaban los anarquistas. Se equivocaban, aunque no mucho; porque, si a la sazón no existía ningún movimiento anarquista importante, tampoco había un movimiento marxista digno de tenerse en cuenta. Pero si queremos examinar el movimiento obrero en el marco de la lucha de clases, que es una relación a dos bandas, por así decirlo, o en el marco más amplio de la historia nacional, no podemos tratarlo como si funcionara de modo aislado. En pocas palabras, la historia clásica del movimiento obrero se inclinaba a producir una versión esotérica de la historia.

En tercer lugar —y como consecuencia de lo que llevamos dicho—, la historia clásica del movimiento obrero era propensa a dar al mismo tiempo un modelo y una versión aceptada de la historia, tanto nacional como internacional, que oscilaban entre una ortodoxia informal pero no muy flexible y una ortodoxia formal sumamente inflexible. No es necesario que dediquemos mucha atención a las versiones más formalistas e inflexibles, aunque su importancia es decisiva para los historiadores en algunos países socialistas; y tampoco debemos subestimar el elemento político de las interpretaciones históricas asociadas con partidos u organizaciones concretos (ni siquiera cuando lo que refleja no es un juicio político, sino los prejuicios, los recuerdos personales o la autodefensa de determinados líderes). Incluso en el Par-

tido Socialdemócrata alemán de antes de 1914 la cuestión de Lassalle y Schweitzer representaba un problema delicado para los historiadores. Nadie puso trabas a Mehring y Mayer, pero el propio Bebel intervino para criticar cuando menos al segundo. Sin embargo, hasta las ortodoxias informales deben reconocerse como lo que son. Yo mismo señalé, hace ya mucho tiempo, que el «modelo» tradicional de la evolución del movimiento obrero era una selección (en parte tendenciosa) de los hechos, algunos de los cuales aparecían clasificados como centrales mientras que otros se veían relegados al margen o excluidos. Incluso hoy los estudiantes son proclives a escoger los temas de sus investigaciones, en lo que hace a la historia del movimiento obrero, entre los que son aceptados y según la periodización al uso. Éste es el origen de las largas colas de aspirantes que compiten en pos de un tema para sus respectivas tesis que no rebasen los límites de lo que ya se ha tratado infinidad de veces: el resurgimiento del socialismo en el decenio de 1880, el cartismo, los movimientos militantes de la primera guerra mundial, etcétera, o sus equivalentes en otros países. No quiero decir que la ortodoxia esté del todo equivocada, ya que difícilmente hubiera arraigado si no reflejase en buena parte lo que sucedió en realidad. Pese a ello, es un concepto que evoluciona a lo largo de la historia. Por ejemplo, al estudiar el Partido Laborista Independiente todavía se acepta gran parte de lo que este partido dice de sí mismo (que fue el primer partido independiente de la clase trabajadora) aunque, si lo examináramos de forma imparcial, veríamos que fracasó espectacularmente al intentar ser algo parecido a lo que afirma ser. A la inversa, se propende a pasar por alto la antigua política de tipo radical-democrático del movimiento obrero (la cual era más bien cartista en vez de liberal-laborista) a pesar de que distaba mucho de ser insignificante en el decenio de 1890. En efecto, al iniciar una carrera que sería breve, la Convención Democrática Nacional de 1899 contaba con unos auspicios de lo más impresionantes y durante un tiempo pareció ser un rival fuerte del nuevo Comité de Representación Obrera (el futuro Partido Laborista). Por cada estudiante que conozca, siquiera de oídas, la mencionada Convención, debe de haber cincuenta que son capaces de escribir un ensayo sobre el Partido Laborista Independiente.

Por último, y de manera quizás un poco sorprendente, la historiografía tradicional del movimiento obrero era bastante ortodoxa en lo que se refiere a su técnica y a su metodología. Produjo una gran can-

tividad de historia narrativa e institucional de corte tradicional y lo único insólito que había en ella eran los aspectos que abordaba. Un ejemplo notable lo tenemos en la *Storia del Partito Comunista Italiano* de P. Spriano, que es una muestra de erudición admirable y muy convincente, a diferencia de la mayoría de las historias de partidos comunistas, ya sean oficiales u hostiles. Sin embargo, se lee como si se tratara de cualquier otra obra excelente de historia política. Es la historia de la política y las actividades del partido; de sus debates ideológicos; de sus líderes y de sus peripecias; de sus relaciones con la Comintern; y de muchas otras cosas interesantes e importantes. Pero en todo momento la historia aparece vista desde arriba y sólo de vez en cuando vislumbramos lo que pensaba el militante de base o el simpatizante, o qué concepto tenía del movimiento.¹ Muy poco se nos dice sobre quiénes eran estos miembros y simpatizantes, sobre cuáles eran sus relaciones con los militantes no comunistas o con los no militantes, y sobre el papel y la función del movimiento y el partido en determinadas ciudades y regiones. No se nos informa de nada que se parezca a lo que sabemos de, pongamos por caso, los guesdistas franceses (por citar una monografía de un historiador ortodoxo del Partido Comunista francés).² No hago estos comentarios con la intención de quitarle valor a una obra que es realmente de primer orden y que, a decir verdad, hizo época; los hago para señalar la diferencia entre dos tipos de historia de la clase obrera.

II

El creciente academicismo de la historia de la clase obrera ha venido a corregir algunos de los prejuicios de que adolecía su versión tradicional, a la vez que otros los han corregido los cambios experimentados por la coyuntura política de la izquierda. Hoy día suponemos que la persona que se doctora en filosofía es competente en la investigación y capaz de abrirse paso sin perderse entre la abundancia de fuentes escritas que reflejan pareceres distintos, lo cual sencillamente no era obligatorio en otras épocas, y expone al investigador a

1. Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, 5 vols., Turín, 1967-1975.

2. Claude Willard, *Le mouvement socialiste en France, 1893-1905. Les Guesdistes*, París, 1965.

una variedad mucho mayor de críticas. Todavía se escribe la historia de algunos sindicatos utilizando el método antiguo, al menos en Gran Bretaña, pero se trata de excepciones. Los mitos históricos tradicionales son hoy más débiles en muchos movimientos obreros, por lo que su defensa refleja un grado menor de compromiso emocional, exceptuando los casos en que el mito data de una época que vive aún en el recuerdo de muchas personas: por ejemplo, el decenio de 1930. Al mismo tiempo, el cambio habido en la situación de los movimientos organizados ha tendido a ampliar las perspectivas de los historiadores de la clase obrera. Éstos muestran un interés creciente por los militantes de base además de por los líderes, por los no organizados además de por los organizados, por el «trabajador conservador» además de por el radical o revolucionario. En pocas palabras, se interesan por la clase más que por el movimiento o el partido. Este fenómeno es positivo.

Sin embargo, la fuerza motriz de la expansión de la historia de la clase obrera continúa siendo política en su mayor parte: la radicalización de generaciones de estudiantes y (más adelante) de profesores subalternos en el decenio de 1960. En Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Alemania Occidental (donde estos estudios han resurgido de modo notable), entre la nueva izquierda italiana y, sin duda, en otras partes, la radicalización ha producido una importante cosecha de nuevos historiadores de la clase obrera, cuyo interés por esta disciplina obedece básicamente al compromiso político, aunque puede que su competencia como investigadores sea mayor y que abarquen un ámbito algo más amplio. Todos producen algo interesante, pero el método de algunos es decepcionante y el de otros es discutible. Sumergirse en el pasado en busca de inspiradores ejemplos de lucha, o algo por el estilo, representa escribir la historia empezando por el final y eclécticamente, y no es un método aconsejable. No es mi deseo participar en los debates en torno a la historia de la «nueva izquierda» norteamericana, pero estos reparos son aplicables a, cuando menos, una parte de la misma. Por otro lado, recuperar todos los datos posibles sobre cómo vivían, actuaban y pensaban los trabajadores pobres es ciertamente importante y, además, constituye una ampliación esencial de nuestra perspectiva en la medida en que actualmente produce un torrente de «historia oral» e incluso (como ocurre con las publicaciones del History Workshop) de memorias que, de hecho, son escritas por hombres y mujeres de la clase trabajadora. Pero, pese a

ello, estas cosas no constituyen un fin en sí mismas, por mucho que nos entusiasmemos al descubrir lo que hasta ahora se ignoraba. Si no formulamos primero preguntas y luego buscamos material a la luz de las mismas, corremos el riesgo de producir algo que será meramente una versión izquierdista de la afición a estudiar lo antiguo, labor que equivaldrá a la que llevan a cabo los folcloristas amateurs. No pretendo desanimar a los que realizan esa labor, aunque, si se hace, es mejor que se haga siguiendo el método sistemático que Child empleó para recopilar sus baladas y Nettlau para reunir sus materiales anarquistas. Dicha labor posee un valor político obvio, especialmente cuando el material es atractivo para un público no académico. Recuperar un pasado que ha caído en el olvido, que inspira o que es memorable constituye una tarea apropiada para los historiadores. ¿Quién no desearía tener en su haber un libro como *Hard Times*, de Studs Terkel? ³ Con todo, cuando, para justificar una reciente reimpresión de *Preparing for Power* (1934),⁴ de J. T. Murphy (libro que arroja luz sobre los militantes de cierto período de la clase obrera británica, pero que no es una buena historia del movimiento obrero), se afirma que es el tipo de libro que comprenderían y apreciarían los militantes sindicales de hoy, debería encenderse una luz roja. Hay una diferencia entre historia y material que inspira o de propaganda, aunque la buena historia puede ser ambas cosas.

Igualmente peligroso es librar de nuevo viejas batallas ideológicas, tentación de la que han escapado pocos autores de la historia ideológica del socialismo y de los movimientos comunistas. Y ello no se debe a que tales disputas carezcan de importancia o hayan perdido vigencia, aunque así ocurre en algunos casos, sino a que puede existir la necesidad de formularlas de nuevo y de enmarcarlas en un contexto distinto para que los historiadores puedan hacerlas objeto de un debate inteligente. Así, por ejemplo, el célebre debate en torno al «revisionismo» de Bernstein conserva hoy su interés y su importancia práctica, al menos para los marxistas. No obstante, dará pie a errores de interpretación si se examina fuera del contexto ideológico y político de su época. No fue una sencilla desviación del marxismo verdadero, una desviación que cada cual podía aprobar o rechazar a su gusto, sino

3. Studs Terkel, *Hard Times. An Oral History of the Great Depression*, Nueva York, 1970.

4. Londres, 1973.

un momento de la formulación del «marxismo» en sí, a partir del legado de los fundadores, que creó simultáneamente la «ortodoxia» y su consecuencia natural, es decir, la «herejía». Además, ambas, al menos en los países desarrollados de Europa, intentaron hacer frente a una situación específica: una economía capitalista aparentemente estable, floreciente y en expansión y unas estructuras políticas también estables, por lo que divergieron del marxismo de las regiones donde las economías y los regímenes no reunían tales características. A estas alturas, las consideraciones de esta índole son ya un lugar común en lo que se refiere al período de la Segunda Internacional, lo cual se debe en parte a la excelente labor de Georges Haupt en París,⁵ y principalmente porque las polémicas de aquella época ya no son incendiarias desde el punto de vista político. Pero la historia de los movimientos obreros desde 1917 continúa estudiándose con un espíritu menos histórico.

Una advertencia especial puede ser de utilidad en este sentido. En el transcurso de la historia, las viejas batallas ideológicas se han librado siempre, no sólo empleando términos ideológicos apriorísticos, que a menudo se interpretan de modo retrospectivo en los anales (por ejemplo, las concepciones de los «centristas» en la Internacional antes de 1914), sino que, además, se libran utilizando una versión poco rigurosa y sumamente especulativa de la historia «contrafactual». Bastará con citar, a modo de ejemplo, las discusiones que giraban en torno a los pros y los contras de los anarquistas y los comunistas en la guerra civil española, a los motivos del fracaso de la revolución alemana de 1918-1919, a si el gobierno frentepopulista francés de 1936 «debería haber» resuelto las huelgas masivas de dicho año, y a si los partisanos franceses o italianos deberían haber efectuado una tentativa de hacerse con el poder revolucionario en 1944-1945. Todos estos debates, al igual que los ejercicios más formalizados de los clíómetras, se apoyan en el supuesto de que podemos estimar o calcular lo distinta que habría sido la historia del mundo si la nariz de Cleopatra hubiera sido dos o tres centímetros más larga. Ahora bien, dos cosas podemos decir sin miedo a equivocarnos acerca de la historia contrafactual (o sea, el tipo de historia que afirma que «si mi abuela tuviera ruedas, sería un coche de línea»). La primera es que su

5. Georges Haupt, *La Deuxième Internationale 1889-1914. Étude critique des sources*, París-La Haya, 1965.

interés estriba enteramente en la metodología, o en el presente y el futuro (o en ambas cosas). La historia es lo que sucedió y no lo que habría podido suceder. Los ferrocarriles *fuleron* construidos, la revolución alemana de 1918 fracasó. Si pensar en lo que hubiese podido ocurrir de no haber pasado estas cosas tiene interés, este interés radica en que ello aclara qué hipótesis es apropiado formular acerca de acontecimientos históricos, y permite decidir entre alternativas que son reales y no imaginarias: por ejemplo, si *hoy* resulta más eficiente desarrollar la energía nuclear o la no nuclear, o cómo elegir *mañana* entre los distintos programas de los movimientos obreros. Cabe sugerir también una tercera proposición, a saber: que en nuestro campo, a diferencia del campo de la cliometría, que es más estrecho, las especulaciones contrafactuales no son ejercicios teóricos, sino que pretenden investigar alternativas reales, y que raras veces sabemos lo suficiente para formularlas de modo convincente. Jamás supuso Fogel que no construir los ferrocarriles norteamericanos fuera una posibilidad auténtica, pero cuando especulamos sobre los posibles efectos de una revolución soviética en Alemania, lo que hacemos es suponer que semejante fenómeno hubiera podido tener lugar. Ahora bien, a veces las probabilidades son tan grandes, que podemos especular con cierto realismo, normalmente sobre lo que no habría podido pasar en vez de sobre lo contrario. Por ejemplo, al valorar la evolución del movimiento obrero británico desde el decenio de 1880, podemos excluir la posibilidad de que se formara un partido marxista de masas, en lugar de algo parecido al Partido Laborista, antes o después de 1920, y, por ende, podemos criticar a la Federación Socialdemócrata o al Partido Comunista, no por lo que no sería razonable que esperasen haber conseguido, sino dentro de los límites de lo que no les era tan difícil de conseguir: por ejemplo, mayores éxitos en las elecciones municipales. Sin embargo, a veces no existe consenso en torno a las probabilidades (o, mejor dicho, las improbabilidades) y entonces corremos el peligro de meternos en discusiones retrospectivas que son tan interminables como infructuosas. Así, Staughton Lynd, en un artículo reciente,⁶ sugiere que el Partido Comunista norteamericano hubiera obrado con mayor acierto de haber mantenido su línea de sindicalismo revolucionario independiente a partir de 1934, en lugar de dedi-

6. «The possibility of radicalism in the early 1930s: The case of steel», en *Radical America*, vol. 6, n.º 6 (noviembre-diciembre 1972).

car su energía a una política que con el tiempo produciría el Congreso de Organizaciones Industriales. Podemos estar de acuerdo o discrepar de este punto de vista, pero hay en él dos cosas básicas que están equivocadas. En primer lugar, se formula en términos demasiado vagos e imprecisos como para que podamos saber con claridad cuál es exactamente el tema que se debate. En segundo lugar, y aunque estuviera formulado de una manera más satisfactoria, no alcanzo a ver ninguna forma de resolver esta discusión. Sin duda todos seguiremos recurriendo a las hipótesis en lo que atañe a la historia de la clase obrera o cualquier otro tipo de historia. Pero, cuando lo hagamos, tenemos que ser muy lúcidos y conscientes de lo que hacemos, de por qué lo hacemos y de qué podemos esperar conseguir con ello.

III

Los peligros y tentaciones a que se expone el historiador izquierdista y comprometido que se ocupa de los movimientos obreros son distintos de los que acosan al técnico académico. No me entretendré en comentar los que son también ideológicos, aunque a menudo —quizá de modo general— se ocultan detrás de los supuestos, los métodos y las jergas de algún especialismo académico. Ya se ha escrito bastante acerca de la ideología implícita, y a veces explícita, que hay en ciertas escuelas de las ciencias sociales —sobre todo, en las que predominaron en los Estados Unidos durante el decenio de 1950—, además de en términos como, por ejemplo, «integración» o «modernización». Los que me interesan se deben principalmente a la inexperiencia y a la falta de claridad.

Al igual que todas las ciencias históricas, la historia de la clase obrera es ahora muchísimo más amplia, tanto en su alcance como en sus métodos, en parte porque dejó de ocuparse de modo exclusivo de lo puramente político, ideológico o incluso económico para interesarse también por la historia social en el sentido más amplio del término; en parte por la necesidad consiguiente de explotar fuentes completamente nuevas mediante técnicas apropiadas y en gran medida originales; en parte por el contacto con las ciencias sociales, de las que ha tomado prestadas numerosas cosas. Esto no significa que los métodos tradicionales se hayan agotado, ni siquiera en países donde florecieron hace mucho tiempo. (En los países que carecen de una tradición sería

en el campo de la historia de la clase obrera, o donde el tema ha sido muy mitificado, hasta el más anticuado de los historiadores tradicionales sigue disponiendo de un enorme campo de acción.) Nada podría ser más ultratradicional que el libro de G. Neppi Modona titulado *Sciopero, potere politico e magistratura 1870-1922* (Bari, 1972). Esta obra, escrita por un abogado con formación histórica, constituye un intento sencillo de investigar los cambios habidos en la legislación italiana sobre huelgas y en las actitudes del gobierno y de los jueces ante los juicios resultantes de conflictos laborales. El libro no contiene ni un solo cuadro estadístico. A pesar de ello, nos permite comprender mucho mejor ese aspecto olvidado de la historia de la clase obrera, la otra cara de la lucha de clases, porque hasta entonces nadie había llevado a cabo esta sencilla labor. A decir verdad, algunos de los ejemplos más convincentes de la historia de la clase obrera publicados durante los últimos diez años son bastante tradicionales desde el punto de vista técnico: por ejemplo, *Rosa Luxemburg*, de Peter Nettl; *Before the Socialists*, de Royden Harrison, o *Robert Owen and the Owenites*, de J. F. C. Harrison.⁷

Con todo, gran parte de la historia de la clase obrera —especialmente su historia social— tiene que utilizar métodos y técnicas nuevos, por ejemplo, cualquier obra que haga alusión a la demografía histórica. En efecto, muchos historiadores de la clase obrera han adoptado, con mayor o menor entusiasmo, técnicas nuevas y, en especial, cuantitativas, sobre todo en los Estados Unidos y en Francia. Estas técnicas nos exponen a tres tentaciones. La primera es la de convertirlas en un fin en sí, en vez de emplearlas como instrumentos. Sobre esto no hay necesidad de extenderse mucho. La segunda tentación consiste en exagerar el valor de los datos a los que cabe aplicar las técnicas nuevas y descuidar los otros. Esto representa un gran peligro en la vertiente cuantificada y comparada de la historia de la clase obrera, que selecciona lo que puede compararse estadísticamente y tiende a omitir lo demás. Así, son muchos los aspectos comparables que se dan entre los mineros de distintos países. Pese a ello, cabe decir que, por ejemplo, para los mineros indios de los Andes, ir a

7. J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, 2 vols., Oxford, 1966; Royden Harrison, *Before the Socialists. Studies in Labour and Politics 1861-1881*, Londres, 1964; J. F. C. Harrison, *Robert Owen and the Owenites in Britain and America*, Londres, 1969.

trabajar en las minas constituye uno de los pocos métodos de que disponen los campesinos para acumular un dinero que les permita comprar tierras en sus poblados. Por lo tanto: *a*) es posible que en un principio dichos mineros se recluten entre los campesinos con tierras más que entre los campesinos sin tierra; y *b*) puede que los ex mineros se conviertan en *kulaks*. Evidentemente, no puede decirse lo mismo de los mineros ingleses del siglo XIX.

La tercera tentación es la de pasar por alto las ambigüedades y las dificultades conceptuales de los datos. Consideremos, por ejemplo, unos estudios que actualmente están de moda: los relativos a los desórdenes y la violencia públicos, que pueden cuantificarse con facilidad. Estos estudios se basan en la aplicación de dos supuestos convergentes: *a*) que entre los actos «violentos» y «no violentos» hay una distinción más marcada que la que existe dentro de cada una de las dos categorías; y *b*) que *las autoridades o las clases altas* eligen ciertos tipos de violencia para prestarles una atención especial, la mayoría de las veces atendiendo a consideraciones administrativas, jurídicas, políticas o morales. Ahora bien, puede ocurrir que estos supuestos y estos criterios sean de todo punto ajenos a los acontecimientos que miden y que, por ende, nos llamen a engaño en lo que se refiere a su naturaleza. Así, si adoptáramos el punto de vista que los mineros moderados tienen en relación con las huelgas, aplicaríamos criterios completamente distintos. La acción de los esquiroles sería el peor crimen y no habría ninguna diferencia moral importante entre la actuación de los piquetes pacíficos, la presión de la opinión pública y el impedir físicamente que los esquiroles bajasen a los pozos. Propinarles una paliza a uno o dos esquiroles sería un acto relativamente venial y tal vez inevitable, pero un motín incontrolado como el que se describe en *Germinal* podría ser lamentable, a la vez que sabotear las bombas o los dispositivos de seguridad merecería la condena general. Algunos tipos de violencia se clasificarían junto con actos no violentos, toda vez que lo único que distinguiría a unos de otros sería la intervención externa en una actividad por lo demás pacífica. El criterio crucial sería la distinción, no entre fuerza y no violencia, sino entre diferentes clases de fuerza o de violencia, mientras que la variable decisiva no sería la voluntad de los mineros de utilizar la fuerza, sino el empeño de los patronos o las autoridades en resistirse a las huelgas y los medios que estuvieran dispuestos a emplear para tal fin. Sólo después de separar esto nos encontraríamos en situación de calibrar

la curva de la violencia de los propios mineros, es decir, de distinguir la propensión a la violencia entre mineros de naciones o regiones diferentes, o entre distintas fases de los movimientos mineros.

También es peligrosa la aplicación de conceptos nuevos, que generalmente se extraen de las ciencias sociales, *si nosotros mismos no tenemos una idea clara de lo que tratamos de descubrir y explicar* o, si se prefiere la jerga al uso, de cuál es nuestro modelo. El peligro es tanto mayor cuanto que (como recientemente ha señalado Ernst Gombrich) la naturaleza de la profesión académica concede mucho valor a la originalidad y a seguir la moda. Las opiniones menos verosímiles tienen asegurado un puesto en todas las notas a pie de página y bibliografías posteriores si son suficientemente nuevas, por muy fácil que sea descartarlas. No transcurrirá mucho tiempo (si es que no se ha hecho ya) antes de que alguien analice los sindicatos de oficio a la luz de los estudios antropológicos del parentesco artificial; y me atrevo a decir que alguien habrá analizado ya los sindicatos obreros como sistemas de relaciones «patrono-cliente». Obviamente, es probable que algunos de estos conceptos tomados en préstamo sean rechazados por motivos ideológicos: por ejemplo, el análisis de las relaciones en el seno de los movimientos obreros como forma de mercado (los científicos políticos han estado jugando con esta idea); al mismo tiempo, otros parecerán sin importancia de momento, pero pueden ponerse de moda algún día: por ejemplo, la aplicación de las oposiciones binarias de Lévi-Strauss al lenguaje de la clase trabajadora. Pero en *todos* los casos, la prueba de los nuevos conceptos e ideas no reside sencillamente en el hecho de que sean nuevos, o de que parezcan interesantes, sino en que sean pertinentes a nuestros propios interrogantes básicos.

Esto supone que debemos saber cuáles son estos interrogantes. Y, como ocurre con tanta frecuencia en este artículo, una vez más tengo que insistir en que los historiadores de la clase obrera solían carecer de claridad metodológica y conceptual. No deseo imponerles ningún modelo determinado o teoría concreta, marxista o de otra clase; lo único que pretendo es sugerir que deben velar por la claridad de su enfoque, sea cual fuere. Sin embargo, prescindiendo de cuál sea dicho enfoque, todos nos equivocaremos si no tenemos presentes tres consideraciones importantes:

- 1) La historia de la clase obrera forma parte de la historia de la sociedad o, mejor dicho, de sociedades concretas que tienen en común

cosas que pueden especificarse. Las relaciones de clase, sea cual fuere la naturaleza de la clase, son relaciones *entre* clases o estratos que no pueden describirse ni analizarse de modo adecuado si se toman aisladamente, o si se efectúa el análisis en términos de sus divisiones o estratificaciones internas. Para ello es necesario un modelo de lo que son y de cómo funcionan las sociedades.

2) La historia de la clase obrera tiene múltiples estratos o capas, si bien los niveles de realidad o análisis forman un conjunto: trabajadores y movimientos, la masa y los líderes, niveles socioeconómicos, políticos, culturales, ideológicos e «históricos» tanto en el sentido de que funcionan dentro de un contexto que da el pasado como en el sentido de que a lo largo del tiempo experimentan cambios que pueden especificarse. No podemos separar uno o más de ellos del resto (salvo cuando sea necesario temporalmente), ni podemos practicar un reduccionismo excesivo. El nivel de análisis político sencillamente no puede incluirse en el socioeconómico: hasta en el nivel más elemental hay una diferencia, en lo que se refiere a la vida de la clase obrera, entre las economías capitalistas que carecen virtualmente de un sistema estatal de seguridad social y las que sí poseen tal sistema, cuya naturaleza puede revestir igual importancia.

3) Algunos aspectos de nuestra disciplina son cuantificables mientras que otros no lo son, al menos en términos comparables. El problema de la historia de la clase obrera (así como de cualquier otro tipo de historia social) reside en el modo de combinar diferentes tipos de cuantificación con enunciados cualitativos. Hace algún tiempo, este problema me lo planteó de forma concreta un equipo de investigadores suecos que en la actualidad prepara un estudio ambicioso y exhaustivo de la clase trabajadora de Estocolmo durante el siglo XIX. Me dijeron: Estamos produciendo una serie de estudios cuantitativos de todo lo que puede analizarse porque disponemos de material pertinente a ello, desde la demografía, la reconstrucción de familias, la delincuencia, la prostitución, los salarios y las fluctuaciones económicas hasta las huelgas, los motines y la organización de la clase obrera. Pero, ¿cómo podemos encajar en este cuadro lo que realmente *significaba* ser albañil en el Estocolmo del siglo XIX, lo que los trabajadores pensaban y sentían, así como el porqué de todo ello? Dicho de otro modo, ¿cómo podemos encontrar un común denominador para lo que podríamos llamar historia de la clase obrera tal como la escribe E. P. Thompson y tal como la escribe Stephan Thernström? De este pro-

blema son conscientes todos los historiadores a los que no les hayan lavado el cerebro con el sueño de ser algún tipo de «científico conductista» en su variante retrospectiva, pero, ¿podemos decir que se haya resuelto de forma adecuada?

Evidentemente, la solución es en cierta medida una cuestión de escala. Si disponemos de una esfera de acción tan amplia como, por ejemplo, una tesis de doctorado estatal francesa, podemos hacer ambas cosas, como Rolande Treppe ha demostrado en su magnífico estudio de los mineros de Carmaux.⁸ Mas, probablemente, los días de las «vacas sagradas» académicas están contados y en lo sucesivo las obras de la envergadura del libro de Treppe, o del gran libro de E. P. Thompson, serán necesariamente fruto de la labor de un equipo. Y los equipos, debido a la naturaleza misma de su trabajo, tienden a parcelar la investigación en vez de sintetizarla. (El problema se agudiza de forma especial en los estudios comparados.) Pero, aunque en el futuro haya una división más grande entre investigadores y sintetizadores, la dificultad no desaparecerá. Quizá sea una dificultad esencial de toda la historia y de todos los historiadores. La historia trata de los seres humanos y no podemos hacer abstracción de su humanidad.

Estos comentarios son moderadamente tópicos, pero tal vez quede espacio para efectuar algún que otro replanteamiento de tópicos, ya que éstos se olvidan con facilidad. Así pues, me permitirán que concluya con otro. La historia de la clase obrera, al igual que todas las ciencias sociales, se ocupa de cambiar el mundo tanto como de interpretarlo. (De no ser así, las ciencias económicas no serían más que una rama subordinada de las matemáticas.) Ahora bien, hay que decir dos cosas acerca de la relación entre interpretar el mundo y cambiarlo. En primer lugar, la interpretación tiene que ser objetivamente válida, tanto si nos conviene como si no; mejor dicho, es preciso que pueda comunicarse a cualquiera. No existe, por ejemplo, una historia de la clase obrera que únicamente puedan escribir o comprender los trabajadores manuales, del mismo modo que no existe —y lamento tener que decirlo— una historia de los irlandeses, los negros o los chicanos que sólo sea válida cuando la escriben irlandeses, negros

8. Rolande Treppe, *Les mineurs de Carmaux 1848-1914*, 2 vols., París, 1971.

o chicanos, o que sólo puedan entenderla ellos. Una cuestión muy distinta es que las personas que se identifiquen directamente con ella concedan a su propia historia un peso emotivo que otros no encuentran en ella; y hay que señalar que también hay una distinción entre esto y el hecho de que tales personas estarán más tentadas de interpretar la historia equivocadamente. La historia de las facultades milagrosas de los reyes de Francia e Inglaterra tendrá para un legitimista francés o para un jacobita británico un significado que no puede tener para nosotros, pero al malogrado Marc Bloch, que la escribió, no se le puede criticar porque fuera un republicano francés, sino únicamente, en todo caso, porque se equivocó.

En segundo lugar, hay un factor más importante todavía: deberíamos saber a qué nos referimos cuando hablamos de «cambiar el mundo». Los malos científicos sociales, incluyendo los historiadores *de facto* de la clase obrera, han intentado cambiar el mundo de una forma también mala, como lo ilustra el caso del Vietnam, donde se llevaron a cabo políticas que en gran parte se basaban en ciertas teorías sobre la naturaleza de la urbanización; o el caso de los intentos de romper una forma de movimiento obrero, para colocar otras en su lugar, que en numerosos países hicieron los norteamericanos, que gastaron mucho dinero en ello, durante el decenio de 1950. ¿Todo esto fue malo porque las teorías estaban equivocadas, o sería más acertado decir que los defectos de las teorías se debieron al deseo de llevar a la práctica una mala política? ¿O se trata de ambas cosas a la vez? En todo caso, había y hay una relación directa entre la teoría académica y las intenciones políticas. Esto resulta fácil de ver cuando no sentimos ninguna simpatía por las teorías ni por la política y, sobre todo, cuando los resultados son tan horrorosos como lo fueron en el sudeste asiático. Menos fáciles de detectar son los peligros análogos en nuestras propias interpretaciones. A pesar de ello, tales peligros existen, aunque queden ocultos detrás de nuestros propios prejuicios y del funcionamiento autónomo del mecanismo académico en el que nos hallamos engranados. ¿De qué manera y en qué dirección queremos cambiar el mundo? ¿Se halla el deseo de cambiarlo implícito en nuestras investigaciones? ¿Corremos el peligro de olvidar que el tema y el objeto de nuestras investigaciones son las personas? No deberíamos correrlo, toda vez que nuestro tema trata de personas: no de la «clase obrera», sino de trabajadores y trabajadoras reales, aunque a menudo sean hombres y mujeres ignorantes, míopes y cargados

de prejuicios. Para muchos de nosotros el objetivo final de nuestra labor es crear un mundo en el cual los trabajadores puedan forjar su propia vida y su propia historia, en vez de dejar que se la forjen otros, incluyendo los académicos.

(1974)

2. NOTAS SOBRE LA CONCIENCIA DE CLASE

El título del presente artículo procede de un libro conocido pero poco leído: *Historia y conciencia de clase*, de György Lukács, colección de estudios que se publicó en 1923, fue muy criticada en el seno del movimiento comunista y virtualmente imposible de encontrar durante unos treinta o cuarenta años a partir de aquel momento. De hecho, como hasta recientemente no existía una versión inglesa del mismo, para la mayoría de los ingleses sigue siendo poco más que un título.

Quiero reflexionar, como historiador, sobre la naturaleza y el papel de la conciencia de clase en la historia, partiendo del supuesto de que todos estamos de acuerdo en una proposición básica: que las clases sociales, la lucha de clases y la conciencia de clase existen y cumplen una función en la historia. Es muy posible que discrepemos sobre cuál es esa función o sobre la importancia de la misma, pero a efectos de la presente discusión no es necesario que busquemos un acuerdo más generalizado. Sin embargo, para ser justos tanto con el tema como con el pensador cuyo nombre va tan obviamente asociado a él, quizá debería empezar explicando en qué puntos mis propias reflexiones enlazan con el interesantísimo planteamiento de Lukács (el cual, por supuesto, se deriva de Marx) y en qué puntos se apartan de él.

Como saben la mayoría de las personas conocedoras del marxismo, aunque sea de forma moderada, hay cierta ambigüedad en Marx cuando trata de las clases sociales, lo que quizá se deba a que nunca escribió sistemáticamente sobre este tema. El manuscrito de *El capital* se interrumpe justamente en el punto donde iba a empezar esta exposición sistemática, de tal manera que ni siquiera es posible considerar que el capítulo 52 del volumen III, que se ocupa de las clases, sea un esbozo o un ensayo inacabado. En otros pasajes de sus obras Marx utilizó el término «clase» en dos sentidos bastante diferentes,

según el contexto. Primeramente, podía referirse a los amplios conjuntos de personas a las que quepa clasificar colectivamente de acuerdo con un criterio objetivo —porque tienen una relación parecida con los medios de producción, por ejemplo— y, de modo más especial, los agrupamientos de explotadores y explotados que, por motivos puramente económicos, se encuentran en todas las sociedades humanas que hayan superado a las organizaciones primitivas y, como argumentaría Marx, hasta el triunfo de la revolución proletaria. Al vocablo «clase» se le da este sentido en el célebre pasaje con que empieza el *Manifiesto comunista* («La historia de todas las sociedades existentes hasta el presente es la historia de las luchas de clase»), así como, a efectos generales, en lo que podríamos denominar la macroteoría de Marx. No pretendo decir que esta formulación sencilla agote el significado de «clase» en el primer sentido en que Marx emplea la palabra, pero, como mínimo, nos servirá para distinguirlo del segundo sentido, que introduce un elemento subjetivo en el concepto de clase, a saber: la *conciencia de clase*. Para el historiador, es decir, para el estudioso de la microhistoria o de la historia «tal como sucedió» (y del presente «tal como sucede»), en comparación con los modelos generales y más bien abstractos de las transformaciones históricas de las sociedades, la clase y el problema de la conciencia de clase son inseparables. La clase en todo el sentido del término no nace hasta el momento histórico en que las clases empiezan a adquirir conciencia de sí mismas como tales. No es casualidad que el *locus classicus* del estudio que de la conciencia de clase hace Marx sea un episodio de historia contemporánea que habla de años, meses o incluso semanas y días, a saber: esa obra genial que lleva por título *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Huelga decir que los dos sentidos del vocablo «clase» no están en pugna el uno con el otro. Cada uno de ellos tiene su lugar en el pensamiento de Marx.

El tratamiento de Lukács, si lo entiendo correctamente, empieza con esta dualidad. Hace una distinción entre el hecho objetivo que es la clase y las deducciones teóricas que del mismo podrían sacar o sacan los hombres. Pero Lukács hace una distinción más: entre las ideas reales que los hombres se forman acerca de la clase, y que son la materia de los estudios históricos,¹ y lo que él llama conciencia de clase «atribuida» (*zugerechnet*). Esta conciencia consiste en

1. *Geschichte und Klassenbewußtsein*, Berlín, 1923, p. 62. Todas mis re-

las ideas, sentimientos, etcétera, que en determinada situación de la vida *tendrían los hombres si fueran capaces de comprender por completo* esta situación y los intereses derivados de ella, tanto en lo que respecta a la acción inmediata como a la estructura de la sociedad que correspondería a esos intereses.²

Dicho de otro modo, es lo que pensaría, pongamos por caso, un burgués o un proletario idealmente racional. Es un concepto teórico que se basa en un modelo igualmente teórico de la sociedad, y no una generalización empírica acerca de lo que las personas realmente piensan. Además, Lukács arguye que la «distancia» entre conciencia de clase real y atribuida es mayor o menor según las clases, y puede ser tan grande que constituya, no sólo una diferencia de grado, sino también de especie.

De esta distinción extrae Lukács algunas ideas muy interesantes, pero no voy a ocuparme de ellas aquí. No digo que el historiador *qua* historiador deba ocuparse exclusivamente de hechos reales. Si es marxista o, a decir verdad, si de algún modo trata de responder a alguna de las preguntas verdaderamente significativas sobre las transformaciones históricas de la sociedad, debe tener también presente un modelo teórico de sociedades y transformaciones, y no puede por menos de interesarle el contraste entre la conducta real y la racional, aunque sólo sea porque ha de interesarle la eficacia histórica de las acciones e ideas que estudia, la cual —al menos hasta la época de la sociedad burguesa e incluyendo a ésta— normalmente no se corresponde con las intenciones de los individuos y las organizaciones que llevan a cabo aquéllas o que sostienen éstas. Por ejemplo, es importante señalar —como, dicho sea de paso, hicieron Lukács y Marx— que la conciencia de clase de los campesinos suele ser del todo ineficaz, excepto cuando los organizan y dirigen personas que no pertenecen al campesinado y cuyas ideas tampoco son campesinas, y por qué es así. También es importante señalar la divergencia entre la conciencia de clase real (es decir, observable) de los proletarios, que es bastante modesta desde el punto de vista programático, y el tipo de conciencia de clase

ferencias son a la edición original. (Hay trad. cast. de M. Sacristán, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona, 1978².)

2. *Loc. cit.*, p. 62.

más amplia, que no se limita a ser «atribuible» (en el sentido lukaciano) a ellos, sino que realmente se halla encarnado en la clase trabajadora por medio de los movimientos obreros socialistas creados por ella. Sin embargo, aunque los historiadores no pueden pasar por alto estos aspectos, es natural que profesionalmente les interese más lo que sucedió en realidad (incluyendo lo que hubiese podido suceder en circunstancias especificadas) que lo que debería suceder realmente. Así pues, dejaré a un lado gran parte de lo que dice Lukács, pues no guarda relación con mi propósito, que es más bien modesto, como corresponde al historiador.

Del primer punto que quiero abordar hablaron también tanto Marx como Lukács. Aunque puede decirse que las clases, en el sentido objetivo del término, existen desde la ruptura de una sociedad basada esencialmente en el parentesco, la conciencia de clase es un fenómeno de la moderna era industrial. Esto lo saben bien los historiadores, que han estudiado con frecuencia la transición del concepto preindustrial de «rango» o «estado» al concepto moderno de «clase», de términos tales como «el populacho» o «los trabajadores pobres» al de «el proletariado» o «la clase obrera» (pasando por el término intermedio de «las clases trabajadoras»), así como la formación, históricamente un poco anterior, de términos como «clase media» o «burguesía» a partir del antiguo término de «el rango (rangos) medio (medios) de la sociedad». En la Europa occidental este cambio se produjo más o menos en la primera mitad del siglo XIX, probablemente antes de 1830-1840. ¿Por qué tarda tanto en aparecer la conciencia de clase?

A mi modo de ver, Lukács expone un argumento persuasivo cuando señala que, desde el punto de vista económico, todas las sociedades precapitalistas poseen, como entidades singulares, una cohesión que es incomparablemente inferior a la que presenta la economía capitalista. Sus diversas partes son mucho más independientes entre sí, su dependencia económica mutua es muy inferior. Cuanto menor es el papel del intercambio de productos en una economía, cuanto mayor es el número de partes de la sociedad que o bien gozan de autosuficiencia económica (como las partes de la economía rural) o no cumplen ninguna función económica concreta, exceptuando, quizá, la del consumo parasitario (como en la antigüedad clásica), más distantes, indirectos e «irreales» serán los vínculos entre lo que las personas experimentan realmente como economía, sistema político o sociedad

y lo que realmente constituye el marco más amplio (económico, político, etc.) dentro del cual actúan.³

Cabría añadir que, por el contrario, puede que los estratos relativamente escasos y numéricamente reducidos cuya experiencia real coincide con este marco más amplio se forjen algo parecido a una conciencia de clase mucho antes que el resto de la sociedad. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de los nobles y los pequeños nobles, que son numéricamente escasos, están estrechamente relacionados entre sí y, en parte, funcionan por medio de su relación directa con instituciones que expresan o simbolizan la sociedad en su conjunto: el rey, la corte, el parlamento, etcétera. Diré de paso que algunos historiadores han usado este fenómeno como argumento contrario a las interpretaciones marxistas de la clase y la lucha de clases en la historia. Como veremos más adelante, en realidad el análisis marxista tiene este fenómeno previsto de manera específica.

Dicho de otro modo, bajo el capitalismo la clase es una realidad histórica inmediata que, en cierto sentido, se *experimenta* directamente, mientras que en las épocas precapitalistas puede ser un mero concepto analítico que sirve para dar sentido a un complejo de hechos que de lo contrario serían inexplicables. Por supuesto, esta distinción no debe confundirse con una proposición marxista más conocida: que en el curso del desarrollo capitalista la estructura de clases se simplifica y polariza hasta que, en casos extremos tales como Gran Bretaña en algunos períodos, se puede trabajar en la práctica con un sencillo sistema de dos clases: la «clase media» y la «clase obrera». También esto puede ser cierto, pero forma parte de otra línea de reflexión. A propósito, ello no entraña, y Marx nunca sugirió que entrañara, una homogeneidad perfecta de cada clase. Para ciertos fines no es necesario que nos preocupemos por sus heterogeneidades internas, por ejemplo: cuando se definen ciertas relaciones cruciales entre clases, tales como la que existe entre patronos y trabajadores. Para otros fines, no podemos dejar de tenerlas en cuenta. En sus escritos directamente históricos y en sus análisis de la política contemporánea, ni Marx ni Engels descuidaron las complejidades, estratificaciones, etcétera, de índole social que hay en las clases. Pero esto está un poco al margen.

Por consiguiente, si tratamos de examinar la conciencia de los estratos sociales en las épocas precapitalistas, nos encontramos con una

3. *Loc. cit.*, p. 67.

situación que reviste cierta complejidad. En la cúspide vemos grupos que, como la alta aristocracia, poseen algo parecido a una conciencia de clase a escala moderna, es decir, a una escala que, empleando un anacronismo, podríamos calificar de «nacional» (la escala del gran estado), o incluso, en algunos aspectos, de «internacional». Con todo, es muy probable que hasta en semejantes casos de «conciencia de clase» el criterio de autodefinición sea primordialmente de tipo no económico, mientras que en las clases modernas es, sobre todo, económico. Puede que sea imposible ser noble sin poseer tierra, dominar a los campesinos y abstenerse de realizar trabajos manuales, pero estas características no bastarían para definir a un noble de un modo que satisficiera a una sociedad medieval. Esta exigiría también el parentesco (la «sangre»), un estatus y unos privilegios jurídicos especiales, una relación también especial con el rey, u otras características diversas.

En el nivel más bajo de la jerarquía social, en cambio, los criterios de definición social son o bien demasiado estrechos o demasiado globales para que pueda existir una conciencia de clase. En un sentido pueden estar totalmente localizados, ya que la comunidad de pueblo, el distrito o alguna otra área limitada son, de hecho, la única sociedad y la única economía *reales* que importan, en las que el resto del mundo sólo efectúa incursiones remotas y ocasionales. En lo que se refiere a los hombres que viven en estas circunstancias, quizá el hombre del valle contiguo no será únicamente un forastero, sino también un enemigo, por muy parecida que sea su situación social. Los programas y las perspectivas de la política son por definición de carácter local. En cierta ocasión un organizador político latinoamericano que trabajaba entre los indios me dijo: «De nada sirve decirles que el labrador tiene derecho a la tierra. Lo único que entienden es esto: "Tienes derecho a esta parcela que pertenecía a tu comunidad en tiempos de tu abuelo y que después te han robado los terratenientes. Ahora puedes reclamarla"». Sin embargo, en otro sentido cabe que estos criterios sean tan generales y universales, que excluyan cualquier autoclasicación apropiadamente social. Los campesinos pueden estar tan convencidos de que, exceptuando unos pocos seres marginales, ellos constituyen todo el mundo, que tal vez se limiten a autodefinirse como «gente» o (al igual que en la lengua rusa) como «cristianos». (Esto da pie a ironías históricas inconscientes como, por ejemplo, el líder revolucionario andaluz, libertario y ateo él, que les dijo a sus cama-

radas derrotados: «Será mejor que cada cristiano se esconda en las montañas»; o el sargento del ejército rojo al que durante la última guerra se le oyó llamar «creyentes verdaderos» a los hombres de su pelotón.) O tal vez se autodefinan sencillamente como «campesinos» (*countrymen, contadini, paysans*) para distinguirse de los hombres de la ciudad. Cabría argüir que la conocida afinidad de los campesinos por los movimientos milenaristas o mesiánicos refleja esta realidad social. El escenario de su acción organizada es o bien la fuente de la parroquia o el universo. No existe un punto intermedio entre las dos cosas.

Una vez más, debemos evitar la confusión. De lo que he estado hablando es de la falta de una conciencia de clase específica, y esta falta *no* es lo mismo que ese grado bajo de conciencia de clase que han señalado Marx y otros observadores, por ejemplo: entre el campesinado en la era capitalista. Marx la atribuyó, al menos en el caso de la Francia decimonónica, al hecho de que ser campesino entrañaba ser exactamente igual a un gran número de otros campesinos, pero carecer de relaciones económicas mutuas con ellos.⁴ Económicamente hablando, cada familia campesina se ve en gran medida aislada de las

4. El párrafo pertinente de *18 Brumario*, VII, es famoso, pero una nueva cita no le hará ningún daño: «Los pequeños campesinos forman una masa inmensa, cuyos miembros viven en condiciones parecidas, pero sin entrar en relaciones múltiples unos con otros. Su modo de producción los aísla unos de otros, en lugar de ponerles en mutua relación ... Su campo de producción, la pequeña propiedad, no permite la división del trabajo en su cultivo, ni la aplicación de la ciencia y, por ende, tampoco la multiplicidad de desarrollo, ni la diversidad de talentos, ni la riqueza de las relaciones sociales. Cada familia campesina individual es casi autosuficiente; ella misma produce directamente la mayor parte de su consumo y, por lo tanto, adquiere sus medios de subsistencia a través del intercambio con la naturaleza más que por medio de la relación con la sociedad. La pequeña propiedad, el campesino y su familia; a su lado, otra pequeña propiedad, otro campesino y otra familia. Unas cuantas veintenas por el estilo constituyen un pueblo, y unas cuantas veintenas de pueblos forman un Departamento. De esta manera la gran masa de la nación francesa se forma mediante la sencilla adición de magnitudes homólogas, del mismo modo que las patatas que hay en un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas de existencia que dividen su modo de vida, sus intereses y su cultura de los de otras clases, y las colocan en contraste hostil con éstas, forman una clase. En la medida en que hay meramente una interconexión local entre estos pequeños campesinos, y la identidad de sus intereses no engendra ninguna unidad, ningún sindicato nacional y ninguna organización política, no forman una clase».

demás. Tal vez esto sea muy cierto bajo condiciones capitalistas y ayude a distinguir a los campesinos como clase de los trabajadores como clase, pues la concentración en grupos de cooperación mutua es la realidad social básica de la existencia proletaria. El argumento de Marx sugiere, en mi opinión correcta y fructíferamente, que existen grados de cohesión social. Tal como una vez dijo Theodore Shanin,⁵ el campesinado es una «clase de bajo sentimiento de clase» y, a la inversa, cabría decir que el proletariado industrial es una clase de altísimo «sentimiento de clase». (Es, después de todo, la única clase que ha creado auténticos movimientos políticos de masas cuya cohesión se debe específica y principalmente a la conciencia de clase: por ejemplo, los «partidos de la clase obrera»: *Labour parties*, *Partis Ouvriers*, etcétera.)

Sin embargo, no es éste, sino otro, el aspecto que he señalado de las sociedades precapitalistas. Cabe sugerir que en tales sociedades la conciencia social de los «rangos inferiores» o clases subalternas se verá fragmentada en segmentos locales o de otro tipo incluso cuando su realidad social es de cooperación económica y social y de ayuda mutua, como ocurre en varios tipos de comunidad de pueblo. Con frecuencia no habrá un «sentimiento de clase» alto o bajo, sino que, en el sentido de conciencia, no habrá ningún «sentimiento de clase» en absoluto, como no sea a escala minúscula. O también cabría sugerir que la unidad que sienten los grupos subalternos será tan global, que sobrepasará los límites de la clase y el estado. No habrá campesinos, sino «gente» u «hombres del campo»; no habrá trabajadores, sino, de modo indistinto, un «pueblo llano» o «trabajadores pobres» que se diferenciarán de los ricos sólo por su pobreza, de los ociosos (sean ricos o pobres) por la obligación de ganarse el pan con el sudor de su frente, y de los poderosos por el corolario tácito o explícito de la debilidad y el desamparo.

Entre la cúspide y la parte más baja de las jerarquías sociales de la era preindustrial encontramos una conglomeración de grupos locales, seccionales y de otros tipos, cada uno de ellos con sus horizontes múltiples, y demasiado complejos para poder analizarlos superficialmente o, puestos a decir, para emprender, salvo en raras ocasiones, una acción común a escala «nacional». Dentro de una localidad deter-

5. «The peasantry as a political factor», en *Sociological Review*, vol. XIV, n.º 1 (1966), pp. 5-27.

minada (por ejemplo, una ciudad-estado), sí es posible analizar provechosamente estos grupos en términos de clase y de lucha de clases, como, a decir verdad, es habitual que hagan los contemporáneos y los historiadores desde los tiempos de las ciudades de la Grecia antigua. No obstante, incluso en este caso es probable que las realidades de la estratificación socioeconómica se mezclen, en el pensamiento de los hombres, con las clasificaciones no económicas (por ejemplo, jurídicas) que tienden a predominar en tales sociedades. Esto resulta obvio allí donde la nueva realidad de una sociedad dividida francamente por la economía choca con los viejos modelos de una sociedad estratificada jerárquicamente; la realidad de la transformación socioeconómica, con el ideal de la estabilidad socioeconómica. Entonces podemos ver cómo los criterios contrapuestos de la conciencia social libran una batalla entre ellos: por ejemplo, el ocaso de la conciencia corporativa o gremial de los oficiales artesanos y el aumento de la conciencia de clase de los proletarios, cualificados o no. Un tema interesante que merece ser investigado, aunque me es imposible hacerlo aquí, se resume en esta pregunta: ¿Hasta qué punto tal conciencia de la condición social (que, por supuesto, es en sí misma económica en la medida en que el privilegio jurídico o cuasijurídico entraña ventajas económicas) persiste o puede renacer bajo el capitalismo moderno? A ese respecto, Lukács hace unas cuantas observaciones sugestivas que recomiendo al lector.⁶

¿Podemos decir, pues, que la conciencia de clase se halla ausente en las sociedades precapitalistas? La respuesta es que no del todo, ya que, aunque dejemos a un lado la historia de comunidades pequeñas y encerradas en sí mismas tales como las ciudades-estado, además del caso especial de las clases dirigentes, nos encontramos con dos tipos de movimiento social que, a todas luces, funcionan a una escala que supera la local y no llega a la ecuménica. Se trata, en primer lugar, del movimiento del «pueblo llano» o «trabajadores pobres» contra «la gente de arriba» («Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿quién era el que mandaba?»); y, en segundo lugar, el fenómeno de las guerras campesinas, que a veces eran reconocidas y nombradas como tales por las gentes de la época. La falta de conciencia de clase en el sentido moderno de la expresión no supone la inexistencia de clases y de con-

6. *Loc. cit.*, p. 70.

flicto de clases. Pero es evidente que en la economía moderna esto sufre un cambio muy fundamental.

¿Cuál? Me permitirán que empiece con una observación general pero muy significativa. La escala de la conciencia de clase moderna es más amplia que la del pasado, pero es esencialmente «nacional» y no global: es decir, funciona dentro del marco de los estados territoriales que, a pesar del acentuado desarrollo de una economía mundial única e interdependiente, siguen siendo hoy día las unidades principales del desarrollo económico. En este sentido, nuestra situación es todavía análoga a la de las sociedades precapitalistas, aunque a un nivel más alto. Los aspectos decisivos de la realidad económica pueden ser globales, pero la realidad económica *palpable*, la que se vive, las cosas que de manera directa y obvia afectan la vida y los medios de vida de la gente, son las de Gran Bretaña, los Estados Unidos, Francia, etcétera. No es imposible que en estos tiempos estemos entrando en la era de una economía directamente global. De hecho, algunos estratos numéricamente reducidos de la población ya funcionan a escala internacional, a reserva de las limitaciones lingüísticas: tal es el caso, por ejemplo, de los científicos y algunos otros tipos de académicos, fenómeno éste que aparece expresado y simbolizado por su rápido movimiento entre puestos de trabajo en distintas partes del mundo. Con todo, para la mayoría de la gente aún no se da este caso y, a decir verdad, la creciente gestión gubernamental de la economía y los asuntos sociales ha venido a intensificar, de varias e importantes maneras, el carácter nacional de la conciencia social. Hasta este punto, las clases globales siguen siendo conceptos tan teóricos como eran en los tiempos precapitalistas, exceptuando raros momentos de agitación revolucionaria global. Las clases reales y efectivas son nacionales. Los vínculos de «solidaridad internacional» entre los trabajadores franceses y los británicos, o incluso entre los movimientos socialistas de las dos nacionalidades, son mucho más tenues que los vínculos que unen a los trabajadores británicos entre sí.

Dentro de estos límites, ¿qué puede decirse acerca de la conciencia de las diferentes clases? No quiero repasar la lista de clases y estratos que los historiadores y los sociólogos convendrían o no en considerar como los más importantes. En vez de ello, llamaré la atención del lector sobre dos aspectos del problema.

El primero es el de la relación entre conciencia de clase y realidad socioeconómica. Hay consignas y programas «de clase» que cuentan

con muy pocas probabilidades de llegar a realizarse porque chocan con la corriente de la historia; otros, en cambio, son más hacendados porque siguen dicha corriente. Al primer tipo pertenecen los movimientos campesinos, así como los de la pequeña burguesía clásica que forman los pequeños artesanos, los tenderos, los pequeños empresarios, etcétera. Desde el punto de vista político, estos estratos pueden ser sumamente temibles, ya sea por su fuerza numérica o por otros motivos, pero, desde el punto de vista histórico, son inevitablemente las víctimas, incluso cuando garantizan la victoria de la causa a la que se hayan unido. A lo sumo, pueden transformarse en intereses creados de signo negativo, poderosos y seccionales, pero incluso en tal caso su fuerza es bastante limitada en los países donde las fuerzas económicas o políticas dominantes poseen un gran dinamismo. La inmensa fuerza política de los agricultores y las pequeñas ciudades de Norteamérica no ha retardado de modo significativo la decadencia de los agricultores como clase ni la concentración económica contra la que tan arduamente lucharon los populistas. Los nazis, que fueron aupados al poder por la movilización masiva de tales estratos, algunos de los cuales intentaron realmente, en cierta medida, realizar su programa, resultaron ser un régimen de capitalismo monopolístico y estatal, no porque se propusieran serlo, sino porque el programa del «hombre de la calle» sencillamente no ofrecía ninguna probabilidad de éxito. Si se excluyen las perspectivas socialistas del movimiento de la clase obrera, entonces la única alternativa que queda en los estados industriales de Occidente es un régimen constituido por las grandes empresas aliadas con un gobierno fuerte.

Análoga es la relación entre los movimientos campesinos y los regímenes que han subido al poder gracias a ellos en el siglo xx. Como ha señalado Eric Wolf, la causa principal del triunfo de estas revoluciones es que han movilizado al campesinado y, sobre todo, a sus estratos de mentalidad más tradicional.⁷ A pesar de ello, el resultado social real de estas transformaciones ha sido muy diferente de las aspiraciones de los campesinos que las han hecho posibles, incluso en los casos en que han recibido la tierra. La historia ha confirmado sobradamente a los marxistas contra los *narodniks*: los sistemas pos-revolucionarios no se han construido sobre los cimientos de las comunidades de pueblo precapitalistas, sino sobre sus ruinas. (No obstante,

7. «On peasant rebellions», en *New Society* (4.9.1969),

es de justicia añadir que, en otro aspecto, confirmaron a los *narodniks* contra algunos de los marxistas: los revolucionarios rurales más efectivos no han sido ni los *kulaks* protocapitalistas ni los peones proletarizados de los pueblos, sino el campesinado medio.)

Más interesante que estos ejemplos de lo que cabría denominar «conciencia de clase convertida en callejón sin salida» es la situación de las clases cuya relación con la realidad social cambia. El caso de la burguesía es tan instructivo como conocido. Alrededor de 1860, pongamos por caso, la conciencia de clase burguesa, incluso bajo una forma rudimentaria, reflejaba de hecho y (a un nivel muy superficial) explicaba la realidad de la sociedad burguesa. En 1960 era evidente que ya no se daba la misma situación, aun cuando a nuestra sociedad todavía se la puede calificar de capitalista. Todavía podemos leer el tipo de opiniones que todo buen *paterfamilias* liberal consideraba como naturales en tiempos del asesinato de Lincoln, sobre todo en los editoriales del *Daily Telegraph* y en los discursos de algunos diputados conservadores.⁸ Efectivamente, esas cosas siguen considerándose como naturales entre las familias acomodadas de los barrios residenciales. Resulta patente que hoy día estas opiniones guardan tanta relación con la realidad como los discursos de William Jennings Bryan sobre la Biblia. Asimismo, hoy es evidente que el programa de puro liberalismo económico de estilo decimonónico, tal como se propuso, por ejemplo, en la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1964, es tan irrealizable como las utopías campesinas o de la pequeña burguesía. La diferencia entre las dos cosas estriba en que la ideología de Goldwater sirvió en un tiempo para transformar la economía mundial (aunque ya no sirva), mientras que las otras ideologías de los «hombres de la calle» nunca sirvieron para ello. En pocas palabras, el desarrollo del capitalismo ha dejado rezagada a su antigua portadora: la burguesía. La contradicción que se da en este sistema entre la naturaleza social de la producción y la naturaleza privada de la apropiación ha existido siempre, pero fue secundaria (desde el punto de vista económico) hasta cierto momento. La empresa privada y competitiva sin restricciones, simbolizada por los negocios familiares dirigidos por sus propietarios, y la abstención del estado no eran simplemente un ideal, ni siquiera una realidad social, sino que, en cierta etapa, fueron

8. Después de escribirse esto, semejantes reaccionarios han formado gobiernos tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña.

el modelo más eficaz para el rápido crecimiento de las economías industriales. En la actualidad la contradicción es espectacular y obvia. El capitalismo de las inmensas sociedades anónimas entrelazadas con estados igualmente inmensos sigue siendo un sistema de apropiación privada y éste es el origen de sus problemas básicos. Sin embargo, hasta en sus operaciones comerciales corrientes se encuentra con que el liberalismo económico del siglo XIX es de todo punto inoperante y que la clase que era portadora del mismo, la burguesía clásica, es innecesaria.

Lo que deseo subrayar es lo siguiente: algunas formas de conciencia de clase, así como las ideologías que se basan en ellas, armonizan, por así decirlo, con el devenir histórico, mientras que no ocurre lo mismo con otras formas. Algunas armonizaban en otro tiempo, pero ahora no. ¿Cuáles son hoy las clases en ascensión, si es que existe alguna, cuya conciencia e ideología señalen hacia el futuro? La pregunta no reviste importancia únicamente en términos políticos, sino que (si seguimos a Marx) también es importante para comprender la epistemología, cuando menos en las ciencias sociales. Pese a ello, no puedo dedicarle más espacio aquí.

El segundo aspecto que quiero comentar se refiere a la relación entre conciencia y organización de clase. Empezaré señalando algunas diferencias históricas obvias entre conciencia burguesa o «de clase media» y conciencia de clase obrera. Los movimientos burgueses se basaron en una conciencia de clase muy fuerte. De hecho, es probable que aún podamos decir que normalmente la lucha de clases se libra o se siente con un encarnizamiento mucho mayor o más constante en el bando burgués (donde el sentimiento que predomina es la amenaza de una revolución) que en el bando proletario (donde la esperanza, emoción civilizada, es, como mínimo, tan importante como el odio). Sin embargo, raras veces eran movimientos de clase *explícitos*. Las escasas agrupaciones políticas que han adoptado la denominación específica de partidos «de clase media», o algo parecido, suelen ser grupos de presión que persiguen fines determinados y generalmente modestos como, por ejemplo, impedir la subida de las contribuciones y los impuestos. Los movimientos burgueses enarbolaban banderas liberales, conservadoras o de otras ideologías, pero afirmaban o bien no representar a ninguna clase social concreta o abarcarlas a todas incluso cuando resultaba evidente que no era así. Los movimientos proletarios, en cambio, se basan en una conciencia de clase explí-

cita y en una cohesión de clase no menos explícita. Al mismo tiempo, los movimientos burgueses se organizaban de un modo mucho más libre y sencillo, a menudo, y en apariencia, en busca de unos fines limitados, y llevaban aparejadas una lealtad y una disciplina muy inferiores a las que exigían los movimientos de la clase obrera, aunque en realidad sus perspectivas políticas pudieran ser muy ambiciosas. En este sentido, es instructivo el contraste entre, por un lado, la Liga contra la Ley de Granos, el prototipo, por así decirlo, de los movimientos de clase burgueses, y, por otro, los cartistas, el prototipo de los de las masas proletarias.

Tal como hemos señalado, la diferencia no se encuentra por fuerza en el alcance de los objetivos políticos que se persiguen. Tanto unos como otros pueden ser igualmente ambiciosos por cuanto pretenden el derrocamiento de un tipo de sociedad y su sustitución por otro. La diferencia puede radicar en la naturaleza de la experiencia social de las clases o estratos, su composición y su función social. Esta observación podría formularse de diversas maneras. La burguesía o «alta clase media» era o es un grupo de élite formado por cuadros, no porque a sus miembros se les seleccione especialmente por su habilidad o su espíritu emprendedor (aunque ellos siempre estuvieron seguros de que así se hacía), sino porque consiste esencialmente en personas que, al menos en potencia, ocupan puestos de mando o de influencia, por locales que sean; en personas que, ya sea individualmente o formando grupos pequeños, pueden provocar acontecimientos. (Esta afirmación no es aplicable a la pequeña burguesía ni a la baja clase media como grupo.) Por esta razón, la típica «campana» de los estratos profesionales de la Gran Bretaña moderna (contra la ubicación de un aeropuerto, el trazado de una autopista o cualquier otro ejemplo de barrabasada administrativa) tiene una eficacia totalmente desproporcionada en comparación con el número de personas que participan en ella. En cambio, la clase obrera, al igual que el campesinado, consiste casi por definición en personas que no pueden provocar acontecimientos a menos que actúen colectivamente, aunque, a diferencia de los campesinos, su experiencia laboral demuestra cada día que deben actuar colectivamente o no actuar en absoluto. Pero incluso su actuación colectiva, para ser eficaz, exige una estructura y un liderazgo. Sin poder contar con una organización apropiada es improbable que sus acciones sean eficaces, exceptuando las veces que se llevan a cabo en ciertas circunstancias en el lugar de trabajo; sin una organiza-

ción capaz de ejercitar la hegemonía (como dice Gramsci) seguirán siendo tan subalternas como el pueblo llano del pasado preindustrial. El hecho de que, como sostienen los marxistas, la historia les haya asignado el papel de enterradores de una sociedad vieja y de cimientos de otra nueva (aunque esto requiere cierto replanteamiento o, al menos, una reformulación) no cambia esta característica de su existencia social aquí y ahora. Dicho de otro modo, los movimientos burgueses o de clase media pueden hacer las veces de «ejércitos teatrales de los buenos»; los movimientos proletarios sólo pueden actuar como ejércitos reales con generales y estados mayores también reales.

La cuestión puede plantearse de otra manera. Cada clase tiene dos niveles de aspiración, al menos hasta que alcanza la victoria política: las exigencias específicas, cotidianas, inmediatas, y la exigencia, más general, del tipo de sociedad que le conviene. (Una vez alcanzada la victoria, esta segunda exigencia se convierte en conservadurismo.) Huelga decir que pueden producirse conflictos entre estos dos niveles de aspiración, como ocurrió cuando algunos sectores de la burguesía del siglo XIX, cuya exigencia general era que el gobierno se abstuviese de intervenir en los asuntos económicos, se encontraron con que tenían que recurrir al gobierno en busca de una ayuda y una protección específicas. En el caso de una clase como la burguesía, ambos niveles de aspiración pueden perseguirse utilizando sólo unos tipos de organización relativamente libres y *ad hoc*, aunque no sin una ideología general que, como el liberalismo económico, los mantenga unidos. Ni siquiera los partidos de clase del liberalismo decimonónico eran partidos o movimientos de masas (excepto en la medida en que apelaban a las clases bajas), sino que consistían en coaliciones de personas notables, de individuos influyentes o de grupos reducidos.⁹

En cambio, la conciencia de la clase trabajadora a ambos niveles entraña una organización en toda la regla; una organización que es en sí misma la portadora de la ideología de clase, que sin ella sería poco más que un complejo de hábitos y costumbres informales. La

9. Una vez más, esto no es aplicable a partidos de la baja clase media, que tendían y tienden a ser movimientos de masas, aunque, reflejando el aislamiento socioeconómico de los miembros de estos estratos, movimientos de masas de un tipo especial. La visión profética de Marx de la relación de los campesinos franceses con Napoleón III viene al caso aquí: «No pueden representarse a sí mismos, deben ser representados. Su representante debe al mismo tiempo aparecer como su amo, como una autoridad sobre ellos».

organización (el «sindicato», «partido» o «movimiento») se convierte así en una extensión de la personalidad del trabajador individual, personalidad a la que complementa y completa. Cuando los militantes de la clase trabajadora o los seguidores de un partido, al encontrarse ante una situación política nueva, se niegan a expresar su propia opinión y les dicen a los periodistas que les visitan que se dirijan al «sindicato» (o como quiera que se llame su organización), ello no significa que abdicuen de su juicio particular ante el de alguna autoridad superior; lo que quiere decir es que dan por sentado que las palabras del «sindicato» son las de ellos mismos; son las que ellos pronunciarían si poseyeran la capacidad privada para pronunciarlas.¹⁰

Sin embargo, los tipos de conciencia y de organización que corresponden a cada uno de los niveles son normalmente distintos, aunque a veces se hallan vinculados o combinados. El nivel inferior está representado por lo que Lenin (con su habitual vista penetrante y realista para las realidades sociales) llamó «conciencia sindical», a la vez que la representación del nivel superior corre a cargo de la «conciencia socialista» (o, posiblemente, aunque ello es mucho más raro, alguna otra conciencia que prevea la transformación total de la sociedad). El primer nivel (como también señaló Lenin) se genera de forma más espontánea, pero también más limitada. Sin el segundo nivel, la conciencia de clase de la clase trabajadora es incompleta, históricamente hablando, y su misma presencia como clase puede —como ocurre en los Estados Unidos— ponerse en entredicho, lo cual es un gran error. Sin ninguno de los dos niveles, puede que los trabajadores, a efectos políticos, sean del todo insignificantes, incluso «invisibles», como la gran masa de trabajadores «tories» que ha existido siempre en Gran Bretaña, sin que ello afecte, salvo del modo más fugaz y marginal, la estructura, la política y el programa del Partido Conservador [«tory»], que sin dicha masa no podría ganar las elecciones ni una sola vez.

Una vez más hay que distinguir entre el proletariado y los campesinos. Estos últimos, que históricamente también han sido una clase subalterna, necesitan que hasta las versiones más elementales de la

10. Los ejemplos más notables de semejantes identificaciones se encuentran normalmente en las etapas relativamente primeras de la organización obrera, antes de que los movimientos obreros hayan pasado a formar parte del sistema político oficial de operaciones, y en épocas o en lugares donde el movimiento consiste en una sola organización que representa —es decir, literalmente «habla por»— a la clase.

conciencia y la organización de clase a escala nacional (es decir, políticamente eficaces) les sean llevadas desde fuera, mientras que en el seno de la clase trabajadora las formas más elementales de conciencia de clase, de acción de clase y de organización tienden a formarse espontáneamente. La aparición de movimientos sindicales significativos es casi universal en las sociedades del capitalismo industrial (a menos que se impida por medio de la coerción física). En tales sociedades la formación de partidos «laboristas» o «socialistas» ha sido tan común, que los casos infrecuentes en que no se han formado (por ejemplo, en los Estados Unidos) suelen tratarse como excepciones que requieren una explicación especial. No ocurre así con los movimientos campesinos autónomos y menos aún con los llamados «partidos campesinos», cuya estructura es, en cualquier caso, bastante diferente de la que tienen los «partidos laboristas». Los movimientos proletarios poseen un potencial congénito para la hegemonía del que carecen los movimientos campesinos.

Vemos, pues, que la «conciencia socialista» *a través* de la organización es un complemento esencial de la conciencia de la clase trabajadora. Pero no es automática ni inevitable y, menos aún, no es conciencia de clase en el sentido obvio en que lo es la conciencia «sindical» espontánea, ya sea en su moderada vertiente reformista o en su forma «sindicalista», que es menos estable y eficaz desde el punto de vista político, así como más radical e incluso «revolucionaria». Y al llegar aquí el problema de la conciencia de clase en la historia pasa a ser un grave problema de la política del siglo xx. Porque la mediación necesaria de la organización supone una diferencia y, con mayor o menor probabilidad, una divergencia, entre «clase» y «organización», es decir, «partido» a nivel político. Cuanto más nos alejemos de las unidades y situaciones sociales elementales en las que la clase y la organización se controlan mutuamente (por ejemplo, en el caso clásico, la logia sindical socialista o comunista en el pueblo minero) y más nos adentremos en el vasto y complejo campo donde se toman las grandes decisiones relativas a la sociedad, mayor será la divergencia potencial. En el caso extremo de lo que el discurso izquierdista ha dado en llamar «sustitucionismo», el movimiento sustituye a la clase, el partido al movimiento, el aparato de funcionarios al partido, los líderes (formalmente elegidos) al aparato y, en conocidos ejemplos históricos, el inspirado secretario general u otro líder al comité central. Los problemas que suscita esta divergencia, que hasta

cierto punto es inevitable, afectan a todo el concepto de la naturaleza del socialismo; no obstante, también es posible argüir que, con la creciente pérdida de vigencia que para el capitalismo contemporáneo tiene el viejo tipo de burguesía empresarial del siglo XIX, la cual, *como individuos o familias*, controlaba gran parte de los medios de producción, quizá también nazcan tales problemas dentro del sistema actual. En parte son problemas del aparato administrativo, planificador, ejecutivo y de toma de decisiones políticas, etcétera, que cualquier sociedad moderna compleja debe poseer, especialmente problemas de planificación y gestión económicas y sociales en las circunstancias actuales (es decir, problemas de «burocracia»); y en parte tienen que ver con la naturaleza de las sociedades y regímenes que surgen de los movimientos obreros y socialistas. No se trata de los mismos problemas, aunque el empleo impreciso y emotivo de términos tales como «burocracia» en el discurso izquierdista tiende a confundirlos: sólo son congruentes allí donde una burocracia formal es *ex officio* una «clase» dirigente en el sentido técnico del término, como quizá ocurría entre los pequeños nobles eruditos de la China imperial o, actualmente, entre los altos cargos del capitalismo empresarial, cuyos intereses tienen que ver con la propiedad además de con la gestión asalariada.¹¹

El problema crucial para los socialistas estriba en que los regímenes socialistas revolucionarios, a diferencia de los burgueses, no nacen de la clase, sino de la combinación característica de la clase y la organización. No es la clase trabajadora propiamente dicha la que se hace con el poder y ejerce la hegemonía, sino el *movimiento* o el *partido*

11. Un grupo dirigente puede estar burocratizado o no estarlo, aunque raras veces lo ha estado en la historia de Europa; puede funcionar con o por medio de un sistema administrativo burocratizado, como en la Gran Bretaña del siglo XX, o un sistema no burocratizado, como en la Gran Bretaña del siglo XVIII. Quizá ocurre lo mismo, teniendo en cuenta la diferencia de categoría social —los partidos dirigentes no son clases—, en las sociedades socialistas. El Partido Comunista de la Unión Soviética es burocrático y funciona por medio de una administración estatal y económica muy burocratizada. Si la entiendo correctamente, la «revolución cultural» maoísta ha tratado de destruir la burocratización del Partido Comunista chino, pero es de suponer, sin temor a equivocarse, que el país continúa siendo administrado mediante un sistema burocrático. No es siquiera imposible descubrir ejemplos de grupo dirigente burocratizado con un sistema administrativo no burocrático, es decir, ineficaz, como quizá existía en algunos estados esclesiásticos en el pasado.

de la clase trabajadora, y (a menos que adoptemos un criterio anarquista) es difícil ver cómo podría ser de otra manera. En ese sentido, la evolución histórica de la Unión Soviética ha sido muy lógica, aunque no necesariamente inevitable. El «partido» pasó a ser el grupo dirigente efectivo y formal basándose en el supuesto de que «representaba» a la clase trabajadora. La subordinación sistemática del estado al partido ha reflejado este fenómeno. A su debido tiempo, y de modo igualmente lógico, el partido absorbió y asimiló a los cuadros individuales efectivos de la nueva sociedad conforme iban apareciendo (sus funcionarios, administradores, ejecutivos, científicos, etc.), hasta el punto de que en cierto momento de la historia de la Unión Soviética el éxito en casi cualquier carrera socialmente significativa comportaba una invitación a ingresar en el partido. (Esto no quería decir que estos reclutas «funcionales» compartieran entonces con los viejos miembros del partido, para los cuales la política era una carrera, la posibilidad de formular la política a seguir; pero, de hecho, hay que señalar que se daba en la burguesía una diferencia análoga entre las personas cuya pertenencia a la clase dirigente era reconocida y las que dentro de la misma pertenecían al grupo *gobernante*.) Obviamente, la dispersión o destrucción, durante la etapa revolucionaria y de guerra civil, de la primitiva base social del partido, el pequeño proletariado industrial de la Rusia zarista, facilitó esta evolución del Partido Comunista. Y este proceso se vio acelerado aún más por el hecho de que, tras una generación del nuevo régimen, los cuadros individuales de la nueva sociedad se reclutasen en gran parte entre hombres y mujeres de origen obrero o campesino, los cuales habían forjado su carrera enteramente dentro y a través de ella, mientras que sólo una proporción cada vez más reducida se reclutaba entre los miembros o los hijos de antiguas familias burguesas y aristocráticas, a las que el régimen, como era natural, procuraba excluir. A pesar de todo, cabe sugerir que un proceso de esta índole se hallaba implícito en la «revolución proletaria», a menos que se tomaran medidas sistemáticas para contrarrestarlo.¹²

Así pues, el momento crítico es aquel en que triunfa la «revolución proletaria». Es en ese momento, cuando el supuesto antes razo-

12. No me refiero a los posibles acontecimientos que podrían hacer que grupos nutridos de cuadros individuales, en determinadas circunstancias históricas, prefiriesen *no* entrar en las organizaciones oficiales de «personas importantes», es decir, el partido.

nable de una identidad virtual entre clase y organización da paso a la subordinación de la primera a la segunda, que el «sustitucionismo» se vuelve peligroso. Mientras la organización continúe afirmando su identidad general *automática* con la clase, y niegue la posibilidad de que haya divergencias que no sean las de tipo más temporal y superficial, permanece abierto el camino que lleva a los abusos más extremos, incluyendo el estalinismo. De hecho, cierto grado de abuso es difícil de evitar, ya que es probable que la organización dé por sentado que sus puntos de vista y sus acciones representan los puntos de vista *reales* (o, como dice Lukács, la conciencia «atribuida») de la clase, y que si los puntos de vista reales de la clase se apartan de los suyos, estas divergencias son fruto de la ignorancia, la falta de entendimiento, la infiltración hostil, etcétera, y deben pasarse por alto cuando no suprimirse. Cuanto más fuerte sea la concentración de poder del partido junto con el estado, mayor será la tentación de hacer caso omiso de las divergencias o suprimirlas; e inversamente, cuanto más débil sea tal concentración, mayor será la tentación de fortalecerla.

Por consiguiente, los problemas de la democracia política, de las estructuras pluralistas, de la libertad de expresión, etcétera, serán *más* importantes que antes, con lo que no quiero dar a entender que su solución deba o debiera ser la del liberalismo burgués. Veamos un ejemplo obvio. Si en los sistemas socialistas los sindicatos pierden sus funciones de antaño y se prohíben las huelgas, entonces, prescindiendo de la justificación general y de las posibles ganancias globales para los trabajadores, éstos habrán perdido un medio esencial de influir en las condiciones en que viven y, a no ser que adquieran algún otro medio para alcanzar tal fin, habrán sufrido una pérdida neta. La burguesía clásica podía defender el equivalente de sus intereses «de conciencia sindical» de varios modos más o menos extraoficiales, allí donde dichos intereses chocaban con los intereses más amplios de la clase tal como los interpretaban los gobiernos. La clase trabajadora, incluso en los sistemas socialistas, sólo puede hacerlo por medio de la organización, es decir, sólo por medio de un sistema político de múltiples organizaciones o por medio de un solo movimiento que sea sensible a los puntos de vista de sus masas, es decir, por medio de una democracia interna efectiva.

¿Pero es éste un problema que afecta exclusivamente a las revoluciones proletarias y a los sistemas socialistas? Como ya hemos señalado, empiezan a surgir problemas parecidos a consecuencia de los

cambios que sufre la estructura de la economía capitalista moderna. Cada vez son más ineficaces los recursos constitucionales, jurídicos, políticos y de otra índole de que disponían las personas, según la creencia tradicional, para asegurarse la posibilidad de ejercer cierta influencia —aunque ésta fuese sólo negativa— sobre sus vidas y la sociedad en que vivían. Y esto no ocurre únicamente en el sentido en que tales recursos siempre han sido ineficaces para los «pobres trabajadores», salvo de un modo trivial, sino en el sentido de que cada vez están menos relacionados con la maquinaria real de la decisión tecnocrática y burocratizada. La «política» queda reducida a relaciones públicas y manipulaciones. Decisiones tan importantes como la guerra y la paz no sólo dejan a un lado los correspondientes órganos oficiales, sino que a veces las toman un puñado de banqueros centrales, un presidente o un primer ministro con uno o dos consejeros que actúan entre bastidores, una mezcla aún menos identificable de técnicos y ejecutivos, sin ni siquiera tener que someterse formalmente al control político. Cada vez más, la maquinaria clásica de la política «real» del siglo XIX gira en un vacío: los editoriales de los periódicos «de peso» los leen diputados que ocupan escaños secundarios, y de cuyas opiniones nadie hace caso, o ministros de los que se puede prescindir; y sus respectivos discursos son sólo un poco menos insignificantes que las gestiones privadas que llevan a cabo con los que realmente toman las decisiones, suponiendo que a éstos se les pueda identificar. Hasta los miembros del «Sistema» (o clase dirigente) pueden tener, como individuos, un grado de influencia poco mayor que los accionistas en cuyo beneficio (según la teoría jurídica) siguen dirigiéndose las empresas capitalistas. Crece la tendencia a que los verdaderos miembros de la clase dirigente sean las organizaciones más que las personas; no son los Krupp o los Rockefeller, sino la General Motors y la IBM, por no citar a la organización gubernamental y el sector público, con quienes se intercambian fácilmente los ejecutivos.¹³

13. En un nivel más bajo también parece que la diferencia entre sistemas políticos oficialmente liberal-democráticos y de otros tipos esté disminuyendo de modo notable. Ni el presidente De Gaulle, cuya constitución le garantizaba contra un exceso de injerencias electorales o parlamentarias, ni el presidente Johnson, que no gozaba de semejante protección, se vieron afectados de modo significativo por las presiones reconocidas en los sistemas liberales. Ambos eran vulnerables sólo a presiones muy distintas que funcionaban fuera de tales sistemas.

Así pues, las dimensiones políticas de la conciencia de clase y, sobre todo, la relación entre los miembros de la clase y las organizaciones, están cambiando rápidamente. Los problemas de las relaciones del proletariado con los estados de la clase trabajadora, o incluso las organizaciones a gran escala de su movimiento bajo el capitalismo, no son más que un caso especial dentro de una situación más general que se ha visto transformada por los imperativos de la tecnología y de la gestión pública o empresarial a gran escala. Esta observación no debería utilizarse sólo para marcar tantos en los debates. Nada es más fútil, nada enfurece más, que ver a las sartenes llamando «negras» a las calderas y creyendo que con ello resuelven el problema de la negrura. Las clases continúan existiendo y teniendo conciencia. Lo que hoy se halla en entredicho es la expresión práctica de esta conciencia, lo cual se debe a los cambios que se han producido en su contexto histórico. Pero puede que al llegar a este punto el historiador enmudezca, no sin alivio. Lo que le interesa como profesional no es el presente ni el futuro, aunque debería iluminarlos un poco, sino el pasado. No podemos hablar aquí de lo que es probable que ocurra y de lo que podemos o deberíamos hacer al respecto.

(1971)

3. LA RELIGIÓN Y LA ASCENSIÓN DEL SOCIALISMO

El moderno movimiento socialista de la clase obrera siempre ha ido acompañado de una ideología abrumadoramente secular que con frecuencia ha tenido un decidido carácter antirreligioso. La primera condición para ser miembro de la Liga Comunista, incluso antes de que Marx ingresase en ella, era «ser libre de toda religión, la independencia práctica de cualquier asociación eclesiástica o de cualquier ceremonia que no fuera exigida por el derecho civil».¹ A la inversa, las versiones religioso-políticas del socialismo y del comunismo siempre han sido fenómenos marginales y, en general, no muy importantes: quizá precursores del movimiento, como Wilhelm Weitling; quizá en los bordes excéntricos del mismo, donde abundaban los vegetarianos, los defensores del amor libre y otros partidarios acérrimos de lo que hoy llamaríamos contracultura y vida comunitaria. Verdad es que hubo unos cuantos movimientos obreros, especialmente británicos, cuyos activistas procedían en gran parte o pasaban por el sectarismo y el inconformismo protestantes y en los que a veces se advierte una interesante confluencia de la religión y la lucha de clases. Pero estos movimientos presentan también indicios de arcaísmo y, en todo caso, no hubo ningún socialismo cristiano de la clase trabajadora digno de consideración; lo único que existía era el socialismo clásico elaborado por pensadores seculares y expresado con la conocida terminología bíblica.²

Ahora bien, la secularización resulta extraña a primera vista, por-

1. Karl Marx-Friedrich Engels, *Werke*, Berlín, 1956 en adelante, vol. VII, p. 565.

2. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, cap. VIII. (Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983.)

que en el mundo en que nació el movimiento obrero moderno la religión era aún inseparable de la ideología del pueblo llano y proporcionaba el principal lenguaje para expresarla. Cabría esperar que los intentos de formular nuevos programas sociales en términos religiosos fueran, en el menor de los casos, tan prominentes como las herejías sociales y las sectas radicales lo habían sido en siglos anteriores y seguían siéndolo en muchas zonas rurales. ¿Acaso muchos trabajadores no eran al mismo tiempo gentes nacidas en pueblos o hijos de campesinos? ¿No sería de esperar que se mostraran receptivos a argumentos ideológicos arcaicos? Tenemos el caso de aquel secretario de una célula del Komsomol, en la Rusia soviética del decenio de 1920, al que los «evangelistas» convencieron de que el cristianismo había sido tergiversado por los sacerdotes en provecho propio, y que el evangelio era en realidad el socialismo que predicara Jesús; al conocer tales pormenores, el citado secretario llevó a toda su célula a la iglesia, donde leyó el evangelio.³ Viceversa, ¿no sería natural que los hombres y las mujeres educados en un ambiente imbuido de religión ofrecieran una resistencia considerable a movimientos tan visiblemente, y a menudo tan fanáticamente, ateos?

A decir verdad, es frecuente que nos encontremos con semejante resistencia de las masas. Los insurrectos antijacobinos de Nápoles que, como se recordará, creían que «el hombre que tiene pan y vino debe ser un jacobino», cantaban:

Nápoles no seguirá siendo república.
 He aquí el fin de la igualdad.
 He aquí el fin de la libertad.
 Vivan Dios y su Majestad.⁴

En el México del decenio de 1920 se desencadenó una guerra campesina a gran escala que, en nombre de Cristo Rey, combatía a los revolucionarios sin Dios de las ciudades. Y la izquierda universalmente librepensadora de los países musulmanes descubrió, como recuerda Rodinson, que «los ataques contra la religión eran, en general, inútiles o hasta perjudiciales». A menudo han estado tentados de utilizar

3. E. H. Carr, *History of Soviet Russia 1926-1929*, Penguin, Harmondsworth, 1974, vol. II, pp. 407-408.

4. Gaetano Cingari, *Brigantaggio, proprietari e contadini nel Sud (1799-1900)*, Reggio Calabria, 1976, pp. 54, 38.

la ideología a la que atacaban.⁵ Sin embargo, a veces los movimientos ateos hicieron progresos espectaculares hasta en las zonas campesinas tradicionalistas y entre el *menu peuple* tradicionalista de las grandes ciudades de antaño: en las zonas rurales de España capturadas por los anarquistas; en el antes católico y monárquico sur de Francia después de 1830; en la católica Viena después de 1870. En pocas palabras, la ideología religiosa tendía a retroceder, a la vez que la ideología secular imponía su dominio, aunque, una vez el movimiento obrero y socialista hubo conquistado a la masa de los que no se resistían seriamente a su secularismo, descubrió otra masa: la que —formada en su mayor parte por no proletarios— sí se oponía, y de modo bastante eficaz. El problema que se nos plantea es averiguar por qué el movimiento propiamente dicho tendía de modo general a estar comprometido con la irreligión, y por qué no era más fuerte la resistencia activa o pasiva que las masas oponían a esta irreligión. Y esto nos lleva a un problema más amplio: el de la secularización en el mundo moderno.

El proceso de secularización todavía dista mucho de haber sido comprendido claramente. Su síntoma o resultado más obvio es el descenso del número de miembros (voluntarios) de los grupos religiosos y de la participación en los ritos y actividades de los mismos. Sabemos algo acerca de esta decadencia en términos cuantitativos, aunque sólo disponemos de información fragmentaria en lo que se refiere al siglo XIX, sobre todo fuera de Francia. Pero, dejando a un lado las lagunas de que adolece nuestra información, ¿qué significa el citado proceso? La moda de los matrimonios civiles que se daba en partes de la Gran Bretaña victoriana, moda que a veces adquiría proporciones impresionantes, ¿nos dice algo sobre las actitudes populares ante los ritos de paso religiosos o es sólo un indicio de las dificultades técnicas de los matrimonios inconformistas? ⁶ Veamos un caso más elocuente: es obvio que en Francia el entierro civil constituía una importante ruptura con el catolicismo tradicional. Proudhon afirmaba que «el entierro fuera de la Iglesia es el símbolo de la resurrección so-

5. Maxime Rodinson, *Marxisme et monde musulman*, París, 1972, pp. 165-166; véase Irene Gendzier, *Frantz Fanon, A Critical Study*, Nueva York, 1973, p. 259.

6. Olive Anderson, «The incidence of civil marriage in Victorian England and Wales», en *Past and Present*, n.º 69 (1975), pp. 50-87; R. Floud y P. Thane, *ibid.*, n.º 84 (1979), pp. 146-154.

cial». ⁷ Es decir, pese a la ambivalencia de la frase, Proudhon, al igual que militantes posteriores a él, veía esa modalidad de entierro como un gesto de secularismo. (¿Pero hasta qué punto podemos considerar que el deseo de ser incinerado era un gesto deliberadamente secularista, aun cuando es evidente que los socialdemócratas alemanes lo tenían por tal?) ⁸ Con todo, parece ser que la génesis del entierro civil fue más compleja en la Provenza de comienzos del siglo XIX. ⁹ La Iglesia negaba el entierro religioso a los no creyentes así como a otros pecadores. Pero a ojos del pueblo, que en esta etapa estaba muy lejos de ser secularista, la muerte en sí misma requiere solemnización y todo hombre tiene el mismo derecho a las ceremonias religiosas que normalmente proporciona la Iglesia. Ésta hizo mal al negar tal derecho por motivos de doctrina o de moral, al menos a los miembros respetados de la comunidad.

Por consiguiente, el pueblo recurría al entierro no religioso a falta de ceremonia religiosa, y fue así cómo empezó en Provenza la ritualización secular de lo que más adelante sería una demostración de militancia antirreligiosa. La iniciativa, en lo que hace a la secularización, surgió de la Iglesia, que «defendía la postura moderna de que el catolicismo es una opción entre otras, mientras que sus adversarios, antepasados de la moderna izquierda secularista, le exigían que proporcionase un servicio público universal». La actitud del pueblo no era secular. Más bien entrañaba que «la verdadera religión era el culto a los muertos, mientras que la Iglesia era una máquina ceremonial, más concretamente una máquina creada para producir entierros rituales». De hecho, en el sincretismo tradicional de la religión popular y del cristianismo doctrinal se abrió una brecha en la que, a partir de entonces, fue posible introducir la cuña del secularismo.

Casi no hace falta añadir que los secularistas se apresuraron a ensanchar la brecha citada. Ningún acontecimiento social irradiaba unas vibraciones más poderosas y solemnes, ni hacía que la mente se concentrara de forma más intensa en la condición humana, que los cere-

7. P.-J. Proudhon, *Oeuvres complètes*, II, p. 458, citado en Gabriel Le Bras, *Études de sociologie religieuse*, 2 vols., París, 1955-1956, I, p. 261.

8. Heiner Grote, *Sozialdemokratie und Religion. Eine Dokumentation für die Jahre 1860 bis 1875*, Tübinga, 1968, p. 134. *The British Dictionary of Labour Biography* (Bellamy y Saville, eds.) proporciona algunos datos relativos a la incineración de militantes obreros.

9. M. Agulhon, *La république au village*, París, 1970, pp. 181 ss.

moniales de la muerte y su conmemoración, en especial cuando se conmemoraba a líderes y mártires. Aun en el caso de que algunos revolucionarios seculares (por ejemplo, los seguidores de Blanqui) no hubieran utilizado sistemáticamente el movimiento favorable al entierro civil para tener acceso a la clase trabajadora parisiense, haciendo que al final el culto político a los muertos se transformara en un floreciente ritual revolucionario,¹⁰ no habría sido muy difícil descubrir el potencial que la muerte ofrecía para las manifestaciones colectivas. Si la muerte ya no era el derecho de todo el mundo, sino sólo de los que contaban con la aprobación de la religión oficial, también podía expresar otras opciones ideológicas, tales como las del lema de «La Llama», la sociedad pro incineración organizada por los socialdemócratas austríacos: «Proletario en vida, proletario en la muerte, y enterrado con el espíritu del progreso cultural». La aparición de ceremonias seculares para la muerte susceptibles de ser asociados con movimientos también seculares permitió, probablemente más que cualquier otra cosa, que los movimientos obreros y socialistas partidarios del secularismo adquiriesen la dimensión ritual a la que estaban acostumbradas sus masas.

Así pues, debemos guardarnos de los hechos y las estadísticas escuetos. Lo que necesitamos es conocer las actitudes que se adoptaban: por ejemplo, ante las principales festividades religiosas, algunas de las cuales salieron indemnes de la secularización (quizá, como en el caso de la Navidad, porque se convirtieron en festividades familiares privadas), mientras que otras, como las dos festividades primaverales,¹¹ mostraron señales de que eran objeto de reinterpretación ideológica antes de transformarse en simples vacaciones. Como tan a menudo ocurre en la historia social, las cuestiones nuevas revelan o crean sus propias fuentes. Pueden ser cualitativas, como la investigación precursora de Obelkevich sobre el Lincolnshire del siglo XIX; o cuantitati-

10. Véase Patrick Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition: The Blanquists in French Politics, 1864-1893*, Berkeley, 1981, pp. 53-58.

11. Heiner Grote, *Sozialdemokratie und Religion...*, pp. 139-150, para las tendencias a transformar Pascua y Pentecostés en algo que prefiguraba las ceremonias del posterior «Primero de Mayo» (al respecto, véase M. Dommanget, *Histoire du Premier Mai*, París, 1953, p. ej., p. 343). (Hay trad. cast.: *Historia del primero de mayo*, Laia, Barcelona, 1976².) Para la Navidad, véase G. Luschner, V. Stoltetteiskanen, C. Ward, «Family ritual and secularization (a cross-national study...)», en *Social Compass*, XIX (1972), pp. 519 ss.

vas, como el importante análisis que hizo Vovelle de los testamentos y las inscripciones funerarias provenzales, o el estudio de la onomástica, que justo acaba de comenzar. Así, Agulhon ha empezado con el interesante descubrimiento de que, entre los numerosos clubs sociales que había en el Var durante el período 1830-1848, los que llevaban el nombre de algún santo ya eran menos que los que habían adoptado un nombre secular, que, en general, más que ideológico o político, era literario, humorístico o absurdo.¹² En resumen, el historiador de este difícil tema tendrá que obrar con cautela, al menos de momento.

Con todo, la pertenencia a grupos religiosos y la participación en ritos debe ser un indicador principal, sea cual fuere su significado exacto. Poca duda cabe de que a partir de mediados del siglo XIX, o quizá de sus postrimerías, la práctica de la religión disminuyó en todas partes, aunque se registraron recuperaciones esporádicas o localizadas del entusiasmo por las vocaciones religiosas.¹³ Hasta los inconformistas británicos, tras un período de rápido crecimiento a partir de mediados del siglo XVIII, sufrieron una pérdida relativa de terreno a partir de finales del XIX antes de decaer absolutamente en el XX.¹⁴ No se conoce la importancia de la no participación en la religión antes de mediados del siglo XIX, aunque en algunas zonas era considerable, por ejemplo en París, donde en 1875 se cifraba ya en un 12 por 100 el número de niños que no eran bautizados, a la vez que se celebraban de espaldas a la religión el 12,6 por 100 de los matrimonios y el 21 por 100 de los entierros.¹⁵ La descristianización era desigual y había

12. J. Obelkevich, *Religion and Rural Society: South Lindsay 1825-1875*, Oxford, 1976; M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation*, París, 1973; M. Vovelle, «Les attitudes devant la mort: problèmes de méthode, approches et lectures différentes», en *Annales E.S.C.*, XXXI (1976), pp. 120-132; J. Delumeau, «A propos de la déchristianisation», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXII, 1975, pp. 52-60; Agulhon, *La république...*, pp. 238-239.

13. Para estos casos de recuperación de las vocaciones religiosas, véase, para España, R. Duocastella, «Géographie de la pratique religieuse en Espagne», en *Social Compass*, XII (1965), p. 262, y, para partes del norte de Italia, M. Toscani, «Ordinazione e clero nella diocesi di Lodi 1775-1900. Alcuni aspetti storico-sociologici», en *Rivista di Storia della Chiesa in Italia*, XXVIII (1974), pp. 183 ss.

14. A. D. Gilbert, *Religion and Society in Industrial England: Church, Chapel and Social Change 1740-1914*, Londres, 1976, cap. 2.

15. F. Boulard, «La déchristianisation de Paris. L'évolution historique du nonconformisme», en *Archives de Sociologie des Religions*, XXXI (1971), pp. 69-98.

grandes variaciones en la práctica religiosa, aunque en el siglo xx la apatía empezó a afectar incluso a los más piadosos.¹⁶

El ocaso de la práctica religiosa no debe confundirse con la conversión en regla al «descreimiento», que siguió siendo siempre un fenómeno minoritario, principalmente de la izquierda política, que lo consideraba símbolo del compromiso. Una minoría atea considerable es una señal casi segura de que existe una fuerte tradición izquierdista, como en Emilia, en Solingen (con poco menos de un 14 por 100 de ateos en 1950), o en partes de los Países Bajos.¹⁷ Lo contrario no es necesariamente cierto: en el Basso Mantovano, una de las diversas regiones donde la versión agraria de la lucha de clases ha tendido a descristianizar al proletariado rural (otras son Frisia, el Alentejo y Andalucía),¹⁸ el Partido Demócrata-cristiano no obtuvo siquiera el voto de todos los católicos practicantes.¹⁹ Sin embargo, las cifras del ateísmo oficial, incluso cuando se dispone de ellas, generalmente están por debajo del descreimiento real, tal como indican los sondeos de opinión; está claro que el 1,6 por 100 de austríacos que en 1934 se declararon irreligiosos no reflejan la importancia del descreimiento en una formación tan manifiestamente atea como el Partido Socialista

16. La asistencia a misa entre los hombres en las dos divisiones más piadosas de la diócesis de Angers descendió de 96,2 y 91 por 100 en 1898 a 74,6 por 100 y 49,2 por 100 en 1960; véase F. Boulard, «La pratique religieuse en France, 1802-1939: les pays de Loire», en *Annales E.S.C.*, XXXI (1976), p. 768. Para el espectacular ocaso de las vocaciones a mediados del siglo xx, véase André Tihon, «Les religieux en Belgique du XVIII^e au XXI^e siècles: approche statistique», en *Belgisch Tijdschrift voor nieuwste Geschiedenis - Revue Belge d'Histoire Contemporaine*, VII (1976), pp. 1-54.

17. L. Bedeschi, «Il comportamento religioso en Emilia-Romagna», en *Studi Storici*, IX (1969), pp. 387 ss.; D. Goldschmidt, F. Greiner, H. Schelsky, eds., *Soziologie der Kirchengemeinde*, Stuttgart, 1960, pp. 199-200, 38-39.

18. Para los Países Bajos y Frisia, véase Jakob P. Kruijt, *De onkerkelijkheid en Nederland: haar verbreiding en oorzaken*, Groningen-Batavia, 1932; para el Alentejo, A. Querido, «Éléments pour une sociologie du conformisme catholique au Portugal», en *Archives de Sociologie des Religions*, VII (1959), pp. 144-152; *L'ateismo contemporaneo*. Edición de la Fac. Filos. della Pontificia Università Salesiana de Roma, Turín, 1967, I, p. 88; para Andalucía, R. Duocastella, «Géographie de la pratique religieuse en Espagne», en *Social Compass*, XII (1965), pp. 253-302, esp. 282.

19. Aldo Leoni, *Sociologia e geografia religiosa di una diocesi: saggio sulla pratica religiosa nella diocesi di Mantova*, Roma, 1952, pp. 179-180; para otras zonas religiosas pero «rojas», véase Erich Bodzenta, *Die Katholiken in Österreich*, Viena, 1962, pp. 75-76.

austriaco. Podemos señalar de paso que el período en que con mayor rapidez crece el ateísmo oficial coincide con el apogeo de la Segunda Internacional, 1890-1914. El porcentaje de librepensadores en Dinamarca, los Países Bajos e Italia se duplicó *grosso modo* entre 1900 y 1910 y se triplicó sobradamente en Noruega. (En números absolutos sólo era grande en Italia y los Países Bajos.)²⁰

Es posible formular con confianza unas cuantas generalizaciones sobre esta disminución. Vemos que fue invariablemente mucho más acentuada entre los hombres que entre las mujeres, de tal modo que el grado de «feminización» de los ritos religiosos proporciona un indicador excelente del grado de indiferencia religiosa, pero no del progreso del librepensamiento. Los hombres y las mujeres parecen haberse convertido al secularismo juntos.²¹ Por el motivo que fuese, es probable que empezara antes y fuera más marcado en las ciudades, y más acentuado en las poblaciones grandes que en las pequeñas.²²

El problema de la religión de la clase obrera resulta confuso, en parte porque los trabajadores característicos de la protoindustrialización (tejedores que utilizaban telares a mano, oficiales artesanos, mineros, etc.) eran muy dados a la excitación religiosa o a la heterodoxia, en parte porque mucha industrialización tuvo lugar en pueblos y en ciudades pequeñas. No obstante, «más allá de cualquier duda posible»,²³ los trabajadores de las ciudades participaban menos que los otros en la práctica religiosa formal, y virtualmente todas las investigaciones que se han realizado a lo largo del tiempo revelan indiferencia relativa o irreligión entre la clase trabajadora. Así, en España,

20. *Annuaire International de Statistique*, La Haya, 1916, pp. 146 ss. A las cifras italianas se llega sumando las personas que se declaraban «sin ninguna religión» y el número insólitamente elevado de las que se negaban a contestar a la pregunta o sencillamente no respondían a ella. El porcentaje de ateos reales subió de 0,11 a 2,52.

21. Alrededor del 40 por 100 de las personas sin religión en los censos italiano y holandés de 1910 eran mujeres. Véase también S. Bonnet, C. Santini, H. Barthélémy, «Appartenance politique et attitude religieuse dans l'immigration italienne en Lorraine sidérurgique», en *Archives de Sociologie des Religions*, XIII (1962), pp. 45-72.

22. Para una correlación especialmente clara, la diócesis de Estrasburgo, véase Le Bras, *Études...*, I, p. 184.

23. Hugh McLeod, «Class, community and religion: the religious geography of nineteenth-century England», en *Sociol. Yearbook of Religion*, VI (1973), p. 47. Para un juicio más matizado, véase F. Isambert, *Christianisme et classe ouvrière*, París, 1961.

los trabajadores de las fábricas ocupaban el lugar más bajo en el cuadro de clasificación que refleja ambos fenómenos, la elevada y la baja religiosidad.²⁴ En resumen, podemos mostrarnos de acuerdo con los clérigos del siglo XIX que no tenían la menor duda de que «la introducción de una fábrica trae la des cristianización»,²⁵ aunque no siempre ocurría así en la mina, hasta que la conciencia de clase empujó a los mineros a formar parte de movimientos asociados con la irreligión. La migración, normalmente del campo a la ciudad, y el contacto con la ciudad provocaron un descenso de la práctica de la religión, en ciertos casos incluso entre el campesinado.²⁶

Esta generalización significa sólo que en las sociedades tradicionales la religión forma parte de las estructuras tanto de la autoridad como de la comunidad, estructuras que el desarrollo del capitalismo moderno rompe, destruye o transforma. Como demuestra Allum, la religiosidad napolitana refleja, incluso hoy día, el hecho de que la *Gesellschaft* no acertó a sustituir a la *Gemeinschaft*.²⁷ Este cambio por sí solo no produce un crecimiento del secularismo y del racionalismo entre las masas, excepto en la medida en que la religión deja de tener el monopolio virtual de la formación y la comunicación de ideas entre el pueblo llano. Pierde este monopolio, en efecto, pero, por muy inevitable que sea desde el punto de vista histórico, la secularización no es espontánea. La producen tanto los cambios habidos en la estructura de la autoridad (por ejemplo, la sustitución de un estado feudal por otro burgués) como los cambios en el seno de la comunidad, la sociedad y los modos de vida que hacen que los lenguajes seculares de las ideas estén más cerca del pueblo llano (por ejemplo, a través de la alfabetización y los escritos seculares); y también puede ser fruto de experiencias colectivas que provocan cambios en la

24. M. Argyle, *Religious Behaviour*, Londres, 1958, y «Religious observance», en *International Encyclopedia of the Social Sciences* XIII; Duocastella, *Social Compass*, XII (1965), pp. 253-302.

25. Y. M. Hilaire, «Les missions intérieures face à la déchristianisation pendant la deuxième moitié du XIX siècle dans la région du Nord», en *Revue du Nord*, n.º 46 (1964), p. 65.

26. Bodzenta, *Die Katholiken...*, p. 77, comenta la supervivencia de una tradición de religiosidad campesina cada vez más erosionada, cuya debilidad revela «el súbito descenso de la asistencia a la iglesia en cuanto se establece contacto con la industria o la ciudad».

27. P. Allum, *Politics and Society in Post-war Naples*, Cambridge, 1973, pp. 58 ss.

ideología popular (por ejemplo, las revoluciones). Cuando no se producen estos cambios, la erosión de la religión no va acompañada automáticamente de un escepticismo activo.

Veamos ahora los posibles centros de independencia crítica y de ideas alternativas que hay entre las filas del pueblo llano. Existen siempre algunos centros potenciales de este tipo, aparte de los que son meramente ajenos a la estructura de la comunidad y la autoridad y, por ende, tienen pocas probabilidades de influir en ella: la gente viajera y otras personas marginales. Así, en la Francia del siglo XVIII existían los taberneros (*cabaretiers*), los naturales «*anti-curés* del pueblo» porque competían simultáneamente por los mismos clientes. Como el puritanismo va acompañado de la templanza, normalmente no eran tan significativos en países con una tradición sectario-radical tales como Gran Bretaña, pero fueron muy importantes para el movimiento socialista tanto en Alemania como en Francia. El 27 por 100 de los militantes marxistas (guesdistas) de Roubaix, así como dos tercios de los concejales socialistas de dicha ciudad a mediados del decenio de 1890 eran *cabaretiers*.²⁸ También estaban los vinicultores, asociados de forma tan permanente con el librepensamiento, que detectar religiosidad entre ellos causaba sorpresa: «Los hombres de Sancerre —dijo uno de los clérigos que informaron a Le Bras— solían ser muy fervorosos, aun cuando eran vinicultores».²⁹ El catolicismo es indudablemente débil en la totalidad de las principales regiones vitícolas de Francia. Esta correlación podemos interpretarla como nos plazca (señalaré, dicho sea de paso, que no parece aplicable a otros países).

De modo más general, estaban los artesanos, notorios por su independencia del control de los terratenientes en el pueblo,³⁰ y, sobre todo, lo que Maitron denominó «los oficios sedentarios que permiten a un hombre “filosofar” mientras ejecuta tareas que le son familiares»,³¹ en especial, por supuesto, aquellos conocidos trabajadores-intelectuales y disidentes que eran los zapateros. No sabemos cuándo dejaron la especulación religiosa al estilo de Jacob Boehme para abrazar

28. Claude Willard, *Les Guesdistes*, París, 1964, p. 237, nota.

29. Le Bras, *Études...*, I, p. 135. Para posibles aclaraciones, T. Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1973, pp. 168-169.

30. A. D. Gilbert, *Religion and Society...*, pp. 107-109.

31. Jean Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, París, 1975, I, p. 131.

el ateísmo, pero su interés por las ciencias naturales ya era motivo de chistes en la Austria de Metternich. Y no deja de ser natural que cuando semejantes hombres eran núcleos en potencia de enemigos del Sistema, se sintieran atraídos por doctrinas y movimientos que criticaban específicamente a la autoridad en su forma religiosa, que, para ellos, era inseparable de sus otras formas. Sébastien Faure, hablando en nombre de todos los anarquistas de la masa, nos recuerda que «en la sociedad de hoy la autoridad adquiere tres formas principales que producen tres formas de coerción: (1) la forma política: el estado; (2) la forma económica: el capital; (3) la forma moral: la religión».³² Como sabemos, Tom Paine no era ateo ni mucho menos. No era Dios, sino las iglesias y las instituciones religiosas las que, a su juicio, eran «máquinas del poder» y resortes que trataban de «aterrozar y esclavizar a la humanidad, y monopolizar el poder y el beneficio».³³ Con todo, la distinción no resultaba muy clara para muchos. Ya fueran secularistas o disidentes religiosos, los activistas y los líderes de los movimientos plebeyos y obreros eran casi por definición críticos del Sistema, así en su forma laica como en la religiosa.

Sin embargo, al tratar de estos hombres y grupos, sencillamente no podemos aislarlos del resto de la sociedad. La clase no es una simple relación entre grupos, sino que es también la coexistencia de los mismos en el seno de un marco social, cultural e institucional creado por los de arriba. El mundo de los pobres, por complejo, independiente y separado que sea, es un mundo subalterno y, por ende, incompleto en algunos sentidos, pues normalmente da por sentada la existencia del marco general de los que tienen hegemonía o, en cualquier caso, su propia y casi permanente incapacidad para hacer mucho al respecto. Acepta la citada hegemonía, incluso cuando pone en entredicho algunas de sus implicaciones, y la acepta principalmente porque no hay más remedio. Las ideas, los modelos y las situaciones que le permiten pasar a la acción tienden a llegarle desde fuera, aunque sólo sea porque la iniciativa que cambia las condiciones a escala nacional procede de arriba o porque los mecanismos de difusión de ideas se generan fuera. Sólo en el siglo XIX generó o se identificó la propia clase obrera con una fuerza potencialmente hegemónica —el movimiento obrero y socialista organizado— que brindaba la posibilidad

32. Maitron, *Le mouvement anarchiste...*, I, p. 21.

33. Thomas Paine, *The Age of Reason*, Nueva York, 1945, I, pp. 1-2.

de, por ejemplo, transformarse en un sistema de gobierno nacional, como es el caso de los partidos comunistas después de las revoluciones. Esto es una novedad histórica. No obstante, incluso esta hegemonía potencial, aunque se basa en la movilización y el apoyo activo de las masas, al menos antes de la transferencia de poder, deriva su ideología, sus programas y sus estrategias principalmente de personas y fuentes ajenas al mundo de las clases subalternas: de intelectuales mayormente burgueses como Marx y Engels, de la filosofía alemana, de la economía política británica y del socialismo francés. No hace falta que nos ocupemos aquí del porqué.

Al analizar el proceso de secularización, debemos tener presentes tanto la importancia de las decisiones procedentes de arriba, que cambian el escenario en el cual las clases subalternas se forman sus opiniones, como el papel de las élites en el sistema hegemónico; y el papel de la cultura y la ideología hegemónicas. Así, la secularización en Sesto Fiorentino, la primera comuna socialista en la Toscana, dependía en gran medida de la unificación nacional: la creación del estado nacional, en el cual la masa de los habitantes no participaba muy activamente. Como dice su historiador, el difunto Ernesto Ragioneri:

El primer planteamiento de este cambio surgió de la burguesía liberal. Aunque no representara un obstáculo para el control ideológico que sobre las clases populares ejercía el clero, difícilmente podía dejar de minarlo. Habiendo constituido el estado nacional y el estado burgués, la burguesía no podía por menos de proporcionar un estímulo inicial y decisivo a la desintegración de la vida parroquial, ya fuese deliberadamente o, más a menudo, de modo involuntario.³⁴

Por ejemplo, mediante el refuerzo de la autoridad autónoma de organizaciones seculares como el municipio, simbolizadas, pongamos por caso, por el nuevo ayuntamiento y el traslado de los mercados de la plaza de la iglesia a otra. A mediados del siglo XIX eran constantes las fricciones entre los sacerdotes de la diócesis de Orleans y tales instituciones laicas, sencillamente porque éstas —aunque en modo alguno eran secularistas— veían con malos ojos que la Iglesia interviniere en sus asuntos: los municipios, las sociedades musicales, el cuerpo de

34. Ernesto Ragioneri, *Un comune socialista: Sesto Fiorentino*, Roma, 1953, pp. 153-159.

bomberos.³⁵ Estos grupos eran, por así decirlo, funcionalmente anticlericales. He aquí un ejemplo más elocuente: la secularización registró una subida espectacular en Francia durante los años en que el anticlericalismo dominó la política francesa —de 1880 en adelante— y, sobre todo, durante los años que culminaron con la separación de la Iglesia y el estado. En la diócesis de Limoges, que era una región notoriamente desecristianizada, hubo sólo un 2,5 por 100 de niños no bautizados, un 5,75 por 100 de entierros civiles y un 14 por 100 de matrimonios civiles en 1899. En 1907, hubo un 25 por 100 de no bautizados, un 23 por 100 de entierros civiles y un 48,5 por 100 de matrimonios civiles; después, las cifras se estabilizaron un poco.³⁶ Bien podemos argüir que el Lemosín estaba listo para la desecristianización; pero es evidente que los acontecimientos que provocaron la deserción en masa fueron nacionales en lugar de locales.

Asimismo, la influencia de las élites es significativa y puede ser decisiva, especialmente en el campo, como Agulhon demuestra con gran claridad en el caso del Var. En una etapa posterior, gran parte de la burguesía francesa fue catolizada de nuevo, pero para entonces el conflicto y la conciencia de clase fortalecieron el anticlericalismo de sus trabajadores. Sin embargo, ni la influencia de las élites ni la deferencia ante ellas deberían confundirse con las otras razones que unieron la cultura plebeya a la de la clase media.

De modo más general, las clases populares caen bajo la influencia de la cultura hegemónica porque ésta es, en cierto sentido, la única cultura que funciona como tal por medio de la alfabetización: la construcción de una lengua nacional estándar pertenece a la élite alfabetizada.³⁷ El proceso de lectura y escolarización se encarga de difundirla, incluso de modo no intencional. El repertorio más tradicional de la literatura popular contiene inevitablemente ricos yacimientos cuyo origen está en las clases altas, como ocurre en la *Bibliothèque Bleue* de los siglos XVII y XVIII.³⁸ Menocchio, el ateo de pueblo del siglo XVI, cuya historia ha sido contada de forma brillante por

35. Le Bras, *Études...*, I, p. 71; C. Marcilhacy, *Le diocèse d'Orléans sous l'épiscopat de Mgr Dupanloup, 1849-1878*, París, 1962.

36. Le Bras, *Études...*, I, p. 150.

37. E. J. Hobsbawm, *The Age of Capital 1848-1875*, Londres, 1975, cap. 5. (Hay trad. cast.: *La era del capitalismo*, 2 vols., Labor, Barcelona, 1981².)

38. R. Mandrou, *De la culture populaire en France aux XVIIe et XVIIIe siècles, la Bibliothèque bleue de Troyes*, París, 1964.

Carlo Ginzburg,³⁹ reviste interés precisamente porque, como persona alfabetizada, podía «confrontar los libros con la tradición oral en la que se había criado». Ginzburg empieza diciendo que para él los libros, sobre todo los *Viajes de Mandeville*, eran más que nada el catalizador de sus propias ideas extraídas de la tradición popular. Con todo, la verdad es que la función popular más importante de los libros no era fertilizar así a unos cuantos autodidactas solitarios y originales, que impresionan pero raramente son influyentes. La mayoría de los lectores populares, al igual que la mayoría de los lectores de cualquier otra clase, son seguidores. No quiero decir con ello que toda la alta cultura es agente de la propaganda clasista; que los libros son, por así decirlo, burgueses por su propia naturaleza. Al contrario, las ideas populares no pueden entenderse sin tener presente la hegemonía de la alta cultura. Tomemos, por ejemplo, el fenómeno que Racioneri data en los últimos decenios del siglo XIX y, sobre todo, los primeros quince años del XX: en su pueblo de la Toscana se adquirió la costumbre de abandonar los nombres de pila católicos por otros seculares, lo cual tiene obvios matices ideológicos y políticos. Ciertamente es que a veces los militantes cogen manifiestos políticos muy conocidos y los cuelgan del cuello de sus desventurados hijos: Espartaco, Galileo, Benito Mussolini o —para recordarles otro caso particularmente irónico— Walt Whitman Rostow y Eugene V. Debs Rostow. Pero lo más frecuente es que escojan nombres de la ópera, el teatro y la literatura: Rigoletto y Rigoletta, Aida, Tosca, Torquato, Dante. Significativamente, la alta cultura se convierte en el medio de romper con la tradición antigua en la base.

Si esta posibilidad existe, es sólo porque la cultura burguesa del siglo XIX está, al menos en teoría, abierta a todos y es, de hecho, una invitación a ser compartida por todos. El famoso librepensador de pueblo Konrad Deubler, allá en el remoto Goisern de la Alta Austria, no hubiera tenido a Shakespeare en su bien provista biblioteca si la cultura burguesa no hubiese insistido en traducirlo.⁴⁰ No era sólo posible, sino también atractivo, para hombres que compartían la ideolo-

39. Carlo Ginzburg, *Il formaggio ed i vermi: il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, 1976, pp. XXIV-XXV. (Hay trad. cast.: *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1981.)

40. Sobre Deubler, véanse Arnold Dodel-Port, *Konrad Deubler*, 2 vols., Leipzig, 1886, y Gernart Baron, *Der Beginn: Die Anfänge der Arbeiterbildungsvereine in Oberösterreich*, Linz, 1971, pp. 53-100, *passim*.

gía de los nuevos tiempos, para la cual la tradición constituía un obstáculo, es decir, los valores de la Ilustración. En la medida en que compartían con la burguesía y las élites educadas un objetivo común y un adversario común encarnado por «la reacción», «el privilegio» y «la aristocracia» —en resumen, hasta el descubrimiento de que el patrono era el principal adversario del trabajador y, quizá, incluso más allá de ese momento—, esta alianza siguió siendo fuerte, tal vez decisiva. Para citar de nuevo el caso de Deubler: este radical molinero de pueblo y más tarde posadero era a la vez amigo y corresponsal de escritores, científicos y filósofos radicales pertenecientes a la burguesía —el anciano Feuerbach pasaba sus vacaciones con él—, protector de las primeras organizaciones de salineros que pronto se convertirían en socialdemócratas, y amigo de los Kautsky. De esta manera confirma, dicho sea de paso, la observación que hizo Agulhon sobre las «capas intermedias (artesanos, intelectuales inferiores), los grupos de categoría intermedia (electores calificados por ser propietarios y electores municipales) y las redes de influencia intermedia (por ejemplo, las actividades de las asociaciones voluntarias)». ⁴¹

En general, los campesinos tradicionales desdeñaron la nueva ideología, no sólo porque eran tradicionales, sino también porque los nuevos tiempos —y aquellos que eran los portadores, como los habitantes de las ciudades —no parecían traer más que problemas. Incluso cabría argüir que la secularización tentaba mucho menos a las mujeres, puesto que el nuevo mundo burgués estaba dominado principalmente por los varones. ⁴² Por el contrario, los trabajadores y, sobre todo, los artesanos cualificados, respondieron de modo positivo porque la tradición únicamente les ofrecía disgregación y desdichas; porque el nuevo mundo era el único en que vivían; o porque, a pesar de todo, tenían que poner sus esperanzas, no en el regreso a algún modelo idealizado del pasado, en el que no había lugar para gente como ellos, sino en el futuro.

Sin embargo, la nueva ideología no despertó el interés de las clases trabajadoras por ella misma, sino sólo como parte de un conjunto que incluía la lucha por una vida mejor; es decir, a través de algo

41. Agulhon, *La république...*, p. 474.

42. Sobre el «machismo» de los Radicales franceses, que eran la quintaesencia del «librepensamiento» y el anticlericalismo, véase Jean Touchard, *La gauche en France depuis 1900*, París, 1977, p. 113.

parecido al movimiento obrero. Los hombres no se convertían en librepensadores, sino en «librepensadores obreros». Así, ciertos pueblos izquierdistas de Provenza «no practican la religión porque son republicanos. Afirman que de algún modo les es imposible estar al mismo tiempo a favor de la república y de la religión».⁴³

Así, pues, las ideas racionalistas socialistas y burguesas convergieron ideológicamente, aunque para la gran masa de personas corrientes estas ideas tenían que ser mediadas por el compromiso político, así como por la acción y la organización políticas. Los dos grupos se hallaban vinculados, no sólo por una ideología común, sino también por la creencia que había debajo de ella: la creencia en el progreso, la educación, la ciencia, y la necesidad de superar una tradición que obstaculizaba la liberación, tanto personal como colectiva. Sin duda esto tenía significados divergentes en los cerebros burgueses y en los de la clase trabajadora: Jules Ferry, el anticlerical, pensaba que ciencia y democracia eran gemelas,⁴⁴ los marxistas sostenían la misma opinión acerca de la ciencia y el socialismo y los anarquistas, convencidos de que todo podía lograrse «con una pistola y una enciclopedia»,⁴⁵ hablaban también de la abolición inmediata del estado. Todos estos grupos compartían la confianza en la ciencia y la ilustración, a diferencia de los conservadores, que albergaban profundas suspicacias en relación con ambas cosas; y todos (en especial Charles Darwin) creían en la misma ciencia, sobre cuya incompatibilidad con la teología un profesor norteamericano escribió un libro célebre y muy grueso;⁴⁶ compartían la misma fe en la ciencia, en la letra impresa y en la educación. Los socialistas ingleses, que procedían principalmente del campo de la disidencia, compartían esta actitud con los socialdemócratas alemanes, todos ellos oficialmente marxistas. Caxton, Gutenberg y Darwin se encontraban entre los grandes liberadores del mundo. No por nada una obra anticlerical no socialista como *Moisés o Darwin*, de Dodel, fue leída, en las bibliotecas socialdemócratas alemanas, más

43. Le Bras, *Études...*, I, p. 163; diócesis de Nimes.

44. G. Duveau, *Les instituteurs*, París, 1957, p. 122; véanse también los extractos del «Contre-catéchisme élémentaire», citados por J. Touchard, *La gauche...*, p. 76 de R. Rémond, *L'anticléricalisme en France de 1815 à nos jours*, París, 1976.

45. Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, ed. de 1977, p. 62. (Hay trad. cast. *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1983^o, 2 vols.)

46. Andrew D. White, *The Warfare of Science with Theology*, Nueva York, 1896.

que cualquiera de las obras de Marx y hasta de Kautsky. A esta obra se hace alusión en muchas autobiografías intelectuales de trabajadores alemanes.⁴⁷

Así, pues, unirse a un movimiento de emancipación —de auto-liberación a través de la liberación de la clase— entrañaba un antitradicionalismo militante, tanto si dicho movimiento era de ideología atea como si no. La diferencia entre las lecturas del militante obrero británico y las de su colega alemán, allá por 1900, es mucho menor de lo que cabría suponer. Y así tenía que ser, dado que los movimientos pretendían cambiar la vida y las esperanzas personales aquí y ahora, además de alcanzar fines políticos y económicos. Aparte de ser otras cosas, las que fuesen, los movimientos obreros eran también «revoluciones culturales» de este tipo, y en ningún lugar lo eran más que entre los peones rurales anarquistas de España o en los pueblos de Francia e Italia. ¿Cuál fue el efecto de lo que Agulhon acertadamente denomina «la relevación» de la república entre los trabajadores del corcho de las montañas que hay más allá de la Riviera francesa? Entre otras cosas, una participación masiva de mujeres obreras en la política; la oposición de estas mujeres a que sus hijos aprendieran el catecismo; y aquel síntoma de la revolución cultural que ya hemos señalado en Sesto Fiorentino: poner a los hijos nombres seculares y militantes.⁴⁸ Por consiguiente, diría yo que el aumento del ateísmo, visible en tantos lugares antes de 1914, se vio quizá acelerado, pero no puede ser explicado por acontecimientos tales como la separación de la Iglesia y el estado en Francia. Fue a la vez el subproducto y, en la medida en que afectaba a muchos de los militantes, uno de los contenidos esenciales de la ascensión del movimiento obrero.

A la inversa, la visible decadencia de la religión organizada a mediados del siglo xx también originó un aflojamiento del anticlericalismo militante en la izquierda. Incluso en 1948 un observador francés comentó que «las declaraciones de fe en el ateísmo, el comportamiento ateo, están desapareciendo en los medios de la extrema izquierda de las ciudades». A medida que la religiosidad de las zonas derechistas disminuye hasta quedar en un nivel sólo levemente superior al de

47. H.-J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie: zur Ideologie der Partei vor dem ersten Weltkrieg*, Hanover, 1967, pp. 43-50, 129-139; W. Emmerich, ed., *Proletarische Lebensläufe I: Anfänge bis 1914*, Reinbek, 1974, pp. 284-285, 287, 294.

48. Agulhon, *La république...*, pp. 321-329.

las zonas izquierdistas descristianizadas, en éstas se abandona la costumbre ostensiva de no bautizar a los hijos.⁴⁹ La religión y la antirreligión dejan de ser los criterios con que se mide el compromiso. Dios moribundo ya no puede ser el gran enemigo del progreso.

Siempre habían existido límites a la militancia secularista, toda vez que a los políticos prácticos no les gustaba abandonar a posibles seguidores con «prejuicios religiosos» o reliquias de la fe antigua en manos de los reaccionarios.⁵⁰ Partidos como el PSD (socialdemócrata) alemán atenuaron la propaganda atea, aunque sin abandonar sus convicciones racionalistas. En teoría, el cambio les resultó más fácil a los socialistas, ya que para los marxistas el secularismo no era un fin en sí mismo; y estaban convencidos (con razón) de que los trabajadores no se hacían racionalistas debido a la propaganda atea como tal, sino al ingresar en el movimiento de su clase. A pesar de ello, la emancipación personal y social de la tradición fue lo que obtuvieron muchos militantes de su ingreso en el movimiento. El secularismo militante creció a partir de las masas o bases, donde al socialismo, o en especial al anarquismo, se le consideraba menos un programa político que una conversión personal y una «revolución cultural». La fe existía para ser destruida por principio y no para conciliarla. No importaba que esta intransigencia aislase a veces a los activistas.⁵¹ Más significativo es el hecho de que los movimientos militantemente ateos no tuvieran dificultades para granjearse el apoyo de las masas, tanto entre los trabajadores como en algunas zonas rurales, aunque, precisamente por este mismo hecho, dejaban a otras regiones y a otros grupos que se resistían en manos de los que agitaban las banderas o blandían las porras de Dios.

Aunque la irreligión atrajese a los cuadros plebeyos, no hay pruebas de que en sí misma poseyera algún atractivo especial para las masas. Además, aunque puede argüirse que ciertos entornos —por ejem-

49. L. Lavandeyra, «S^t Maur-des-Fossés», en P. George, ed., *Études sur la banlieue de Paris*, París, 1950, p. 109; Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*, París, 1971, pp. 71-72. Entre 1929 y 1955 la costumbre de no bautizar en los tres cantones más anticlericales del departamento del Sarthe descendió del 34, el 25 y el 41 por 100 al 8, 11 y 10 por 100 respectivamente.

50. E. Poulat, «Socialisme et anticléricalisme: une enquête socialiste internationale», en *Archives de Sociologie des Religions*, X (1960), pp. 109-132.

51. Comentario de un belga al responder a la encuesta resumida por Poulat: «Las revoluciones sociales siempre las hace una minoría. Sólo después las entienden las masas».

plo, la gran ciudad— tendían inevitablemente a erosionar las prácticas religiosas basadas en la estructura comunitaria del pueblo o la ciudad pequeña, gran parte del desarrollo industrial tuvo lugar en comunidades pequeñas que distaban mucho de ser adversas a la religión, como demuestra la persistente tendencia al pietismo y a las sectas de muchos tipos entre trabajadores industriales que realizaban sus tareas fuera del taller, o incluso entre mineros, aunque a veces esto quedaba disimulado por su adhesión en masa a movimientos obreros de signo ateo.⁵² En cualquier caso, hasta en la gran ciudad la constante llegada de inmigrantes rurales debería haber contrarrestado la descristianización, pero es obvio que sólo lo hizo momentáneamente. El argumento según el cual los inmigrantes se descristianizan a causa de la conmoción cultural no ha sido probado hasta ahora,⁵³ y sigue siendo dudoso, aunque la eliminación del fuerte control social que existe en el pueblo surte un efecto obvio. Nuestro problema no es tanto el atractivo indudable de la irreligión como la débil resistencia de la religión. Es verdad que cuanto mayor es la apatía o indiferencia religiosa de un entorno, menor resistencia cabe esperar que se oponga a las ideologías activamente irreligiosas, aunque los grupos extremadamente apáticos, tales como los estratos más bajos de la clase obrera y el subproletariado, puedan, por la misma razón, resistirse a cualquier ideología.

En primer lugar, la religión oficial, teológico-eclesiástica, siempre fue débil entre las masas, a diferencia de la religión extraoficial, mágico-ritual, que las iglesias o bien adoptaron, aceptaron o pasaron por alto «con el objeto de impedir la formación de dos religiones».⁵⁴ Para ser militante, esta religión tenía que unirse una vez más tanto a la

52. La evolución religiosa de los peones típicos del período de «proto-industrialización» (respecto de este concepto, véanse F. Mendels, «Proto-industrialization: The first phase of the industrialization process», en *Journ. Econ. Hist.*, XXXII, 1972, pp. 241-261, y especialmente Hans Medick, «The proto-industrial family economy: the structural function of household and family during the transition from peasant society to industrial capitalism», en *Social History*, I, 1976, pp. 291-315) requiere investigación, pero no podemos ocuparnos de ella aquí.

53. Véase F. Boulard, *loc. cit.*, pp. 87-88, que demuestra que la población descristianizada de París consistía tanto en gente de la localidad como en los inmigrantes que constantemente aflujaban a ella y asimilaban rápidamente la pauta local. Para dudas acerca de la «conmoción cultural», McLeod, *Sociol. Yearbook of Religion*, VI, 1973, p. 47.

54. A. Gramsci, *Il materialismo storico*, Turín, 1949, pp. 87-88. Para este substrato, véase Obelkevich, *Religion and Rural Society...*, cap. V.

Iglesia oficial (como consiguió que lo hiciera la Iglesia católica, mas no la Iglesia de Inglaterra, a partir del decenio de 1860) como a la oposición política a partidos que podían identificarse, entre otras cosas, con la irreligión. No fue éste un proceso espontáneo, aunque la tradición histórica pudiera facilitararlo.⁵⁵ Hay suficientes ejemplos de poblaciones piadosas, por no decir supersticiosas o incluso clásicas, que votaron a favor de una izquierda «sin Dios» (el 40 por 100 de los sicilianos y los sardos en el polarizado decenio de 1950 no veían ninguna incompatibilidad entre el catolicismo y el comunismo)⁵⁶ para que nos guardemos de las ecuaciones sencillas. Pero no podemos suponer que los elementos escépticos, y a veces ferozmente anticlericales, que hay dentro de esta subreligión popular la acerquen más a los secularistas. Nada tiene que ver con el racionalismo moderno el proverbio siciliano que dice: «Curas y frailes: vamos a misa y les pegamos patadas en los riñones».⁵⁷

En segundo lugar, en el siglo XIX la ideología religiosa de la revuelta ya empezaba a retroceder en vez de ser dominante (al menos en la Europa occidental), quizá porque su ideal comunitario (*gemeinschaftlich*) iba perdiendo progresivamente en importancia política específica. La revuelta religiosa en defensa del pasado contra el futuro, por revolucionarias que sean sus implicaciones, sigue siendo capaz de movilizar considerables masas rurales, como ocurrió con los movimientos sanfedista, carlista o cristero, pero bajo la forma de «la buena religión de antaño». La «reforma» o disidencia religioso-ideológica, en

55. El mapa electoral moderno suele registrar divisiones antiguas, como la existente entre los católicos y los hugonotes, entre la aceptación y el rechazo de la Revolución francesa, o entre el norte austríaco de Italia, en el cual los sacerdotes representaban la italianidad, y el norte pontificio del mismo país, donde representaban el gobierno de Roma, es decir, entre la democracia cristiana del Véneto y el comunismo de Emilia-Romagna. Véanse G. Braga, *Il comunismo fra gli italiani*, Milán, 1956, pp. 56-57; y M. Lagrée, «La structure pérenne: événement et histoire en Bretagne orientale XVI-XXes siècles», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXIII (1976), pp. 395-407, que sigue la división derecha/izquierda (religiosa/secular) en una región hasta el decenio de 1580.

56. E. Caranti, «Sociologia e statistica delle elezioni italiane nel dopoguerra», Roma, 1954, p. 142; Bois, *Paysans...*, pp. 25-26, 63-64, que vuelve a examinar cuestiones planteadas en A. Siegfried, *Tableau politique de la France de l'Ouest*, París, 1965.

57. Carlo Ginzburg, «Folklore, magia e religione», en *Storia d'Italia I: I caratteri originali*, Turín, 1972, p. 670.

carnada principalmente por sectas o por grupos religioso-socialistas específicos, puede formar y movilizar cuadros, aunque en la actitud política de éstos no hay nada distintivamente religioso, pero raras veces a las masas.⁵⁸ En su mayor parte, el fenómeno esporádico del «revivalismo» de masas es ajeno a la política. Si bien se dan casos de conversión al protestantismo en la sociedad industrial católica,⁵⁹ su importancia es escasa. El socialismo o comunismo religioso es un fenómeno marginal. Los conceptos modernos pueden traducirse al lenguaje religioso («Cristo fue el primer socialista») para que resulten aceptables o comprensibles, pero siguen siendo empecinadamente modernos. Los ejemplos más notables de auténticas recreaciones religioso-ideológicas de la sociedad habidas desde la Revolución francesa no tienen ningún vínculo con la izquierda secular o de cualquier otro tipo. Buen ejemplo de ello son los mormones.

En tercer lugar, la influencia de las iglesias tradicionales menguó tan pronto como (1) se alteró la comunidad a la que encarnaban y, por ende, las relaciones de clase dentro de ella,⁶⁰ y (2) cuando, por consiguiente, fue posible identificar la religión con los gobernantes, los explotadores y los opresores, excepto cuando, cual fue el caso de los países poseedores de una fuerte tradición sectario-radical, la disidencia adquirió forma de sectarismo. Fue así cómo los artesanos vieneses, famosos por su religiosidad en el decenio de 1850, explicaron su defección en el de 1890.⁶¹

58. Quizá sería posible construir una ideología política partiendo de las afirmaciones saturadas de Biblia de los sindicalistas rurales adscritos al Metodismo Primitivo (véase *Bull. Soc. Stud. Labour History*, XXXIII (1976), p. 6, y E. J. Hobsbawm, *Primitive rebels*, ed. de 1971, pp. 190-191, pero el lazo principal de la secta era el mantenimiento de sus reglas de conducta, por ejemplo, abstenerse del alcohol.

59. Isambert, 1958, p. 21. Véase Giorgio Spini, «Movimenti evangelici nel Italia contemporanea», *Riv. Stor. Ital.*, LXXX (1968), pp. 463-498, para la relación con la ascensión de los movimientos socialistas en Italia.

60. Esto se recalca acertadamente, en lo que se refiere a Lincolnshire, en Obelkevich, *Religion and Rural Society...*, caps. II, VII.

61. E. Schwiedland, *Kleingewerbe und Hausindustrie in Österreich*, Leipzig, 1894, II, pp. 264-265: «Los que entre ellos no se limitan a calificar este cambio ... de progreso explican la indiferencia predominante ante las cuestiones religiosas, a veces no sin cierta amargura, como consecuencia del comportamiento profundamente no cristiano de las clases dirigentes y poseedoras para con el proletariado, lo que hace que la acción del estado a favor de la religión entre los pobres y los oprimidos parezca un estratagema de las clases altas, esencialmente no cristianas, para proteger sus intereses de clase».

Precisamente estas amenazas a la posición de la Iglesia procedentes de una sociedad identificada con «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna» y, de forma creciente, nacidas también de la pérdida de poder del estado, empujaron a la institución eclesiástica a buscar una alianza con la derecha política, con lo que automáticamente toda persona situada en la izquierda política se alió con el anticlericalismo y, en los países católicos, con la irreligión. Hasta personas sin ningún compromiso anterior empezaron a mostrarse hostiles a la fe porque ésta era hostil a su causa, o porque la causa de dichas personas era hostil a la fe.⁶²

Así, en el siglo XIX, al tiempo que el tejido social en el que se apoyaba la religión tradicional se iba desgastando, la propia religión tenía ya pocos medios efectivos de protegerse de los movimientos de masas que casualmente llevaban el secularismo consigo, aunque la historia y (por ejemplo, en el caso de los irlandeses y los polacos) la identidad nacional fueron una ayuda. Allí donde tales movimientos no presentaban ningún matiz secularista, la cuestión sencillamente no tenía importancia. Aunque los orígenes y compromisos religiosos de los activistas obreros británicos revisten gran interés para los historiadores, no hay ninguna prueba de que los sindicalistas o los votantes obreros, a menos que fuesen católicos disciplinados, prestasen mucha atención a si sus representantes eran creyentes o agnósticos. Wesley y Marx marcaban grados de radicalismo más que atributos para con Dios.

Actualmente estas tendencias retroceden hacia el pasado, al menos en los países cristianos. Las Iglesias quedan en libertad de desplazarse hacia la izquierda, ya que ni la derecha ni el apoyo del estado pueden protegerlas ya de la erosión. Es posible, pues, que algunos cristianos alberguen la esperanza de conservar o (lo que es más dudoso) recuperar el apoyo de masas a las que se cree identificadas con la izquierda. Se trata de un fenómeno sorprendente. Por el contrario, algunos partidos de la izquierda marxista, en su intento de ampliar su apoyo, se inclinan más a abandonar su tradicional identificación con la irreligión activa. Y, pese a todo ello, sean cuales fueren las actitudes políticas de las personas o entidades religiosas, la religión sigue

62. Esto lo sugiere Bois, *Paysans...*, p. 64, de acuerdo con Siegfried: «antes que el clericalismo, sería el anticlericalismo el factor decisivo en una toma de posición».

siendo principalmente una fuerza conservadora, en la acepción básica de la palabra. Hasta la subreligión popular de las masas fue siempre conservadora, pues encarnaba la defensa de la costumbre, es decir, de la forma en que se hacían las cosas en el pasado. La religión más fuerte sigue siendo la religión del pasado.

La tensión entre la religión y el progreso persiste allí donde la religión continúa teniendo fuerza y donde se cree que el progreso exige los cambios espectaculares en el comportamiento personal y en los valores sociales que la masa de la gente no está dispuesta a hacer o, al menos, no quiere hacer cuando se lo piden sus líderes. Así, la irreligión y el anticlericalismo parecen ser cuestiones de vida o muerte en los países que inician una rápida modernización, como, en cierto sentido, creían estar haciendo tantas burguesías del siglo XIX: así ocurre, sobre todo, en países en los que el progreso llega mediante la revolución y los gobiernos se sienten lo suficientemente poderosos como para obligar a sus ciudadanos más atrasados a aceptar la verdad evidente. Tanto más es así cuanto que sus propios activistas han luchado hasta liberarse de las tinieblas y la superstición en que vivían sus padres. En la Gran Bretaña del siglo XIX, los secularistas más apasionados tendían a proceder de las familias más fuertemente religiosas.⁶³ No existen destructores más feroces de la tradición que los hombres y las mujeres —por ejemplo, los cuadros campesinos formados en algún ejército revolucionario— que conocen la fuerza de lo que tratan de destruir y lo odian con un odio que es a la vez personal y social.⁶⁴ Puede que el espíritu del militante anti-Iglesia, martillo de la tradición, esté muriendo en los países occidentales junto con el espíritu del militante de la Iglesia. Pero hay sitios donde todavía está muy vivo: por ejemplo en la China de los decenios de 1960 y 1970.

(1978)

63. Susan Budd, *Varieties of Disbelief. Atheists and Agnostics in English Society 1850-1960*, Londres, 1977; E. Royle, *The Infidel Tradition from Paine to Bradlaugh*, Londres, 1976; *Radicals, Secularists and Republicans: Popular Freethought in Britain, 1866-1915*, Manchester, 1980.

64. Véase, p. ej., Paul Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Englewood Cliffs, 1970, pp. 60-64, 89-90, 120-123.

4. ¿CUÁL ES EL PAÍS DE LOS TRABAJADORES?

Si es un error suponer que los trabajadores no tienen país, igualmente engañoso es creer que sólo tienen uno y que nosotros sabemos cuál es. Hablamos de las clases trabajadoras francesa, alemana o italiana y con ello indicamos, muy acertadamente, que las fuerzas más importantes entre las que definen a determinada clase obrera son las de la economía nacional del estado en el que vive un trabajador, así como las leyes, las instituciones, las prácticas y la cultura oficial de dicho estado. Un peón irlandés que emigre a Boston, un hermano suyo que se establezca en Glasgow y un tercer hermano que se vaya a Sydney seguirán siendo irlandeses, pero pasarán a formar parte de tres clases trabajadoras muy diferentes, cada una de ellas con su propia historia. Al mismo tiempo, y como da a entender este ejemplo, también es un error suponer que los miembros de tales clases trabajadoras nacionales son o fueron alguna vez cuerpos homogéneos de franceses, alemanes o italianos, o, incluso aunque ellos se consideraran como tales, que no se ven divididos por otras demarcaciones colectivas o que se identifican *exclusivamente* con el estado que define su existencia efectiva como clase y movimiento organizado. También es un error creer que tal identificación es eterna, que no cambia. Estos supuestos se basan en los mitos del nacionalismo moderno, que fue un invento del siglo XIX. Aunque no son completamente ficticios, no son mucho más realistas que el supuesto contrario: que la identidad nacional o de la comunidad no tiene nada que ver con el proletariado.

Sin duda es posible descubrir países en los que la clase trabajadora es nacionalmente homogénea en este sentido (quizá Islandia, con sus 250.000 habitantes, sea uno de ellos), pero, a efectos prácticos, podemos olvidarnos de semejantes casos. Todas las clases trabajadoras na-

cionales tienden a ser heterogéneas y a poseer múltiples identificaciones, aunque para ciertos fines y en ciertos momentos algunas parezcan mayores que otras. Un enlace sindical hindú de Slough puede verse a sí mismo, para determinado fin, como miembro de la clase trabajadora británica (a diferencia de su hermano, que se quedó en la India), para otro fin, como persona de color (a diferencia de los blancos), para otro como un hindú (a diferencia de los británicos o los paquistanés), para otro más, como sij (a diferencia de los cristianos, hinduistas o musulmanes), como nativo del Punjab (a diferencia de un nativo del Gujerat), probablemente también como alguien nacido en determinada zona y determinado pueblo del Punjab y, desde luego, como miembro de determinada red de parentesco. Huelga decir que algunas de estas identificaciones, por importantes que sean a efectos cotidianos (por ejemplo, al preparar el matrimonio de un hijo o una hija), son más bien subordinadas desde el punto de vista político.

Asimismo, una identificación no excluye las otras. Los andaluces, vascos y catalanes que combatieron contra Napoleón lo hicieron como españoles, sin que por ello perdieran en lo más mínimo el sentido de las diferencias que separaban a unos de otros. Lo que es más: semejantes identificaciones cambian con el paso del tiempo, además de con el contexto de la acción. Hubo peones sicilianos y calabreses que se fueron a Norteamérica y se convirtieron en norteamericanos, pero al mismo tiempo comenzaron a considerarse —cosa que probablemente no habían hecho antes— como italianos que pertenecían, hasta cierto punto, no sólo a su antiguo país, sino también a una nación cuyos miembros se hallaban dispersos por todo el mundo, desde la Argentina y el Brasil hasta Australia. A la inversa, trabajadores que en otro tiempo se tenían primordialmente por belgas, pese a que hablaban dos lenguas muy distintas y mutuamente incomprensibles, hoy día se identifican a sí mismos principalmente como flamencos o valones francófonos.

Estas identificaciones múltiples dan pie a algo que se parece a un problema «nacional» en el seno de las clases trabajadoras sólo cuando se obstaculizan seriamente unas a otras. En la medida en que es posible juzgarlo, antes de 1914 no existía ningún problema nacional grave en las minas del sur de Gales, donde inmigrantes ingleses, galeses de habla inglesa, galeses que hablaban su propia lengua, un puñado de españoles y, sin duda, representantes de unas cuantas minorías más trabajaban juntos, se afiliaban a la Federación de Mineros

del Sur de Gales y apoyaban al Partido Laborista. En cambio, sí existía tal problema en el Ruhr, donde una masa de mineros inmigrados de Polonia, separados de los alemanes por la lengua y del librepensador Partido Socialdemócrata por su catolicismo, se mostraba muy reacia a dar su apoyo al partido de su clase. Y tenemos también el caso extremo de los Estados Unidos, donde la clase trabajadora consistía sobre todo en inmigrantes que al principio eran incapaces de entender la lengua del país y las lenguas de otros grupos de inmigrantes: no hay duda de que sus diferencias nacionales y lingüísticas hicieron más difícil la formación de una conciencia de clase obrera, aunque no la impidieron del todo y, ciertamente, no fueron un obstáculo para la formación de una conciencia política general de los inmigrantes pobres: la de los «norteamericanos étnicos» que, pese a sus luchas internas, formaban colectivamente la base del Partido Demócrata en las grandes ciudades. Pero es indudable que no crearon ningún problema político grave para el país que oficialmente les daba la bienvenida y que se mostraba neutral en lo referente a sus distintas religiones. La misma gente que en sus estados de origen (por ejemplo, los irlandeses en el Reino Unido, los polacos en Rusia y Alemania, los checos en Austria) constituía un «problema nacional» que amenazaba la unidad política, o incluso la existencia, de dichos estados, en la otra orilla del océano tenía una importancia que apenas rebasaba la propia de la nominación de candidatos para las elecciones municipales.

A decir verdad, el ejemplo de los irlandeses en Gran Bretaña ilustra este fenómeno. La mayoría de ellos eran a la vez trabajadores y, de modo muy consciente, católicos e irlandeses. Hasta que los veintiséis condados se separaron del Reino Unido, la mayoría de ellos encontraban una fórmula que permitía combinar la identificación nacional y la de clase mediante el apoyo o la alianza con partidos y movimientos que afirmaban ser favorables a ambas o, en modo alguno, hostiles a las dos. (Pocos candidatos nacionalistas irlandeses se presentaron a las elecciones en Gran Bretaña y, aparte de la circunscripción Scotland de Liverpool, ninguno de ellos fue elegido.) Los sindicatos de marcado matiz irlandés (al Sindicato Nacional de Trabajadores Portuarios se le solía llamar «el sindicato irlandés») se comportaban de forma muy parecida a los demás sindicatos. Sin duda esto se veía facilitado por el hecho de que el movimiento que afirmaba representar «al pueblo» o a la clase trabajadora —liberales, laboristas

y socialistas— se oponía a la opresión en Irlanda, participaba en las protestas contra ella y, a decir verdad, apoyaba la reivindicación de autogobierno para una Irlanda unida que defendían los nacionalistas irlandeses. Después de la separación de Irlanda, el grueso de los irlandeses católicos de Gran Bretaña, en la medida en que estuvieran organizados y votasen, sin duda gravitó hacia los partidos de su clase. Tampoco parece que el que gozaran de derechos políticos duales crease dificultades dignas de consideración: incluso hoy día se da el caso de que los irlandeses que votan a los laboristas en Gran Bretaña no se sienten necesariamente obligados a votar al laborismo o a otro partido de la clase trabajadora cuando vuelven a la República de Irlanda.

Esta integración relativamente tranquila resulta más notable si tenemos en cuenta que a nivel de masas los sentimientos anticatólicos y antiirlandeses eran poderosos y a veces feroces en Gran Bretaña, y en modo alguno únicamente en Liverpool y Glasgow. Asimismo, en el caso de los trabajadores del Ulster o británicos orangistas, la identificación protestante se cruzaba de modo indiscutible tanto con la identificación de clase como con la nacional. A pesar de todo, para el grupo mayoritario entre los irlandeses, quizá precisamente porque era tan evidente que constituían una mayoría, la doble identificación como irlandeses y (cuando se encontraban en Gran Bretaña) como trabajadores británicos parece haber estado relativamente libre de problemas.¹

Así pues, prácticamente todas las clases trabajadoras llamadas «nacionales» son un rompecabezas formado por grupos heterogéneos. Por un lado, el devenir histórico ha tendido a soldarlos en bloques de escala más o menos nacional, de tal manera que las diferencias entre los nativos del condado de Kerry y los de Tipperary se ven subordinadas al «irlandesismo» general (exceptuando, quizá, cuando hay por medio alguna competición deportiva); o las diferencias entre alemanes católicos y luteranos, a la «alemanidad» general (excepto a fines de identificación electoral). Semejante «conciencia nacional» a escala

1. El problema de los militantes republicanos en Gran Bretaña que se consideraban o se consideran a sí mismos como exclusivamente irlandeses antibritánicos y el de los irlandeses «católicos maleados», que a menudo se hallaban situados en el ala más militante de los movimientos obreros británicos, habría que considerarlos por separado. Pero, al menos desde el decenio de 1880, este problema, desde el punto de vista numérico, afecta a minorías reducidas.

también nacional es históricamente reciente, aunque algunos ejemplos (tal vez el «inglesismo») se remontan a tiempos bastante más lejanos. Pero, por otro lado, la movilidad y los cambios demográficos de la sociedad contemporánea, a la que cabe calificar esencialmente de «mundo en movimiento», crean nuevos lazos y nuevas fricciones que rompen estos bloques.

Así, la migración en masa a las minas del sur de Gales, principalmente desde Inglaterra, creó una clase trabajadora que era muy galesa, pero dejó de hablar galés, intensificando de esta manera las tensiones calladas entre la mayoría anglófona de los galeses y la minoría de habla galesa, que se hallaba concentrada en algunas regiones e iba disminuyendo. Una migración mucho más pequeña hacia el norte de Gales —que, sin embargo, no fue absorbida por el tejido de la estructura social del país— ha producido, como sabemos, considerable fricción entre los galeses y los ingleses de esa región y, en algunas partes, ha hecho que las lealtades políticas se desplazaran del Partido Laborista, que es globalmente británico (y heredero de otro partido igualmente británico, el Liberal), al partido de los nacionalistas galeses, el Plaid Cymru. De modo parecido, incluso sin migración, los cambios habidos en la economía, la sociedad y la política pueden trastornar la pauta estable de relaciones entre grupos diferentes, con resultados imprevisibles y a veces catastróficos. En años recientes este fenómeno lo hemos visto en Chipre, donde griegos y turcos coexistían desde hacía tiempo, y en el Líbano, notorio rompecabezas formado por cristianos maronitas, ortodoxos y de diversas variantes católicas, musulmanes sunnitas y chiítas, árabes, armenios, drusos y otros grupos. Con todo, es casi seguro que los principales trastornos han sido fruto de la movilidad de las masas, de nuestras transformaciones económicas y sociales que entrañan la migración de masas dentro de un estado o de un estado a otro. Ni la industrialización capitalista ni la socialista son concebibles sin ella. Y esto produce los problemas especiales de los «forasteros» o «extranjeros», problema que en muchas regiones ya había sido creado por las pautas precapitalistas de asentamiento y colonización. Es obvio que esto afecta de modo muy directo a la clase trabajadora.

Hay que señalar dos aspectos de la mezcla de comunidades diferentes, uno de cuyos ejemplos más claros es la relación entre «nativos» e inmigrantes.

En primer lugar, tenemos la cuádruple modalidad del equilibrio

entre los dos. Podemos olvidarnos del caso (a), el de un país donde no hay emigración de la clase trabajadora ni tampoco inmigración, lo cual es demasiado infrecuente como para ser tenido en cuenta. El caso (b), un país con poca emigración pero con una inmigración significativa, es relativamente raro, aunque podríamos incluir a Francia en esta categoría. Los franceses, si bien han recibido masas de trabajadores extranjeros desde la industrialización, nunca han traspasado sus fronteras. El caso (c) es bastante más común: países con poca inmigración pero con mucha emigración: en el siglo XIX Noruega y el territorio de la actual República de Irlanda fueron ejemplos obvios. El caso (d), que es probablemente el más común en la Europa industrial, consiste en países con un grado importante tanto de emigración como de inmigración, como en la Gran Bretaña y la Alemania del siglo XIX. Ambos fenómenos, la emigración y la inmigración, influyen en la historia de las clases trabajadoras nacionales porque, como sabe todo irlandés, la emigración no corta los vínculos entre los exiliados y el país natal, y la historia de su movimiento obrero no es una excepción. Tranmael, el líder del movimiento obrero noruego durante la primera guerra mundial y después de ella, había estado afiliado a los Industrial Workers of the World en los Estados Unidos, que era el país adonde emigraban los noruegos. Tom Mann emigró a Australia y luego volvió a Gran Bretaña. En cuanto al movimiento irlandés, su historia aparece llena de emigrantes que regresaron: Davitt, Larkin, Connolly.

El segundo aspecto se refiere a la complejidad de la pauta de migración y la distribución de los grupos migratorios. Las personas que emigran de un estado o grupo nacional o bien pueden formar una corriente única hacia una región, sólo hacia ella, del mismo modo que los campesinos de la Creuse en la Francia central se trasladaban a París para trabajar en calidad de peones de la construcción, o pueden desplegarse y producir de esta manera una diáspora temporal o permanente susceptible de adquirir proporciones mundiales. Durante el siglo XIX, en cualquier parte del mundo donde hubiera minas de roca dura cabía encontrar grupos de hombres nacidos en Cornualles. La contrapartida de este fenómeno tiene todavía más interés para nosotros.

En algunas regiones o países el juego de los «extranjeros» tiene sólo dos jugadores: polacos y alemanes en el Ruhr, vascos y españoles en el País Vasco. Con mayor frecuencia la clase trabajadora con-

tiene un sector de inmigrantes compuesto por una variedad de «forasteros» de distintos tipos, divididos entre ellos mismos además de separados de los nativos, y hay un caso extremo en el que la clase trabajadora se compone predominantemente de inmigrantes, como sucedió en los Estados Unidos, la Argentina y el Brasil durante el principal período de migración de masas antes de 1914. Sin embargo, sea mayor o menor el número de jugadores, la pauta que suele formarse es de especialización laboral, o una especie de estratificación nacional.

Así, en 1914 había en el Ruhr pocas minas que no tuvieran una mayoría de mineros polacos e incluso hoy día en Gran Bretaña todo el mundo da por sentado que las obras están llenas de irlandeses. Lo que tiende a enfrentar a un grupo nacional, religioso o racial de trabajadores contra otro no es tanto la especialización laboral propiamente dicha, como la tendencia a que un grupo ocupe y pretenda monopolizar los puestos de trabajo más cualificados, mejor pagados y, por ende, más deseables. Semejantes divisiones y estratificaciones se producen incluso en las clases trabajadoras homogéneas desde el punto de vista nacional, pero no cabe duda de que se ven enormemente exacerbadas cuando coinciden con divisiones lingüísticas, de color, de religión o de nacionalidad. Belfast es un lamentable y obvio ejemplo de ello.

Con todo, las diferencias entre comunidades por sí solas no han impedido que los movimientos obreros organizaran a los trabajadores saltándose este tipo de divisiones. En Viena, el poderoso Partido Socialdemócrata unía a trabajadores checos y alemanes. Antes de 1914 las diferencias entre trabajadores flamencos y valones en Bélgica eran tan insignificantes, desde el punto de vista político, que una obra clásica que trata del socialismo en dicho país y fue escrita por dos líderes del Partido Laborista belga no se molestó ni siquiera en mencionar la «cuestión flamenca». Hoy día, cuando todos los partidos belgas se encuentran divididos lingüísticamente, el lema «Trabajadores de Todas las Tierras, Uníos» inscrito en flamenco en la Bolsa del Trabajo de Gante constituye un triste recordatorio de esta unidad perdida. Clases trabajadoras muy unificadas y con una fuerte conciencia de clase se han formado a partir de una mezcla de nativos y de diversos grupos de inmigrantes, como en la Argentina. Y se han creado movimientos obreros únicos (por ejemplo, en la India) a partir de un conglomerado de castas, grupos lingüísticos y religiones que son hostiles unos a otros y hablan lenguas que los demás no comprenden. A este respecto, in-

cluso en el Ulster, donde fuera del astillero o del muelle los hombres temían perder la vida a manos de proletarios católicos o protestantes, estos mismos hombres estaban —y quizá estén aún— dispuestos a actuar conjuntamente en los conflictos laborales dentro de su lugar de trabajo. El problema histórico, además de práctico, estriba en descubrir en qué circunstancias puede nacer, funcionar o dejar de funcionar esta unidad de clase.

Cabe sugerir tres circunstancias en las que divisiones naturales o entre comunidades pueden desunir fatalmente a las clases trabajadoras. A veces esta desunión surge de la influencia de movimientos nacionalistas o políticos de otro signo ajenos a la clase trabajadora; de cambios rápidos e importantes en la composición de dicha clase (o, de modo más general, en la sociedad) que las pautas establecidas no son capaces de absorber; y del intento de mantener condiciones desproporcionadamente favorables limitando de modo estricto la entrada en la clase trabajadora.

El último caso es probablemente el menos común, porque, si bien está bastante generalizada la tendencia a formar «aristocracias obreras», la exclusión general es bastante infrecuente, excepto si se impone por motivos del color de la piel y el sexo, dos barreras que, a causa de su visibilidad, son muy difíciles de saltar. Con todo, allí donde funciona o ha funcionado esa exclusión general (por ejemplo, la política de la Australia «blanca», las leyes de exclusión de los chinos en los Estados Unidos y la discriminación contra los negros en la industria sudafricana), no hay duda de que ha surgido principalmente de dentro de la clase trabajadora local, que goza de una insólita posición favorable y teme perder sus condiciones excepcionalmente ventajosas. Allí donde el éxito de la exclusión es total, no se produce ninguna escisión en la clase trabajadora, toda vez que los excluidos lo son por completo. Allí donde los favorecidos y los que carecen de privilegios coexisten, cual es el caso de la república de Sudáfrica, en la práctica tienden a formarse dos clases trabajadoras paralelas y quizá mutuamente hostiles. No obstante, en la industrialización capitalista y puede que también en la socialista es poco frecuente que la clase obrera se vea favorecida de un modo tan constante o que sea tan fuerte como para imponer una exclusividad general permanente. Así, pues, incluso los movimientos obreros basados en el intento de crear congeries de aristocracias obreras, como ocurría en la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, pretendían ser inclusivos, esto es,

reconocían que lo ideal era lograr la organización de todos los trabajadores y, ciertamente, de todos los que tenían probabilidades de penetrar en el recinto que reservaban para su oficio u ocupación. Naturalmente, dentro de un movimiento tan extenso deberían salvaguardarse las ventajas especiales de la aristocracia obrera.

Los cambios sufridos por la composición social de la clase trabajadora pueden ser divisivos, toda vez que trastornan las pautas sociales establecidas y permiten que las rivalidades que se dan en el seno de la clase adquieran una coloración nacional o colectiva de otro tipo, o que las líneas de clase coincidan con las nacionales u otras. Éste ha sido el peligro en regiones como Cataluña y, más aún, el País Vasco, donde el desarrollo industrial atrae a masas de trabajadores españoles que tardan en aprender a hablar catalán y todavía más en aprender el vascuence y se ven más bien despreciados por los catalanes nativos o temidos por los vascos de origen. Ninguna persona conocedora de los problemas de las minorías de color en Gran Bretaña estaría dispuesta a subvalorar el consiguiente sentimiento de hostilidad recíproca e incluso de temor que se da entre distintos grupos de trabajadores. Esto resulta todavía más dramático si se tiene presente que, tradicionalmente, los movimientos obreros organizados se han opuesto activamente a los prejuicios nacionales, raciales o religiosos. Al mismo tiempo, es dudoso que estas fricciones *por sí solas* tengan una importancia decisiva. Es sobre todo cuando el estado y sus instituciones intervienen —empujados, por ejemplo, por la exigencia de monopolio lingüístico, de igualdad jurídica, de autonomía o de separatismo— que se vuelven explosivas, como, por desgracia, ha ocurrido en el Ulster. De hecho, tradicionalmente los grupos minoritarios nacionales y regionales de los estados, en especial cuando se componen de trabajadores, han tendido, si todo lo demás sigue igual, a apoyar al partido de masas del ala progresista de la política de la nación mayoritaria, por considerar que era el que más probabilidades ofrecía de defender sus intereses como minorías. Incluso en la actualidad los negros y los blancos «étnicos» de Norteamérica, dos grupos que se tienen mutua antipatía, tienden a votar a favor del Partido Demócrata, a la vez que los trabajadores hindúes y antillanos de Gran Bretaña tienden a dar su voto a los laboristas a pesar del racismo de muchos trabajadores blancos que votan al laborismo.

No obstante, las fuerzas divisivas más poderosas, encarnadas por partidos y movimientos políticos como, por ejemplo, los inspirados

por el nacionalismo, proceden de fuera de las clases trabajadoras. A lo largo de la historia los movimientos de esa índole casi nunca han tenido su origen en dichas clases, aunque a menudo han procurado atraérselas. Eran divisivos, no sólo porque, como es natural, acentuaron las distinciones lingüísticas, religiosas, físicas y de otro tipo entre «su» sector de una clase trabajadora heterogénea y el resto, sino también porque sus objetivos se contradecían por definición con los de la conciencia de clase. Pretendían colocar la línea divisoria entre «la nación» (incluyendo tanto sus explotadores como sus explotados) y «los extranjeros» (incluyendo a todos los trabajadores clasificables como tales) en vez de colocarla entre clases. Asimismo, en las primeras etapas de los movimientos nacionalistas, sus partidarios o bien se interesaban poco por los problemas que preocupaban a los trabajadores —organizados o no— como tales o consideraban que la solución de dichos problemas dependía de que antes se alcanzaran los objetivos nacionalistas. No era frecuente que los precursores de los movimientos nacionalistas descubrieran que la liberación nacional y la social deben ir juntas, razón por la cual algunos de los partidos y organizaciones nacionalistas más eficaces salieron de las agitaciones socialistas (por ejemplo, el Partido Socialista polaco, cuyo líder, Pilsudski, fue jefe del estado de la Polonia independiente después de la primera guerra mundial, y el sionismo obrero, que se convirtió en el verdadero arquitecto de Israel). Incluso cuando los movimientos nacionalistas hacían tal descubrimiento, los activistas que concedían una prioridad demasiado grande a la liberación social resultaban difíciles de digerir. La reputación nacionalista de Michael Davitt ha sufrido de acuerdo con ello.

Históricamente ha costado negar e impedir la conciencia de clase, puesto que nace de modo natural y lógico de la condición proletaria, al menos en su forma elemental de «conciencia sindical», es decir, el reconocimiento de que los trabajadores como tales necesitan organizarse colectivamente contra los patronos a fin de defender y mejorar sus condiciones como mano de obra contratada. Así, los sindicatos católicos no se formaron porque la mayoría de los «católicos sociales» de las postrimerías del siglo XIX fueran favorables a ellos (los consideraban, según dice Albert de Mun, como «la organización específica de la guerra de un grupo contra otro» y preferían las asociaciones mixtas de patronos y trabajadores), sino porque estas últimas no satisfacían las necesidades sindicales de los trabajadores católicos.

En Francia, los «católicos sociales» los aceptaron, con mayor o menor desgana, entre 1897 y 1912. Por otra parte, hasta en los países donde existían fuertes lealtades nacionales entre los trabajadores, el sindicalismo tendía a resistirse a la fragmentación de los sindicatos siguiendo líneas nacionales. Ciertamente, los trabajadores checos no se consideraban a sí mismos iguales a los alemanes pero, si bien se inclinaban a votar a los partidos políticos checos en vez de a los no checos o a los globalmente austríacos, la presión tendente a escindir el movimiento sindical austríaco siguiendo líneas nacionales no se originó dentro del movimiento obrero. Nació algún tiempo después de que se hiciera efectiva la división del Partido Socialdemócrata en secciones nacionales, y la oposición a ella fue más fuerte entre los sindicatos globalmente austríacos. A decir verdad, incluso después de que tuviera lugar la escisión, la mayoría de los sindicalistas checos permaneció en las organizaciones globalmente austríacas, donde, por supuesto, tenían derecho a formar sus propias ramas checas y contaban con sus propios líderes bohemios. De forma parecida, en la actualidad, si bien los partidos de izquierdas de España se han dividido siguiendo líneas nacionales o regionales, no se ha registrado una tendencia comparable a dividir los movimientos sindicales globalmente españoles. Las razones de ello son obvias. La unidad de todos los trabajadores es una ventaja evidente cuando van a la huelga por motivos económicos y, aun cuando a otros efectos pueden considerarse a sí mismos principalmente como católicos o protestantes, negros o blancos, polacos o mexicanos, es aconsejable dejar a un lado estas distinciones cuando se desea, por ejemplo, pedir salarios más altos.

Sin embargo, resulta igualmente claro que si la conciencia de clase no puede eliminarse, ciertamente no excluye, ni suele dominar, los sentimientos nacionales. Bien conocido es el caso de la Segunda Internacional, que en 1914 se derrumbó y quedó dividida en partidos socialistas y movimientos sindicales, la mayoría de los cuales apoyaron a sus gobiernos beligerantes. Lo que es menos conocido, pues el internacionalismo de los historiadores de la clase obrera no ha insistido en ello, es la fuerte corriente patrioterica que se encuentra en algunas clases trabajadoras que políticamente son radicales. Thomas Wright, el «oficial mecánico» que informó acerca de la clase trabajadora inglesa del decenio de 1860, señala específicamente que la vieja generación de trabajadores, compuesta de radicales y cartistas, unía una desconfianza apasionada ante todos los que no fueran trabajadores a un fuer-

te nacionalismo. Puede que en sí mismo un nacionalismo acentuado no tenga gran importancia política. Desde 1815 nadie ha esperado nunca que los trabajadores ingleses y franceses combatieran contra sus vecinos de la otra orilla del Canal, pese a que es casi seguro que no les gustaba nada lo que creían saber del país de los otros. A veces el sentimiento social-revolucionario o antibélico se impone al patriotismo, como sucedió en los últimos años de la primera guerra mundial. Cabe que incluso en tales momentos el patriotismo no sea insignificante. Se ha sugerido que en Francia (a diferencia de en Gran Bretaña) el apoyo masivo de la clase trabajadora a la Revolución Rusa fue muy lento hasta que se vio con claridad que no pondría en peligro las probabilidades de obtener la victoria en el oeste. Un fenómeno parecido se observa en el imperio Habsburgo. Aunque la famosa oleada de huelgas contra la guerra que hubo en enero de 1918, y que comenzó en las fábricas de armamento próximas a Viena, se propagó rápidamente por todas las fábricas mecánicas de la Austria étnica y Hungría, lo cierto es que *no* se propagó a las zonas checas de Bohemia. Se ha dado a entender que en estas zonas la movilización contra la guerra se vio impedida por la política del movimiento nacionalista (que para entonces hallaba eco entre muchos trabajadores checos), que dependía de una victoria aliada para alcanzar su objetivo: la independencia de lo que poco después pasaría a ser Checoslovaquia.

En determinadas circunstancias cabía esperar que el atractivo del nacionalismo o el patriotismo entre los trabajadores resultase ser especialmente eficaz: por ejemplo, cuando los trabajadores podían identificarse con una nación-estado existente *como ciudadanos* en lugar de como simples súbditos pasivos, es decir, allí donde estaba en marcha su integración en el sistema político y hegemónico de sus gobernantes, en no poca medida por medio de ese importante agente de socialización consciente desde arriba que es un sistema público de educación elemental. El descontento de clase o privado no impidió que la mayoría de los trabajadores ingleses, franceses o alemanes vieran a Gran Bretaña, Francia y Alemania, en algún sentido, como «su país», cosa que no ocurría, pongamos por caso, con los trabajadores austríacos de 1914 (porque no existía ninguna nación-estado), ni con los trabajadores y campesinos italianos, toda vez que eran pocos los que hablaban italiano y aún menos los que sabían escribirlo, y casi ninguno de ellos había disfrutado del derecho al voto durante más de un año. Otra circunstancia se daba allí donde antes de la formación

de una clase obrera industrial ya había agitación nacionalista, edificada a menudo sobre los recuerdos de un anterior estado o autonomía política, o ya había organizaciones que encarnaban el carácter diferente de determinada nacionalidad (por ejemplo, el catolicismo del pueblo dependiente frente al protestantismo o la ortodoxia del estado dirigente). Tal era el caso de pueblos como los irlandeses, los polacos y los checos. No obstante, como ya se ha sugerido, lo que hacía que los *sentimientos nacionales fueran explosivos y capaces de destruir la unidad transnacional de la clase trabajadora* era que dichos sentimientos se entremezclasen con problemas que afectaran directamente al estado y sus instituciones. Así, el nacionalismo lingüístico se vuelve explosivo cuando la lengua deja de ser meramente un medio de comunicación entre personas y una sola lengua o dialecto pasa a ser la «oficial»: por ejemplo, el lenguaje de los tribunales de justicia, de las escuelas y de los anuncios públicos.

Todo esto da a entender que probablemente la conciencia de la clase obrera, por muy inevitable y esencial que sea, es secundaria respecto de otras clases de conciencia desde el punto de vista político. Como es sabido, allí donde, en nuestro siglo, ha chocado con la conciencia nacional, religiosa o racial, generalmente se ha doblegado y retirado. Resulta claro que, para ciertos fines limitados, la conciencia de la clase obrera y los movimientos obreros que la misma genera —en todo caso, en el elemental nivel «sindicalista»— son en verdad muy fuertes. No son indestructibles, ya que a menudo la fuerza bruta ha acabado con tales movimientos, pero incluso éstos son potencialmente permanentes y resucitables. Hace poco hemos visto cómo esa conciencia y esos movimientos resucitaban en las circunstancias, bien distintas entre sí, de dos países que se están industrializando rápidamente, el Brasil y Polonia. Es muy posible que sean la palanca decisiva para lograr importantes cambios políticos, como pareció probable en Polonia durante el período 1980-1981. Pero los historiadores deben tomar nota de que es igualmente claro que, tomada como tal, la conciencia de la clase obrera coexiste con otras formas de identificación colectiva y que ni las elimina ni las sustituye. Y, según la acertada observación de Lenin, si bien generará espontáneamente y en todas partes prácticas «sindicalistas» y (donde le esté permitido) organizaciones u otros movimientos para ejercer una presión de grupo y defenderse, no genera automáticamente partidos de masas con una conciencia socialista.

Que tales partidos se generaran casi como cosa corriente y natural durante cierto período histórico, principalmente sobre los decenios de 1880 y 1930, es significativo, pero requiere una explicación histórica mayor de la que generalmente se le ha dedicado. Estos partidos, o sus sucesores por línea directa, todavía existen y con frecuencia son influyentes, pero allí donde no existían ya, o la influencia de los socialistas y comunistas era significativa en los movimientos obreros antes de la segunda guerra mundial, desde entonces apenas han surgido partidos de este tipo de las clases trabajadoras, en particular en el llamado «Tercer Mundo». Puede que esto tenga consecuencias para las tradicionales expectativas socialistas relativas al papel que la clase obrera y sus partidos desempeñan en el advenimiento del socialismo, consecuencias que no es necesario comentar aquí.

¿Qué relación hay entre todo esto y la formación de la clase trabajadora irlandesa? De todos los hechos que requieren explicación, el más importante, al menos para los profanos, es por qué la clase obrera como fuerza política independiente ha sido en el pasado relativamente insignificante en Irlanda, comparada con los países del Reino Unido. Ni en el norte ni en el sur de Irlanda los movimientos de clase de los trabajadores han dejado una huella política que superase lo marginal. El hecho de que hasta hace poco los veintiséis condados no estuvieran muy industrializados no constituye una explicación suficiente de este fenómeno. Ciertamente, no es una explicación en el caso del Ulster. Asimismo, desde los tiempos en que Dublín era un baluarte de las asociaciones de oficios hasta el período anterior a la primera guerra mundial, cuando tanto Belfast como Dublín fueron escenario de algunos de los mayores y más dramáticos conflictos laborales del Reino Unido, Irlanda ha estado familiarizada con las batallas obreras. La explicación más obvia es que —excepto en algunos momentos o para fines sindicalistas más bien limitados— la clientela potencial irlandesa de tales movimientos de la clase trabajadora se ha identificado políticamente como nacionalista católica o unionista protestante más que como «clase obrera». Es difícil pensar en algún otro país de la Europa occidental en el que este fenómeno haya caracterizado de modo tan marcado y persistente a la clase trabajadora.

Sin llevar la analogía demasiado lejos, tal vez sea instructivo efectuar una comparación de Irlanda con Bélgica, país y clase trabajadora que fueron divididos más recientemente. En el nordeste del Ulster y el resto de Irlanda la evolución económica fue divergente y lo mismo

ocurrió en el territorio de los valones y en Flandes. El primero se industrializó mucho, mientras que Flandes, a pesar de tener un gran puerto (Amberes) y un centro industrial importante (Gante), siguió siendo una región predominantemente agraria que se consideraba desheredada. A medida que las anticuadas industrias básicas del siglo XIX perdían su firme posición en el Ulster y en el territorio valón, Flandes y, en cierta medida, la República de Irlanda se han transformado en países más industrializados y prósperos; pero no, al igual que las zonas antiguas, como parte de las economías industriales británica o, *de facto*, francesa, sino dentro de un marco europeo y transnacional. Del mismo modo que católicos y protestantes son inseparables en Belfast, los flamencos y los belgas francófonos lo son en Bruselas.

Sin embargo, Bélgica, aunque ha sufrido varias ocupaciones, hace ya mucho tiempo que goza de independencia de sus vecinos inmediatos (Francia y los Países Bajos) y, desde 1830, ha sido un estado independiente, mientras que la relación con Gran Bretaña dominaba claramente los asuntos irlandeses durante todo este tiempo y sigue dominando los del Ulster. En la clase trabajadora belga los dos grupos apenas se mezclaban, toda vez que la frontera lingüística constituye una demarcación bastante clara. Allí donde sí se mezclaron, como es el caso de Bruselas, la ciudad creció con lentitud suficiente (aproximadamente de un 6 por 100 de la población a principios del siglo XIX a alrededor del 9 por 100 en 1911) para asimilar a los inmigrantes flamencos, como, al parecer, éstos deseaban, con poca resistencia real. Belfast, en cambio, creció desde la insignificancia hasta representar alrededor de un tercio de la población de los seis condados durante el mismo siglo, al principio a causa de la afluencia masiva de católicos del Ulster, los cuales, hacia mediados de siglo, parecían a punto de superar numéricamente a los protestantes, y más adelante a causa del crecimiento masivo del número de protestantes del Ulster, que redujo a los católicos a la condición de minoría permanente y resentida. En 1911 Belfast ya era desproporcionadamente más protestante que el resto de la provincia y los católicos se veían excluidos de los oficios cualificados de un modo mucho más sistemático que en 1870.

El movimiento obrero belga comenzó a crecer en el decenio de 1880 bajo la forma de cuerpo único, unificado y fuerte que se saltaba las barreras lingüísticas y que en su mayor parte participó, antes de 1914, en la lucha por el sufragio universal de los varones, lo cual minimizaba las divergencias internas de la clase trabajadora. No sufrió

una escisión sería por motivos lingüísticos hasta después de la segunda guerra mundial. No fue así en Irlanda, donde el compromiso oficial con un único movimiento obrero globalmente irlandés ocultaba a menudo una orientación esencialmente nacionalista que luchaba contra el movimiento sindical de trabajadores cualificados, quienes se daban por satisfechos con la habitual autonomía dentro de una organización para todo el Reino Unido. Por otro lado, el arraigado dominio del problema nacional (la autonomía o la independencia respecto de Gran Bretaña) privaba a la clase obrera de un factor de unificación en la movilización política, tal como el que en Bélgica proporcionaba la lucha por la democracia electoral.

La paradoja de la situación irlandesa en el período en que cabía esperar la aparición de un importante movimiento obrero —desde las postrimerías del decenio de 1880 hasta 1914, la era del «nuevo sindicalismo» y de la «agitación obrera»— estriba en que tres factores convergieron para atar a los trabajadores católicos al nacionalismo feniano. La movilización nacionalista de las masas y la resistencia orangista equipararon el «irlandesismo» político con el catolicismo. De todas formas, el antiguo sindicalismo de oficio de los trabajadores cualificados (que se hallaban concentrados en el Ulster industrial) no hubiera servido de mucho a los trabajadores no cualificados, pero la creciente exclusión sistemática de los católicos de los oficios cualificados en el Ulster intensificó las tensiones entre los dos sectores de la clase trabajadora. Finalmente, el propio radicalismo, o incluso las convicciones socialistas y revolucionarias, de los «nuevos» líderes y organizadores sindicales, que querían romper con la prudencia y el «reformismo» de los viejos sindicatos, tenían en Irlanda implicaciones políticas que no existían en Gran Bretaña; porque en el Ulster, al menos, los trabajadores cualificados organizados no eran solamente sindicalistas «antiguos», sino que, además, tendían a ser orangistas. En resumen, tanto la movilización política (nacional y unionista) como la movilización de clase de trabajadores hasta entonces no organizados y no organizables se unieron para dividir a la clase trabajadora. Resultó imposible crear un movimiento obrero que fuese a la vez *político* y *laboral* y que uniera a protestantes y católicos, orangistas y nacionalistas, trabajadores cualificados y no cualificados. Sólo habría sido posible si las divisiones entre secciones de trabajadores no hubieran coincidido con divisiones entre católicos y protestantes (lo que, cada vez más, significaba entre nacionalistas y orangistas), como ocurría en

Belfast, que era la piedra de toque de cualquier movimiento obrero irlandés unificado. En todo caso, tal movimiento únicamente hubiese sido posible pasando por alto la separación de Gran Bretaña, es decir, considerando que los problemas en torno a los cuales giraba la política irlandesa eran ajenos al laborismo como tal. Esto no es inconcebible, pero la perspectiva no parecía realista entre 1880 y 1921. Lo máximo que podía esperarse de un movimiento obrero político que fuera neutral entre orangistas y nacionalistas, pero muchos de cuyos miembros estaban muy lejos de ser neutrales como individuos, era que se convirtiese en un grupo de presión que velara por los intereses concretos de los sindicalistas, o que pidiera la promulgación de leyes de interés específico para los asalariados: de hecho, algo parecido a un Comité de Representación Obrera totalmente irlandés. Sin embargo, incluso en la propia Gran Bretaña, el Comité de Representación Obrera, que en teoría funcionaba fuera del campo de la disputa política entre liberales y conservadores, campo en el que las pasiones eran claramente menores que entre nacionalistas y unionistas irlandeses, en realidad tuvo grandes dificultades, hasta después de la primera guerra mundial, para emanciparse de las lealtades políticas de tantos trabajadores organizados para con uno de los dos partidos y de las suspicacias de los que apoyaban al otro.

En esto, pues, consistía el dilema de los líderes obreros irlandeses. Era independiente de sus convicciones personales. Se puede defender a James Connolly por elegir la opción «nacionalista» alegando que la mayoría de los irlandeses eran católicos y que, en cualquier caso, los severos y respetables «viejos sindicalistas» (y unionistas) del Belfast protestante no permitían albergar grandes esperanzas en lo que se refería a la revolución social. Con todo, si las masas trabajadoras católicas parecían ofrecer mejores perspectivas para los revolucionarios —al fin y al cabo, entre ellas obtuvo sus mayores triunfos Jim Larkin, que no era un nacionalista irlandés en el sentido en que lo era o pasó a ser Connolly—, la opción nacionalista excluía automáticamente aquel movimiento unido de todos los trabajadores irlandeses en que soñaba Connolly. Pero aún más serias fueron las consecuencias de la decisión de Connolly a favor de un movimiento obrero irlandés que no se limitase a atraer, esencialmente y en la práctica, a los irlandeses del sur y a los católicos, sino que fuese nacionalista en sus aspiraciones. Significó la subordinación de la clase obrera del sur de Irlanda al nacionalismo. En algunos casos un partido marxista ha

conseguido transformar la sociedad después de colocarse a la cabeza de movimientos de liberación nacional, pero pocas veces, o nunca, lo ha logrado si tenía que competir con fuertes movimientos nacionales creados anteriormente y que tenían otros líderes. A pesar de los esfuerzos de Connolly, así como de su liderazgo en 1916, fue el IRA y no el Ejército de los Ciudadanos quien se hizo cargo de la bandera nacionalista. En la memoria oficial Connolly pervive como mártir feniano más que como revolucionario marxista. Quizá ello era inevitable. Uno no puede decir lo contrario sin temor a equivocarse. No obstante, la consecuencia fue que ni en el norte ni en el sur se formó un movimiento político de la clase obrera que fuese fuerte e independiente, aunque es posible que las condiciones actuales sean más propicias para la formación de tal movimiento en el sur, porque la partición de la isla ya ha dejado de ser, *de facto*, un problema significativo en la república. En el norte, como sabemos, todavía lo es.

¿Quiere esto decir que en Irlanda no había una sino dos clases trabajadoras o incluso, como afirman algunos entusiastas, no una sino dos naciones? En sentido literal, es obvio que no. En el Ulster, católicos y protestantes no constituían clases trabajadoras independientes, en sentido económico u operacional, más de lo que las constituían en el Clydeside. Estas cuestiones se plantean principalmente porque a menudo se supone, sin mucha reflexión, que las clases trabajadoras, o cualquier otra clase importante, no «existen» salvo como bloques monolíticos, del mismo modo que se supone que una nación no es «real» a menos que todas las personas que viven en su territorio y que no sean extranjeras ni pertenezcan a una «minoría» definida estén teñidas de pies a cabeza, uniformemente, con lo que se considere el color nacional aceptado. Hoy día este color suele ser la lengua, aunque los irlandeses han aprendido a costa suya que dicho color no siempre cuaja. En unos cuantos países europeos y en muchos más de África y Asia el citado color es aún la religión. Los norteamericanos de derechas piensan que consiste en una serie de costumbres y creencias convencionales y que la persona que carece de ellas «no es norteamericana». Esto no es así. La unidad de las clases y las naciones viene definida por lo que tienen en común comparadas con otros grupos, y no por su homogeneidad interna. No existe ningún estado en el que no se den diferencias regionales, seccionales o de otro tipo entre su población, y estas diferencias son potencialmente disgregadoras, como demuestra el reciente auge de los movimientos separatistas en la Eu-

ropa occidental. En principio, la única diferencia entre Irlanda y Baviera estriba en que la diferencia entre católicos y protestantes que se da en Irlanda ha resultado disgregadora, mientras que en la actualidad el intento de demostrar que la minoría protestante del norte de Baviera (Franconia) se ve oprimida por la mayoría católica es exclusivamente cosa de un grupo de locos formado por ex estudiantes de la ultraizquierda. De modo parecido, en todas las clases trabajadoras se dan conflictos internos, aunque generalmente no pasan de ser subordinados.

Por otro lado, el curso de la historia es tan susceptible de fundir como de escindir las sociedades y, por ende, las clases que hay dentro de ellas. Ha dividido a Irlanda. Dado que ahora existen unidades políticas y economías separadas en el norte y en el sur, ya no es posible hablar de una sola clase trabajadora irlandesa, del mismo modo que tampoco puede hablarse de una única clase trabajadora bengalí o alemana, por citar sólo otras dos naciones divididas. Los estados separados constituyen poderosos elementos definitorios de la economía y la sociedad. Esto no significa que las dos Irlandas dejen de tener mucho en común, como lo tienen las dos Alemanias, y no lo menos importante al respecto son los lazos de parentesco y la cultura. Cabe especular en torno a lo que podría suceder si ambas se unieran —dadas las crecientes divergencias, es cada vez más difícil decir «reunieran»—, pero en ambos casos la cuestión reviste hoy día una importancia únicamente teórica. En esta medida la historia ha provocado hasta ahora la formación de dos clases trabajadoras irlandesas.

De estas dos clases trabajadoras, la del Ulster padece unas divisiones especialmente agudas; de hecho, uno está tentado de decir «singularmente agudas». La única situación paralela que a uno se le ocurre así de pronto es la tensión entre las comunidades hindú y musulmana en el subcontinente indio. Por estos motivos, no es posible sacar del Ulster ninguna conclusión general sobre la clase trabajadora y la nación. Irlanda sigue siendo resueltamente única en este aspecto. Sin duda, lo mismo cabe decir de todos los demás países o naciones cuando los historiadores les dedican suficiente atención. No obstante, y por desgracia, la singularidad del devenir histórico de Irlanda se ha manifestado —hasta ahora— principalmente a expensas de la formación de su clase trabajadora y de su movimiento obrero.

5. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS RITUALES OBREROS¹

I

El ritual es un tema de moda entre los historiadores de hoy. Sin embargo, merece la pena que nos preguntemos por qué hemos de estudiar sus transformaciones en los movimientos obreros de modo específico. Al igual que todos los grupos de seres humanos, las colectividades de trabajadores, estén o no oficialmente organizadas, se entregan de vez en cuando a prácticas formalizadas asociadas a objetos y símbolos apropiados. Como es natural, los aficionados a lo antiguo, los coleccionistas y los folcloristas, así como los estudiosos del ritual en general, muestran interés por tales prácticas, especialmente cuando es posible coleccionar sus reliquias materiales. Dichas prácticas han dado lugar a una copiosa literatura durante los últimos dos decenios. Basta pensar en los estandartes y emblemas de los sindicatos británicos, a los que los estudiosos apenas si hacían caso antes del decenio de 1960, aunque en 1947 Klingender había llamado la atención sobre la iconografía obrera en su estudio precursor titulado *Art and the Industrial Revolution*.² Pero, dejando aparte el interés de los conserva-

1. El presente capítulo corresponde a una disertación pronunciada ante la Anglo-American Historians' Conference en Londres en 1982.

2. R. A. Leeson, *United We Stand: An Illustrated Account of Trade Union Emblems*, Londres, 1971; J. Gorman, *Banner Bright: An Illustrated History of the Banners of the British Trade Union Movement*, Londres, 1973; W. A. Moyes, *Banner Parade: A Selection of Lodge Banners of the Durham Miners' Association on Exhibition at the D.L.I. Museum and Arts Centre, January/February 1973*, Newcastle-upon-Tyne, 1973; W. Moyes, *The Banner Book*, Gateshead, 1974; J. Smethurst, «The Manchester banner makers», en *North West Group for the Study of Labour History Bulletin*, 1976.

dores del pasado, ¿de qué sirve investigar los rituales obreros en su especificidad? A mi modo de ver, porque poseen tres peculiaridades que tienen interés para el historiador.

En primer lugar, los movimientos obreros modernos, por muy arraigados que estén en las prácticas de la clase obrera y en las tradiciones del pasado, así como vinculados a instituciones asociadas con éstas, son nuevos desde el punto de vista histórico, aunque sólo sea porque la sociedad industrial moderna no tiene ningún precedente en la historia. Esta novedad es tal, que los primeros historiadores de la clase obrera —la mayoría de los cuales, huelga decirlo, estaban asociados a movimientos obreros— o bien tendían a descuidar el legado que recibían del pasado o incluso, como los Webb, a negar cualquier continuidad con los movimientos y organizaciones preindustriales.³ Pero ya no es así. A decir verdad, una parte de la labor más interesante realizada en este campo se mueve precisamente en el hueco que hay entre la clase obrera preindustrial y los trabajadores (cualificados) del siglo XIX.⁴ A pesar de ello, la novedad no puede negarse. Si bien algunos rituales obreros se derivaban de otros preindustriales, otros, especialmente en el período socialista, eran y tenían que ser nuevos.

En segundo lugar, algunas formas de movimiento obrero acarrean una carga emotiva de fuerza excepcional que alienta la expresión ritual. Esto no es nada raro en sí mismo —basta que pensemos en la religión—, pero los movimientos obreros son peculiares precisamente porque, por regla general, la religión tradicional cumplió una función limitada y cada vez menor en su desarrollo, incluso cuando sus miem-

3. Sidney y Beatrice Webb, *History of Trade Unionism*, Londres, 1911, I, pp. 1 ss.

4. R. A. Leeson, *Travelling Brothers. The Six Centuries' Road from Craft Fellowship to Trade Unionism*, Londres, 1979; Iorwerth Prothero, *Artisans & Politics in Early Nineteenth-century London: John Gast and his Times*, Londres, 1981; William H. Sewell Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848* (también bibliografía), Cambridge, 1980; Christopher H. Johnson, *Utopian Communism in France, Cabet and the Icarians 1839-1851*, Ithaca, Nueva York, Londres, 1974; Cynthia M. Truant, «Solidarity and symbolism among journeymen artisans: The case of *compagnonnage*», en *Comparative Studies in Society and History*, n.º 21 (abril 1979), pp. 214-226; Joan W. Scott, *The Glassworkers of Carmaux. French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974; Bernard H. Moss, *The Origins of the French Labor Movement: The Socialism of Skilled Workers 1830-1914*, Berkeley, Londres, 1976.

bros no la rechazaban activamente. Por otro lado, la novedad de la clase a la que representaban, así como de sus aspiraciones sociales, al menos tal como se formulaban en las diversas ideologías que típicamente se asocian a los movimientos obreros, era tal que hacía difícil o imposible encajarla en la estructuración ritual de un universo tradicional y del lugar que en él ocupa el ser humano, a lo cual estaban dedicados la mayoría de los sistemas rituales anteriores. Mas no debe haber ninguna duda acerca de la profundidad de las emociones que en ello intervenían. Los trabajadores socialistas de Breslau (Wrocław), a la sazón en Alemania, en 1873, diez años después de la muerte de Lassalle, pionero de los líderes obreros, dedicaron una nueva bandera roja. En su cara delantera llevaba el dibujo de una corona de roble y una cinta, dos manos unidas, la inscripción «23 de mayo de 1863, Ferdinand Lassalle», rematado todo ello por el lema «Libertad, igualdad, fraternidad», y, al pie, «La unidad es la fuerza». En la parte posterior mostraba la inscripción «Los obreros socialdemócratas de Breslau 1873». Durante la ley antisocialista de Bismarck la bandera fue llevada clandestinamente a Suiza. Bajo el régimen de Hitler (1933-1945) fue guardada cuidadosamente, enterrada primero en un huerto y escondida luego en la bodega de un fontanero, que se negó a entregarla a los oficiales del ejército rojo que fueron a saludarla en 1945. Cuando Breslau pasó a formar parte de Polonia y fue rebautizada con el nombre de Wrocław, el guardián de la bandera se la llevó a Alemania Occidental para entregarla al Partido Socialdemócrata, el cual, es de suponer, todavía la tiene.⁵ Esta bandera fue y sigue siendo un objeto por el que en más de una ocasión se han jugado la libertad, e incluso la vida, hombres y mujeres corrientes.

En tercer lugar —y en ciertos sentidos éste es el aspecto más interesante de la cuestión—, esa ritualización adquirió forma en un movimiento que en determinados aspectos no era sólo indiferente al ritualismo, sino que se mostraba activamente hostil a él como forma de irracionalismo o, como dijo Marx, «autoritarismo supersticioso».⁶ En la medida en que el ritual obrero evolucionó, por así decirlo, a contrapelo de movimientos fuertemente racionalistas, puede arrojar luz

5. Wilhelm Matull, *Ostdeutschlands Arbeiterbewegung. Abriß ihrer Geschichte, Leistung und Opfer*, Würzburg, 1973, pp. 33-34.

6. Marx-Engels, *Werke*, XXIV, Berlín, 1956, pp. 308 ss.

sobre las circunstancias que generan semejante formalización o «invención de la tradición».⁷

¿Pero de qué modo se ha transformado? Su primera y principal transformación secular es que ha decaído. Por decirlo sencillamente, hay mucho menos ritualismo, y lo que queda de él está mutilado, consiste en vestigios y a veces aparece disfrazado. Su iconografía, su simbolismo y otros accesorios ceremoniales han ido empobreciéndose a lo largo del tiempo. Tal como señaló el ya fallecido J. E. Williams, la transformación de la cámara de consejo de los mineros de Derbyshire en 1954 fue simbólica. «Como si se quisiera simbolizar el cambio del siglo XIX al XX, el viejo estandarte de la Asociación de Mineros de Derbyshire, que hasta entonces adornaba la pared detrás de la tarima, fue sustituido por una placa en la que se veían escenas de la minería moderna y que ostentaba la inscripción "N.U.M., Derbyshire Area" [Sindicato Nacional de Mineros, región de Derbyshire].»⁸ Hay, por supuesto, una excepción importante a esta tónica de decadencia secular. Los movimientos revolucionarios que se convierten en gobiernos, como ha ocurrido de vez en cuando desde 1917, han tendido a dar a la ritualización pública una forma casi bizantina, aunque, una vez más, basándose en un lenguaje simbólico e iconográfico que, en comparación con el pasado, se nos presenta drásticamente reducido. O, cuando menos, empleando un lenguaje ritual que parece desdeñar el vocabulario de antaño. Semejantes tendencias son observables también en lo que cabría llamar «las ciudades estado obreras» tales como Viena entre 1918 y 1934.⁹ Sólo de forma incidental estudiaremos aquí estos fenómenos.

Sin embargo, la historia del ritual obrero no hay que verla sencii-

7. Véase E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983.

8. J. E. Williams, *The Derbyshire Miners. A Study in Industrial and Social History*, Londres, 1962, p. 885.

9. Sobre la «Viena roja», véanse D. Langewiesche, «Arbeiterkultur in Österreich: Aspekte, Tendenzen u. Thesen», en G. A. Ritter, ed., *Arbeiterkultur*, Königstein, 1979; *id.*, *Zur Freizeit des Arbeiters. Bildungsbestrebungen und Freizeitgestaltung österreichische Arbeiter im Kaiserreich und in der ersten Republik*, Stuttgart, 1979; *Mit uns zieht die neue Zeit: Arbeiterkultur in Österreich 1918-1934. Eine Ausstellung der Österreichischen Gesellschaft für Kulturpolitik und des Meidlinger Kulturkreises*, 23 enero-30 agosto, 1981 (catálogo), Viena, 1981; Roberto Cazzola, «Die proletarischen Feste», en *Wiener Tagebuch* (abril de 1981), pp. 18-20.

llamente como una historia de decadencia secular, aun cuando ésta sea cierta. Lo que ocurrió fue también un cambio de lenguaje ritual y simbólico: por ejemplo, entre otras cosas, la sustitución de un vocabulario tradicional de simbolismo y alegoría, por una taquigrafía de la «marca registrada» o del «logo», cuya significación simbólica funciona, principal o exclusivamente, por asociación. Y lo que tenemos que reconstruir no es una historia de gradual desaparición, hasta que nada queda de esta especie de gato de Cheshire salvo una sonrisa incorpórea, viejos estandartes sin los hombres que los portaban en otro tiempo, que afligidos estudiosos han rescatado de los húmedos sótanos de los sindicatos. Tenemos que explicar, por ejemplo, un nuevo florecimiento de rituales que a veces son viejos y a veces son nuevos, que a veces eran más complicados que en el pasado, durante los tres decenios que precedieron a 1918. En pocas palabras, lo que nos interesa es la historia y no únicamente la generalización socio-antropológica.

II

El trabajo manual colectivo es tradicionalmente una actividad bastante ritualizada, profundamente entrelazada con la estructuración ritual de las vidas de las personas y las colectividades sociales, los ciclos de las estaciones, los comienzos y los finales, los ritos de paso y el resto. Tanto los lugares como los grupos de trabajo están estructurados y a menudo son cohesivos. Cabría esperar, pues, que los movimientos obreros, en la medida en que se derivan o continúan antiguos y acreditados procesos laborales —como es el caso de la construcción y de las artes gráficas—, absorbieran gran parte de los rituales formales e informales asociados con ellos. Algunos de estos rituales no tienen ninguna afinidad especial con movimientos obreros, por ejemplo, las innumerables «sanciones y cuotas» que se pagaban en el taller y se celebraban con una o más copas, con gran consternación de los defensores de la templanza en el siglo XIX.¹⁰ Otros eran a la vez ritua-

10. John Dunlop, *Artificial Drinking Usages of North Britain*, Greenock, 1836 y diversas ediciones. Brian Harrison, *Drink and the Victorians. The Temperance Question in England 1815-1872*, Londres, 1971, pp. 149, 309, 359; William Lovett en SCHC sobre las bibliotecas, *Parliamentary Papers*, 1849 (548), XVII, Q2783.

les y utilitarios. Así, los antiguos toneleros de Londres llevaban delantales de piel de topo que era necesario airear y secar cada día antes de empezar el trabajo, «ritual que brinda a los toneleros la oportunidad de participar en habladurías generales o en discusiones serias para las que no tienen tiempo una vez han comenzado a trabajar».¹¹ Del mismo modo nos cuentan que en las minas del sur de Gales, que son mucho menos tradicionalistas, el rato que los mineros pasaban en el fondo del pozo mientras su vista se adaptaba de la luz diurna a la oscuridad se convirtió en un período regular para hablar de política y de asuntos sindicales.¹²

Los oficios corporativos organizados de la era preindustrial, en su mayoría de artesanos cualificados, habían creado todo un mundo de prácticas rituales de esta índole sobre las que los estudiosos han escrito con detenimiento. Naturalmente, las de los aprendices y oficiales artesanos incluían un elemento importante de lo que podría denominarse protosindicalismo. En la medida en que el sindicalismo del siglo XIX surgió directamente de tal tradición u organización, también era probable que semejante ritual penetrara en él. Queda aún por aclarar hasta qué punto lo hizo. Mi opinión personal es que en el continente europeo la conexión fue probablemente indirecta; las artes manuales permanecieron en su mayor parte separadas del sector que se industrializaba, a la vez que organizaciones de oficiales como los *compagnonnages* franceses coexistían con formas modernas de lucha y organización obreras,¹³ que poco a poco fueron desplazándolas. Con todo, los hombres que formaban organizaciones obreras eran en su mayor parte trabajadores cualificados de algún gremio educados y socializados en la tradición del gremio y, en esta medida, estas tradiciones ayudaron a dar forma a las de la clase obrera moderna. No olvidemos que el grueso de los activistas de la socialdemocracia centro-europea a finales del siglo XIX, e incluso a principios del XX, seguían siendo oficiales que habían sido aprendices y que a menudo habían hecho sus muy formalizados y ritualizados *Wanderjahre* en calidad de

11. Bob Gilding, «The Journeyman Coopers of London» = *History Workshop Pamphlet 4*, Oxford, 1971, p. 13.

12. Hywel Francis, «The secret world of the South Wales miners», en David Smith, ed., *A People and a Proletariat*, Londres, 1980, p. 174.

13. Michelle Perrot, *Les ouvriers en grève. France 1871-1890*, París, 1974, p. 380; Sewell, *op. cit.*, pp. 166, 186-187; Truant, *op. cit.*, pp. 215, 224; Moss, *op. cit.*, pp. 31-32.

itinerantes.¹⁴ Me atrevo a afirmar, siguiendo a Leeson y a otros, que en Gran Bretaña la relación es muy directa. Las organizaciones de oficiales, formales o no, se transformaron en asociaciones de oficio. De hecho, en la medida en que la tradición y el vocabulario de los artesanos perduran en Gran Bretaña, fuera del teatro callejero y bajo techo de las City Livery Companies, ello tiene lugar en y a través del movimiento sindical cualificado, incluso en la forma ritual de dar a los miembros el tratamiento de «Querido Señor y Hermano». Esto no es evidente sólo en las costumbres de las capillas [sindicatos] de impresores, a las que se describe con frecuencia¹⁵ y que parecen haber cambiado poco a lo largo de los siglos (aunque las artes gráficas han experimentado una transformación desde el decenio de 1880), sino también de modo más general, en los complicados accesorios rituales del sindicalismo y de la política y sociabilidad populares de la Gran Bretaña decimonónica.

No todo esto era muy antiguo. Buena parte de ello se expresaba con el lenguaje ritual y simbólico predominante en el siglo XVIII, que a su vez adaptó un vocabulario más antiguo a una ideología de ilustración y progreso. Las relaciones entre los movimientos obreros, en comparación con los grupos gremiales corporativos, y las iglesias oficiales o incluso las sectas disidentes, eran problemáticas,¹⁶ aparte de la posible

14. Entre los líderes del Partido Comunista alemán con estos antecedentes se cuentan Wilhelm Pieck (ebanista) y Walter Ulbricht (ebanista): ambos habían hecho su viaje de oficiales. Véanse Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, Francfort, 1969, vol. 2; August Sander, *Menschen des Zwanzigsten Jahrhunderts: Porträtphotographien 1892-1952*, Munich, 1980, láminas 103, 104 para fotografías de oficiales artesanos ambulantes alemanes del decenio de 1920 vestidos con traje tradicional.

15. Véanse Ellic Howe, *The London Compositor*, Londres, 1947, introducción, pp. 22-32; Thomas Ford, *Compositors' Handbook*, 1854; C. H. Timperley, *Encyclopaedia of Literary and Typographical Anecdotes*, Londres, 1842; Charles Manby Smith, *The Working Man's Way in the World*, Londres, 1854. Más recientemente: J. M. Sykes, «Trade union workshop organization in the printing industry - the chapel», en *Human Relations*, n.º 13 (1 de febrero de 1960), pp. 9 ss.; Cynthia Cockburn, *Brothers. Male Dominance and Technological Change*, Londres, 1983, pp. 16-19.

16. Véase Heiner Grote, *Sozialdemokratie und Religion: Eine Dokumentation für die Jahre 1863 bis 1875*, Tubinga, 1968. Un aspecto que merece señalarse, sobre todo en el continente, es que los movimientos con «conciencia de clase» se asociaban con la incineración, basándose en su mayor afinidad con la ciencia y el progreso: «ya que el nuevo sistema de la incineración no se deriva de criterios religiosos periclitados, sino que es más bien ... la consecuencia

suspiciosa u hostilidad mutua. Hasta entre los religiosos mineros de Yorkshire y Derbyshire, cuyos estandartes de 1873 aún solían mostrar escenas bíblicas,¹⁷ los himnos con los que comenzaban sus manifestaciones anuales dejaron de llamar la atención del público después de 1889.¹⁸ Así pues, a pesar del predominio de «supersticiones» —algunas de las cuales han atraído recientemente la atención de los eruditos—,¹⁹ a pesar de la conocida afición de los mineros, peones agrícolas y pescadores al Metodismo Primitivo y a otras sectas, y a pesar de los movimientos obreros católicos que surgieron más adelante y compitieron con los seculares, el lenguaje ritual y simbólico básico de los primeros movimientos obreros era —y quizá no podía dejar de serlo— diferente del de la religión de sus miembros.

Iconográficamente, usaba el lenguaje emblemático y alegórico al que tanta afición tienen los estudiosos «warburgianos»; ritualmente, en formas parecidas y quizá derivadas de la francmasonería, que seguía teniendo puntos de contacto con las organizaciones de trabajadores de la construcción incluso a principios del siglo XIX.²⁰ Es probable que en Gran Bretaña la vinculación se efectuara principalmente por medio de las sociedades mutuas, tan básicamente plebeyas como los Oddfellows, que reconocían abiertamente que imitaban a la masonería.²¹ Cabe sugerir que esto presentaba dos ventajas. En primer lugar, la ideología de la Ilustración atraía mucho a los activistas y militantes de la clase trabajadora desde la Revolución americana. En segundo lugar, la masonería, pese a ser secreta, también era influyente, respetable y casi nunca llegó a estar realmente prohibida. En todo caso, la compleja imaginería visual de las primeras organizaciones, cuyo análisis más completo ha sido la monografía del doctor Müller sobre el

necesaria de la comprensión progresista de la naturaleza», Grote, p. 134. O, como dice el lema de la asociación fúnebre de los trabajadores «La Llama» (Austria): «Proletario en vida, proletario en la muerte, y enterrado con el espíritu del progreso cultural», Langewiesche, *Zur Freizeit...*, p. 387. Véase también Patrick H. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition, The Blanquists in French Politics 1864-1893*, Berkeley, 1981, pp. 53-58 y capítulo 4.

17. F. Machin, *The Yorkshire Miners. A History*, Barnsley, 1958, p. 162.

18. Williams, *op. cit.*, pp. 258-259.

19. K. Tenfelde, «Bergarbeiterkultur in Deutschland: ein Überblick», *Geschichte und Gesellschaft*, vol. V, n.º 1 (1979), pp. 12-53.

20. R. W. Postgate, *The Builders' History*, Londres, 1923, p. 63.

21. P. H. J. S. Gosden, *The Friendly Societies in England 1800-75*, Manchester, 1961, p. 127.

Certificado de la Asociación de Mecánicos Unidos,²² era una versión del vocabulario público secular del simbolismo y la alegoría aceptado en esa época.

Es evidente que el ritual de tipo masónico propiamente dicho desempeñó un papel menos significativo en los primeros movimientos obreros, a menos que incluyamos entre éstos a las sociedades mutuas y los *compagnonnages*. Entran en nuestro campo sólo en la medida en que tales grupos eran secretos debido a su ilegalidad, o en la medida en que la gente creía que sus miembros quedaban ligados a ellos por medio de solemnes o amenazadoras ceremonias de iniciación y juramentos y necesitaban garantizar la buena gestión de sus asuntos —de modo parecido a los ejércitos— por medio de una estricta serie de reuniones formalizadas y fácilmente ritualizadas. No está claro hasta qué punto era así. Mi propia opinión es que los juramentos y cosas por el estilo ya no tenían gran importancia en el decenio de 1840, pero que las personas ajenas a tales grupos aún creían que sí la tenían a principios del decenio de 1830. Es muy posible que fueran habituales en esa época. En todo caso, en torno a este asunto se suscitó un interesante debate entre el clero católico de Lancashire, dada la conminación eclesiástica de los juramentos secretos. Los sacerdotes que simpatizaban con el deseo de su grey de defender colectivamente sus salarios y condiciones daban por sentado que afiliarse a los sindicatos comportaba la obligación de prestar juramento: de ahí el problema. ¿Estaban bien informados? En realidad, no lo sabemos todavía.²³

Así pues, es probable que los movimientos obreros con tales antecedentes —y estamos hablando *de facto* casi exclusivamente de Gran Bretaña— crearan una serie de accesorios rituales bastante complejos que eran una adaptación ampliada de las tradiciones del pasado. Había entre dichos accesorios formalidades de iniciación, reunión y procedimiento, de comunicación con los hermanos de otras partes; formalidades parecidas a las que desde antiguo se asociaban con el sistema ambulante. También había rituales de presentación pública tales

22. Christian Müller, *James Sharples und das Zertifikat der Amalgamated Society of Engineers. Studien zur Bildkultur Britischer Gewerkschaften*, Hamburgo, 1978.

23. J. H. Treble, «The attitude of the Roman Catholic Church towards trade unionism in the North of England, 1833-1842», en *Northern History*, vol. V, 1970, pp. 93-113.

como procesiones en las ocasiones ceremoniales que poco a poco fueron transformándose en las manifestaciones modernas, por ejemplo las marchas de las asociaciones de oficio, que se integraron en las procesiones de los gremios de Preston, que tenían lugar cada veinte años, o la procesión del Crispin's Day en Nantwich, que se celebró en 1833 y fue organizada por el sindicato de Thomas Dunning.²⁴ Ciertamente formaban parte de ellos los acostumbrados convencionalismos de las cenas y los brindis en público, de las enhorabuenas o pésames oficiales en los entierros, cuya importancia pública era evidente;²⁵ e incluían una abundante serie de avíos rituales. Esos estandartes tan característicos de los sindicatos y manifestaciones públicas en Gran Bretaña —en el caso de los mineros de Yorkshire aparecen documentados desde, como mínimo, 1819—²⁶ son ahora los más conocidos de tales objetos y su considerable coste —entre 30 y 60 libras a comienzos del decenio de 1870—²⁷ demuestra o bien la fuerza económica de las delegaciones provinciales o los sacrificios que estaban dispuestas a hacer por el ritual, o ambas cosas a la vez. Pero también incluían la complicada indumentaria para los rituales privados o las procesiones públicas: los «guantes blancos de algodón y los chalecos llamativos» que llevaban los mineros de Derbyshire en su manifestación anual del decenio de 1870;²⁸ las escarapelas, cintas y fajas que, al parecer, eran populares, no sólo entre los mineros, sino también entre los trabajadores del transporte y los funcionarios sindicales en general;²⁹ las chapas, cuya difusión comenzó en 1860,³⁰ los dijes para

24. W. H. Chaloner, ed., «The reminiscences of Thomas Dunning (1813-1894) and the Nantwich shoemakers' case of 1834», en *Trans. Lancs. and Cheshire Antiq. Soc.*, LIX (1947), p. 98.

25. Véase la decisión administrativa en el distrito prusiano de Münster, 1885: «Los entierros con una tendencia demostrativamente socialdemócrata deben contarse como manifestaciones públicas y tratarse al amparo del párrafo 9 de la ley [antisocialista]», K. Tenfelde, *Sozialgeschichte der Bergarbeiterschaft an der Ruhr im 19. Jahrhundert*, Bonn-Bad Godesberg, 1977, p. 392. Para la significación político-social de los entierros, véase también Hutton, *op. cit.*, pp. 53-58, 61-62 y nota 13, y el capítulo 6.

26. Machin, *op. cit.*, p. 162. Para el fomento de los estandartes mineros en Alemania por parte del estado y la dirección a partir de 1815, véase Tenfelde, *op. cit.*, pp. 97-98.

27. Machin, *op. cit.*, p. 162; Williams, *op. cit.*, p. 145.

28. Williams, *ibid.*

29. Müller, *op. cit.*, pp. 139-140.

30. *Ibid.*, p. 141.

la cadena del reloj de los artesanos prósperos y, es de suponer, las jarritas, las figuras de Staffordshire u otros tributos de cerámica a los sentimientos radicales. También había una plétora de material impreso más o menos utilitario, que iba desde los certificados de ambulancia, los carnets de afiliación y los membretes, generalmente con algún adorno simbólico, hasta los certificados alegóricos que han estudiado Leeson y Müller.³¹ Estos certificados no deben confundirse con los carnets de afiliación, pues no eran ni obligatorios ni una prueba real de que se estaba afiliado, pero los sindicalistas entusiastas los compraban para enmarcarlos y colgarlos en la pared de su sala de estar como demostración de orgullo y apego.

Vemos, pues, que los accesorios rituales de esos movimientos eran numerosos y variados. Basta comparar la complejidad de los estandartes y los certificados de los sindicatos británicos (a los que con frecuencia acompañaban folletos exegéticos) con los estandartes mucho más sencillos que proliferaban en, pongamos por caso, las organizaciones obreras italianas.³² En la gran mayoría de los casos, los estandartes son un simple paño rojo y, a veces, negro, en el que sólo aparecen el nombre de la organización, un lema o consigna y quizá un símbolo apropiado pero simplificado. Incluso cabe conjeturar que la riqueza de la tradición iconográfica británica, así como la influencia del movimiento de las artes y oficios y el talento de Walter Crane, explican por qué una parte tan grande de la iconografía internacional del movimiento socialdemócrata de los primeros tiempos —en especial la del Primero de Mayo— se inspiró en el por lo demás insignificante movimiento socialista británico. Huelga decir que en la era socialista los nuevos temas ideológicos requirieron nuevos símbolos visuales de lucha anticapitalista y esperanza socialista, que se trajeron del antiguo almacén iconográfico, aunque presentándolos en el nuevo estilo, tipo William Morris.³³

Me limitaré a mencionar dos ocasiones obvias para semejante ri-

31. Leeson, *United We stand*; Müller, *op. cit.*

32. Centro Studi Piero Gobetti, Istituto Storico della Resistenza in Piemonte, *Un'altra Italia nelle bandiere dei lavoratori: Simboli e cultura dall'unità dell'Italia all'avvento del fascismo* (catálogo de la exposición), Turín, 1980.

33. Para el más reproducido de estos iconografistas socialistas, véase O. v. Schleinitz, *Walter Crane*, Bielefeld, 1902. Para la difusión de su obra, véase U. Achten, ed., *Zum Lichte Empor*, Berlín-Bonn, 1980, pp. 30, 110 (Diarios del Primero de Mayo de la Socialdemocracia alemana, 1891, 1901).

tual: las manifestaciones políticas en masa y los festivales sindicales, ambos asociados desde antiguo (aunque sólo fuera debido a la influencia de las sociedades mutuas) con bandas de música, estandartes, marchas ceremoniales, discursos y sociabilidad popular. Poca duda hay de que estas ocasiones quedaron institucionalizadas en los decenios de mediados de siglo entre los mineros, aunque es posible que estuvieran en decadencia en el caso de las asociaciones de oficio, que eran más antiguas y, posteriormente, entre las sociedades mutuas. La primera de las grandes manifestaciones anuales y regionales de los mineros —la última superviviente de éstas es la gala de los mineros de Durham— parece que se celebró en Yorkshire en 1867.³⁴ Eran sumamente complicadas: cada logia se reunía en un sitio designado a tal efecto —generalmente un «pub»— desde el que formaban —a cuatro de frente, como insistían las ordenanzas— para ocupar su lugar en la procesión; todos los mineros participaban en la marcha y sólo las mujeres desempeñaban el papel de espectadoras, pues, al menos en el sur de Yorkshire, se las excluía específicamente de la marcha.³⁵ Cabe que la complejidad de tales actos fuera en aumento con el paso de los años. En 1891 los funcionarios sindicales de Derbyshire «llevaban unas bonitas chapas doradas» con el lema «Unidos permanecemos de pie, divididos caemos» y los miembros del ejecutivo lucían fajas rojas. Es probable que en el apogeo de estas celebraciones cada una de las logias de los mineros de Durham tuviera tres o cuatro estandartes de gran tamaño, y el espectáculo y el sonido de este mar de estandartes y este Niágara de bandas de música demostraban el poder de la clase obrera ante todos.

La Gran Depresión de los decenios de 1870 y 1880 se cobró su tributo, pero a finales del segundo decenio citado el movimiento resucitó, reforzado ahora por nuevos sindicatos y nuevas ideologías, y es muy posible que en los últimos decenios anteriores a 1914, y, sobre todo, en el de 1890, alcanzase su momento culminante esta afición a la iconografía y a las ceremonias públicas, que ahora —como corresponde al carácter de la clase obrera británica— a veces era una combinación de imaginería no socialista y socialista. Hay similitudes obvias con lo que Agulhon ha llamado «estatuomanía» en Europa y que

34. Machin, *op. cit.*, p. 162.

35. Williams, *op. cit.*, pp. 143 ss.

llegó a su punto más alto en este período.³⁶ No obstante, a medida que el antiguo lenguaje alegórico y simbólico dejó de ser entendido, o quizá se hizo a la vez innecesario y menos atractivo, su popularidad disminuyó y su imaginería sufrió una transformación y un empobrecimiento. Mientras que en 1889 más de la mitad de los miembros de la Asociación de Mecánicos Unidos poseían un certificado, en 1916 la cifra era de sólo el 20 por 100, y de los 43.000 que se afiliaron en 1917 sólo unos 750 u 800 compraron un certificado.³⁷ Sin duda los certificados fueron sustituidos por la más moderna chapa de afiliado (otro objeto no utilitario) —excepto entre organizaciones tales como los Mersey Quay and Railway Carters—,³⁸ pero también la chapa era muy simplificada desde el punto de vista iconográfico. Leeson ya ha señalado que los posteriores certificados sindicales no podían identificarse como documentos pertenecientes a un sindicato *obrero* sin el nombre del sindicato y sin el lema o el texto inscrito en él. Se convierten más y más en hojas que ilustran diversos procesos industriales empleando un estilo naturalista y a veces fotográfico.³⁹ Por supuesto, es verdad, como veremos, que unos símbolos sencillos y convencionales —más políticos que sindicalistas— sustituyen ahora al antiguo simbolismo: la propia bandera roja, el sol naciente del socialismo, el martillo y la hoz (que es con mucho el más conocido de estos símbolos) y, de vez en cuando, versiones incompletas de imágenes antiguas, tales como el símbolo antimilitarista de la espada rota⁴⁰ en las banderas obreras italianas.⁴¹ No obstante, penetramos ahora en un mundo ritual distinto y con menos accesorios. Como ocurre con tanta frecuencia en el caso de las costumbres obreras, la transformación se

36. M. Agulhon, «La statuomanie et l'histoire», en *Ethnologie Française*, n.º 3-4 (1978), pp. 3-4. Véase también Eric Hobsbawm y Terence Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, en especial el capítulo 7, pp. 263-307.

37. Müller, *op. cit.*, p. 232.

38. J. P. H. Carter, «Contributions, badges and the Liverpool carters», en *Northwestern Labour History Bulletin*, n.º 2 (1975), pp. 17-21.

39. Véase R. A. Leeson, *United We Stand*, p. ej., p. 49.

40. Existe una versión más complicada —el herrero cualificado negándose a reparar la espada rota que le presenta Marte— en el certificado de la ASE.

41. Para un estudio erudito de la evolución de este simbolismo, véase *Un'altra Italia nelle bandiere...*, pp. 12-48 (S. Pettenati, «Note sulla tradizione iconografica delle bandiere»; P. Alessandrone, «Una lettura delle bandiere operaie», y las *Schede storiche*, pp. 143-270),

acelera a causa de las fluctuaciones políticas y económicas. La decadencia de la gran época de los estandartes se vio acentuada por la derrota y la crisis económica; su producción disminuyó considerablemente después de 1930 y, a pesar de cierto resurgimiento en la posguerra, ha seguido disminuyendo. La empresa de George Tutill, que fabricaba alrededor de las tres cuartas partes de todos los estandartes conocidos, no produjo absolutamente ninguno en 1967.⁴² Asimismo, diré de paso que los estandartes sindicales más modernos tienden a evitar las imágenes y retratos complicados, y no digamos la alegoría.

III

Dio la casualidad de que la nueva sencillez cuadraba con algunos aspectos de la fase nueva o socialista del ritual obrero. A pesar de la fuerza de las circunstancias históricas, de las que nadie puede escapar, el grueso de los movimientos obreros modernos —incluyendo gran parte de los británicos a partir de 1889— eran nuevos en lo que atañe a sus miembros, sus formas de organización, su estrategia y sus aspiraciones. Los partidos de masas cuyos afiliados podían contarse por centenares de miles hacia 1914; los electorados de masas que para entonces podían dar entre el 30 y el 40 por 100 del sufragio masculino nacional a tales partidos;⁴³ la propia afiliación masiva a los sindicatos obreros estables; nada de todo ello tiene precedentes anteriores a 1870, probablemente ni tan sólo en Gran Bretaña. Lo que también hace al caso: los activistas ideológicos que los inspiraban eran (con unas pocas excepciones como Lassalle) anti-ritualistas incluso en su ritualismo. Los socialdemócratas alemanes miraban con suspicacia los festivales de mineros.⁴⁴ Los anarquistas hacían lo propio con cualquier formalidad. Eran puritanos y estaban lejos de sentir una inclinación natural a aquellas cenas conmemorativas en las cuales los militantes británicos, incluso después de la segunda guerra mundial, recordaban, conservaban y absorbían la tradición de las pasadas batallas, victorias y derrotas, y las vinculaban al presente

42. Müller, *James Sharpley...*, pp. 24-38; Gorman, *Banner Bright*, p. 55.

43. Peter Flora, *State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975: A Data Handbook, I: The Growth of Mass Democracies and Welfare States*, Francfort-Londres-Chicago, 1983, cap. 3.

44. Tenfelde, *Sozialgeschichte...*, p. 595.

y al futuro.⁴⁵ El entierro de Jack Lavin, minero revolucionario de Warsop (Nottinghamshire), en 1919, fue un acto relativamente sencillo: ataúd envuelto en la bandera roja, con «una corona de capullos carmesí y ramos de rosas», llevado en hombros por camaradas con cintas rojas en sus chaquetas; un largo panegírico, y varios discursos y homenajes; una canción junto a la sepultura mientras el cuerpo era bajado a la tierra entre exclamaciones de «Pobre Jack».⁴⁶ Ha habido —hay todavía— entierros políticos y obreros que explotan de forma más compleja las posibilidades de esta ocasión tradicionalmente ceremonial.⁴⁷

Así pues, el nuevo ritualismo obrero evolucionó espontáneamente y sin haber sido planificado, aunque en ocasiones se hacían cargo de él algunas organizaciones. A modo de ilustración, citaré tres de sus aspectos.

El primero es la mismísima bandera roja, cuyo auge como símbolo de la revolución social y, más tarde, de la clase obrera fue, al parecer, abrumadoramente espontáneo: desde febrero de 1848, momento en que aparece en las barricadas en todas partes,⁴⁸ hasta las huelgas francesas de 1871-1890, donde el «rojo cuando aparece lo hace casi siempre a modo de improvisación», y hasta las manifestaciones del Primero de Mayo que —al menos en Francia— institucionalizaron la bandera roja.⁴⁹ Como veremos más adelante, el propio Primero de Mayo es un fenómeno surgido de la base.

El segundo aspecto es lo que cabría calificar de ritualización del procedimiento en las reuniones, la cual va íntimamente asociada a la organización. En este caso, tanto en Francia como en Gran Bretaña, la influencia de la tradición política local —republicana en un país, parlamentaria en el otro— es indudablemente importante. Citrine insiste en que las costumbres de la clase obrera británica son o deberían ser una adaptación de los procedimientos parlamentarios,⁵⁰

45. G. Cyriax y R. Oakeshott, *The Bargainers. A Survey of Modern Trade Unionism*, Londres, 1960, p. 15.

46. A. R. Griffin, *Miners of Nottinghamshire 1914-1944, A History of the Nottinghamshire Miners' Union*, Londres, 1962, pp. 63 ss.

47. Perrot, *op. cit.*, pp. 558-559.

48. Gabriel Perreux, París, 1932, pp. 50-51. M. Dommanget, *Le drapeau rouge et la révolution de 1848*, París, 1948.

49. Perrot, *op. cit.*, p. 567.

50. Sir Walter Citrine, *ABC of Chairmanship*, Londres, 1939, p. 3.

y Perrot señala que las reuniones francesas crean «un ritual inspirado en las prácticas parlamentarias». ⁵¹ Tenemos ahora el nombramiento del presidente y el secretario (provisto de la indispensable campanilla), o del *bureau* o plataforma, instalado detrás de una mesa en un estrado o tarima. El presidente (al que hay que dirigirse de manera formal) ocupa el centro: «debería estar ligeramente por encima de los demás», en opinión de Citrine. ⁵² Hay —al menos en Gran Bretaña— el ballet constitucionalista de actas, mociones, enmiendas, referencias retroactivas, suspensiones de estatutos y demás cosas que han hecho las delicias de generaciones de activistas obreros. Hay las interminables votaciones, formularias y copiosas, que, típicamente, en las organizaciones obreras se llevan a cabo mediante el sistema de mano alzada. Puede que la base lógica de todo esto sea estrictamente utilitaria y, pese a ello, es inevitable sacar la impresión de que el propio formulismo proporciona cierta satisfacción ritual. Uno, a decir verdad, no puede llegar al extremo de Perrot, para quien la función de semejantes reuniones públicas es «menos decidir que crear comunión». ⁵³ A pesar de todo, ¿cabe decir que Citrine se muestra exclusivamente utilitario cuando describe la forma de empezar una reunión: «El presidente mira a su alrededor, comprueba que la puerta esté cerrada, carraspea y declara que se abre la sesión»? ⁵⁴ Nadie que haya asistido a un congreso del TUC [Congreso de los Sindicatos] o del Partido Laborista, incluso antes de los cantos rituales por parte de los enemigos en el estrado, dudará de que es algo más que una forma de despachar los asuntos.

El Primero de Mayo internacional, que data de 1889, es quizás el más ambicioso de los rituales obreros. ⁵⁵ En ciertos sentidos, es una

51. Perrot, *op. cit.*, p. 592.

52. Citrine, *op. cit.*, p. 162.

53. Perrot, *op. cit.*, p. 595.

54. Citrine, *op. cit.*, p. 20.

55. Para la historia del Primero de Mayo, véanse F. Giovanoli, *Die Mai-feierbewegung, Ihre wirtschaftlichen und soziologischen Ursprünge u. Wirkungen*, Karlsruhe, 1925; M. Dommanget, *Histoire du Premier Mai*, París, 1953; G. Haupt, *La Deuxième Internationale, 1889-1914: Étude critique des sources*, La Haya, 1964; André Rossel, *Premier Mai. 90 ans de lutte populaire dans le monde*, París, 1977; M. Massara, C. Schirinzi, M. Sioli, *Storia del Primo Maggio*, Milán, 1978; Udo Achten, *Illustrierte Geschichte des Ersten Mai*, Oberhausen, 1979; D. Fricke, *Kleine Geschichte des Ersten Mai*, Francfort, 1980.

versión más ambiciosa y generalizada de esa combinación anual de manifestación obrera y festival que hemos visto aparecer, para un grupo muy específico de trabajadores y limitada a regiones determinadas, con las manifestaciones y galas de los mineros de dos decenios antes. Compartía con éstas la característica esencial de ser una auto-presentación regular y pública de una clase, una afirmación de poder y, de hecho, en su invasión del espacio social del Sistema, una conquista simbólica. Pero, de modo igualmente crucial, era la afirmación de la clase por medio de un *movimiento organizado*, fuera sindicato o partido. Era el desfile anual con la bandera del ejército obrero, una ocasión política que es impensable sin las consignas, las reivindicaciones, los discursos que, incluso entre trabajadores tan independientes como los mineros, corrían cada vez más a cargo de figuras nacionales que no representaban al sindicato, sino al conjunto del movimiento.⁵⁶ Al mismo tiempo, como en ello intervenía la clase como tal, se parecía también a posteriores concentraciones de la misma índole —uno piensa en los festivales nacionales de *L'Humanité* en Francia o de *Unità* en Italia, que son un acto *familiar* y un festival popular—, pero era una concentración que, a pesar de una amplia provisión de cerveza y diversiones, se enorgullecía de su demostración de autodomínio. Del mismo modo que los mineros de Durham en 1872 se enorgullecieron de decepcionar a las personas respetables que temblaban ante la invasión de los bárbaros negros⁵⁷ —recordamos los guantes blancos de los participantes en la marcha—, también hace unos años los napolitanos se enorgullecieron de un logro bastante más sorprendente. Afirmaron que no había habido ningún robo ni se había estado a nadie durante el festival nacional de *Unità* cuando tuvo lugar en esa ciudad tan famosa por su ingeniosidad y su ligereza de dedos.

56. Respecto de uno de estos «festivales sindicales» sustitutivos del Primero de Mayo socialista en condiciones de represión política, véase K.-E. Morring, *Die Sozialdemokratische Partei in Bremen 1890-1914*, Hanover, 1968, pp. 25-27. El festival obtuvo un éxito enorme, sin duda porque formaron parte de él, no sólo oradores políticos nacionales, sino los habituales avíos e instalaciones de los parques de atracciones —tiouvivos, entoldados para bailar, tenderetes— en las festividades populares. Treinta y cinco sindicatos, veinte sociedades corales y varias bandas de música participaron en 1890. En 1894 las autoridades prohibieron una marcha solemne de participantes hasta el escenario del festival, así como las procesiones informales con acompañamiento de música, cánticos, banderas, y *la participación de las mujeres*, *ibid.*, p. 27.

57. John Wilson, *History of the Durham Miners' Association, 1870-1904*, Durham, 1907, pp. 59-61; Gorman, *op. cit.*, p. 36.

Pero las galas de los mineros se planeaban como acontecimientos anuales, e incluso en la primera que se celebró en Durham, en 1871, se ofrecieron tres premios para el concurso de bandas y «generosos premios en dinero para varios deportes atléticos». ⁵⁸ El Primero de Mayo se planeó sencillamente como una manifestación única, simultánea e internacional a favor de la legalización de la jornada laboral de ocho horas. ¿Hasta qué punto su fuerza, al igual que la fuerza de la bandera roja, se debía a este internacionalismo? Sólo podemos dar a esta pregunta una respuesta especulativa, pero no hay duda de que mucho. La repetición anual les fue impuesta a los partidos y a la Internacional por las bases. Asimismo, fue la participación pública la que hizo que una manifestación se convirtiera en una fiesta, tanto en sentido ritual como en el propiamente festivo. Hasta 1893 no empezó Engels a llamarla *Maifeier* o celebración, en lugar de manifestación. ⁵⁹ Por el contrario: los revolucionarios ideológicamente más puros llegaban incluso a sospechar de las festividades por considerarlas diversivas desde el punto de vista político. Asimismo, opinaban que las costumbres folclóricas eran una concesión al espíritu de la superstición. ⁶⁰ Hubieran preferido marchas de protesta más sombrías y militantes. Otros líderes más sensibles a la opinión de las masas, tales como Adler, Vandervelde y Costa, supieron sintonizar mejor la longitud de onda de las masas. Como dijo Costa en 1893: «Los católicos tienen la Pascua; de hoy en adelante los trabajadores tendrán su propia Pascua». ⁶¹ Los italianos, movilizandolos a una clase tradicional y en su mayor parte analfabeta, tendían a ser inusitadamente sensibles a la fuerza del símbolo y la ceremonia. ⁶² Lo que es más, la reivindicación específica del Primero de Mayo original no tardó en quedar relegada a un segundo plano. La festividad fue convirtiéndose más y más en una afirmación anual de la presencia de una clase, sobre todo allí donde, contra el consejo de los prudentes líderes socialistas y sindicales que predominaban en Gran Bretaña y Alemania, subrayaba dicha presen-

58. Wilson, *ibid.*, p. 34.

59. Engels a Sorge, 17 de mayo de 1893 (Marx-Engels, *Werke*, vol. 39); véase también Victor Adler, *Aufsätze, Reden und Briefe*, Viena, 1922, I, p. 69.

60. A. Van Gennep, *Manuel de folklore français*, I-4: «Les cérémonies périodiques et saisonnières, 2: cycle de mai», París, 1949, p. 1.719.

61. Dommanget, *op. cit.*, p. 343.

62. Ettore Ciccotti, *La psicologia del movimento socialista*, Bari, 1903, pp. 112-113.

cia mediante una afirmación simbólica del poder fundamental de los trabajadores: la abstención del trabajo mediante huelgas de un día de duración. En muchos países latinos se convirtió en la conmemoración de unos mártires —los llamados «mártires de Chicago»— y a veces todavía se le considera como tal.

El elemento ritual en el Primero de Mayo de los trabajadores —que, como observó alguien, era el *único* aniversario asociado exclusivamente con el proletariado, incluso entre los aniversarios radicales y revolucionarios— lo reconocieron de forma inmediata artistas, periodistas, poetas y versificadores, los cuales, por cuenta de sus partidos, produjeron chapas, banderas, carteles, publicaciones periódicas dedicadas al Primero de Mayo, dibujos y otros tipos de material apropiado para la ocasión. En su lenguaje iconográfico advertimos el eco de la imaginería de la primavera, la juventud y el crecimiento que de modo espontáneo se asociaban con el día. Las flores eran una parte importante de dicha imaginería y en seguida nació, apenas sabemos cómo, la costumbre de llevarlas: el clavel en Austria e Italia —con el tiempo pasó a ser la flor típica del Primero de Mayo—, la rosa roja (de papel) en Alemania, las flores del escaramujo y la amapola en Francia, así como las flores del espino; pero no el lirio de los valles, que más adelante formó una simbiosis no política con el Primero de Mayo en Francia. Lo que la memoria popular asociaba a la Fusillade de Fourmies, la represión a tiros de una de estas procesiones en 1891, era la imagen de una muchacha joven portando una de tales ramas floridas.⁶³ Sin duda, buena parte de todo esto se debió al accidente histórico que indujo a la Internacional a celebrar su manifestación en esa fecha, con su carga emotiva y tradicional. Ciertamente, mucho se debió a su iniciación en uno de los momentos notables del despertar, el crecimiento y la expansión de la clase obrera internacional. Era una celebración de la renovación y la esperanza en una estación de renovación y esperanza y es posible que no hubiera arraigado de modo tan permanente si se hubiese iniciado en un momento menos optimista de la historia de la clase obrera.

¿Qué significado tenía este día para los trabajadores? Afortunadamente, algo sabemos sobre ello, ya que en una reciente exposición montada en Italia los organizadores mostraron varios estandartes obreros a unos cuantos veteranos, que inmediatamente los asociaron con

63. Maxime Leroy, *La coutume ouvrière*, París, 1913, vol. I, p. 246.

el Primero de Mayo. Me permitirán que cite a Pietro Comollo, un septuagenario de Turín:

Los estandartes eran educativos. Todo el mundo solía decir: «Es nuestro festival ... es el festival de los trabajadores». Sabíamos vagamente que era en recuerdo de los que habían luchado por la jornada de ocho horas, los Mártires de Chicago. Así que se trataba de un hecho simbólico, que se había vuelto simbólico para los trabajadores ... Y luego, bueno, era simplemente un día de fiesta: había claveles rojos. Era una manifestación combativa, no sólo porque hubiesen arrancado el Primero de Mayo a través de sus organizaciones, sino porque estábamos todos allí juntos y unidos. Hasta los anarquistas se presentaban.⁶⁴

Era el ritual de la clase, la comunidad, la lucha y la unión.

Del fuerte apego emotivo que esta ocasión inspiraba a los trabajadores son indicio los esfuerzos que los oponentes del movimiento hicieron por anexionársela. Después de los bolcheviques fue Hitler quien, en 1933, la transformó en una fiesta nacional oficial, y luego siguió su ejemplo la Comunidad Económica Europea. Además, del mismo modo que Hitler combinó conscientemente el rojo de la bandera socialista con un símbolo muy diferente, la esvástica, también podemos ver cómo en el decenio de 1930 los nazis transforman deliberadamente la imaginaria simbólica de la jornada, cuyas imágenes de lucha de clases ceden su lugar a otras de cooperación entre las clases en beneficio de la causa nacional.⁶⁵

¿Hasta qué punto han sobrevivido y han evolucionado, desde el decenio de 1890, tales ritualizaciones de los nuevos movimientos obreros de signo socialista? Es difícil generalizar. Como eran rituales esencialmente *públicos*, sólo podían florecer en los países donde los movimientos obreros eran legales y, sobre todo, sugeriría yo, allí donde la política dejaba espacio suficiente para la movilización de las masas. En otros lugares eran propiedad simbólica de pequeños grupos clandestinos o de organizaciones revolucionarias secretas, sobre cuya historia ritual, que es bastante pintoresca, ya he escrito en otra parte. Me limito a repetir que estoy convencido de que tales grupos de iz-

64. *Un'altra Italia...*, p. 278.

65. Helmut Hartwig, «Plaketten zum 1. Mai 1934-39», en *Ästhetik und Kommunikation*, vol. VII, n.º 26 (1976), pp. 56-59.

quierdas —pero no los de derechas ni los nacionalistas— se despojaron casi por completo de su ritualismo, proceso que se vio acelerado, cuando ello fue necesario, por la prohibición de pertenecer a la masonería que el movimiento comunista impuso en el período de entreguerras. Probablemente, los nuevos rituales públicos alcanzaron su apogeo en el período de los movimientos obreros socialistas unidos —a excepción de los anarquistas— y, al parecer, inevitablemente triunfales antes de 1914, pero hay tantas divergencias nacionales y regionales a partir de 1917, que puede haber excepciones. Ciertamente, eran impulsados por la esperanza y la confianza, en vez de por el conflicto. La retirada y la depresión económica los han debilitado una y otra vez y, a la inversa, los avances —como en Francia en 1936 y en gran parte de Europa en 1944-1945— los han hecho revivir.

Hay movimientos, incluso después de 1945, que todavía tienen el viejo aparato de ritualización en buen estado de funcionamiento y que transforman ocasiones en apariencia utilitarias: por ejemplo, el intercambio anual de tarjetas del partido,⁶⁶ o la recaudación de fondos, que es la principal justificación de las fiestas de las delegaciones provinciales y de la gran pirámide de festivales franceses e italianos, en ayuda de los periódicos de los partidos. Pero, en general, lo que mejor ha sobrevivido es el puñado de símbolos elementales que menos dependen de grandes organizaciones capaces de movilizar a grandes grupos de trabajadores y trabajadoras: el color rojo, que completó su conquista de los movimientos socialistas después de 1917,⁶⁷ la *Internacional*, que pasó a ser el himno mundial del movimiento a principios del decenio de 1900,⁶⁸ y otras canciones simbólicas —*Red Flag*, *Bandiera Rossa*—, así como unos cuantos símbolos y gestos, algunos de ellos, como el puño cerrado, de origen oscuro pero casi sin duda posterior a 1917. Todo esto lo aprendieron o adoptaron fácilmente los brotes espontáneos y no organizados de militancia tales como los movimientos estudiantiles de las postrimerías del decenio de 1960.

66. Sobre las funciones de los *Zablabende* (cobro de cuotas), véase W. L. Guttsman, *The German Social Democratic Party, 1875-1933: From Ghetto to Government*, Londres, hacia 1981, p. 170.

67. En Italia acabó derrotando al tradicional rojo con ribetes negros en ese período, como demuestra la canción *Bandiera Rossa*. Véase *Un'altra Italia...*, p. 33.

68. Dommanget, Eugène Pottier, *membre de la Commune et chantre de l'Internationale*, París, 1971, cap. 3.

Porque, con algunas excepciones notables, los grandes movimientos de clase de la era clásica de los partidos socialistas de los trabajadores, los partidos de masas, no han salido bien librados de las extraordinarias transformaciones económicas, sociales y culturales de los decenios de 1950 y 1960, al menos en los países industriales de Occidente. La clase trabajadora ya no es la misma, e igual ocurre con la sociedad. Por decirlo en los términos más sencillos —los que empleó una anciana señora italiana que llevó su primer estandarte en 1920, a la edad de doce años, cuando aún no había transcurrido un mes desde que empezara a trabajar en la fábrica de algodón—: «Hoy día todos son *signori*, los que salen a trabajar; tienen todo lo que piden; yo nunca pedí nada, porque no había nada que recibir».⁶⁹ No es raro, en vista de ello, que los viejos tiendan a emplear el pretérito cuando hablan del Primero de Mayo.

Los rituales que he tratado de bosquejar eran en esencia autoafirmaciones y autodefiniciones de una clase nueva *a través de la organización de clase*; y, dentro de ella, de un nutrido cuadro de militantes extraídos de dicha clase o identificados con ella, que afirmaban su propia capacidad para organizar, para hacer política tan bien como la antigua élite, para demostrar su propia ascensión por medio de la de su clase. Allí donde los movimientos obreros se remontan más allá de la era socialista, estos rituales pasaron de la autoafirmación de todo el «oficio» u ocupación a la de los asalariados pertenecientes al mismo y, al igual que en el caso de los movimientos de los mineros, de la comunidad de clase en su conjunto, como parte de un movimiento más amplio de todos los trabajadores. Allí donde coinciden con la era socialista, la identificación de clase y de partido y la esperanza de un mundo mejor basada en ambas cosas, predominaron desde el principio. Los acontecimientos y el lenguaje rituales se transformaron, quizá después de un período inicial de transición, allá entre el decenio de 1880 y la Revolución de Octubre, cuando en los nuevos movimientos obreros de signo socialista, o (como en Gran Bretaña) en los movimientos más antiguos que evolucionaron hacia movimientos de clase comprometidos con el socialismo, se combinaron los simbolismos de lo antiguo y lo nuevo en los estandartes y emblemas. También se simplificaron porque el viejo y complicado vocabulario simbólico y alegórico dejó de ser comprendido, y, quizá, también porque la pobre-

69. *Un'altra Italia...*, p. 277.

za entrañaba simplificación. Uno recuerda que incluso en 1874, cuando los trabajadores de Breslau conmemoraron el décimo aniversario de la muerte de Lassalle (los rituales de la muerte, como hemos visto, mantuvieron su antigua significación y capacidad para cristalizar la estructura de la relación del individuo con la comunidad y el mundo), los hombres llevaban fajas rojas y verdes, pero pocas mujeres pudieron ir vestidas de negro, como era su obligación, porque no tenían vestidos de dicho color...⁷⁰ En cualquier caso, la forma principal de ritual público en las modernas sociedades de masas tendía a ser cada vez más una especie de drama público, en el cual la distinción entre participantes y espectadores, actores y comparsas, se veía atenuada, y donde la masa misma actuaba como su propio símbolo.⁷¹ Los gobiernos modernos han explotado de modo efectivo esta forma de espectáculo público. No fue éste un fenómeno privativo de los movimientos obreros, aunque sus organizaciones y partidos de masas, contándose entre los primeros de su tipo, quizá fueron precursores de una parte de esta transformación. Sin embargo, semejantes reflexiones nos llevan mucho más allá de un ensayo sobre los rituales obreros.

Con todo, y exceptuando ciertos fines públicos, no hay duda de que el ritual ha decaído. Y no resulta muy sorprendente que haya ocurrido así en los movimientos obreros. Porque, incluso en el momento culminante de su evolución, su papel en la era de los movimientos y partidos obreros de masas fue marginal, a diferencia de, pongamos por caso, en los movimientos nacionalistas. Porque la identificación de los trabajadores con su movimiento, pese a ser profunda con frecuencia, ni se logró ni siquiera se simbolizó realmente por medio del ritual. Tuvo lugar por medio de la sencilla afirmación de clase que entrañaba organización, una organización que era mucho más que un simple recurso utilitario. De ahí el desprecio que los trabajadores acostumbrados al sindicalismo de las antiguas logias mineras sienten por los sindicatos «tragaperras» de años posteriores. Bastaba la palabra «obrero» o «trabajador» para establecer esta identificación emotiva, como ocurría entre los 200.000 miembros de las sociedades corales de trabajadores (socialdemócratas) que existían en

70. Matull, *op. cit.*, p. 34.

71. De hecho, se sugirió que en la ruta de las manifestaciones de masas en Viena se construyeran rampas, de modo que los participantes en las marchas, provisionalmente elevados por encima del nivel de la calle, pudiesen *ver* las masas de las que cada fila formaba parte.

la Alemania de 1914, los 130.000 y pico de «trabajadores ciclistas»,⁷² o entre los «trabajadores filatelistas», sin duda de edad bastante avanzada y en número muy reducido, que seguían reuniéndose en una taberna vienesa en el decenio de 1970. Es verdad que incluso entonces había una desproporción entre la dedicación de los militantes y las formalidades prosaicas asociadas con ella; una desproporción que habría resultado incomprensible a ojos de las primeras asociaciones de oficiales o, para el caso, de los sacerdotes. Fue en este espacio donde creció el moderno ritual obrero que aportó color, estructura emotiva y ceremonia. El espacio era grande. En sus recientes memorias un anciano poeta germano-oriental ha reflexionado sobre qué extraño es que la firma de un papel pequeño y arrugado que le presentó un trabajador joven en una esquina de Berlín en 1931 todavía le haga sentirse ligado al partido en el que ingresó a la sazón, cuando aún iba a la escuela.⁷³ En realidad, no tiene nada de extraño. Al firmar, entregó su vida a una causa y a un sueño, como hacía la gente en aquel tiempo.

Pese a todo, la desproporción sigue existiendo. El espacio nunca lo llenó sistemáticamente el ritual. ¿Qué movimiento, que desempeñara un papel tan central en la historia de los siglos XIX y XX, y destinado a conquistar una extensión del mundo mayor que el Islam y con mayor rapidez que los discípulos de Mahoma, lo ha hecho —al menos hasta su transformación en estados y regímenes— con menos bagaje ritual que el movimiento socialista? Su fuerza emotiva y su legitimidad las recibió de su identificación con una clase, la clase obrera, cuyo triunfo histórico creía cierto e inevitable. Eso parecía suficiente. Lo único que puede hacer el historiador es observar el fenómeno. No tiene la obligación de investigar hasta qué punto estaba, o es probable que esté, justificada esta creencia.

(1982)

72. Guttzman, *op. cit.*, p. 169. Para los aliados a grupos similares en Austria, véase Langewiesche, *op. cit.*

73. Stephan Hermlin, *Abendlicht*, Leipzig, 1979, pp. 35-36.

6. EL HOMBRE Y LA MUJER: IMÁGENES A LA IZQUIERDA

Las mujeres han señalado con frecuencia que los historiadores, incluyendo a los marxistas, han olvidado siempre a la mitad femenina de la raza humana. Esta crítica es justa y reconozco que cabe aplicarla a mi propio trabajo. Con todo, poner remedio a esta deficiencia no es posible creando sencillamente una rama especializada de la historia que se ocupe sólo de las mujeres, puesto que en la sociedad humana los dos sexos son inseparables.¹ Lo que es necesario estudiar también son los cambios que están experimentando las formas de relación entre los sexos, tanto en la realidad social como en la imagen que cada sexo tiene del otro. El presente artículo es un intento preliminar de estudiar este aspecto en lo que se refiere a los movimientos revolucionarios y socialistas del siglo XIX y principios del XX. A tal efecto, examinaremos la ideología que expresan las imágenes y los emblemas asociados con dichos movimientos. Dado que éstos fueron ideados casi siempre por hombres, es, por supuesto, imposible suponer que los papeles sexuales que representan expresan los puntos de vista de la mayoría de las mujeres. Sin embargo, es posible comparar estas imágenes de los papeles y las relaciones con las realidades sociales del período y con las ideologías, formuladas de modo más específico, de los movimientos revolucionarios y socialistas.

1. El presente artículo nació de una conversación con Peter Hának, de la Academia de Ciencias Húngara, Instituto de Historia, acerca de una monografía de Efm Etkind (ex profesor de Leningrado y ahora de Nanterre) que trataba de 1830 en la poesía europea. En lo que respecta a la vertiente artístico-histórica, desde entonces he recibido una ayuda esencial de Georg Eisler, Francis y Larissa Haskell y Nick Penny. En cierto sentido, pues, se trata de un trabajo cooperativo, aunque las interpretaciones y los errores son míos y de nadie más.

Que es posible efectuar esa comparación es el supuesto subyacente en el presente artículo. No pretendo sugerir que las imágenes analizadas aquí reflejan directamente realidades sociales, exceptuando los casos en que fueron creadas con ese fin concreto, como en las fotografías que se toman por su valor documental, y es obvio que ni siquiera en tales casos reflejan únicamente la realidad. Mi supuesto es meramente que, en las imágenes pensadas para que las vea un público amplio y tengan repercusión en él (por ejemplo, un público formado por trabajadores), la experiencia que de la realidad tiene ese público determina el grado en que puedan divergir de esa experiencia. Si en los chistes socialistas de la *Belle Époque* al capitalista se le hubiera presentado *habitualmente*, no como un hombre gordo fumándose un puro y con sombrero de copa, sino como una mujer gorda, se hubieran superado estos límites permisibles y los chistes hubieran sido menos eficaces; porque la mayoría de los jefes no sólo eran concebidos como varones, sino que lo eran realmente. De ello no se desprende que todos los capitalistas fuesen gordos con sombreros de copa y fumando puros, aunque estos atributos se entendían prontamente como indicios de riqueza en una sociedad burguesa, y también tenían que interpretarse como indicaciones de un tipo concreto de riqueza y de privilegio en comparación con otros, por ejemplo, los de la nobleza. Es obvio que semejante correspondencia con la realidad era menos necesaria en las imágenes puramente simbólicas y alegóricas y, pese a ello, ni siquiera aquí se hallaba completamente ausente; si la deidad de la guerra se hubiera presentado como una mujer, habría sido con la intención de escandalizar. Naturalmente, interpretar la iconografía de esta manera no es hacer un análisis serio de la imagen y el símbolo. Mi propósito es más modesto.

Empecemos con el que es quizá el más famoso de todos los cuadros revolucionarios, aunque no fue obra de un revolucionario: *La Libertad guiando al pueblo* en 1830, de Delacroix. Muchos recordarán ese cuadro: una muchacha con el pecho desnudo, gorro frigio y una bandera, pasa por encima de los caídos, seguida de hombres armados que llevan una indumentaria característica. Las fuentes del cuadro han sido objeto de muchas investigaciones.² Sean cuales fueren, no cabe

2. Véase el catálogo de la exposición *La Liberté guidant le peuple de Delacroix*, catálogo a cargo de Hélène Toussaint, estudio realizado en el Laboratoire de la Recherche des Musées de France por Lola Faillant-Dumas y Jean-Paul Rioux, París, 1982, para una discusión detallada y la correspondiente

duda alguna acerca de cómo se interpretó en su época. A la libertad no se la veía como una figura alegórica, sino como a una mujer real (inspirada sin duda en la heroica Marie Deschamps, cuyas hazañas sugirieron el cuadro). Se la veía como a una mujer del pueblo, perteneciente al pueblo, a gusto entre el pueblo:

C'est une forte femme aux puissantes mamelles,
à la voix rauque, aux durs appas
qui ...
Agile et marchant à grands pas
Se plaît aux cris du peuple ...

Barbier, *La Curée*

(Una mujer fuerte, de pecho robusto,
de voz ronca y tosco atractivo ...
Avanza con grandes pasos confiados,
complaciéndose en el clamor del pueblo ...)

Para Balzac era de origen campesino: «de piel morena y ardiente, la viva imagen del pueblo».³ Era orgullosa, hasta insolente (palabras de Balzac) y, por ende, la antítesis misma de la imagen pública de las mujeres en la sociedad burguesa. Y, como recalcan los contemporáneos, era sexualmente emancipada. Barbier, cuya obra *La Curée* es sin duda una de las fuentes de Delacroix, inventa toda una historia de emancipación e iniciativa sexuales para ella:

qui ne prend ses amours que dans la populace,
qui ne prête son large flanc
qu'à des gens forts comme elle

(que toma a sus amantes sólo de entre el populacho,
que da su recio cuerpo
sólo a hombres tan fuertes como ella)

bibliografía, a las cuales deben añadirse H. Lüdecke, *Eugène Delacroix und die Pariser Julirevolution*, Berlín, 1965, y Efim Etkind, «1830 in der europäischen Dichtung», en R. Urbach, ed., *Wien und Europa zwischen den Revolutionen (1789-1848)*, Viena-Munich, 1978.

3. T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois*, Londres, 1973, p. 19.

después de, *enfant de la Bastille* («hija de la Bastilla»), haber propagado la excitación sexual universal a su alrededor, haberse cansado de sus primeros amantes y seguido los estandartes de Napoleón y a un *capitaine de vingt ans* («un capitán de veinte años»). Ahora volvía

toujours belle et nue [el subrayado es mío, EJJ]
avec l'écharpe aux trois couleurs

(siempre bella y desnuda
con la faja tricolor)

para ganar las «Trois Glorieuses» (la Revolución de Julio) para su pueblo.⁴

Heine, que comenta el cuadro propiamente dicho, lleva la imagen aún más allá y la acerca a otro estereotipo ambiguo de la mujer independiente y sexualmente emancipada, la cortesana: «una extraña mezcla de Friné, pescadera y diosa de la libertad».⁵ El tema es reconocible: Flaubert, en *La educación sentimental*, vuelve a él en el contexto de 1848, con su imagen de la Libertad como prostituta vulgar en las Tullerías saqueadas (aunque empleando la habitual transición burguesa de la ecuación «libertad = bien» a la de «licencia = mal»): «En la antecámara, erguida sobre un montón de ropa, se encontraba una mujer de la calle posando como estatua de la libertad». A la misma nota hace alusión el reaccionario Félicien Rops, que incluso había representado a «la Comuna personificada por una mujer desnuda, con un gorro de soldado en la cabeza y una espada en el costado»,⁶ imagen que no se le ocurrió sólo a él. Su poderoso *Peuple* es una mujer joven y desnuda que adopta la postura de una puta vestida únicamente con unas medias y un gorro de dormir, posiblemente una alusión velada al gorro frigio, abriendo las piernas para mostrar el sexo.⁷

Así pues, la novedad de la *Libertad* de Delacroix radica en la iden-

4. Etkind, *op. cit.*, pp. 150-151.

5. Heinrich Heine, *Gesammelte Werke*, Berlín, 1956-1957, vol. IV, p. 19.

6. E. Ramiro, *Félicien Rops*, París, 1905, pp. 80-81.

7. Eduard Fuchs, *Die Frau in der Karikatur*, Munich, 1906, p. 484. Fuchs, de un modo que no deja de ser convincente, calificó a *Peuple* de *Megäre Volk* o «El pueblo como virago»; Ramiro, *op. cit.*, p. 188. Una versión menos explícita de la misma figura, pues omite la mitad inferior del cuerpo de la mujer, se encuentra en una lámina no paginada de Franz Blei, *Félicien Rops*, Berlín, 1921.

tificación de la figura femenina desnuda con una mujer real del pueblo, una mujer emancipada, una mujer que desempeña un papel activo —a decir verdad, principal— en el movimiento de los hombres. ¿Hasta dónde se remonta esta imagen revolucionaria? Es ésta una pregunta cuya respuesta debemos dejar a los historiadores del arte.⁸ Aquí sólo podemos señalar dos cosas. *Primera*: el hecho de ser tan concreta la aparta del habitual papel alegórico de las hembras, aunque mantiene la desnudez de tales figuras e, incluso, esta desnudez se ve recalcada por el pintor y los observadores. No inspira ni representa: *actúa*. *Segunda*: parece claramente diferenciada de la tradicional imagen iconográfica de la mujer como activa combatiente por la libertad, en especial Judit, que, junto con David, tan a menudo representa la lucha victoriosa de los débiles contra los fuertes. A diferencia de David y Judit, la *Libertad* de Delacroix no está sola, ni representa la debilidad. Por el contrario, simboliza la fuerza concentrada del pueblo invencible. Dado que «el pueblo» consiste en una colección de clases y ocupaciones diferentes, y se presenta como tal, es de desear un símbolo general que no se identifique con ninguna de ellas. Por motivos iconográficos tradicionales, era de esperar que el símbolo fuese femenino. Pero la mujer elegida simboliza «el pueblo».

La revolución de 1830 parece representar el punto más alto de esta imagen de la Libertad encarnada por una muchacha activa y emancipada a la que los hombres aceptan como líder, si bien el tema

8. M. Agulhon, «Esquisse pour une archéologie de la République: L'allégorie civique féminine», en *Annales*, XXVIII (1973), pp. 5-34. Una heroína no revolucionaria se presenta casi simultáneamente del modo opuesto al de Delacroix en el cuadro de David Wilkie, *Defence of Saragossa*, de 1828 (Wilkie Exhibition, Royal Academy, 1958). La heroína española, que existió en la vida real, aparece completamente vestida pero en una pose alegórica, mientras otro partisano se halla agazapado junto a ella, desnudo hasta la cintura. (Debo esta referencia al doctor N. Penny.) Byron, que comenta detenidamente el papel de las guerrilleras españolas y de la Doncella de Zaragoza, las cuales despiertan su admiración (*Childe Harold*, I, pp. 54 ss.), hace hincapié en el heroísmo aparentemente poco femenino: «Su amante se hunde —ella no derrama ninguna lágrima intempestiva; / Su jefe está muerto —ella ocupa su fatídico puesto; / Sus compañeros huyen —ella contiene su vil carrera; / El enemigo se retira —ella encabeza la hueste perseguidora». Pero también recalca que el personaje permanece dentro de los límites de lo que la superioridad masculina considera deseable en las mujeres: «Mas no son las doncellas españolas raza alguna de Amazonas, / Sino formadas para todas las artes hechizantes del amor». De hecho, a diferencia de la Libertad, de ellas es «la fogosidad de la paloma».

continúa siendo popular en 1848, sin duda a causa de la influencia de Delacroix en otros pintores. Sigue apareciendo desnuda y tocada con un gorro frigio en *La Libertad en las barricadas* de Millet, pero ahora su contexto es vago. Sigue siendo una figura de líder en el boceto de *El levantamiento* de Daumier, pero, una vez más, su contexto no está claro. Por otro lado, aunque no son muy numerosas, las representaciones de la Comuna y de la Libertad en 1871 tendrían a ir desnudas (como en el diseño de Rops mencionado anteriormente) o a llevar el pecho al descubierto.⁹ Quizá el papel activísimo que las mujeres desempeñaron en la Comuna también explique por qué esta revolución fue simbolizada por una mujer no alegórica (es decir, vestida) y obviamente militante en, como mínimo, una ilustración extranjera.¹⁰

Así pues, el concepto revolucionario de la república o de la libertad tendría aún a ser una hembra desnuda o, más a menudo, con los pechos al aire. La célebre estatua de la República que hay en la Place de la Nation, obra del *communard* Dalou, todavía muestra un pecho desnudo. Sólo investigando podría demostrarse hasta qué punto la revelación del seno retiene esta asociación rebelde o, al menos, polémica, como ocurre quizá en ese chiste publicado en la época del caso Dreyfus (enero de 1898) y que muestra a una Marianne joven y virginal, con un pecho al aire, a la que protege de un monstruo una Justicia matronal y armada. Al pie del dibujo aparece esta línea: «Justicia: ¡No temas al monstruo! Que aquí estoy yo».¹¹ Por otra parte, a la República institucionalizada, Marianne, pese a sus orígenes revolucionarios, normalmente ya se la concibe vestida, aunque sea ligeramente. El reino de la decencia ha sido restaurado. Quizá quepa decir lo mismo del reino de las mentiras, toda vez que es una característica de la figura femenina alegoría de la Verdad —sigue apareciendo con frecuencia, especialmente en las caricaturas del período Dreyfus— el que vaya desnuda.¹² Y, de hecho, incluso en la iconografía del respetable movimiento obrero británico de la Inglaterra victoriana, permanece desnuda, como, por ejemplo, en el emblema de la Asociación

9. Véase Jean Duché, 1760-1960. *Deux siècles d'histoire de France par la caricature*, París, 1961, pp. 142, 143, 145.

10. J. Bruhat, Jean Dautry, Émile Tersen, *La Commune de 1871*, París, 1971, p. 190; la ilustración es inglesa.

11. Jean Grand-Carteret, *L'affaire Dreyfus et l'image*, París, 1898, p. 150.

12. *Ibid.*, láminas 61, 67, 106, 251.

de Carpinteros y Ebanistas Unidos, de 1860,¹³ hasta que, más adelante, la moral victoriana se impone.

Generalmente, el papel de la figura femenina, desnuda o vestida, disminuye de forma acentuada al tener lugar la transición de las revoluciones democrático-plebeyas del siglo XIX a los movimientos proletarios y socialistas del XX. En cierto sentido, el principal problema del presente artículo consiste en esta masculinización de la imaginería del movimiento obrero y socialista.

Por razones obvias, los artistas no suelen representar a la mujer proletaria, excepción hecha, claro está, de las pocas industrias cuya mano de obra era predominantemente femenina. Desde luego, ello no se debía a ningún prejuicio. Constantin Meunier, el belga que fue precursor de la idealización típica del obrero varón, pintó —y, en menor medida, esculpió— asalariadas con tanta frecuencia como asalariados; a veces, como en su *Le retour des mines* (El regreso de las minas) (1905), trabajando al lado de los hombres, como todavía era costumbre en las minas belgas.¹⁴ No obstante, es probable que la imagen de una mujer como asalariada y participante activa, junto con los hombres, en la actividad política¹⁵ se debiese en gran parte a la influencia socialista. En la iconografía sindical británica no se observa la presencia de la mujer hasta que se siente la citada influencia.¹⁶ En los emblemas de los sindicatos presocialistas británicos, en los que no influyen los intelectuales, las mujeres reales aparecen principalmente en las imágenes pequeñas que empleaban los sindicatos para anunciar su ayuda fraterna a los afiliados en apuros: enfermedades, accidentes y subsidios de entierro. Las vemos junto al lecho en el que yace el marido enfermo, cuyos compañeros acuden a visitarle luciendo la faja del sindicato. Rodeadas de niños, estrechan la mano del representante del sindicato, el cual les entrega dinero después de la muerte del que ganaba el sustento de la familia.

Por supuesto, las mujeres siguen estando presentes bajo la forma de símbolos y alegorías, aunque hacia finales de siglo, en Gran Bre-

13. R. A. Leeson, *United We Stand: An Illustrated Account of Trade Union Emblems*, Londres, 1971, p. 26.

14. Lucien Christophe, *Constantin Meunier*, Amberes, 1947, láminas 6, 7, 8, 9, 21.

15. Frans Masereel, *Die Stadt*, Munich, 1925.

16. John Gorman, *Banner Bright: An Illustrated History of the Banners of the British Trade Union Movement*, Londres, 1973, p. 126.

taña, se encuentran emblemas sindicales sin ninguna figura femenina, sobre todo en industrias tan puramente masculinas como la minería del carbón, la siderurgia, etcétera.¹⁷ Con todo, las alegorías de la ayuda propia propugnada por el liberalismo continúan siendo femeninas en su mayor parte, porque siempre lo habían sido. La Prudencia, la Industria (= diligencia), la Fortaleza, la Templanza, la Verdad y la Justicia presidían la Sociedad Mutua de Albañiles en 1868; el Arte, la Industria, la Verdad y la Justicia, la Asociación de Carpinteros y Ebanistas Unidos. A partir del decenio de 1880 uno tiene la impresión de que sólo la Justicia y la Verdad, con el posible complemento de la Fe y la Esperanza, sobreviven entre estas figuras tradicionales. Sin embargo, a medida que avanza el socialismo, otras figuras femeninas entran en la iconografía de la izquierda, aunque en ningún sentido se supone que representen mujeres reales. Son diosas o musas.

Así, en un estandarte del Sindicato (izquierdista) de Trabajadores, 1898-1929, una dulce joven vestida de blanco y calzada con sandalias señala un sol naciente, en el que aparece la inscripción «Un mundo mejor», a cierto número de trabajadores pintados con realismo y vestidos con ropa de trabajo. La joven es la Fe, como deja bien claro el texto que hay debajo de la imagen. Otra figura militante, también vestida de blanco y con sandalias, pero con una espada y un escudo en el que aparecen las palabras «Justicia e Igualdad», la cabeza impecablemente peinada, se encuentra de pie ante un musculoso trabajador que lleva la camisa desabrochada y que evidentemente acaba de derrotar a una bestia llamada «Capitalismo», que yace muerta en el suelo ante él. El lema del estandarte es «El Triunfo del Trabajo» y representa la delegación de Southend-on-Sea del Sindicato Nacional de Trabajadores Generales, otro sindicato socialista. La delegación de Tottenham del mismo sindicato tiene a la misma joven (esta vez con el pelo suelto y, en su vestido, las palabras «Luz, Educación, Organización Industrial, Acción Política e Internacional Real») señalando la tierra prometida, que aparece representada por un patio de recreo infantil, al acostumbrado grupo de trabajadores. En la tierra prometida se ve la consigna: «Ganad la Comunidad Cooperativa» y todo el estandarte ilustra el lema: «Productores de la Riqueza de la Nación, ¡Uníos! Y tomad vuestra parte del mundo».¹⁸

17. Leeson, *op. cit.*, pp. 60-70.

18. Gorman, *op. cit.*, pp. 122-123.

Estas imágenes son más significativas porque están obviamente vinculadas al nuevo movimiento socialista, que crea su propia iconografía, y porque (a diferencia del antiguo vocabulario alegórico) esta iconografía nueva se inspira en parte en la tradición de la imaginería revolucionaria francesa, de la que también se deriva la *Libertad* de Delacroix. Estilísticamente, al menos en Gran Bretaña, pertenece al movimiento progresista *arts and crafts* y a su vástago el *art nouveau*, que proporcionó al socialismo británico sus principales artistas e ilustradores, William Morris y Walter Crane. Sin embargo, la popularísima imagen creada por Walter Crane, la de la humanidad avanzando hacia el socialismo —una pareja que viste holgadas ropas veraniegas, el hombre transportando a un niño sobre sus espaldas—, sigue reflejando, como tantos de sus dibujos, la deuda con 1789, pues en ella se halla presente el gorro frigio.¹⁹ Las más antiguas de las chapas del Primero de Mayo de los socialdemócratas austríacos presentan la relación de modo aún más obvio: una figura femenina con el lema: Fraternidad, Igualdad, Libertad y Jornada de Ocho Horas.²⁰

Sin embargo, ¿qué papel desempeñan las mujeres en esta nueva iconografía socialista? El de inspiradoras. El emblema del *Labour Annual*,²¹ que se publica a partir de 1895, es *Light and Life* [Luz y Vida], de T. A. West. Una mujer vestida con una holgada túnica, medio visible detrás de un escudo de armas, toca una trompeta ritual para un guapo muchacho que lleva una camisa con el cuello abierto y las mangas subidas hasta más arriba de los codos, y que va sacando de un cesto, para sembrarlas, las semillas de lo que seguramente es la propaganda socialista; rayos, estrellas y olas forman el fondo del dibujo. En la medida en que en esta iconografía aparecen mujeres humanas, éstas forman parte de una pareja idealizada, con o sin niños. En la medida en que a cada uno se lo identifica simbólicamente con alguna actividad, es el hombre quien representa a la clase obrera industrial. En la pareja de Crane el hombre tiene a su lado un pico y

19. W. Crane, *Cartoons for the Cause: A Souvenir of the International Socialist Workers and Trade Union Congress 1886-96*, Londres, 1896.

20. De la colección del doctor Herbert Steiner de Viena. Para la supervivencia del lema triple de la Revolución francesa, véanse U. Achten, ed., *Zum Lichte Empor: Mai-Festzeitungen der Sozialdemokratie 1891-1914*, Berlín-Bonn, 1980, pp. 12-14; D. Fricke, *Kleine Geschichte des Ersten Mai*, Francfort, 1980, p. 61.

21. Joseph Edwards, ed., *Labour Annual 1895*, Manchester.

una pala, mientras que la mujer, que lleva una cesta de trigo y tiene un rastrillo a su lado, representa la naturaleza o, a lo sumo, la agricultura. Curiosamente, la misma división aparece en la famosa escultura que hizo Mukhina del trabajador y la campesina de *kolkhoz* para el Pabellón Soviético de la Exposición Internacional celebrada en 1937 en París: el hombre, el martillo; la mujer, la hoz.

No hace falta decir que en la nueva iconografía socialista también aparecen mujeres reales de las clases trabajadoras, que encarnan algún significado simbólico, al menos por inferencia. Sin embargo, son muy distintas de las muchachas militantes de la Comuna de París. Son figuras de sufrimiento y resistencia. Meunier, aquel gran precursor del arte proletario y del realismo socialista —a la vez como realismo y como idealización— se anticipa a ellas, como de costumbre. Su *Femme du Peuple* (Mujer del Pueblo) (1893) es vieja, delgada, el pelo recogido atrás y tan estirado, que la cabeza parece poco más que una calavera descarnada, el pecho liso y marchito sugerido por la desnudez (nada típica) de los hombros.²² Otra obra suya aún más conocida, *Le Grison* (El grisú), presenta a la figura femenina envuelta en pañolones y llorando ante el cadáver del minero muerto. Son éstas las sufridas madres proletarias que tan bien conocemos gracias a la novela de Gorki y a los dibujos trágicos de Käthe Kollwitz.²³ Y quizá no carezca de significado el hecho de que sus cuerpos queden ocultos debajo de pañolones y tocados. La imagen típica de la mujer proletaria ha sido despojada de su sexualidad y se esconde detrás de las vestiduras de la pobreza. Es espíritu y no cuerpo. (En la vida real esta imagen de la sufrida esposa y madre convertida en militante encuentra quizá su ejemplo en la elocuencia vestida de negro de la Pasionaria durante la guerra civil española.)

Sin embargo, al mismo tiempo que el cuerpo femenino aparece cada vez más vestido, cuando no escondido, en la iconografía socialista, una cosa curiosa sucede en el caso del cuerpo masculino: cada vez es más frecuente que aparezca desnudo con fines simbólicos. La imagen que con más y más frecuencia simboliza a la clase obrera es el equivalente exacto de la *Libertad* de Delacroix, o sea, un joven con el torso desnudo: la figura poderosa de un trabajador que blande

22. Christophe, *op. cit.*, lámina 12.

23. Véase E. y M. Dixmier, *L'Assiette au Beurre*, París, 1974, lámina IX.

un martillo o un pico y va desnudo de *cintura para arriba*.²⁴ Esta imagen es poco realista por dos motivos. En primer lugar, en los países en que durante el siglo XIX había movimientos obreros fuertes no era nada fácil encontrar muchos trabajadores que hicieran su labor con el torso desnudo. Esto, como reconoció Van Gogh, era una de las dificultades de una época de realismo artístico. A Van Gogh le hubiera gustado pintar los cuerpos desnudos de los campesinos, pero en la vida real éstos iban vestidos.²⁵ En los numerosos cuadros que representan trabajadores industriales, incluso cuando éstos trabajan en condiciones en las que hoy parecería razonable que se quitasen la camisa, como ocurre en medio del calor de una fundición o de una fábrica de gas, los obreros aparecen casi siempre vestidos, aunque sea ligeramente. No ocurre esto sólo en lo que cabría denominar evocaciones generales del mundo del trabajo —como, por ejemplo, *Work* [Trabajo] de Madox Ford, o *Le Travail* [El trabajo] de Alfred Roll (1881), escena de una obra al aire libre—, sino también en los cuadros realistas o los reportajes gráficos.²⁶ Naturalmente, era posible ver trabajadores con el torso desnudo, por ejemplo, algunos, aunque ciertamente no todos, mineros británicos del carbón. En tales casos era posible presentar realistamente a los trabajadores semidesnudos, como hace G. Caillebotte en *Raboteurs de Parquet* (Pulidores de suelos),²⁷ o en la figura de un cortador de carbón que aparece en el emblema

24. La sustitución de la alegoría femenina por la figura masculina desnuda en la iconografía socialista alemana alrededor de 1900 la han señalado, cada uno por su lado, Detlev Hoffman, Ursula Schmidt-Linsenhoff, *Unsere Welt trotz alledem*, Francfort, 1978, p. 375.

25. «Dibujar una figura de campesino en acción, repito, eso es en esencia una figura moderna, el mismísimo núcleo del arte moderno, que no han hecho ni los griegos ni el Renacimiento ni los holandeses ... Personas como Daumier —debemos respetarlas porque están entre los precursores. A la sencilla figura desnuda pero moderna, tal como la han renovado Hennor y Lefèvre, se la tiene en gran estima ... Pero los campesinos y los peones no van desnudos, después de todo, y no es necesario imaginarlos desnudos. Cuanto más pintores empiecen a pintar figuras de trabajadores y campesinos, más me gustará ...» Vincent van Gogh, *The Complete Letters of Vincent van Gogh*, Londres, 1958, vol. II, pp. 400, 402. (Debo esta referencia a Francis Haskell.)

26. F. D. Klingender, *Art and the Industrial Revolution*, Londres, 1947, láminas 10, 47, 57, 90, 92, 103; Paul Brandt, *Schaffende Arbeit und bildende Kunst*, Leipzig, 1927-1928, vol. II, pp. 240 ss.

27. Brandt, *op. cit.*, p. 243, lámina 314.

del Sindicato de Fundidores de Hierro (1857).²⁸ No obstante, en la vida real todos estos casos eran especiales. En segundo lugar, la imagen de desnudez es poco realista porque es casi seguro que excluía al vasto grupo de trabajadores cualificados y trabajadores de fábrica, que ni en sueños hubieran pensado en trabajar sin la camisa puesta y que, por cierto, en general formaban el grueso del movimiento obrero organizado.

No se sabe a punto fijo cuándo aparece por vez primera en una obra artística la figura de un trabajador con el torso desnudo. Ciertamente, la que debe de ser una de las primeras esculturas de proletarios, el pizarrero de Westmacott en el monumento Penrhyn, en Bangor (1821),²⁹ va vestido, mientras que la muchacha campesina que hay cerca de él va bastante desvestida, quizá semialegóricamente. En todo caso, a partir del decenio de 1880 fue un motivo frecuente en las esculturas del belga Constantin Meunier, que quizá fue el primer artista que se dedicó de todo corazón a presentar al trabajador manual; posiblemente también en la obra del *communard* Dalou, cuyo monumento inacabado al trabajo contiene motivos parecidos. Como es obvio, la figura de torso desnudo era mucho más prominente en escultura, ya que en este arte, en comparación con la pintura, había una tendencia mucho más acentuada a presentar a la figura humana desnuda. De hecho, en los dibujos y cuadros de Meunier es mucho más frecuente que las figuras vengan vestidas de forma realista; asimismo, como se ha señalado para al menos uno de sus temas, los obreros portuarios descargando un buque, éstos sólo iban desnudos en el diseño tridimensional de un monumento al trabajo.³⁰ Quizá sea ésta una de las razones por las cuales la figura semidesnuda es menos prominente en el período de la Segunda Internacional, cuando el movimiento socialista aún no estaba en situación de encargar muchos monumentos públicos, y recibe el honor que se merece después de 1917 en la Rusia Soviética, donde el movimiento sí podía encargar tales monumentos. Sin embargo, aunque, por consiguiente, la comparación directa entre la imagen pintada y la esculpida es engañosa, ya es posible encontrar el torso masculino desnudo en algunos emblemas

28. Leeson, *op. cit.*, p. 23.

29. Nicholas Penny, *Church Monuments in Romantic England*, New Haven-Londres, 1977, lámina 138.

30. Brandt, *op. cit.*, p. 270.

bidimensionales, estandartes y otros dibujos del movimiento obrero incluso en el siglo XIX. Con todo, en escultura el triunfo se alcanzó después de 1917 en la Rusia Soviética, con títulos tales como *Trabajador*, *Las armas del proletariado*, *Recuerdo del Domingo de Sangre de 1905*, etc.³¹ El tema no está agotado, ya que una estatua del decenio de 1970, titulada «La amistad de los pueblos», todavía presenta al consabido Hércules con el torso desnudo y blandiendo un martillo.³²

A la pintura y al grafismo aún les resultaba más difícil romper los vínculos con el realismo. No es fácil encontrar trabajadores con el torso desnudo en la época heroica del cartel revolucionario ruso. Hasta el cuadro simbólico *Trud* [Labor] presenta a un joven idealizado que *viste ropa de trabajo*, rodeado por las herramientas de un artesano cualificado,³³ en lugar del más frecuente titán musculoso y básicamente no cualificado. El poderoso individuo que rompía a martillazos las cadenas que aprisionaban el globo, el que simbolizó a la *Internacional Comunista* en las portadas de su publicación periódica a partir de 1920, llevaba el torso cubierto, aunque de modo bastante somero. Los adornos simbólicos de esta revista en sus primeros números no eran humanos: estrellas de cinco puntas, rayos, martillos, hoces, mazorcas de cereal, colmenas, cornucopias, rosas, cuernos, antorchas cruzadas y cadenas. Si bien había imágenes más modernas tales como estilizadas y humeantes chimeneas fabriles de estilo *art nouveau*³⁴ y correas de transmisión, no aparecía ningún trabajador con el pecho al descubierto. Fotos propagandísticas de hombres semidesnudos no son frecuentes, si es que aparecen alguna vez, antes del primer Plan Quinquenal.³⁵ Sin embargo, aunque el progreso del torso desnudo en dos dimensiones fue más lento de lo que cabría pensar, la imagen era conocida. Así, es el símbolo que adorna la portada de la edición francesa del *Compte Rendu Analytique* del Quinto Congreso de la Comintern (París, 1924).

31. I. E. Grabar, V. N. Lazarev, F. S. Kamenov, *Istoriya Russkogo Iskusstva*, Moscú, 1957, vol. XI, pp. 33, 83, 359, 381, 431.

32. Tsigal, Burganov, Svetlov, Chernov, eds., *Sovietskaya Skulptura* 74, Moscú, 1976, p. 52.

33. Grabar y otros, *op. cit.*, p. 150.

34. En Rusia este motivo ya aparece en 1905-1907.

35. En una obra que celebra el decimoquinto aniversario de la Revolución de Octubre, la primera foto de este tipo («El hombre socialista y su entusiasmo son el motor de la construcción») sólo aparece en el año 1932. *Fünfzehn Eiserne Schritte, Ein Buch der Tatsachen aus der Sowjetunion*, Berlín, 1932.

¿Por qué el cuerpo desnudo? A esta pregunta sólo podemos contestar brevemente, mas para ello tendremos que volver al lenguaje de la presentación idealizada y simbólica y a la necesidad de crear tal lenguaje para el movimiento revolucionario socialista. No hay ninguna duda de que la teoría estética del siglo XVIII vinculaba el cuerpo desnudo y la idealización del ser humano; a menudo de forma muy consciente, como en Winckelmann. Una persona idealizada (en comparación con una figura alegórica) no podía aparecer vestida con la indumentaria de la vida real, sino que —como en las estatuas desnudas de Napoleón— debía presentarse sin ropa si ello era posible. No había sitio para el realismo en semejante presentación. Cuando Stendhal criticó al pintor David diciendo que hubiera sido suicida que sus guerreros de la antigüedad acudieran desnudos al campo de batalla, sin más armas que un casco, una espada y un escudo, lo que hizo no fue más que llamar la atención, cumpliendo con su acostumbrado papel de provocador, sobre la incompatibilidad de los enunciados simbólico y realista en el arte. Pero el movimiento socialista, a pesar de su profundo apego en principio al realismo artístico —apego que se remonta a los sansimonianos—, necesitaba un lenguaje simbólico que pudiera utilizar para enunciar sus ideales. Como hemos visto, los emblemas y estandartes de los sindicatos británicos —que Klingender calificó acertadamente de «verdadero arte popular de la Gran Bretaña decimonónica»³⁶ son una combinación de realismo, alegoría y símbolos. Es probable que, dejando aparte la escultura monumental pública, fuesen la última forma floreciente del lenguaje alegórico y simbólico. En una presentación idealizada del tema del movimiento, es decir, la lucha de la propia clase obrera, antes o después ha de intervenir la utilización del desnudo, como en el estandarte de la Rama de Exportación del Sindicato de Obreros Portuarios en el decenio de 1890, donde una musculosa figura desnuda, con las ijadas ligeramente cubiertas, aparece arrodillada sobre una roca luchando con una serpiente verde de gran tamaño y rodeada de lemas apropiados.³⁷ En resumen, aunque seguía existiendo tensión entre realismo y simbolismo, aún era difícil idear un vocabulario completo de símbolos e ideales sin

36. Klingender, *op. cit.*, lámina XV.

37. «Una injuria a uno es una injuria a todos», «Lucharemos y tal vez moriremos, pero jamás nos rendiremos», «Ésta es una guerra santa / y no cejaremos / hasta que toda privación / prostitución y explotación / sean barridas». Gorman, *op. cit.*, p. 130.

recurrir al desnudo. Por otro lado, cabe sugerir que el desnudo total ya no era aceptable. Sin duda no sería fácil pasar por alto lo absurdo del «Grupo: Octubre»³⁸ de 1927, que consiste en tres hombres musculosos, desnudos a excepción de la gorra del Ejército Rojo que luce uno de ellos, con martillos y otros avíos por el estilo. Es de suponer que la imagen de torso desnudo representaba una solución intermedia entre el simbolismo y el realismo. Después de todo, había trabajadores *de verdad* a los que era posible presentar de esta manera.

Nos queda un último interrogante, último pero crucial. ¿Por qué a la clase obrera en lucha se la simboliza exclusivamente por medio de un torso *masculino*? En este caso lo único que podemos hacer es especular y sugiero que lo hagamos en dos direcciones.

La primera se refiere a los cambios en la división sexual del trabajo, en el período capitalista, tanto productiva como política. Una paradoja de la industrialización del siglo XIX es su tendencia a incrementar y agudizar la división sexual del trabajo entre trabajo doméstico (no remunerado) y trabajo fuera de casa (remunerado) privando al productor del control sobre los medios de producción. En la economía preindustrial o protoindustrial (agricultura campesina, producción artesanal, comercio al por menor, industria casera, trabajo en casa por cuenta ajena, etc.) la familia y la producción eran, en general, una unidad única o combinada y, aunque esto significaba normalmente que las mujeres se veían sobrecargadas de trabajo —toda vez que hacían la mayor parte de las faenas domésticas y participaban en los demás trabajos—, no estaban limitadas a un solo tipo de labor. A decir verdad, en la gran expansión de la «protoindustrialización» (industria casera) que se ha investigado recientemente, los procesos productivos propiamente dichos atenuaron o incluso abolieron las diferencias entre hombres y mujeres en el trabajo, con profundas consecuencias en los papeles sociales y sexuales y en los convencionalismos de los sexos.³⁹

Por otro lado, en una situación cada vez más común, la del obrero que trabajaba para un patrono en un lugar de trabajo perteneciente al mismo, el hogar y el trabajo estaban separados. Típicamente, era el

38. Grabar y otros, *op. cit.*, lámina XI, p. 431.

39. Peter Kriedte, Hans Medick, Jürgen Schlumbohm, *Industrialisierung vor der Industrialisierung*, Gotinga, 1977, capítulos 2-3. (Hay trad. cast.: *Industrialización antes de la industrialización*, Crítica, Barcelona, 1986.)

varón quien tenía que salir de casa cada día para trabajar a cambio de un salario y la mujer quien se quedaba en casa. Típicamente, las mujeres trabajaban fuera del hogar (allí donde lo hacían) sólo antes o, si eran viudas o separadas, después del matrimonio, o allí donde el marido no pudiera ganar lo suficiente para mantener a la esposa y a los hijos, y es muy probable que sólo mientras él no pudiese hacerlo. En cambio, a una ocupación que normalmente no permitiera a un hombre adulto ganar un salario familiar se la consideraba mal pagada, lo que es muy comprensible. De aquí que, como es lógico, el movimiento obrero adquiriese la tendencia a calcular el salario mínimo deseable en términos de las ganancias de una sola persona (es decir, en la práctica el varón) y a considerar que una esposa que trabajara para ganarse un salario era síntoma de una situación económica poco deseable. De hecho, la situación era a menudo poco deseable y eran muchas las mujeres casadas que tenían que trabajar para ganarse un salario o su equivalente, aunque una proporción muy grande de ellas trabajaban en casa, o sea, fuera del alcance efectivo de los movimientos obreros.⁴⁰ Asimismo, incluso en las industrias donde era tradicional que trabajasen mujeres casadas —por ejemplo, en la región textil de Lancashire— la importancia del fenómeno es a veces exagerada. En 1901 el 38 por 100 de las mujeres casadas y viudas de Blackburn tenían un empleo remunerado, pero solamente el 15 por 100 de ellas en Bolton.⁴¹

En pocas palabras, tradicionalmente las mujeres aspiraban a dejar el trabajo remunerado fuera de casa después de casarse. Gran Bretaña, donde en 1911 sólo el 11 por 100 de las mujeres asalariadas tenían marido y sólo el 10 por 100 de mujeres casadas trabajaban, era quizá un caso extremo; pero incluso en Alemania (1907), donde el 30 por 100 de las mujeres asalariadas tenían marido, la diferencia entre los sexos era notable. Por cada mujer de 25 a 40 años que

40. Así, en Francia el 56 por 100 de todas las mujeres empleadas en la industria en 1906 trabajaban en la confección, que también empleaba al 50 por 100 de las de la industria belga (1890), el 25 por 100 de las de Alemania (1907), y el 36 por 100 de las de la industria británica (1891). Peter N. Stearns, *Lives of labour: Work in a Maturing Industrial Society*, Londres, 1975, Apéndice III, p. 365.

41. D. C. Marsh, *The Changing Social Structure of England and Wales 1871-1961*, edición corregida, Londres, 1965, p. 129.

trabajase a cambio de un salario, había cuatro maridos asalariados.⁴² La situación de la mujer casada no se veía afectada aún de forma importante por la tendencia —bastante marcada a partir de 1900— a que las mujeres entrasen en la industria en mayor número, ni por la creciente variedad de ocupaciones y de actividades de ocio que se ofrecían a las muchachas solteras.⁴³ «La tendencia a que un mayor número de mujeres casadas tuviera una ocupación especificada no estaba firmemente establecida a comienzos de siglo.»⁴⁴ Merece la pena recalcar este aspecto, ya que algunas historiadoras feministas, por razones difíciles de entender, han tratado de negarlo. La industrialización del siglo XIX (a diferencia de la del XX) tendía a hacer del matrimonio y de la familia la principal carrera de la mujer de la clase trabajadora a la que la pobreza no obligara a buscarse otro trabajo.⁴⁵ En la medida en que trabajara por un salario antes de casarse, veía en el trabajo asalariado una fase temporal, aunque sin duda deseable, de su vida. Una vez casada, pertenecía al proletariado, no como trabajadora, sino como esposa, madre y ama de casa de trabajadores.

Políticamente, la lucha preindustrial de los pobres no sólo produjo un espacio amplio para que las mujeres participasen al lado de los hombres —ninguno de los dos sexos tenía derechos políticos tales como el sufragio—, sino que, en algunos aspectos, produjo también un papel específico y destacado para ellas. La forma más común de la lucha era la dirigida a hacer valer la justicia social, es decir, el mantenimiento de lo que E. P. Thompson ha llamado «la economía moral de la multitud» a través de la acción directa para controlar los

42. W. Woytinsky, *Die Welt in Zahlen*, Berlín, 1926, vol. II, p. 76; Gertraud Wolf, *Der Frauenerwerb in den Hauptkulturstaaten*, Munich, 1916, p. 251.

43. Peter N. Stearns, en Martha J. Vicinus, ed., *Suffer and Be Still: Women in the Victorian Age*, Bloomington-Londres, 1973, p. 118.

44. Marsh, *op. cit.*, p. 129.

45. El problema al que aquí se alude ha sido presentado admirablemente en Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, 1978, especialmente el capítulo 8 y las páginas 228-229. Esta excelente discusión confirma el actual análisis, sobre todo porque sitúa la ascensión de esa fase de la economía cuando «la nueva organización de las manufacturas requirió principalmente una fuerza laboral adulta y masculina» y cuando «durante la mayor parte de su vida de casada una mujer prestaba servicios en calidad de especialista en criar hijos y en actividades de consumo para su familia», precisamente en el período en que el movimiento obrero de masas hizo su aparición en los países industrialmente avanzados.

precios.⁴⁶ En la forma de acción, que podía ser decisiva políticamente —recordamos la marcha de las mujeres sobre Versalles en 1789—, las mujeres no sólo tomaban la iniciativa, sino que eso era lo que tradicionalmente se esperaba de ellas. Como acertadamente afirma Luisa Accati: «en un gran número de casos (casi diría que prácticamente en todos) las mujeres tienen el papel decisivo, ya sea porque son ellas quienes toman la iniciativa, o porque forman una parte muy grande de la multitud».⁴⁷ No es necesario que consideremos aquí la conocida costumbre preindustrial de que los rebeldes varones pasen a la acción disfrazados de mujeres, como ocurrió en los llamados Motines de Rebecca en Gales (1843).

Además, la revolución urbana característica del período preindustrial no era proletaria, sino plebeya. En el seno del *menu peuple*, coalición socialmente heterogénea de elementos unidos por la «pequeñez» y la pobreza comunes más que por criterios de ocupación o de clase, las mujeres podían desempeñar un papel político, con la única condición de que pudieran salir a la calle. Podían ayudar y ayudaban a construir barricadas. Podían ayudar a los que luchaban detrás de ellas. Incluso podían luchar o portar armas ellas mismas. Hasta en la imagen de la moderna «revolución popular» en una gran metrópoli no industrial hay mujeres, como atestiguará cualquier persona que recuerde las calles de La Habana después del triunfo de Fidel Castro.

Por otro lado, la forma específica de la lucha del proletariado, esto es, el sindicato y la huelga, en gran parte excluía a las mujeres, o reducía en gran medida su papel visible como participantes activas, excepto en las pocas industrias con una gran concentración de mujeres. Así, en 1896 el número total de mujeres afiliadas a los sindicatos británicos (excluyendo a las maestras) era de 142.000, lo que equivale a alrededor del 8 por 100; pero el 60 por 100 de ellas trabajaban en la industria del algodón, cuya organización era sumamente fuerte. En 1910 la cifra ya superaba el 10 por 100, pero, aunque se había registrado cierto crecimiento del sindicalismo entre los oficinistas y los dependientes, el grueso de la expansión sindical en la industria aún co-

46. E. P. Thompson, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth century», en *Past and Present*, n.º 50 (1971).

47. L. Levi Accati, «Vive le roi sans taille et sans gabelle: una discussione sulle rivolte contadine», en *Quaderni Storici* (septiembre-diciembre 1972), p. 1.078; el comentario de Heine sobre Delacroix refleja el papel de las mujeres del mercado («pescaderías»).

respondía al sector textil.⁴⁸ En otras partes su papel era en verdad crucial, pero distinto, incluso en los pequeños centros industriales y mineros donde el lugar, el trabajo y la comunidad eran inseparables. No obstante, si en tales lugares su participación en las huelgas era pública, visible y esencial, su papel no era el de huelguistas propiamente dichas.

Asimismo, allí donde el trabajo de los hombres y el de las mujeres no estaban tan separados ni eran tan distintos como para que no se planteara la cuestión del solapamiento, la actitud normal de los sindicalistas varones ante las mujeres que aspiraban a dedicarse a la misma ocupación que ellos, era, como dicen S. y B. Webb, de «resentimiento y aborrecimiento».⁴⁹ La razón era sencilla: dado que cobraban mucho menos, las mujeres constituían una amenaza para los índices salariales y las condiciones de los hombres. Citando de nuevo a los Webb, diré que eran «como clase, las enemigas más peligrosas del Nivel de Vida del artesano», aunque en la actitud de los hombres también influía poderosamente lo que hoy llamaríamos «sexismo»,⁵⁰ a pesar de la creciente influencia de la izquierda; «el artesano respetable muestra un desagrado instintivo ante la mezcla promiscua de hombres y mujeres en relación diaria, ya se desarrolle ésta en el taller o en un club social».⁵¹ Por consiguiente, la política de todos los sindicatos que podían hacerlo era excluir a las mujeres de su trabajo, e incluso la de los sindicatos que no podían hacerlo (por ejemplo, el de los tejedores de algodón) consistía en segregar a los sexos o, como mínimo, evitar que mujeres y chicas trabajasen «en conjunción con hombres, especialmente si (son) apartadas de la asociación constante con otras trabajadoras».⁵² Así pues, el temor a la competencia económica de las trabajadoras se unió a la defensa de la «moralidad» para mantener a las mujeres fuera del movimiento obrero o en los márgenes del mismo, excepto en su papel tradicional de miembros de la familia.

Vemos, pues, que la paradoja del movimiento obrero consistía en que fomentaba una ideología de igualdad sexual y emancipación mien-

48. H. A. Clegg, Alan Fox y A. F. Thompson, *A History of British Trade Unions since 1889*, Oxford, 1964, vol. I, pp. 469-470.

49. S. y B. Webb, *Industrial Democracy*, Londres, 1897, p. 496.

50. *Ibid.*, p. 497.

51. *Ibid.*, pp. 496-497.

52. *Ibid.*, p. 497.

tras que en la práctica ponía trabas a la participación conjunta de trabajadores y trabajadoras en el proceso laboral. Para la minoría de mujeres emancipadas de todas las clases, incluyendo la trabajadora, el movimiento proporcionaba las mejores oportunidades para desarrollarse como seres humanos o, de hecho, como líderes y figuras públicas. Probablemente, era la única «institución» decimonónica que les ofrecía tales oportunidades. Tampoco debemos subvalorar el efecto que en las mujeres normales (incluso en las casadas) de la clase trabajadora surtía un movimiento comprometido apasionadamente con la emancipación femenina. A diferencia del movimiento «progresista» pequeñoburgués, el cual, como en el caso de los socialistas radicales franceses, virtualmente alardeaba de su machismo, el movimiento obrero socialista procuraba vencer las tendencias que se daban en el seno del proletariado y en otras partes a mantener la desigualdad sexual, aunque no consiguiera tanto como habría deseado.⁵³ No deja de ser significativo que la principal obra del líder carismático de los socialistas alemanes, August Bebel —y la que fue con mucho la más popular de las obras de propaganda socialista aparecidas en Alemania en ese período—, fuera *Mujer y socialismo*.⁵⁴ Con todo, al mismo tiempo el movimiento obrero apretaba inconscientemente las ataduras que impedían a la mayoría de las mujeres casadas (que no ganaban ningún salario) de la clase obrera el liberarse del papel subordinado que se les había asignado en la sociedad. Cuanto más crecía su poder como movimiento de masas, más eficaces eran estos frenos a su propia teoría y práctica de la emancipación; al menos, hasta que las transformaciones económicas destruyeron la fase industrial decimonónica de la división sexual del trabajo. En cierto sentido, la iconografía del movimiento refleja este fortalecimiento inconsciente de la citada división. A pesar de las intenciones conscientes del movimiento, y en contra de las mismas, esta imagen expresaba la «masculinidad» esencial de la lucha proletaria, en su forma elemental anterior a 1914, es decir, la lucha sindical.

A estas alturas ya debería estar claro el porqué de esta paradoja: que el cambio histórico que representó pasar de una era de movimien-

53. Véase Jean Touchard, *La gauche en France depuis 1900*, París, 1977, p. 113.

54. Puede que el feminismo de Bebel no sea ajeno a su entusiasmo por Fourier, sobre quien escribió también un libro. También habría que mencionar la influyente obra de Friedrich Engels, *El origen de la familia*.

tos plebeyos y democráticos a otra de movimientos proletario-socialistas hiciera que la figura femenina perdiera importancia en la iconografía. Sin embargo, puede que otro factor reforzase también esta masculinización del movimiento: el ocaso del clásico milenarismo pre-industrial. Esta cuestión es, si cabe, aún más especulativa, de modo que la abordó con cautela y titubeos.

Como ya se ha sugerido, en la iconografía de la izquierda la figura femenina se mantenía mejor como imagen de la utopía: la diosa de la libertad, el símbolo de la victoria, la figura que señalaba el camino hacia la sociedad perfecta del futuro. Y, de hecho, la imaginiería de la utopía socialista era esencialmente una imaginiería de la naturaleza, de la fertilidad y el crecimiento, de la floración, cuya metáfora inmediata era la femenina:

Les générations écloses
Verront fleurir leurs bébés roses
Comme églantiers en Floréal
Ce sera la saison des roses ...
Voilà l'avenir social

E. Pottier⁵⁵

(Las generaciones en ciernes
Verán florecer sus bebés sonrosados
Como escaramujos en primavera.
Será la estación de las rosas ...
Ése es el futuro del pueblo).

Eugène Pottier, el autor furierista de la *Internationale*, emplea abundantes imágenes de la feminidad como la que acabamos de citar, incluso en su sentido literal del pecho materno:

pour tes enfants longtemps sevrés
reprends le rôle de mamelle
(«L'Âge d'Or»)

Ah, chassons-la. Dans l'or des blés
Mère apparais, les seins gonflés
à nos phalanges collectives
(«La fille du Thermidor»)

55. Eugène Pottier, *Oeuvres complètes*, Pierre Brochon, ed., París, 1966.

Du sein de la nourrice, il coule ce beau jour
 Une inondation d'existence et d'amour.
 Tout est fécondité, tout pullule et foisonne
 («Abondance»)

Nature — toi qui gonfles ton sein
 pour la famille entière
 («La Crémaillère»)

(A tus hijos, destetados hace mucho,
 Da una vez más tu pecho.
 «La Edad de Oro»)

En los prados dorados
 ven a nosotros Madre, tus pechos llenos
 para las falanges colectivas.
 «La hija de Termidor»

Este hermoso día fluye del seno de la nodriza
 Una inundación de vida y amor.
 Todo es fecundidad, todo pulula y abunda.
 «Abundancia»

Naturaleza — tú que has henchido tus pechos
 para toda la familia...
 «Celebración»)

Lo mismo hizo, aunque de un modo menos explícitamente físico, Walter Crane, que, como hemos visto, fue en gran medida autor de los temas de la imaginiería socialista en Gran Bretaña a partir del decenio de 1880. Era una imaginiería de primavera y de flores, de la cosecha (como en el conocido «El triunfo de la clase obrera», creado para la manifestación del Primero de Mayo de 1891), de muchachas con vestidos ligeros y gorros frigos.⁵⁶ Ceres era la diosa del comunismo.⁵⁷

56. Gorman, *op. cit.*, p. 126.

57. La imagen de la utopía iba cambiando progresivamente, y de estar basada en la fertilidad natural pasaba a estarlo en la productividad tecnológica y científica. Es claro que ambas se hallaban presentes en el socialismo utópico: véase el poema de Pottier, *L'Âge d'Or*, citado arriba: «Oh, nations, plus de torpeur. / Mille réseaux vous ont nouées / L'électricité, la vapeur / sont vos servants dévoués», etc. (¡Oh naciones, despertad! / Estáis vinculadas a un millar de redes. / La electricidad y el vapor / son vuestros fieles servidores.) Con

No es extraño que el período en que la ideología socialista aparece más profundamente imbuida de feminismo, así como más inclinada a asignar un papel crucial, a veces incluso dominante, a las mujeres fuera la era romántico-utópica anterior a 1848. Por supuesto, en este período no podemos hablar de un «movimiento» socialista, sino sólo de grupos pequeños y atípicos. Además, el número real y la prominencia de las mujeres en puestos destacados de tales grupos eran mucho más reducidos que en los años de la nada utópica Segunda Internacional. En la Gran Bretaña del owenismo y el cartismo no hay nada que pueda compararse con el papel de las mujeres como escritoras, oradoras públicas y líderes en los decenios de 1880 y 1890, no sólo en el ambiente de clase media de la Sociedad Fabiana, sino en el ambiente mucho más obrero del Partido Laborista Independiente, por no mencionar a figuras tales como Eleanor Marx en el movimiento sindical. Por otro lado, las mujeres que a la sazón destacaron, como Beatrice Webb o Rosa Luxemburg, no se ganaron su reputación por ser mujeres, sino por sus méritos propios e irrespectivos de su sexo. De todos modos, el papel de la emancipación de las mujeres en la ideología socialista nunca ha sido más obvio y central que en el período del «socialismo utópico».

Esto se debió en parte a la importancia que el socialismo de entonces concedía a la destrucción de la familia tradicional;⁵⁸ lo cual sigue estando muy claro en *El manifiesto comunista*. A la familia se la consideraba como la cárcel, no sólo de las mujeres, que en su conjunto no participaban de forma muy activa en la política, ni, a decir verdad, eran una masa que sintiera mucho entusiasmo por la abolición del matrimonio, sino también de la gente joven, a la que atraían mucho más las ideologías revolucionarias. Asimismo, como ha señalado acertadamente J. F. C. Harrison, hasta basándose en razones empíricas los nuevos proletarios podían sacar la conclusión de que «sus toscos y pequeños hogares eran una influencia restrictiva y limitadora y que en la comunidad tendrían un medio de librarse de esto: “podemos permitirnos vivir en palacios como los ricos ... sólo con que adoptáramos el principio de la combinación, el principio patriarcal de

todo, desde el punto de vista iconográfico, la naturaleza/fertilidad predominó sobre la tecnología, ciertamente hasta 1917.

58. J. F. C. Harrison, *Robert Owen and the Owenites in Britain and America: the Quest for the New Moral World*, Londres, 1969, pp. 58-62.

las familias numerosas, tales como la de Abrahán"». ⁵⁹ Ha sido la sociedad de consumo la que, paradójicamente unida a la sustitución de la ayuda mutua por la beneficencia estatal, ha debilitado este argumento contra la familia nuclear privatizada.

Con todo, el socialismo utópico también asignó otro papel a las mujeres, papel que era básicamente parecido al de la mujer en los movimientos religiosos milenaristas, con los cuales tenían mucho en común los utópicos. Aquí las mujeres eran no sólo (quizá ni siquiera principalmente) iguales, sino superiores. Su papel específico era el de profetisas, como Joanna Southcott, fundadora de un influyente movimiento milenarista en la Inglaterra de principios del siglo XIX, o la «*femme-mère-messie*» (mujer-madre-mesías) de la religión sansimoniana. ⁶⁰ Dicho sea de paso, este papel brindó oportunidades para seguir una carrera pública en un mundo masculino a un pequeño número de mujeres. Pienso, por ejemplo, en las fundadoras de la Ciencia Cristiana y la Teosofía. No obstante, la tendencia de los movimientos socialista y obrero a apartarse del milenarismo y acercarse a una teoría y una organización racionalistas («socialismo científico») hizo que este papel social para las mujeres en el movimiento fuese cada vez más marginal. Mujeres capacitadas y con talento para desempeñarlo se vieron expulsadas del centro del movimiento y obligadas a entrar en religiones marginales que les brindaban un mayor campo de acción. Así, Annie Besant, secularista y socialista, encontró su realización, además de su principal papel político, después de 1890, como gran sacerdotisa de la Teosofía y —por medio de esta doctrina— inspiradora del movimiento de liberación nacional indio.

Lo único que en el socialismo quedaba del papel utópico/mesiánico de las mujeres era la imagen de la mujer como inspiración y símbolo del mundo mejor. Pero se da la paradoja de que esta imagen en sí misma era apenas distinguible del «*das ewig weibliche zieht uns hinan*» («el eterno femenino nos eleva a los cielos») de Goethe. En realidad no podía ser diferente de la idealización burgueso-masculina de la mujer en la teoría, que era fácilmente compatible con su inferioridad en la práctica. A lo sumo, la imagen femenina de la inspiradora se convertía en la imagen de una Juana de Arco, a la que es

59. *Ibid.*, pp. 60-61.

60. *Ibid.*, pp. 98, 102, 121 respecto de la frecuencia de las mesías femeninas en este período.

fácil reconocer en los diseños de Walter Crane. Juana de Arco era, en efecto, un icono de la militancia de las mujeres, pero no representaba la emancipación política ni personal, ni, de hecho, el activismo, en ningún sentido que pudiera convertirse en un modelo para las mujeres reales. Aunque olvidemos que excluía a la mayoría de las mujeres que no eran vírgenes —es decir, a las mujeres como seres sexuales—, había por definición histórica solamente espacio para unas pocas, muy pocas Juanas de Arco en el mundo en cualquier momento dado. Y, por cierto, como demuestra el entusiasmo creciente con que la derecha francesa adoptó a Juana de Arco, su imagen era indeterminada desde los puntos de vista ideológico y político. Podía representar, o no, a la Libertad. Podía estar en las barricadas, pero, a diferencia de la muchacha de Delacroix, aquél no era necesariamente su sitio.

Por desgracia, actualmente no es posible proseguir el análisis iconográfico del movimiento socialista más allá de un momento histórico que ya es bastante remoto. El lenguaje tradicional del símbolo y la alegoría ya no se habla ni se entiende mucho y con su ocaso las mujeres como diosas y musas, como personificaciones de la virtud y los ideales, incluso como Juanas de Arco, han perdido su lugar específico en la imaginería política. En el decenio de 1950, ni siquiera el famoso símbolo internacional de la paz era una mujer, como es casi seguro que habría sido en el siglo XIX, sino la paloma de Picasso. Es probable que quepa decir lo mismo de las imágenes masculinas, aunque el Prometeo blandiendo un martillo duró más como personificación del movimiento y la lucha. La iconografía del movimiento desde, pongamos por caso, la segunda guerra mundial no es de carácter tradicional. En la actualidad no disponemos de los instrumentos analíticos necesarios para interpretarla, por ejemplo, para efectuar lecturas simbólicas del principal medio iconográfico moderno, que es ostensiblemente naturalista: la fotografía o la película.

Por lo tanto, la iconografía actual no puede iluminar de modo significativo las relaciones entre hombres y mujeres en el movimiento socialista de mediados del siglo XX, como sí puede hacer en el caso del siglo XIX. Con todo, puede ofrecer una sugerencia final acerca de la imagen masculina. Ésta, como ya se ha señalado, es en algunos sentidos paradójica, toda vez que tipifica, no tanto el trabajador como esfuerzo muscular puro, ni la inteligencia, la habilidad y la experiencia, sino la fuerza bruta. Incluso, como en el famoso Pudelador de

Meunier, un esfuerzo físico que virtualmente excluye y agota la mente. Es posible ver razones artísticas para ello. Como señala Brandt, en Meunier «el proletariado se transforma en un atleta griego»,⁶¹ y para esta forma de idealización la expresión de la inteligencia no es necesaria. También cabe ver razones históricas para ello. El período 1870-1914 fue, sobre todo, una época en la que la industria dependía de una afluencia masiva de mano de obra inexperta pero físicamente fuerte para que ejecutase gran número de tareas intensivas en trabajo y relativamente no cualificadas; y en la que el dramático ambiente de oscuridad, llamas y humo tipificaba la revolución habida en la capacidad de producción del hombre con la ayuda del vapor.

Como sabemos, en el citado período el grueso de los militantes de la clase obrera organizada aún consistía —si dejamos a un lado el contingente de mineros, cuya importancia hay que reconocer— esencialmente en hombres cualificados. ¿Cómo es que una imagen que omite todas las características de su tipo de trabajo logró arraigar como expresión de la clase obrera? Cabe sugerir tres explicaciones. La primera, y quizá la más convincente desde el punto de vista psicológico, es que para la mayoría de los trabajadores, fuese cual fuese su habilidad, el criterio que señalaba la pertenencia a su clase era precisamente la realización de trabajo manual, físico. Los instintos de los movimientos obreros auténticos eran *ouvriéristes*: desconfianza ante los que no se ensuciaban las manos. La imagen lo representaba. La segunda es que el movimiento deseaba recalcar precisamente su carácter inclusivo. Comprendía a todos los proletarios, no sólo a los impresores, mecánicos cualificados y otros por el estilo. La tercera, que probablemente predominaba durante el período de la Tercera Internacional, era que en algún sentido al trabajador relativamente no cualificado, puramente manual, el minero o el obrero portuario, se le consideraba más revolucionario, toda vez que no pertenecía a la aristocracia obrera, que mostraba predilección por el reformismo y la socialdemocracia. Representaba a «las masas», las mismas a las que apelaban los revolucionarios pasando por encima de los socialdemócratas. La imagen era realidad, en la medida en que representaba la distinción fundamental entre el trabajo manual y el no manual; era aspiración, en la medida en que entrañaba un programa o una estrategia. Hasta qué punto era realista en el segundo aspecto es algo que

61. Brandt, *op. cit.*, p. 269.

no hace al caso comentar en el presente artículo. Pero, a pesar de ello, no deja de ser significativo que, como imagen, omitiera gran parte de lo que era más característico de la clase obrera y de su movimiento obrero.

(1978)

7. ZAPATEROS POLÍTICOS¹

En colaboración con Joan W. Scott

Había profundizado en el arminianismo y la política más que cualquiera de sus compañeros. Su hermano le enviaba regularmente el *Methodist Magazine* y el *Weekly Dispatch*. Siempre tenía muchos zapatos que hacer y era más independiente que los agricultores o los peones. Solía hacer comentarios inciviles sobre los terratenientes y la Cámara de los Lores, la Cámara de los Comunes, la nueva Ley de Pobres, los obispos, los párrocos, las Leyes de Granos, la Iglesia, y la legislación clasista.²

Un detalle muy curioso es que cada oficio hace que en el artesano que lo ejerce se forme un carácter específico, un temperamento determinado. El carnicero es generalmente serio y convencido de su propia importancia, el pintor de brocha gorda es irreflexivo y libertino, el sastre es sensual, el abacero estúpido, el portero curioso y charlatán, el zapatero y remendón, finalmente, es alegre, a veces hasta animado, siempre con una canción en los labios ... A pesar de la sencillez de sus gustos, los que hacen zapatos nuevos y viejos se distinguen siempre por un espíritu inquieto, a veces agresivo, y por una enorme tendencia a la locuacidad. ¿Hay un motín? ¿Surge un orador de la multitud? Se trata sin duda de un zapatero remendón que ha venido a pronunciar un discurso ante el pueblo.³

1. Damos las gracias a William Sewell Jr., E. P. Thompson y Alfred Young por sus útiles comentarios.

2. *A Village Politician: The Life-Story of John Buckley*, J. C. Buckmaster, ed., Londres, 1897, p. 41.

3. M. Sensfelder, *Histoire de la cordonnerie*, París, 1856, citado en Joseph Barberet, *Le travail en France: monographies professionnelles*, 7 vols., París, 1886-1890, V, pp. 63-64.

I

El radicalismo político de los zapateros del siglo XIX es proverbial. Historiadores sociales de diversas tendencias han descrito el fenómeno dando por sentado que no había necesidad de explicarlo. Un historiador de la revolución alemana de 1848, por ejemplo, sacó la conclusión de que «no era coincidencia» que los zapateros «tuviesen un papel dominante en las actividades del pueblo». Los historiadores de los motines «del capitán Swing» en Inglaterra hicieron alusión al «notorio radicalismo» de los zapateros y Jacques Rougerie, para explicar la prominencia de los zapateros en la Comuna de París, se refirió a su «tradicional militancia». Hasta un escritor tan heterodoxo como Theodore Zeldin acepta la opinión común sobre este asunto.⁴ El presente artículo es un intento de explicar la notable reputación de radicales políticos que tienen los zapateros.

Decir que los zapateros o los de cualquier otro oficio tienen reputación de radicales puede, por supuesto, significar una o más de tres cosas: reputación de militantes activos en movimientos de protesta social, esté o no limitada al oficio en cuestión; reputación de simpatizar, asociarse o actuar en movimientos de la izquierda política; y reputación de ser lo que cabría denominar «ideólogos del pueblo llano». Aunque es muy probable que estén relacionadas, estas cosas no son lo mismo. Los aprendices y los oficiales solteros de los tradicionales oficios corporativos probablemente se movilizaban con facilidad, sin ninguna conexión necesaria con lo que a la sazón se considerase como radicalismo político. Cuando menos desde los tiempos del caso Dreyfus, los *universitaires* franceses han tenido la reputación de estar situados muy a la izquierda de sus estudiantes. Esto no entrañaba por fuerza una acción colectiva militante, aunque tampoco la excluía. Por regla general, a los esquiladores de ovejas australianos, a pesar de que con frecuencia son a la vez militantes y están asociados con la izquier-

4. Rudolf Stadelmann, «Soziale Ursachen der Revolution von 1848», en Hans-Ulrich Wehler, ed., *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Berlín, 1970, p. 140; E. J. Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing*, Londres, 1969, p. 181; (Hay trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid, 1978.) Jacques Rougerie, «Composition d'une population insurgée: l'exemple de la Commune», en *Le mouvement Social*, n.º 48 (1964), p. 42; Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, 2 vols., Oxford, 1973, I, p. 214.

da, no se les consideraba muy interesados por la ideología,⁵ a diferencia de lo que suele ocurrir con los maestros de pueblo.

En el siglo XIX los zapateros, como oficio, tenían reputación de radicalismo en los tres sentidos. Eran militantes tanto en los asuntos propios de su oficio como en movimientos más amplios de protesta social. Aunque los sindicatos de zapateros estaban limitados a ciertas secciones o localidades de un oficio muy nutrido, y sólo eran eficaces de modo intermitente, estuvieron organizados a escala nacional bastante pronto, tanto en Francia como en Suiza, por no hablar de Inglaterra, donde el sindicato de Londres, fundado en 1792, se amplió a escala nacional, según se dice, en 1804. Los zapateros y los carpinteros fueron los primeros miembros de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina (1890), primer intento de crear un grupo sindical nacional en ese país. De vez en cuando organizaban huelgas a gran escala, y durante la monarquía de Julio se contaban entre los oficios más propensos a la huelga en Francia. También ocupaban un lugar prominente en las multitudes revolucionarias. Existe abundante documentación sobre su faceta de activistas políticos. De las personas activas en el movimiento cartista británico cuyas ocupaciones conocemos, los zapateros formaban con mucho el grupo más nutrido después de los tejedores y los «trabajadores» no especificados: más del doble de los trabajadores de la construcción y más del 10 por 100 de todos los militantes cuya profesión se describe. En la toma de la Bastilla, o al menos entre los que fueron detenidos por participar en ella, había veintiocho zapateros, los cuales sólo se vieron superados numéricamente por los ebanistas, carpinteros y cerrajeros; y ningún otro oficio les superó en los motines del Campo de Marte y de agosto de 1792.⁶ Entre los detenidos en París por oponerse al golpe de estado

5. El difunto Ian Turner de la Australian National University, Canberra, citó el caso de un gran número de estos hombres, arrestados después de la Revolución de Octubre por celebrar un mitin a favor de la insurrección y los soviets. Se llevó a cabo una minuciosa búsqueda de literatura subversiva, pero no se encontró ningún tipo de material impreso, exceptuando un folleto que varios de ellos llevaban en el bolsillo. Decía: «Si el agua pudre vuestras botas, ¿qué le hará a vuestro estómago?».

6. Jean-Pierre Aguet, *Les grèves sous la monarchie de Juillet, 1830-1847*, Ginebra, 1954; David Pinkney, «The crowd in the French Revolution of 1830», en *Amer. Hist. Rev.*, LXX (1964), pp. 1-17; David Jones, *Chartism and the Chartists*, Londres, 1975, pp. 30-32; D. J. Goodway, «Chartism in London», tesis de doctorado, Univ. de Londres, 1979, pp. 37-39, muestra que la partici-

de 1851, los zapateros eran los más numerosos.⁷ Los trabajadores que tomaron parte en la Comuna de París en 1871 y que sufrieron la mayor proporción de deportaciones tras la derrota de la misma fueron, según señala Jacques Rougerie, «por supuesto, como siempre, los zapateros».⁸ Cuando en abril de 1848 estalló la rebelión en la ciudad alemana de Constanza, los zapateros aportaron con mucho el mayor número de amotinados, casi tantos como el total de los miembros de los otros dos oficios más propensos a amotinarse (los sastres y los ebanistas).⁹ En el otro extremo del mundo, el primer anarquista de quien se tiene noticia, en 1897, en una ciudad provincial de Rio Grande do Sul, en Brasil, fue un zapatero italiano, a la vez que el único sindicato de oficio que, según los anales, participó en el primer Congreso de Trabajadores (de inspiración anarquista) de Curitiba, en el Brasil, fue la Asociación de Zapateros.¹⁰

Sin embargo, la militancia y el activismo izquierdista por sí solos no distinguen a los zapateros como grupo de algunos otros artesanos, que a veces eran como mínimo tan prominentes como ellos en este tipo de cosas. Entre las bajas de la revolución de marzo de 1848 en Berlín, los ebanistas doblaban sobradamente el número de zapateros, a la vez que los sastres también eran claramente más numerosos, aunque estos oficios eran de tamaños comparables.¹¹ Los carpinteros y los sastres fueron tan «propensos a la huelga» como los zapateros durante la monarquía de Julio. Proporcionalmente, las multitudes revolucionarias francesas incluían más impresores, ebanistas, cerrajeros y

pación proporcional de zapateros en el cartismo londinense era mayor que la de cualquier otra profesión importante (más de tres mil miembros) exceptuando los albañiles; George Rudé, *The crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, apéndice 4.

7. Georges Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, 1946⁷, p. 75.

8. Jacques Rougerie, *Paris libre*, París, 1971, p. 263.

9. Reinhold Reith, «Zur biographischen Dimension von "Hochverrath und Aufruhr": Versuch einer historischen Protestanalyse am Beispiel des Aprilaufstandes 1848 in Konstanz», pp. 33 ss., 44 ss., tesis de licenciatura, Universidad de Constanza, 1981.

10. Edgar Rodrigues, *Socialismo e sindicalismo no Brasil, 1675-1913*, Río de Janeiro, 1969, pp. 73, 223.

11. R. Hoppe y J. Kuczynski, «Eine Berufs bzw. auch Klassen- und Schichtenanalyse der Märzgefallenen 1848 in Berlin», en *Jahrbuch für Wirtschaftsge-schichte*, IV (1964), pp. 200-276.

trabajadores de la construcción de los que había en la población parisiense. Si once zapateros formaban el grupo más grande entre los cuarenta y tres anarquistas detenidos en Lyon en 1892, los trabajadores de la construcción no iban muy rezagados.¹² Los sastres aparecen asociados con los zapateros como activistas típicos en la revolución de 1848 en Alemania, y si ambos grupos destacaban entre los oficiales ambulantes alemanes que constituían el grueso de la Liga Comunista («el club de los trabajadores es pequeño y consiste solamente en zapateros y sastres», escribía Weydemeyer a Marx en 1850),¹³ está claro que los sastres eran más prominentes. A decir verdad, puede que a veces el número aparentemente grande de zapateros activistas no haga más que reflejar el tamaño de un oficio que, en Alemania y Gran Bretaña, constituía la ocupación artesanal más nutrida.¹⁴ Así pues, las acciones colectivas del grupo no explican la reputación radical de los zapateros.

A pesar de ello, poca duda puede haber de que los zapateros eran excepcionales como trabajadores-intelectuales e ideólogos. Una vez más, es obvio que no eran únicos, aunque, como veremos, en los pueblos rurales y en las pequeñas ciudades con mercado eran objeto de menos competencia por parte de otros artesanos establecidos. Ciertamente, su papel de portavoces y organizadores de los habitantes del campo en la Inglaterra decimonónica salta a la vista al estudiar los motines «del capitán Swing» de 1830 o el radicalismo político rural. Hobsbawm y Rudé señalan que en 1830 la parroquia dada al motín tenía por término medio de dos a cuatro veces más zapateros que la parroquia tranquila.¹⁵ El zapatero local que cita a Cobbett —John Adams en Kent; William Winkworth en Hampshire— es una figura conocida.¹⁶ Era proverbial que a los miembros del gremio los calificasen de «políticos al rojo vivo». En el centro zapatero de Northamp-

12. Yves Lequin, *Les ouvriers de la région lyonnaise, 1848-1914*, 2 vols., Lyon, 1977, II, p. 281.

13. Karl Obermann, *Zur Geschichte des Bundes der Kommunisten*, Berlín Oriental, 1955, p. 28.

14. Paul Voigt, «Das deutsche Handwerk nach den Berufszählungen von 1882 und 1895», en *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Deutschland*, IX, Schriften des Vereins für Socialpolitik, LXX, Leipzig, 1897; J. H. Clapham, *Economic History of Modern Britain*, 3 vols., Cambridge, 1952, II, p. 43.

15. Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, pp. 181-182.

16. *Ibid.*, pp. 218, 246.

ton, los días de elecciones se celebraban como «fiestas tradicionales» tanto como las carreras de primavera y otoño.¹⁷ Sin embargo, lo que llama la atención es la relación entre política y alto grado de alfabetización. Quien dice «remendón» dice, con frecuencia sorprendente, «periodista» y «versificador», «predicador» y «conferenciante», «escritor» y «editor». Esta impresión no es fácil de cuantificar, aunque los zapateros forman el grupo más nutrido —tres— en una muestra de diecinueve «trabajadores-poetas» franceses del período anterior a 1850, todos ellos radicales en sus puntos de vista:¹⁸ Sylvain Lapointe del Yonne, que se presentó como candidato en 1848; Hippolyte Tampucci, director de *Le grapilleur*; y Gonzalle de Reims, director de *Le républicain*.¹⁹ Sería fácil aumentar la lista: Faustin Bonnefoi, director del periódico furierista en la Marsella de Luis Felipe;²⁰ el autodidacto «Efrahem», que escribía panfletos instando a que se creara «una asociación de trabajadores de cada *corps d'état*»,²¹ y el ciudadano Villy, fabricante de botas que habló en el primer Banquete Comunista en 1840 y que había publicado un panfleto sobre la abolición de la pobreza.²²

Nadie, por supuesto, afirmarí­a que todos los zapateros activistas, o incluso la mayoría de ellos, fueran intelectuales artesanos. De hecho, tenemos ejemplos de zapateros militantes que decididamente *no* eran muy dados a la lectura, al menos en sus tiempos de actividad, tales

17. Keith Brooker, «The Northampton shoemakers' reaction to industrialisation: Some thoughts», en *Northamptonshire Past and Present*, VI (1980), p. 155.

18. Muestra tomada de la Librairie A. Faure, 15 rue du Val de Grace, *Catalogue 5, Livres anciens et modernes*, ítems 262-324; cotejado en Jean Maitron, ed., *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français, 1ère Partie, 1789-1864*, 3 vols., París, 1964-1966.

19. David M. Gordon, «Merchants and capitalism: Industrialization and provincial politics at Reims and St. Etienne under the Second Republic and Second Empire», tesis doctoral de la Brown University, 1978, p. 67.

20. William Sewell Jr., «The structure of the working class of Marseille in the middle of the nineteenth century», tesis doctoral de la Univ. de California, Berkeley, 1971, p. 299.

21. «De l'association des ouvriers de tous les corps d'état», reproducido en Alain Faure y Jacques Rancière, eds., *La parole ouvrière, 1830-1851*, París, 1976, pp. 159-168.

22. Gian Maria Bravo, *Les socialistes avant Marx*, 2 vols., París, 1970, II, p. 221.

como George Hewes, último superviviente del «Boston Tea Party».²³ Si bien parece que, como colectivo, los zapateros estaban más alfabetizados que la mayoría, no sería raro encontrar un buen porcentaje de lectores deficientes en un oficio tan numeroso en el que había tantos hombres proverbialmente pobres.²⁴ Cabe incluso que el zapatero menos alfabetizado se hiciera más corriente a medida que el oficio fue expandiéndose y diluyéndose durante el siglo XIX. Y, pese a ello, no puede negarse la existencia de un número insólitamente —y quizá singularmente— grande de zapateros intelectuales, aunque quepa suponer que semejantes personas llamarían la atención de un modo especial en una sociedad que en su mayor parte no estaba alfabetizada. Cuando la ideología adquirió una forma primordialmente religiosa, empezaron a reflexionar sobre las Escrituras y a veces sacaban conclusiones poco ortodoxas: fueron ellos quienes introdujeron el calvinismo en las Cevenas,²⁵ quienes profetizaron, predicaron (y escribieron) el mesianismo, el misticismo y la herejía.²⁶ En la era secular la mayoría de los conspiradores (en su mayor parte comunistas spenceanos) de Cato Street eran zapateros y la atracción que en ellos ejercía el anarquismo era notoria. *Le Père Peinard*, de Émile Pouget, llevaba simbólicamente en su portada el dibujo de un zapatero remendón en su taller.²⁷ De modo más general, existe, al menos en inglés, un gran número de biografías colectivas de zapateros del siglo XIX, tal como, que nosotros separamos, no se encuentra en ningún otro oficio.²⁸ A la abrumadora

23. Alfred F. Young, «George Robert Twelves Hewes, 1742-1840: A Boston shoemaker and the memory of the American Revolution» (en *William and Mary Quart.*). [«Boston Tea Party»: protesta que los colonos norteamericanos organizaron en dicha ciudad el 16 de diciembre de 1773. (*N. del t.*)]

24. Maurice Garden, *Lyon et les Lyonnais au XVIII^e siècle*, París, 1970, pp. 244 ss. Se señala una alfabetización superior a la media entre los cordobaneros rurales en David Cressy, *Literacy and the Social Order: Reading and Writing in Tudor and Stuart England*, Cambridge, 1981, pp. 130-136, pero una alfabetización media o inferior a la media para los «zapateros», clasificación inferior, tanto en Londres como en el campo. Por diversas razones, las cifras que da Cressy para Londres son más problemáticas que las rurales.

25. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, 2 vols., París, 1966, I, pp. 349-351.

26. Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, 1978.

27. Jean Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, 2 vols., París, 1975, I, p. 131.

28. Por ejemplo: Anónimo, *Crispin Anecdotes: Comprising Interesting Notices of Shoemakers, who have been Distinguished for Genius, Enterprise or*

mayoría de los biografiados se les conmemora por sus logros intelectuales. Puede que su éxito en este campo explique la aparición de semejantes compendios en la época del autoperfeccionamiento.

Hasta se podría sugerir que proverbios como «zapatero a tus zapatos», que se conocen en muchos países desde la antigüedad hasta la Revolución Industrial, indican precisamente esta tendencia de los zapateros a expresar opiniones sobre asuntos que deberían dejarse en manos de personas oficialmente ilustradas: «Que el zapatero se ocupe de los zapatos y que los hombres ilustrados escriban los libros»; «Los zapateros que predicán hacen malos zapatos», etcétera. Desde luego, proverbios de esta índole son mucho menos comunes en relación con otros gremios.²⁹

Aunque prescindamos de este tipo de indicios indirectos, el número de zapateros intelectuales es impresionante. No eran necesariamente radicales, aunque sus panegiristas de los siglos XVIII y XIX preferían hacer hincapié en sus logros en campos que impresionaran a lectores de clase social superior —el saber, la literatura, la religión— al mismo tiempo que no ocultaban su reputación de políticos populares. Con todo, los historiadores no dejarán de observar que la religión en la que se distinguían los zapateros, cuando no se asociaban con el anticlericalismo y el ateísmo,³⁰ solía ser heterodoxa y radical según los patrones de la época. Uno piensa en el místico Jakob Boehme, perseguido por la Iglesia luterana de su ciudad, y en George Fox,

Eccentricity, Sheffield-Londres, 1827; John Prince, *Wreath for St. Crispin: Being Sketches of Eminent Shoemakers*, Boston, Massachusetts, 1848; anónimo, *Crispin: The Delightful, Princely and Entertaining History of the Gentle Craft*, Londres, 1750; William Edward Winks, *Lives of Illustrious Shoemakers*, Londres, 1883; Thomas Wright, *The Romance of the Shoe*, Londres, 1922; anónimo, *Lives of Distinguished Shoemakers*, Portland, Maine, 1849; Joseph Sparkes Hall, *The Book of the Feet*, Nueva York, 1847.

29. «Bei leisten, drät und pech der Schumacher sol bleiben und die gelehrten leut lassen die bücher schreiben», «predigender Schuster macht schlechte Schuhe»: *Deutsches Sprichwörter-Lexikon*, 5 vols., Aalen, 1963, IV, cols. 398-399. La injusticia de semejantes proverbios escandalizó tanto a los recopiladores de esta enciclopedia en el siglo XIX, que añadieron una nota a pie de página citando dos zapateros sumamente intelectuales que también producían zapatos excelentes, col. 399.

30. Charles Bradlaugh, el paladín del ateísmo, fue elegido diputado por Northampton, distrito electoral dedicado a la fabricación de zapatos. Respecto del *Schusterkcomplot* de zapateros vieneses acusados de ateísmo en 1794, véase E. Wangermann, «Josephinismus und katholischer Glaube», en E. Kovacs,

el cuáquero. Uno observa también la combinación de radicalismo y actividades literarias, como en el caso de Thomas Holcroft, el dramaturgo ex zapatero y jacobino inglés, en el de Friedrich Sander, el fundador del Sindicato de Trabajadores de Viena en 1848, que también escribía poemas,³¹ y el del anarquista Jean Grave, zapatero convertido en impresor y director de revistas de clara inclinación literaria-artística.³²

Huelga decir que no podemos conceder a los zapateros el monopolio de las actividades intelectuales de la plebe. Samuel Smiles, apóstol siempre de la ayuda propia, en su ensayo «Astronomers and students in humble life: a new chapter in the "pursuit of knowledge under difficulties"» también da ejemplos procedentes de otros oficios.³³ No obstante, el hecho de que «en sitios rurales es muy común encontrarse con que el puesto de sacristán lo ocupe un zapatero» induce a pensar en un grado de alfabetización poco corriente.³⁴ En todo caso, el intelectualismo de los zapateros como oficio impresionó a más de un observador y no podía explicarse fácilmente. Tanto W. E. Winks como las *Crispin Anecdotes* confesaron que les desconcertaba, pero coincidieron en que «más hombres que piensan se encuentran entre los zapateros, como fraternidad, que entre la mayoría de los otros».³⁵ En su autobiografía, el zapatero radical John Brown comentó que «las personas poseedoras de las ventajas de una educación más refinada difícilmente adivinarían la cantidad de conocimiento y de saber li-

ed., *Katholische Aufklärung und Josephinismus*, Viena, 1979, pp. 339-340. Uno de los acusados, inspirado por el sermón de un predicador católico-reformista, en típico estilo de remendón «compr[ó] una vieja Biblia; hice que me la leyeran en voz alta, comparé los ... pasajes citados en los sermones de Wisser ... con el propio texto de la Biblia, por lo cual empecé a dudar de mi religión».

31. Karl Flanner, *Die Revolution von 1848 in Wiener Neustadt*, Viena, 1978, p. 181.

32. Eugenia W. Herbert, *The Artist and Social Reform: France and Belgium, 1885-1898*, New Haven, Connecticut, 1961, pp. 14 ss.; para la venganza del zapatero contra Apelles, que en un principio le invitó a no dejar sus zapatos y a abstenerse de hacer crítica de arte, véase la enorme influencia (a través de Grave) del anarquismo en los pintores postimpresionistas, *ibid.*, pp. 184 ss.

33. Samuel Smiles, *Men of Invention and Industry*, Londres, 1884, cap. 12.

34. Véase *Crispin Anecdotes*, p. 144; también Hobsbawm y Rudé, *Capitain Swing*, pp. 63, 70.

35. *Crispin Anecdotes*, p. 45; Winks, *Lives of Illustrious Shoemakers*, p. 232.

bresco que se encuentra entre los miembros de mi antiguo oficio». ³⁶ En Francia se decía que los zapateros eran «pensadores ... [ellos] piensan en cosas que han visto u oído ... profundizan más que la mayoría en las preocupaciones de los trabajadores». ³⁷ En Inglaterra un verso del siglo XVIII decía:

Una vez un zapatero en tiempos ya pasados
sentado estaba pensando en la puerta de su choza.
Le gustaba leer libros antiguos, decía él,
y meditar luego sobre lo que había leído. ³⁸

En Rusia, de uno de los personajes de una obra de Maxim Gorki se dice que «al igual que muchos otros zapateros, se siente fácilmente fascinado por un libro». ³⁹

La reputación del zapatero como filósofo y político popular es anterior a la era del capitalismo industrial y llega mucho más allá de los países típicos de la economía capitalista. A decir verdad, a uno le da la sensación de que los zapateros radicales del siglo XIX desempeñaban un papel que desde hacía tiempo se asociaba con los miembros de su oficio. Los santos patronos del oficio, Crispín y Crispiniano, sufrieron martirio porque en su taller de Soissons predicaban la heterodoxia a sus clientes: en este caso la heterodoxia era el cristianismo bajo el emperador pagano Diocleciano. ⁴⁰ En el primer acto del *Julio César* de Shakespeare aparece un remendón a la cabeza de una multitud de descontentos que recorre las calles. Los oficiales que aparecen en la obra de Dekker *Shoemaker's Holiday*, ejercicio isabelino de relaciones públicas por cuenta del «gremio apacible» de Londres, son característicamente militantes: amenazan con abandonar a su amo si no le da un empleo a un oficial artesano ambulante. Contemporánea casi de estas alusiones teatrales, encontramos la siguiente referencia a dos zapateros, Robert Hyde y un tal Lodge de Sherborne:

36. John Brown, *Sixty Years' Gleanings from Life's Harvest: A Genuine Autobiography*, Cambridge, 1858, p. 239, citado en Nicholas Mansfield, «John Brown: A shoemaker's place in London», en *History Workshop*, VIII (1979), p. 135.

37. Barberet, *Le travail en France*, V, pp. 62-63.

38. Wright, *Romance of the Shoe*, p. 218.

39. *Ibid.*, p. 307.

40. Paul Lacroix, Alphonse Duchesne y Ferdinand Seré, *Histoire des cordonniers et des artisans dont la profession se rattache à la cordonnerie*, París, 1852, pp. 116-117.

Y dice además que poco antes de Navidad un tal Robte Hyde de Sherborne zapatero viendo a este deponente pasar ante su puerta, le llamó y deseó celebrar cierta conferencia con él y después de unas cuantas peroratas díjole lo que sigue. Míster Scarlet nos has predicado que hay un dios, un cielo y un infierno y una resurrección después de esta Vida, y que rendiremos cuentas de nuestras obras, y que el alma es inmortal; pero ahora dice que hay aquí una compañía en esta ciudad que dice, que el infierno no es otra cosa que la pobreza y la penuria en este mundo; y el cielo no es otra cosa que ser rico y disfrutar de placeres; y que morimos como bestias, y que cuando nos hemos ido ya no nos recuerdan y cosas de este estilo. Mas este Examinando ni le preguntó entonces quiénes eran; ni le dió pormenores a él Y además dice Que lo dice de modo general casi todo el mundo en Sherborne y el citado Allen y su antes mencionado hombre son Ateos. Y también dice que hay un tal Lodge zapatero en Sherborne al que se considera Ateo.⁴¹

Al zapatero, con rasgos de lo que el poeta Gray llamó «un Hampden del pueblo», se le conmemora en un grabado de Timothy Bennett (muerto en 1756) de Hampton-Wick, Middlesex. Desafió al rey, que había cerrado el derecho de paso por el Bushy Park, amenazando con ponerle pleito... y ganó. El grabado lo presenta con «aspecto firme y complaciente, sentado en la actitud de su conversación con ... [lord Halifax]» (el guardabosque del parque real), simbolizando una confrontación democrática con el privilegio, así como el triunfo sobre él.⁴² Otra fuente describe a un zapatero que andaba «de pueblo en pueblo con sus herramientas en un cesto que lleva a la espalda. Al recibir un encargo, se instalaba ante la puerta y mientras trabajaba, él y su cliente se ponían a cantar o a hablar de política».⁴³ La notoriedad que tenían como líderes hizo que sir Robert Peel les preguntara a unos zapateros, que habían acudido a él para presentarle las exigencias de su asociación de oficio: «¿Cómo es que estáis entre los primeros de todo movimiento? Si hay una conspiración o un movimiento polí-

41. Shakespeare, *Julio César*, I, 1; Dekker, *The Shoemaker's Holiday*, IV, pp. 48-76. La cita es de la Cerne Abbas Inquiry de 1594 (British Library, Harleian MS. 6849, fols. 183-190), en G. B. Harrison, ed., *Willobie His Avis*, Londres, 1926, apéndice 3, p. 264. Agradecemos a Michael Hunter este ejemplo primerizo de zapateros radicales ingleses.

42. *Crispin Anecdotes*, p. 150.

43. Wright, *Romance of the Shoe*, p. 109.

tico, siempre encuentro a uno de vosotros en él». ⁴⁴ E. P. Thompson cita el retrato de un «político de pueblo» que en 1849 escribió un satírico de Yorkshire:

Es, típicamente, un remendón, un anciano y el sabio de su pueblo industrial: «Tiene una biblioteca de la que se enorgullece bastante. Es una extraña colección ... Hay en ella la "Pearl of Great Price" y "Cobbett's Twopenny Trash" ... "The Wrongs of Labour" y "The Rights of Man", "The History of the French Revolution" y la "Holy War" de Bunyan... Su viejo corazón se calienta como cerveza con azúcar y especias, cuando oye hablar del triunfo de alguna revolución, de un trono derrocado, reyes que vuelan y príncipes dispersados por el extranjero ...». ⁴⁵

Los ingleses creían, además, que los zapateros franceses compartían estos rasgos. Más de una crónica de la Revolución francesa habla de «remendones ... pronunciando arengas bajo las espléndidas cúpulas de los Valois y los Capetos» y conduciendo luego a las multitudes a torturar y asesinar al rey. ⁴⁶ En Francia, al igual que en Inglaterra, el zapatero era conocido por su amor a la libertad y su papel como político de pueblo. Los zapateros eran admirados por la «independencia de sus opiniones». «La libertad del pueblo», dijo un escritor, «se expresa en su conducta». ⁴⁷ La revuelta de los *maillotins* en 1380 se dijo que había sido provocada por un zapatero, cuyo apasionado discurso inflamó a una multitud. ⁴⁸ Y se dijo también que la caída de Concini, el estadista italiano, en 1617, fue causada por un tal Picard, zapatero y orador popular, que insultó al almirante cuando vivía y lo deshonoró después de muerto asando y comiéndose su corazón. ⁴⁹ La antropofagia no es una característica que suela asociarse con los zapateros, a diferencia de la afición a las bebidas fuertes, pero la reputación de radicalismo de los zapateros era merecida y no se hallaba limitada a Francia.

44. *Ibid.*, p. 4.

45. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, pp. 183-184. [Trad. cast., *La formación histórica de la clase obrera*, 3 vols., Laia, Barcelona, 1977.]

46. *Crispin Anecdotes*, p. 126.

47. Lacroix, Duchesne y Seré, *Histoire des cordonniers*, pp. 206-207.

48. *Ibid.*, p. 188.

49. Barberet, *Le travail en France*, V, pp. 64-65.

II

¿Hasta qué punto el zapatero como filósofo y político era fruto de su oficio? Al parecer, esta pregunta tiene dos aspectos, uno de ellos relacionado con la alfabetización; el otro, con la independencia.

La alfabetización y la proverbial afición del zapatero a los libros y la lectura son difíciles de explicar, ya que en la naturaleza del oficio no hay nada que induzca a pensar en alguna conexión profesional con la palabra impresa, como ocurre entre los impresores. Se han hecho conjeturas desesperadas en el sentido de que su habilidad para trabajar el cuero hacía que con frecuencia se les encargase la encuadernación o la restauración de libros, y también en el sentido de que sus tenderetes estaban junto a los de los vendedores de libros. Pero no hay ninguna prueba que corrobore tales conjeturas.⁵⁰ Por otro lado, que nosotros sepamos, nada hay en las costumbres y tradiciones de los oficiales del gremio que recalque o siquiera dé a entender un interés especial por la lectura; y aunque, como sabe todo aficionado a la ópera, Hans Sachs de Nuremberg fue el más famoso de los *maestros cantores*, no hay pruebas de que los zapateros estuvieran representados de forma desproporcionada entre estos poéticos artesanos. El vínculo entre los zapateros y los libros no puede ser anterior a la invención y la popularización de la imprenta, toda vez que la palabra escrita no podía estar directamente al alcance de los pobres antes de entonces. El carácter general de las costumbres de los oficiales zapateros sugiere que en su mayor parte se formaron antes de esta época.⁵¹

50. Wright, *Romance of the Shoe*, p. 46; Hall, *Book of the Feet*, pp. 196-197. A pesar de lo que sugieren estos autores, no se ha podido comprobar que existiera conexión alguna entre zapateros y encuadernadores. Es probable que en Londres los hijos de los zapateros estuvieran poco representados en el oficio entre 1600 y 1815. Si bien no era infrecuente que los encuadernadores compaginasen su oficio con alguna otra ocupación como, por ejemplo, mercader-sastre, pañero, barbero, albañil, vidriero, tejedor, tintorero, fabricante de agujas y carpintero de carros, en *ningún* caso la compaginaban con el oficio de zapatero. Calculado a partir de Ellic Howe, *A List of London Bookbinders, 1648-1815*, Londres, 1950.

51. Véase el papel de un tal Hans von Sagan en las tradiciones de los zapateros alemanes. Con su intervención en una batalla del siglo XIV se granjeó el favor del emperador y, para su gremio, el derecho a incluir el águila imperial en su escudo de armas. La escasez relativa de costumbres formalizadas en el oficio la ha señalado Rudolf Wissell, *Des alten Handwerks Recht und Gewohnheit*, Konrad Hahn, ed., 2 vols., Berlín, 1929, II, p. 91; Andreas Gries-

Puede argüirse, desde luego, que era natural que los libros, en cuanto estuvieran al alcance de la gente, atrajeran a los miembros de una profesión dada a especular y debatir. Pese a ello, la pregunta sigue sin encontrar respuesta.

Puede ser que la división del trabajo en el oficio de zapatero, una división que era relativamente primitiva, permitiera u obligase a muchísimos zapateros a trabajar completamente a solas. Ciertamente, Mayhew conjeturó que era «la soledad de su trabajo, que les hacía potenciar sus recursos internos», lo que explicaba que fuesen «una raza severa, intransigente y reflexiva».⁵² Los remendones itinerantes eran, por supuesto, trabajadores aislados. Pero el zapatero solitario era típico incluso en su taller. En la Alemania de 1882 dos tercios de ellos no tenían empleado a ningún ayudante.

Sin embargo, ni siquiera el remendón solitario se encontraba culturalmente aislado. Quizá recibía su formación en un establecimiento pequeño. El maestro, unos cuantos oficiales y uno o dos aprendices, además de la esposa del maestro, constituían, al parecer, el establecimiento típico-ideal del artesano. En las regiones más tradicionales de la Alemania decimonónica había por término medio sólo 2,4 o 2,6 oficiales por aprendiz.⁵³ Sin embargo, la rapidez con que cambiaban

singer, *Das symbolische Kapital der Ehre: Streikbewegungen und kollektives Bewußtsein deutscher Handwerkeresellen im 18. Jahrhundert*, Francfort-Berlín-Viena, 1981. Estamos muy agradecidos a Andreas Griessinger de la Universidad de Constanza por poner a nuestra disposición el manuscrito de su libro antes de su publicación.

52. *The Unknown Mayhew*, Eileen Yeo y E. P. Thompson, eds., Londres, 1971, p. 279. Véase también «Mental character of the cobblers», citado en *The Man*, 9 de abril de 1834, Nueva York, p. 168. «Sentado todo el día en un asiento bajo, apretando con obstinación horma y cuero ... o golpeando con el martillo tacones y punteras con mucha monotonía ... la mente del remendón, prescindiendo del proverbio, vaga hacia regiones metafísicas, políticas y teológicas; y de hombres así empleados han surgido fundadores de muchas sectas, reformadores religiosos, sombríos políticos, "bardos, sofistas, estadistas» y otras "cosas inquietas", incluyendo una hueste incontable de hipocondríacos. El aspecto sombrío y pensativo de los zapateros en general es cosa que se observa comúnmente. Sin embargo, no es sino hacerles justicia decir que su adquisición de conocimiento y sus hábitos de reflexión son tales, que a menudo despiertan admiración».

53. Richard Watteroth, «Die Erfurter Schuharbeiterschaft», en *Auslese und Anpassung der Arbeiterschaft in der Schuhindustrie und einem oberschleisischen Walzwerke*, Schriften des Vereins für Sozialpolitik, CLIII, Munich-Leipzig, 1915, p. 6.

los oficiales ampliaría los horizontes tanto de los maestros como de los aprendices, y era notorio que los oficiales hacían viajes prolongados. Un zapatero rural suabo describe la impresión que causaron en él cuando era aprendiz: «Había gente muy viajada e inteligente entre los oficiales. De modo que oí y aprendí mucho». A su vez este zapatero trabajó en diecisiete establecimientos en quince lugares diferentes entre el final de su aprendizaje y el momento en que se estableció como pequeño maestro y activista socialdemócrata.⁵⁴ Si, como ocurría en Jena, los oficiales, por término medio, sólo permanecían seis meses en un mismo taller, el típico aprendiz, en el curso de tres años, estaría en estrecha relación con unos quince hombres muy viajados, y el típico oficial ambulante con muchos más.

Los oficiales no se reunían solamente en los talleres, sino también en los caminos y en las posadas que hacían las veces de lugares de reunión donde empleos y ayuda se pedían y recibían de forma muy ritualizada.⁵⁵ Abundaban las ocasiones para hablar de los problemas del oficio, de las noticias del día, así como para difundir información en general. En las ciudades más grandes, los zapateros, al igual que la mayoría de los demás artesanos, a veces vivían y trabajaban en calles dedicadas especialmente a ellos. En los centros de fabricación de zapatos para el mercado, ya fuesen urbanos o rurales, no escaseaban otros miembros del oficio. A veces, como el trabajo requería poco espacio, varios trabajadores, según el sistema de *putting-out*, compartían un mismo taller. Hasta el más solitario de los zapateros había sido probablemente socializado en la cultura del «gremio apacible» alguna vez.

Esa «cultura zapatera», que Peter Burke ha calificado recientemente de más fuerte que cualquier otra cultura gremial exceptuando la de los tejedores,⁵⁶ era inusitadamente acentuada y persistente. En Escocia, por ejemplo, su santo patrón católico sobrevivió a la reforma

54. Calculado a partir de Joseph Belli, *Die Rote Feldpost unterm Sozialistengesetz*, Bonn, edición de 1978, pp. 54-94. Estamos agradecidos a Rainer Wirtz por esta referencia. Julius Pierstorff, «Drei Jenaer Handwerke», en *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Deutschland*, IX, Schriften des Vereins für Socialpolitik, LXX, Leipzig, 1897, p. 36, señala que los oficiales permanecían un máximo de seis meses en la misma tienda.

55. Griessinger, *Das symbolische Kapital der Ehre*, pp. 102-107, hace una excelente descripción de estos rituales para la Alemania del siglo XVIII.

56. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, pp. 38-39.

calvinista con el nombre de «Rey Crispín», y en Inglaterra el Día de San Crispín se celebró como fiesta de los zapateros, a menudo con procesiones del gremio, hasta bien entrado el siglo XIX, o la resucitaban los oficiales con fines políticos, como hicieron en Norwich en 1813. A finales del siglo todavía estaba viva o era recordada en algunas regiones puramente rurales. El temprano ocaso que en Inglaterra sufrieron los gremios y corporaciones organizados hace que semejantes ejemplos de supervivencia sean más impresionantes todavía.⁵⁷

Sin embargo, en las tradiciones gremiales, sean formales o no, parece que no había nada que representase un vínculo especial entre los zapateros y el intelectualismo, o ni siquiera con el radicalismo. Hacían hincapié en su orgullo profesional, basándose sobre todo en que su oficio era indispensable para los de arriba y para los de abajo, para los jóvenes y para los viejos. Éste es el tema más frecuente de las canciones de los oficiales zapateros.⁵⁸ Recalcaban la independencia, en especial la de los oficiales, comprobada por el hecho de que el zapatero controlase su tiempo de trabajo y de ocio, además de su capacidad para celebrar Saint Monday [San Lunes] y otras fiestas que le apeteciera celebrar.⁵⁹ Dado que el ocio social y la bebida eran inseparables, también hacían hincapié en el beber, actividad que daba fama a los zapateros, así como ese otro subproducto de la cultura tabernaria que era dirimir las disputas a golpes. «La mejor cerveza la encontrarás donde beban los carreteros y los zapateros», dice un proverbio polaco. La farsa de Johann Nestroy titulada *Lumpazivagabundus* (1836), que sigue las peripecias de tres oficiales ideales-típicos, presenta a su zapatero como astrónomo aficionado (puede que su interés por los cometas lo inspirase la lectura de almanaques) y como borra-

57. Robert Chambers, *The Book of Days*, 2 vols., Londres-Edimburgo, 1862-1864, II, p. 492; A. R. Wright, en T. E. Lones, ed., *British Calendar Customs: England*, 3 vols., Folk-Lore Soc., XCVII, CII, CVI, Londres-Glasgow, 1936-1940, III, pp. 102-104. En Inglaterra (pero no en Escocia) puede que fuera una ayuda el hecho de que el Día de San Crispín se asociara con el nacionalismo, pues ésta era, como recordarán los lectores de *Enrique V* de Shakespeare, la fecha de la batalla de Azincourt contra los franceses.

58. Según se estudia en Griessinger, *Das symbolische Kapital der Ehre*, pp. 130-133.

59. Brooker, «The Northampton shoemakers' reaction to industrialization», *passim*, sobre los conflictos nacidos de esto durante la industrialización. Véase también Mansfield, «John Brown: A shoemaker's place in London», *passim*.

chín espectacular y pendenciero. Pero estas asociaciones no son especialmente intelectuales.

Quizá la explicación más plausible del intelectualismo del oficio se derive de este factor: el trabajo de un zapatero era al mismo tiempo sedentario y exigía poca fuerza física. Probablemente, en este segundo aspecto, era el trabajo menos pesado que podían hacer los hombres en el campo. A causa de ello, era habitual que a los chicos pequeños, débiles o físicamente impedidos los pusieran a trabajar en este oficio. Así ocurrió con Jakob Boehme, el místico;⁶⁰ con Robert Bloomfield, autor de *The Farmer's Boy*;⁶¹ con William Gifford, que más adelante sería director de la *Quarterly Review*, a quien «pusieron ... al arado» pero que «pronto demostró ser ... demasiado débil para una labor tan pesada»; con John Pounds, precursor de las «Ragged Schools» [escuelas para los pobres], que se hizo zapatero cuando un accidente lo dejó lisiado y tuvo que abandonar su oficio de carpintero de ribera;⁶² con John Lobb, fundador de una célebre empresa de St. James's que todavía existe;⁶³ y, casi con toda seguridad, con muchos más. En Loitz, Pomerania, «casi las únicas personas que se dedican a este oficio son lisiados o gente que no sirve para el trabajo agrícola o industrial». De ahí la tendencia a que los zapateros de pueblo, ante la imposibilidad de ganarse la vida con su oficio, buscaran como segundo empleo, por ejemplo (así en Heide, Schleswig), el de vigilante nocturno, portero de escuela, mensajero, camarero, pregonero, ayudante del pastor o auxiliar de cartero y barrendero.⁶⁴ En 1813 una orden de reclutamiento naval norteamericana insistía en que se reclutasen «sólo hombres fuertes, sanos, capacitados. Pueden reclutarse hombres de tierra en calidad de simples marineros ... pero bajo ningún concepto se em-

60. *Allgemeine Deutsche Biographie*, III, artículo correspondiente a Jakob Böhme.

61. *Dictionary of National Biography*, V.

62. Winks, *Lives of Illustrious Shoemakers*, pp. 81, 180.

63. Brian Dobbs, *The Last Shall Be First: The Colourful Story of John Lobb, the St. James's Bootmaker*, Londres, 1972, pp. 27-28.

64. B. Aebert, «Die Schuhmacherei in Loitz», en *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Deutschland, I*, Schriften des Vereins für Socialpolitik, LXII, Leipzig, 1895, pp. 39, 49; Siegfried Heckscher, «Über die Lage des Schuhmachergewerbes in Altona, Elmshorn, Heide, Preetz und Barmstedt», *ibid.*, p. 2.

barcarán sastres, zapateros o negros [sic] porque, debido a sus ocupaciones habituales, raramente poseen fuerza física». ⁶⁵

Ramazzeni ⁶⁶ se fijó en el número de zapateros y sastres deformes («encorvados, jorobados, cojos») que, en Italia, participaban en las procesiones corporativas que organizaban estos gremios. Sin embargo, a diferencia de los sastres, a los zapateros no se les asociaba proverbialmente con la debilidad, observación que apoyan las estadísticas de mortalidad profesional correspondientes a la Gran Bretaña decimonónica. ⁶⁷ En cambio, el zapatero *cojo* ya aparece en la obra del dramaturgo latino Plauto. Quizá venga al caso aquí la frecuencia de los zapateros rurales que combinaban su oficio con actividades agrícolas. No obstante, el oficio, al menos hasta cierto punto, lo escogían muchachos incapaces de competir con otros trabajadores de su edad en las actividades físicas a las que se concedía valor. Puede que ello proporcionase un incentivo para adquirir otros tipos de prestigio. Y puede que aquí la naturaleza semirrutinaria de gran parte de su trabajo, que podía combinarse fácilmente con el pensamiento, la observación y la conversación, sugiriese alternativas intelectuales. Los zapateros que trabajaban juntos en talleres grandes estuvieron entre los gremios (los sastres y los cigarreros son otros) que crearon la institución del «lector»: los hombres se iban turnando para leer periódicos o libros en voz alta; o se contrataba a un viejo soldado para que leyera; o el chico más joven tenía la obligación de ir a buscar las noticias y leerlas. (George Bloomfield, zapatero y poeta menor, sugirió, no sin razón, que éste era el punto en que «los que dicen que “los zapateros son políticos” podrían encontrar la solución de su asombro».) ⁶⁸ Ocupaciones de este tipo, silenciosas y descansadas, realizadas bajo techo, existían en las ciudades, pero en el caso de los

65. US National Archives RG 217, Fourth Auditor Accounts, Numerical Series, 1141. Debemos esta referencia a Christopher McKee.

66. Bernardino Ramazzini, *Health Preserved, in Two Treatises*, Londres, 1750², p. 215.

67. John Thomas Arlidge, *The Hygiene, Diseases and Mortality of Occupations*, Londres, 1892, p. 216, citando datos de William Farr correspondientes a 1875: mortalidad inferior a la media en todas las edades excepto de 20 a 25 años, comparada con la muy alta mortalidad de los sastres; y Ratcliffe, analista de la mortalidad de los miembros de las Sociedades Mutuas, que consideraba que su «vitalidad» era inferior sólo a la de los peones agrícolas y los carpinteros.

68. *Crispin Anecdotes*, p. 126.

pueblos es difícil que se nos ocurran otras, ciertamente no las de los herreros o los carpinteros de carros.⁶⁹

Así pues, el oficio del zapatero permitía a éste pensar y hablar mientras trabajaba; su frecuente aislamiento durante las horas de trabajo le hacía echar mano de sus propios recursos intelectuales. Además, los zapateros se reclutaban selectivamente entre muchachos con un probable incentivo que compensara sus defectos físicos; la formación de los aprendices y el ir y venir de oficiales les brindaban la oportunidad de conocer la cultura del oficio así como la cultura y la política del mundo en general. Quizá podríamos añadir que, como sus herramientas eran más ligeras que las de otros artesanos, al zapatero le resultaba más fácil llevar libros consigo, de lo cual también hay pruebas. No podemos asegurar que todos estos factores constituyan una explicación suficiente y verificable de la afición a los libros. A pesar de ello, tres cosas quedan claras.

La primera es que, como veremos dentro de poco, los zapateros artesanos más alfabetizados ofrecían una particularidad poco frecuente: la de estar ampliamente distribuidos en ambientes rurales o de pequeñas ciudades de provincias donde predominaba el analfabetismo y donde tenían ocasión de hacer las veces de escribanos extraoficiales o de intelectuales de los peones. Encontraban pocos competidores. En segundo lugar, una vez creada la imagen popular del zapatero como intelectual y radical (y es indudable que se creó), esa imagen debió de afectar la realidad de diversas maneras. Cada vez que un zapatero reunía estas características, las expectativas populares se veían confirmadas. A causa de ello, es probable que el comportamiento de los zapateros en esta faceta llamara la atención y fuese comentado más

69. «La frecuencia de la aparición de talento literario entre los zapateros se ha comentado a menudo. Su ocupación, siendo sedentaria y relativamente silenciosa, puede considerarse más favorable que algunas otras a la meditación; pero quizá su productividad literaria ha surgido en la misma medida de la circunstancia de que se trata de un oficio de trabajo ligero y que, por lo tanto, han recurrido a él, prefiriéndolo a la mayoría de los demás, personas humildes que son conscientes de que su talento mental es mayor que su fuerza física»: Hall, *Book of the Feet*, p. 4. Pese a que, por golpear cuero con el martillo, a veces a los zapateros se les excluía de ciertos barrios, por considerárseles un «gremio ruidoso» (*lärmendes Handwerk*, véase W. J. Schröder, *Arbeitergeschichte und Arbeiterbewegung: Industriearbeit und Organisationsverhalten in 19. und frühen 20. Jahrhundert*, Francfort-Nueva York, 1978, p. 91), raras veces se menciona el ruido en la literatura que trata de los zapateros-intelectuales.

a menudo. Puede que la imagen popular atrajese a jóvenes de gustos literarios o filosóficos e inquietudes políticas; o, a la inversa, quizá los muchachos que trababan conocimiento con zapateros filosóficos y radicales empezaban a interesarse por estas cuestiones. Finalmente, la cultura del oficio quizá propiciaba la aparición de algunos de estos rasgos entre los que se dedicaban a él, no sólo porque las condiciones materiales lo facilitaban, sino porque sus tradiciones no representaban ningún obstáculo. En muchas ocupaciones, al «hombre lector» le hacían perder estas aficiones a fuerza de golpes y burlas. Entre los zapateros tal vez eran aceptadas más fácilmente como un comportamiento que era compatible con las normas del grupo.

La independencia del zapatero se hallaba claramente ligada a las condiciones materiales de su oficio y de ella nacía su aptitud para ser político de pueblo. Asimismo, la humilde condición del oficio, y la pobreza relativa de los que ingresaban en él, al menos en el siglo XIX, ayudan a explicar su radicalismo.

Las dos características están vinculadas entre sí. El oficio se basaba esencialmente en el cuero, cuya preparación (desolladura, limpieza, curtido, etc.) es repugnante y sucia y, por consiguiente, suele dejarse en manos de personas de baja condición social o de parias (como se hace en la India y el Japón). En sus orígenes, había una estrecha vinculación entre zapateros y curtidores, toda vez que era frecuente que los primeros curtiesen su propio cuero, como a mediados del siglo XIX seguían haciendo en la comunidad zapatera de Loitz, Pomerania.⁷⁰ En Leipzig los curtidores y los zapateros formaban en un principio un solo gremio.⁷¹ La baja condición social de los zapateros y el frecuente desprecio de que eran objeto en la antigüedad (cuando menos por parte de los escritores)⁷² puede que se debiera en parte a esa asociación con la «suciedad» o al recuerdo de la misma. Viceversa, no es irrazonable suponer que el gremio (que hacía hincapié

70. Aebert, «Die Schuhmacherei in Loitz», p. 38.

71. Nicolaus Geissenberger, «Die Schuhmacherei in Leipzig und Umgegend», en *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Deutschland*, II, Schriften des Vereins für Socialpolitik, LXIII, Leipzig, 1895, p. 169.

72. Pauly-Wissowa, *Real-encyclopädie der classischen Alterthumswissenschaft*, seg. serie, IV (I), cols. 989-994, *sutor*. La baja categoría del oficio se demuestra también en el lenguaje. En Francia *savetier* era un término de escarnio; en Inglaterra *cobbler* [remendón] significaba también *botcher* [chاپucero] o trabajador no cualificado. Véase Lacroix, Duchesne y Seré, *Histoire des cordonniers*, p. 179.

pié en su condición de indispensable y apacible) se inclinaba hacia el radicalismo empujado por el resentimiento. Bien parece que persistió cierto elemento de baja condición social, en el que posiblemente influía también la reputación de negligencia física que tenía el zapatero, o posible motivo de esa reputación. Todavía a finales del siglo XIX un autor, refiriéndose al oficio tradicional (pre-fabril), podía escribir lo siguiente: «Como clase ... los zapateros comunes no eran limpios ni ordenados en sus hábitos y personas, y su oficio era despreciado porque se le consideraba de baja estofa social; empleo apropiado para formar en él a los chicos salidos de los hospicios». ⁷³

Por otro lado, como los costes del aprendizaje eran mínimos, las familias que no podían permitirse el lujo de poner a sus hijos de aprendices de un oficio más próspero y exclusivo (y costoso) sí podían reunir los honorarios que se pedían para el aprendizaje de zapatero. De hecho, la asociación del oficio con la pobreza también era proverbial. ⁷⁴ «Todos los zapateros van descalzos», reza un dicho yiddish. «El zapatero siempre lleva zapatos gastados.» En los alrededores de Hamburgo, a cierta mezcla de sobras de comida la llamaban «empanada de zapatero». ⁷⁵

La coexistencia de la independencia y la pobreza en el oficio de zapatero se debe en parte a su peculiar ubicuidad. Se organizó pronto tanto en la ciudad como en el campo, al menos en las zonas templadas, donde era reconocido desde hacía tiempo que «nada hay como el cuero» para el calzado que usaban los hombres al llevar a cabo trabajos pesados al aire libre. Los zapateros, que solían ser también de origen humilde, servían a una clientela de la que formaban parte muchísimas personas humildes. La fabricación y la reparación de cal-

73. Arlidge, *Hygiene, Diseases and Mortality of Occupations*, p. 216.

74. W. H. Schröder, *Arbeitergeschichte*, p. 93.

75. Para estas alusiones a zapateros, véanse *Crispin Anecdotes*, p. 102; *Deutsches Sprichwörter-Lexikon*, IV, cols. 398-401; *English Dialect Dictionary*, I, en *cobbler* [remendón], «cobbler's dinner: bread and bread to it» [cena de remendón: pan con pan]. La impresión popular, desde la América colonial hasta Europa, era que, dejando aparte las demás cosas que fuese, un zapatero raramente era próspero. La pobreza y la propensión a filosofar no eran nada contradictorias; de hecho, puede que ayuden a explicar la antigua reputación de radicales que tenían los zapateros. Probablemente, los pobres dados a pensar se convertían en radicales políticos o ideológicos. Al recordar a «los grandes oradores del gremio» John Brown describía «hombres vestidos con andrajos y de aspecto escuálido» que «hacen sus llamadas con un lenguaje conmovedor y elocuente»: Mansfield, «John Brown: A shoemaker's place in London», p. 131.

zado de cuero requiere especialistas de algún tipo, a diferencia de muchas otras clases de fabricación y reparación. En las postrimerías del siglo XIX había aún zapateros especializados en visitar las granjas alpinas de Austria (*Störschuster*) para fabricar y reparar el calzado del año utilizando las pieles y el cuero que proporcionaban los agricultores.⁷⁶ Así pues, zapateros y remendones no eran sólo un gremio organizado como tal en una fecha insólitamente temprana (se cuentan entre los primeros gremios de artesanos que aparecen en los anales tanto en Inglaterra como en Alemania),⁷⁷ sino que constituían también uno de los gremios más nutridos y de mayor distribución en la ciudad y el campo. En la Sevilla del siglo XVIII, al igual que en el Valparaíso del XIX, superaban en número a todos los demás gremios.⁷⁸ Lo mismo ocurría en la Prusia de 1800 (donde les seguían los sastres y los herreros). En la Baviera de 1771 sólo les aventajaban en número los tejedores, pero en los pueblos con mercado eran los primeros, seguidos por los cervecedores y los tejedores.⁷⁹ En la Frisia rural había en 1749 5,79 zapateros por cada mil habitantes, comparados con 4,53 tejedores, 4,48 carpinteros, 3,70 panaderos, 2,08 herreros, 1,76 clérigos, 1,51 posaderos y 1,45 sastres; se encontraban zapateros en el 54 por 100 de todos los asentamientos, carpinteros en el 52 por 100, herreros en el 40 por 100 y posaderos en el 32 por 100.⁸⁰ Parece claro que a la gente le resultaba más difícil pasarse sin zapateros y remendones cerca de casa que sin otros artesanos y servicios especializados.

76. Max von Tayenthal, «Die Schuhwarenindustrie Österreichs», en *Sociale Rundschau* [Arbeitsstatistisches Amt im k. u. k. Handelsministerium], II, 1 (1901), p. 764.

77. George Unwin, *The Gilds and Companies of London*, Londres, 1908, p. 82; Geissenberger, «Die Schuhmacherei in Leipzig und Umgegend», p. 169; Watteroth, «Die Erfurter Schuharbeiterschaft», p. 15.

78. En 1854 en las provincias de Santiago y Valparaíso había 5.865 de ellos, comparados con 3.720 carpinteros, 1.615 sastres, 1.287 albañiles y enladrilladores y 1.088 herreros y herradores: L. A. Romero, *La sociedad de la igualdad: los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851*, Buenos Aires, 1978, p. 14. Véanse también A. Bernal, A. Collantes de Terán y A. García-Baquero, «Sevilla: de los gremios a la industrialización», en *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 5-6 (1978), pp. 7-310, esp. cuadro 8.

79. Griessinger, *Das symbolische Kapital der Ehre*, pp. 87-90.

80. J. A. Faber, *Drie Eeuwen Friesland*, 2 vols., A. A. G. Bijdragen, XVII, Wageningen, 1972, II, cuadros 111.8, 111.9 en pp. 444-445, 446-447.

Aunque abarcaba una amplia gama de habilidades y especialización, el oficio de zapatero seguía siendo suficientemente primitivo, en lo que hace a la tecnología y a la división del trabajo, y teniendo un producto suficientemente homogéneo, para que en esencia fuera todavía un solo oficio. No hay en él nada que equivalga a la creciente fragmentación de la metalistería en oficios cualificados e independientes que con tanta frecuencia se encuentra en la economía gremial de la Edad Media. Hablando *grosso modo*, una vez el oficio se hubo separado de los curtidores, vendedores de cuero y otros productores y proveedores de su materia prima, sus principales fisuras internas eran comerciales: entre fabricantes y mercaderes de calzado (tanto si estos últimos también fabricaban zapatos como si no). Había igualmente una división entre los que fabricaban zapatos y los que se limitaban a remendarlos, definidos de diversas maneras: cordobaneros y remendones (*savetiers*, *Flickschuster*, *ciabattini*), aunque hay que señalar que los mercaderes salían esencialmente de entre los cordobaneros. La separación entre fabricantes y remendones se institucionalizaba a veces en forma de gremios separados, aunque a los gremios de remendones les costaba emanciparse completamente del control de los cordobaneros o seguir siendo viables.

Es obvio que el oficio de remendón [*cobbler*] era la rama inferior, y *cobbling* se emplea, en inglés, para referirse a cualquier trabajo de poca calidad. No obstante, la línea entre las dos ramas era y tenía que ser imprecisa, especialmente en tiempos y regiones (como la Alemania del siglo XVIII) donde una demanda bastante estática se encontraba ante una oferta cada vez mayor en las ciudades.⁸¹ Vivir exclusivamente de *fabricar* zapatos sólo era posible para unos pocos. De hecho, se daba por sentado que los fabricantes también hacían remiendos. Así, para obtener unos ingresos «decentes» (91 florines anuales), según se decía, sin duda retóricamente, un maestro «tenía que hacer un par de zapatos nuevos o tres pares de suelas y remiendos cada día y, además, confiar en que los clientes pagasen». En vista de ello, no es extraño que, al parecer, en los siglos XVIII y XIX los términos «fabricante» y «remendón» se hicieran intercambiables en inglés,⁸²

81. Griessinger, *Das symbolische Kapital der Ebre*, pp. 90-95.

82. Así, Winks comenta el problema de la distinción intelectual de los zapateros [*shoemakers*] bajo el encabezado «Una constelación de zapateros [*cobblers*] célebres»; Winks, *Lives of Illustrious Shoemakers*, pp. 229 ss. Para la

mientras que en francés la palabra *cordonnier* pasó a tener ambos significados, fabricante y remendón, igual que ocurrió con la palabra *Schuster* en el habla popular alemana a pesar de que el término más elegante de *Schuhmacher* tendiera a ganar terreno a sus expensas.⁸³ Y, a decir verdad, fuera de las ciudades fuertemente controladas por los gremios, que se estaban debilitando, ¿cómo era posible mantener estrictamente separadas la fabricación y la reparación de zapatos?

La demanda generalizada de zapateros y remendones especializados impidió que las ciudades con municipio propio monopolizaran el oficio. Difícilmente podía prohibirse la reparación de zapatos en los pueblos y, aunque sobre esta variedad rural de reparación de calzado no pesaban (sin duda porque no era posible) el control y los requisitos gremiales, casi siempre era necesario aprenderla de algún zapatero, del tipo que fuese. No había forma alguna de impedir que el remendón local satisficiera también la demanda de zapatos en el pueblo, especialmente los que se usaban para el trabajo, hasta el auge de la producción y la distribución a gran escala. Así pues, bien podía ser que los oficiales, ante las escasas posibilidades de llegar a ser maestros en el oficio controlado de la ciudad, prefirieran establecerse por cuenta propia en algún pueblo o ciudad pequeña. De hecho, en el siglo XIX aún se advertía en Alemania una creciente tendencia a hacer esto. Cuando en 1840 se levantó finalmente la prohibición que pesaba sobre los fabricantes rurales de zapatos (a diferencia de los remendones) en Sajonia, permitiéndose que en lo sucesivo hubiera un solo maestro (sin aprendices) en cada pueblo, apareció inmediatamente un número considerable de zapateros rurales.⁸⁴ Cabe conjeturar que muchos de ellos se limitaron a cambiar su título oficial.

Por otro lado, si no había ninguna línea clara entre el mejor y más especializado de los zapateros y el remendón más modesto, el

intercambiabilidad, véase también *Scottish National Dictionary*, bajo el encabezado *souter*.

83. C. N. R. S., *Trésor de la langue française*, París, 1978, bajo el encabezado *cordonnier*; *Grimms Wörterbuch*, bajo el encabezado *Schuster*.

84. Geissenberger, «Die Schuhmacherei in Leipzig und Umgegend», p. 175. En la Alemania de 1882 el 46,5 por 100 de todos los zapateros independientes estaban en pueblos de menos de 2.000 habitantes (dos tercios de ellos tenían otro empleo secundario). Dos tercios de todos los zapateros independientes se encontraban en centros de menos de 5.000 habitantes. *Statistik des Deutschen Reiches*, nueva serie, vol. 4, 1-2, p. 1.194 y vol. 111, pp. 104 s.

enorme tamaño del oficio induce a pensar que, por regla general, habría en él un sector inusualmente grande de marginales, los cuales no podían vivir exclusivamente de su oficio, sobre todo porque la reparación de calzado —que quizá proporcionaba la mitad de los ingresos de los remendones de los pueblos alemanes— era notoriamente poco lucrativa. Es difícil encontrar datos preindustriales, pero el cálculo correspondiente a un pueblo suabo del siglo XIX hace pensar que, a causa de la insuficiencia de la demanda, no era posible que un zapatero de allí fabricara, por término medio, más de siete pares de zapatos en un año,⁸⁵ de modo que para la mayoría de ellos el oficio no sería más que una fuente de ganancias complementarias, y posiblemente fuera como tal que lo adoptaban. Así pues, la reputación de pobreza del oficio tenía una base sólida, aunque no están del todo claras las razones por las que tanta gente lo ejercía. Quizá lo expliquen en parte la baratura del equipo básico y la posibilidad de ejercer el oficio en casa; quizá también lo explique el hecho de que los zapateros eran reclutados externamente, en vez de entre los artesanos en ejercicio y sus familias. Los impresores y los vidrieros restringían el reclutamiento a sus hijos, parientes y unos cuantos privilegiados ajenos a la familia; raras veces podían hacer lo mismo los zapateros.⁸⁶ A resultas de ello, éstos no controlaban la entrada en su oficio ni el tamaño del mismo, y de ahí que tanta gente se dedicase a él.

El oficio, por lo tanto, distaba mucho de ser homogéneo. Pese a ello, mientras continuó siendo en esencia un oficio de artesanía manual —y hasta el decenio de 1850 ni siquiera entró en él la máquina de coser doméstica—, sus divisiones internas fueron vagas y cambiantes. Por ende, aunque había «aristócratas» o sectores favorecidos entre los zapateros al igual que entre los sastres (por ejemplo, el comercio de ropa hecha a la medida y de calidad superior que existía en las ciudades), ninguno de los dos oficios en su conjunto ocupaba un buen lugar en la clasificación por categorías, como comentó el comu-

85. Utz Jaeggli, *Kiebingen: Eine Heimatgeschichte*, Tubinga, 1977, p. 249. Casi ninguno de los zapateros locales pertenecía al estrato superior del pueblo, y la mayoría ni siquiera al estrato intermedio. «Incluso hoy día los zapateros no cuentan para nada en el pueblo» (*ibid.*). Agradecemos esta referencia a Rainer Wirtz.

86. Nos informan, sin embargo, de que entre los cordobaneros londinenses del siglo XVIII la continuidad intergeneracional en el oficio era insólitamente elevada.

nista artesano Wilhelm Weitling.⁸⁷ Porque ambos, y en especial los zapateros, eran insólitamente nutridos y, por ende, contenían una proporción más elevada que de costumbre de gente marginal e im-próspera. Entre los centenares de oficiales artesanos que en el decenio de 1840 acudieron a Wiener Neustadt, ciudad austríaca en vías de industrialización, y solicitaron permiso para quedarse en ella, no menos del 14,7 por 100 (el 17 por 100 de los que procedían de Bohemia) eran zapateros, seguidos a cierta distancia por un 10 por 100 (14,6 por 100 entre los bohemios) de sastres y un 8,3 por 100 (9,1 por 100 entre los bohemios) de ebanistas.⁸⁸

El zapatero de pueblo era un trabajador autónomo. Su negocio requería poco capital. El equipo era barato, ligero y portátil, y lo único que necesitaba era un techo modesto sobre su cabeza para trabajar y vivir, en el peor de los casos en la misma habitación. Si bien este factor hacía de él un artesano inusitadamente móvil, no lo distinguía de los que ejercían otros oficios. Lo que sí le distinguía era el contacto con gran número de personas humildes y su independencia de protectores, clientes ricos y patronos. Los agricultores dependían de terratenientes; los carreteros y constructores dependían de los encargos de agricultores y personas acaudaladas; los sastres servían a los ricos, toda vez que los pobres se confeccionaban su propia vestimenta. El zapatero también servía a los ricos, pues éstos le necesitaban; pero, en la mayoría de los casos, su clientela principal debía de estar entre los pobres, puesto que tampoco éstos podían pasarse sin él. Esto no puede negarse, aunque sepamos menos de lo que podríamos saber acerca de la utilización real de calzado de cuero entre los pobres, utilización que ciertamente era más restringida que en nuestros prósperos tiempos.⁸⁹ A decir verdad, hay indicios de que cuando los lugareños ricos de finales del siglo XIX empezaron a usar zapatos comprados en comercios y fabricados en otra parte, si no zapatos de calidad superior y hechos a la medida, el zapatero de pueblo vio aumentar

87. Wilhelm Weitling, *Garantien der Harmonie und Freiheit*, Berlín, edición de 1955, p. 289.

88. Flanner, *Die Revolution von 1848 in Wiener Neustadt*, pp. 26-27. Dado que la ciudad se especializaba en las industrias del metal además de en las textiles, se omiten los artesanos del metal (pese a ser menos numerosos que los zapateros) porque es probable que su representación fuera excesiva.

89. Necesitamos saber más, en particular, acerca de la costumbre de andar descalzo (muy extendida entre las mujeres y los niños) y la utilización de calzado alternativo: zuecos, botas y zapatos de fieltro y de fibra, etcétera.

su dependencia de los clientes que necesitaban calzado resistente para trabajar al aire libre.

Por lo tanto, podía expresar sus opiniones sin correr el riesgo de perder su trabajo o sus clientes, ni siquiera, si era suficientemente bueno, sus clientes respetables.⁹⁰ Asimismo, se encontraba unido a sus clientes por lazos de confianza. Esto se debía en parte a que era probable que sus clientes fuesen sus deudores, toda vez que los trabajadores agrícolas y quizá los campesinos sólo podían pagar con intervalos muy prolongados cuando recibían una suma global, por ejemplo, después de la recolección (en Pomerania el día de pago era el 25 de octubre, Día de San Crispín)⁹¹ o entre Pascua y Pentecostés, cuando se renovaban las contrataciones anuales. El zapatero tenía que confiar en sus clientes, pero éstos no tenían motivo para desconfiar de él. A diferencia de tantos comerciantes con los que trataban los pobres —el molinero, el panadero, incluso el tabernero, que podían engañarles con el peso o la medida—, el zapatero producía un zapato nuevo o remendado que podía juzgarse en seguida y las variaciones de la calidad se debían con toda probabilidad, no al deseo de estafar, sino a variaciones de la habilidad del zapatero.⁹² Así pues, el zapatero tenía licencia para expresar sus opiniones, de las que no había motivo para desconfiar.

Que dichas opiniones fueran heterodoxas y democráticas no debería sorprender a nadie. La vida del zapatero de pueblo era análoga a la de los pobres y no a la de los ricos y poderosos. No quería saber nada de jerarquía ni de organización formal. De ambas había bastante poco en su oficio y en muchos casos encontraba trabajo a espaldas y a pesar de los reglamentos de su gremio u oficio. Conocía el valor de la independencia y tenía abundantes oportunidades de comparar su relativa autonomía con la de sus clientes. Como es difícil o imposible reunir una muestra representativa de los radicales que pertenecían a este gremio, no podemos decir hasta qué punto esta capacidad

90. Véase el zapatero calabrés citado en E. J. Hobsbawm, *Primitive rebels*, Manchester, 1959, apéndice 9, que se enorgullecía de trabajar hasta para los *carabinieri*.

91. ¿Hay alguna relación entre este ritmo agrícola y el Día de San Crispín el 25 de octubre?

92. Debemos este comentario al doctor Mikuláš Teich, que cita el proverbio de su Checoslovaquia natal: «Donde se corta, se pesa o se vierte hay posibilidad de ganar dinero».

para articular puntos de vista independientes correspondía de modo exclusivo a la minoría de artesanos relativamente prósperos más que a la mayoría (presumible) de remendones marginales con dedicación parcial. La interrogante debe quedar sin respuesta. Sin embargo, en el contexto específico de las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX es natural encontrar a zapateros radicales que leen a Cobbett, quien clamaba contra la demolición de todos los pequeños artesanos y denunciaba un sistema que sustituía a «amo y hombre ... cada cual estaba en su sitio y cada cual era libre» por «amos y esclavos».⁹³ Tampoco es motivo de sorpresa encontrarlos entre las filas de *sans-culottes* y, más adelante, de anarquistas. En todos los casos la insistencia en los medios modestos, el trabajo esforzado y la independencia como soluciones de los problemas de la injusticia y la pobreza encontraba eco en la experiencia de los zapateros de pueblo.

Buena parte de este razonamiento podría aplicarse también a otros artesanos de pueblo. Pero mientras que, pongamos por caso, el taller del herrero era ruidoso y su trabajo hacía difícil la conversación, el zapatero se encontraba situado estratégicamente para transmitir ideas de la ciudad y movilizar la acción. Su taller en el pueblo era un marco ideal para tal fin y cabe que unos hombres perspicuos que trabajaban a solas casi todo el rato se volvieran locuaces cuando tenían compañía y podían hablar sin interrumpir su trabajo. El zapatero rural estaba siempre presente, con los ojos puestos en la calle, y sabía lo que pasaba en la comunidad, incluso cuando no compaginaba su labor con la de sacristán o con algún otro cargo municipal o comunal. Además, sus tranquilos talleres, así en los pueblos como en las ciudades pequeñas, eran centros sociales a los que sólo aventajaba la posada, abiertos y dispuestos para la conversación todo el día. No es extraño que en la Francia rural de 1793-1794 los zapateros, junto con los taberneros, «tuvieran, al parecer, una verdadera vocación por la revolución». Richard Cobb pone de relieve:

el papel de los zapateros, aquellos revolucionarios de pueblo que, instalados en las alcaldías por la oleada revolucionaria del verano de 1793, o a la cabeza de los comités de vigilancia, condujeron a las minorías *sans-culottes* contra *les gros* ... En las listas de «terroristas a los que había que desarmar» que se redactaron en el año III

93. Raymond Williams, *Culture and Society*, Nueva York, 1960, p. 16, citando el *Political Register*, 14 de abril de 1821.

en el campo, ellos formaban la mayoría. Tenemos aquí un innegable fenómeno social.⁹⁴

Huelga decir que en un aspecto importante el taller del zapatero difería de la taberna como lugar de reunión. Los hombres se juntaban en grupos para beber, pero al taller del zapatero acudían de uno en uno o de dos en dos. Las tabernas estaban reservadas a los varones adultos, pero las mujeres o, más probablemente, los niños tenían acceso al intelectual del pueblo. ¡En cuántas vidas de pueblo o de ciudad pequeña desempeñó el zapatero un papel como educador! Así, el *Every-Day Book* de Hone recuerda a «un anciano honrado que reparaba mis zapatos y mi cerebro cuando yo era chico ... mi amigo el remendón, quien, aun no siendo metafísico, era dado a rumiar sobre la “causalidad”». Prestaba al muchacho libros «que guardaba en el cajón de su asiento, con ... las herramientas de su “gremio apacible”». ⁹⁵ Y todavía en el decenio de 1940 el que sería un distinguido historiador marxista de la clase obrera fue introducido en la política por las conversaciones juveniles que celebró en un taller de zapatero de una ciudad pequeña de su Rumania natal.⁹⁶

El zapatero era, pues, una figura clave en la vida intelectual y política de las zonas rurales: alfabetizado, perspicuo, relativamente informado, intelectual y a veces económicamente independiente, al menos dentro de su comunidad pueblerina. Se hallaba siempre presente en los sitios donde era probable que tuviera lugar la movilización popular: en la calle del pueblo, en los mercados, las ferias y las fiestas. Lo que no está tan claro es que esto sea una explicación suficiente de su papel, atestiguado a menudo, de líder de la multitud. Dadas las circunstancias, sin embargo, poco nos sorprende encontrarle a veces desempeñando dicho papel.

III

Entre los historiadores sociales la reputación de los zapateros como radicales va asociada mayormente con los últimos años del siglo XVIII

94. Richard Cobb, *Les armées révolutionnaires*, 2 vols., París-La Haya, 1961-1963, II, pp. 486-487.

95. *Crispin Anecdotes*, pp. 154-155.

96. Dale Tomich y Anson G. Rabinbach, «Georges Haupt, 1928-1978», en *German Critique*, n.º 14 (1978), p. 3.

y primeros del XIX, el período de la transición al industrialismo. No podemos medir si hubo o no un aumento del número de zapateros militantes, pero parece probable que dos fenómenos estimularan una intensificación del radicalismo. El primero nació del lento ocaso de la fabricación de calzado como ocupación esencialmente artesanal y un consiguiente período de tensión extrema dentro del oficio. Los problemas concretos variaban de un lugar a otro (las relaciones entre maestros y oficiales eran diferentes en Northampton y Londres), pero es innegable que el conjunto del oficio estaba politizado. Así, un oficial joven vivía huelgas y participaba en debates en torno a sistemas políticos y económicos alternativos mientras adquiría sus habilidades. Los que acababan en pequeños talleres de pueblo habían oído hablar del jacobinismo y llevaban ideas radicales de las ciudades a las poblaciones pequeñas. El segundo fenómeno iba ligado al creciente descontento de los habitantes de los pueblos ante las consecuencias del crecimiento del capitalismo agrícola. Los lugareños eran cada vez más receptivos a las formulaciones ideológicas de sus agravios que los zapateros podían proporcionarles. La combinación de las circunstancias del oficio y del pueblo era propicia a que el filósofo del lugar se convirtiera en político de pueblo, cosa que sin duda alguna ocurrió durante los motines llamados «del capitán Swing».

¿Qué cambios afectaron al oficio de fabricación de calzado durante el período comprendido entre, aproximadamente, 1770 y 1880?

Lo primero que debe tenerse presente es la importancia numérica del oficio, que hasta que se vio transformado por la mecanización y la producción fabril, creció junto con la urbanización y la población. El número de zapateros de Viena (donde apenas había fábricas) se triplicó sobradamente entre 1855 y 1890; la mayor parte de este incremento tuvo lugar antes de los primeros años del decenio de 1870.⁹⁷ En Gran Bretaña el número de varones adultos que trabajaban en el ramo aumentó de 133.000 a 243.000 entre 1841 y 1851, momento en que había en el país más zapateros que mineros.⁹⁸ Entre 1835 y 1850 un promedio anual de 250 a 400 zapateros entraron en Leipzig y, como la ciudad estaba creciendo, cada año salía de ella un número

97. Richard Schüller, «Die Schuhmacherei in Wien», en *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Österreich*, Schriften des Vereins für Socialpolitik LXXI, Leipzig, 1896, pp. 49-50.

98. J. H. Clapham, *Economic History of Modern Britain*, I, Cambridge, 1930², p. 169.

algo más pequeño. Durante este período de quince años hubo un número mínimo de 3.750 llegadas y 3.000 salidas.⁹⁹

El segundo aspecto que conviene señalar es la propagación de las manufacturas destinadas al mercado en vez de a clientes individuales y la ubicua labor de reparación. Puede que en muchos lugares el «zapatero de mercado», que fabricaba artículos toscos para venderlos en mercados locales o regionales, aún tuviera con sus clientes una relación tan estrecha como la que tenía el zapatero que hacía zapatos a medida, toda vez que podían encontrarle regularmente en su puesto, el día de mercado, hombres y mujeres a los que él conocía bien y que, a su vez, le conocían a él. Probablemente, su relación era más estrecha que la de un rival cada vez más importante, el zapatero-buhonero, el cual iba de casa en casa.¹⁰⁰ Ambos modos de trabajar, sin embargo, se prestaban a diversos sistemas de trabajo a domicilio, y de ahí que se formaran comunidades, tanto urbanas como rurales, dedicadas a la fabricación de calzado y que oscilaban entre aglomeraciones de talleres artesanales de tipo tradicional, con una mínima división del trabajo en el taller, a grandes centros que, de hecho, eran fábricas no mecanizadas que trabajaban con operarios que se limitaban a realizar procesos especiales y a los que complementaban trabajadores urbanos o de pueblo que tenían su propia subdivisión del trabajo.¹⁰¹ En estas fábricas era factible producir a gran escala para la exportación o para atender a los contratos firmados con el ejército y la marina. Es muy posible que muchos de estos trabajadores manuales semicualificados llegaran al oficio sin estar formados ni socializados en el gremio, sobre todo cuando procedían de la agricultura.¹⁰² Bien puede ser que, durante este período, los aprendices procedieran en su mayor parte de entre los pobres de las zonas rurales. En Europa, no obstante, era importante el núcleo de zapateros aprendices en torno al cual creció esta fuerza laboral semicualificada. Así se sugiere, inclu-

99. Geissenberger, «Die Schuhmacherei in Leipzig und Umgegend», p. 190.

100. Tayenthal, «Die Schuhwarenindustrie Österreichs», pp. 974-975; Heckscher, «Über die Lage des Schuhmachergewerbes in Altona, Elmshorn, Heide, Preetz und Barmstedt», pp. 4, 6.

101. P. R. Mounfield, «The footwear industry of the East Midlands», en *East Midlands Geographer*, XXII (1965), pp. 293-306.

102. Para la situación en Lynn, Massachusetts, véase Alan Dawley, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, Cambridge, Massachusetts, 1976.

so en el caso de los operarios de fábricas, en el manual de fabricación de calzado del radical J. B. Leno; y, ciertamente, en Erfurt, uno de los principales centros de producción fabril mecanizada de Alemania, la tercera parte de una muestra de 193 trabajadores había aprendido el oficio, y la mitad de ellos eran hijos de zapateros.¹⁰³ Esto no ha de sorprendernos, ya que, fuera de los Estados Unidos y luego Gran Bretaña, hasta finales del siglo XIX no hubo ninguna innovación técnica importante aparte de la pequeña máquina de coser (cuyo uso se extendió entre mediados del decenio de 1850 y principios del de 1870).¹⁰⁴

El tercer punto que hay que destacar es que la presión numérica y la proliferación de las manufacturas a domicilio (que los artesanos honorables tachaban de trabajo «deshonroso» o «barato») socavaron la independencia del oficio y también hicieron bajar los salarios. Una investigación sobre el empleo realizada en Marsella en el decenio de 1840 reveló que los zapateros eran el mayor grupo profesional y que estaban notoriamente mal pagados. Por término medio ganaban sólo 3 francos diarios y 600 anuales, es decir, menos que muchos trabajadores no cualificados.¹⁰⁵ El trabajador-poeta Charles Poncy protestó en 1850 ante San Crispín:

103. James Devlin, *The Guide to Trade: The Shoemaker*, 2 vols., Londres, 1839, es el mejor manual de técnicas de zapatería antes de la mecanización. El autor, radical, activista y pequeña figura literaria (colaboró con Leigh Hunt en el *London Journal*) era el mejor artesano del oficio en Londres: Goodway, «Chartism in London», p. 245. Para finales del siglo XIX, véase John Bedford Leno, *The Art of Bootand-Shoe-making... with a Description of the Most Approved Machinery Employed*, Londres, 1885. Leno, aunque impresor de oficio y poetaastro/recitador de vocación, estuvo mucho tiempo asociado al gremio como propietario y director de la revista *St. Crispin*; véase su libro *The Aftermath: With Autobiography of the Author*, Londres, 1892. Para un tratamiento más reciente, véase R. A. Church, «Labour supply and innovation, 1800-1860: The boot and shoe industry», en *Business Hist.*, XII (1970). Para Erfurt, véase Watteroth, «Die Erfurter Schuharbeiterschaft», esp. pp. 113-114.

104. Barberet, *Le travail en France*, V, pp. 71, 85, 116, 163; Émile Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France de 1789 à 1870*, 2 vols., París, edición de 1940, II, p. 567; Christopher Johnson, «Communism and the working class before Marx: The Icarian experience», en *Amer. Hist. Rev.* LXXVI, 1971, p. 66; David Landes, *The Unbound Prometheus*, Londres, 1969, pp. 294-296.

105. Direction du Travail, *Les associations professionnelles ouvrières*, 4 volúmenes, París, 1894-1904, II, pp. 11-87; *The Unknown Mayhew*, Yeo y Thompson, eds., pp. 228-279.

El hambre nos engancha a su negro carro: nuestros salarios son tan reducidos. Por pan y harapos nos quemamos las cejas.

Mis hijos, amontonados en desorden sobre viejísima ropa de cama, han mamado hasta dejarlo seco el descarnado pecho de su madre. Comemos las semillas de maíz de las que debería salir el alimento para los pequeños.¹⁰⁶

El zapatero inglés John Brant atribuyó a los bajos salarios, así como a la pérdida de independencia que los mismos entrañaban, su participación en la conspiración de Cato Street. Su declaración induce a pensar que trataba de devolverles los golpes a los que estaban en el poder, haciendo valer su capacidad para pensar y actuar independientemente:

Gracias a su laboriosidad había conseguido ganar 3 o 4 libras a la semana y mientras fue así nunca se metió en política; mas cuando se encontró con sus ingresos reducidos a 10 chelines semanales, empezó a mirar a su alrededor... ¿Y qué encontró? Pues, hombres en el poder que se reunían para deliberar sobre cómo podían matar de hambre y saquear el país... Se había unido a la conspiración por el bien de todos.¹⁰⁷

La generalización de las manufacturas destinadas a un mercado remoto en vez de a clientes conocidos afectó al oficio de distintas maneras. En un extremo podía llevar, al menos temporalmente, a una reafirmación de los valores y las reivindicaciones del gremio como tal, que compartían tanto los maestros como los oficiales, contra el trabajo chapucero o «deshonroso» a escala local o a gran escala en centros manufactureros como Northampton. En el otro extremo, los oficiales o los pequeños maestros proletarizados conscientes de haberse convertido en asalariados permanentes a veces encontraban el camino que les llevaba al sindicalismo y al conflicto con los patronos, lo cual agudizaba el radicalismo de los zapateros. Así, el zapatero parisiense «Efrahem» hablaba del día en que «al darse la señal, todos los trabajadores abandonarán simultáneamente sus talleres y se abstendrán de trabajar con el fin de obtener el aumento de la tarifa que han exigido

106. Charles Poncy, «La chanson du cordonnier», en su *La chanson de chaque metier*, París, 1850, pp. 80-85.

107. Thompson, *The Making of the English Working Class*, p. 704.

de los maestros». ¹⁰⁸ Como ya hemos señalado, los zapateros empezaron rápidamente a formar sindicatos militantes. Las raíces del sindicalismo, al menos en Gran Bretaña, eran profundas. James Hawker de Leicestershire, que ocupa un lugar modesto en la historia como cazador furtivo y radical de pueblo brillante y con conciencia política, era hijo de un sastre pobre y entró como aprendiz de zapatero en Northampton. En los intervalos entre ingresar y desertar del ejército desempeñó cualquier oficio que se le ofreciera en la parte oriental de las Midlands. A pesar de ello, se afiliaba a un sindicato siempre que hubiera uno a su alcance: «Corrí a casa tan aprisa como pude y saqué mi carnet de ambulante. Porque para entonces ya era sindicalista... casi antes de saber lo que significaba ... De no haber sido sindicalista, quizá me hubiera visto obligado a mendigar o robar». ¹⁰⁹

La línea entre el trabajo artesanal y el asalariado, entre la militancia económica y la política, era aún lo suficientemente imprecisa como para impedir una clasificación excesiva. Hasta 1874 no hubo entre los zapateros tradicionales y los operarios de las manufacturas de Gran Bretaña una divergencia que permitiera que estos últimos se separasen de la Asociación de Cordobaneros Unidos para formar el Sindicato Nacional de Remachadores y Acabadores de Zapatos y Botas, que más adelante se convertiría en el Sindicato Nacional de Operarios del Calzado. El sindicato de 1820 contribuyó a la causa de los acusados por la conspiración de Cato Street. Y los sindicatos de los trabajadores bajo el sistema de *putting-out* y manufacturación se inspiraban en las viejas tradiciones del gremio para llevar a cabo sus protestas. En Nantwich, condado de Cheshire, por ejemplo, un fuerte sindicato de este tipo celebró el Día de San Crispín de 1833 con:

una majestuosa procesión: el rey Crispín a caballo y ataviado con regias galas ... acompañado por encargados de sostenerle la cola vestidos apropiadamente. Los oficiales llevaban vestimentas propias de su rango y portaban la Dispensa, la Biblia, un par de esferas grandes, y también bellos ejemplares de botas y zapatos para

108. Citado en Faure y Rancière, *La parole ouvrière, 1830-1851*, p. 161.

109. *James Hawker's Journal: A Victorian Poacher*, Garth Christian, ed., Oxford, 1978, pp. 15, 16. Véase también Mansfield, «John Brown: A shoemaker's place in London», pp. 130-131, que cita a John Brown en 1811: «En cuanto me hube instalado en un sitio regular de trabajo, se hizo necesario que ingresara en la asamblea del oficio o de los talleres, que es una asociación para la defensa de los salarios».

damas y caballeros ... Casi 500 se unieron a la procesión, cada uno llevando un delantal blanco pulcramente cortado. Cerraba la marcha un operario totalmente equipado para viajar, con las herramientas a la espalda y un bastón en la mano.¹¹⁰

El estandarte del sindicato, «emblemático de nuestro oficio, con el lema "Ojalá las manufacturas de los hijos de Crispín sean pisadas por todo el mundo"», despertó gran admiración.¹¹¹ Una procesión gremial no hubiese sido muy distinta.

Sin embargo, era más frecuente que los caminos que conducen a nuestros radicales de pueblo de finales del siglo XVIII y principios del XIX tuviesen su origen en contextos como Londres, donde maestros y oficiales compartían posturas jacobinas tales como las que articulaban la «Corresponding Society» de Londres y los miembros de la conspiración de Cato Street, o París, donde los zapateros se hallaban entre los seguidores más numerosos de Étienne Cabet. El zapatero de pueblo compartía con sus honorables colegas urbanos la causa del pequeño artesano independiente. En defensa de dicha causa ofrecía una crítica de la economía y del gobierno capaz de concentrar los agravios de otros trabajadores e incitarlos a actuar. La llamada a la acción se apoyaba en el supuesto de que los hombres como él eran capaces de actuar; de hecho, daba por sentado que grupos pequeños de «ciudadanos» inteligentes podían hacer algo para poner remedio a la injusticia, y que podían hacerlo independientemente, sin el liderazgo de hombres más ilustrados ni el apoyo de organizaciones centrales en toda regla.

No obstante, aunque los cambios habidos en el propio oficio hicieran que sus miembros adquiriesen una conciencia mayor de las injusticias de la sociedad, no podemos decir sencillamente que el radicalismo de los zapateros hiciera su aparición a finales del siglo XVIII para dar respuesta al nacimiento del capitalismo industrial. Como hemos tratado de demostrar, el zapatero remendón como intelectual y filósofo heterodoxo de los trabajadores, como portavoz del pueblo llano, como militante gremial, aparece mucho antes de la Revolución Industrial, al menos si se acepta lo planteado en el presente artículo. Lo que hi-

110. «The reminiscences of Thomas Dunning (1813-1894) and the Nantwich shoemakers' case of 1834», W. H. Chaloner, ed., en *Trans. Lancs. and Cheshire Antiq. Soc.*, LIX (1947), p. 98.

111. *Ibid.*

cieron las primeras etapas de industrialización o preindustrialización fue ensanchar la base del radicalismo de los zapateros, incrementando el número de zapateros y remendones y creando un nutrido grupo de trabajadores semiproletarios y empobrecidos, al menos de manera intermitente, de los que realizaban sus tareas fuera del taller. Muchos oficiales artesanos no tuvieron más remedio que abandonar el marco tradicional de las actividades y expectativas corporativas y desplazarse hacia la militancia sindical de los trabajadores cualificados.

Pero sobre todo, lo que hizo este período fue incrementar tanto el instrumental del radicalismo político como su repertorio de ideas, exigencias y programas. Las ideologías seculares-democráticas, jacobinas, republicanas, anticlericales, cooperativistas, socialistas, comunistas y anarquistas, ideologías de crítica social y política, se multiplicaron y complementaron o sustituyeron a las ideologías de la religión heterodoxa que antes proporcionaban el vocabulario principal del pensamiento popular. Algunas poseían mayor atractivo que otras, pero todas ellas tenían aspectos que concordaban con las experiencias de los zapateros, viejas o nuevas. También se multiplicaron los medios de expresar la agitación y el debate populares: periódicos y panfletos dedicaban más espacio a los escritos de los trabajadores-intelectuales y podían leerse y comentarse en el taller del zapatero. Y cuando el zapatero filosófico o herético se convirtió en el zapatero políticamente radical, la aparición de movimientos de protesta y liberación social, de un mundo puesto al revés por grandes revoluciones (intentadas, logradas o anticipadas), le proporcionó un público muchísimo más amplio que le escuchaba, y quizá le seguía, en ciudades y pueblos. No es extraño que el siglo que empezó con la Revolución americana fuera la edad de oro del radicalismo de los zapateros.

IV

Debemos formular una última pregunta: ¿Qué le ocurrió, al cabo del tiempo, al radicalismo del gremio apacible? Nos hemos ocupado principalmente del período anterior al momento en que la producción de calzado pasó a ser una industria fabril completamente mecanizada, y también anterior a la ascensión de los modernos movimientos socialistas y comunistas de la clase obrera. Durante este prolongado período los zapateros se asociaron con prácticamente todos los movi-

mientos de protesta social. Les vemos ocupar un lugar prominente entre los sectarios y predicadores religiosos, en los movimientos republicanos, radicales, jacobinos y *sans-culottes*, en los grupos cooperativistas, socialistas y comunistas de artesanos, entre los anticlericales ateos y, huelga decirlo, entre los anarquistas. ¿Fueron igualmente prominentes entre los movimientos socialistas de la nueva era?

La respuesta es que no. En Alemania se contaban entre los seis grupos de trabajadores cualificados que aportaban como mínimo dos tercios de los candidatos socialdemócratas en las elecciones al Reichstag antes de 1914: junto con los trabajadores de la madera, los metalistas, los impresores, los cigarreros y, más adelante, los trabajadores de la construcción. Sin embargo, en 1912 ya iban muy a la zaga de todos éstos (exceptuando los obreros de la construcción), en lo que se refiere a miembros elegidos, y muchísimo más a la zaga de los metalistas, los trabajadores de la construcción y los de la madera, aunque al mismo nivel que los impresores, cuyo número era mucho menor, y por delante de los cigarreros, también pocos en número, en lo que hace a aportar candidatos (véase el cuadro). Aunque se organizara muy tempranamente, como de costumbre, el sindicato de zapateros descendió de la octava posición en orden de importancia que ocupaba en 1892 a la novena en 1899 y a la duodécima en 1905-1912. En el Partido Comunista alemán ocupaban, después de 1918, un lugar insignificante, ya que de los 504 miembros principales sólo 7 eran zapateros aprendices. Entre los 107 oficios cualificados (omitiendo los que tenían relación con el metal, cuyo predominio era abrumador), iban muy detrás de los impresores (17) y los trabajadores de la madera (29), aunque estaban en el mismo nivel que los sastres (7), los albañiles (7) y los fontaneros (8). Aparte de Willi Münzenberg, trabajador no cualificado y que no había hecho el aprendizaje en una fábrica de zapatos, así como gran propagandista, el Partido Comunista alemán no contaba entre sus miembros a ningún zapatero eminente.¹¹²

En el caso de Francia es obvio que los zapateros se encontraban excesivamente representados en el Parti Ouvrier Français del decenio de 1890, comparados con la parte que les correspondía de la población ocupada (el 3,6 por 100), con el 5,3 por 100 de los miembros del partido y el 7,7 por 100 de sus candidatos (1894-1897), pero los da-

112. Basado en los datos biográficos que se encuentran en Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 2 vols., Frankfurt, 1969, II.

CUADRO 1

Elecciones al Reichstag de 1912: porcentaje de cada grupo profesional entre los candidatos y los diputados

Grupo profesional	Candidatos	Diputados
Metalistas	15,6	15,5
Trabajadores de la madera	14,8	10,9
Trabajadores de la construcción	12,8	3,6
Impresores	6,6	7,3
Zapateros	6,6	4,5
Trabajadores del tabaco	3,8	6,4
Sastres	2,7	4,5
Trabajadores textiles	0,8	2,7

FUENTE: W. H. Schröder, «Die Sozialstruktur der sozialdemokratischen Reichstagskandidaten, 1898-1912», en *Herkunft und Mandat: Beiträge zur Führungsproblematik in der Arbeiterbewegung*, Francfort-Colonia, 1976, pp. 72-96. Todas las cifras son porcentajes.

tos locales no muestran una prominencia indebida a excepción de unas cuantas poblaciones.¹¹³ Nadie los hubiera elegido, como parecía razonable en el caso de los anarquistas, para que simbolizasen a los militantes del movimiento socialista. A decir verdad, los zapateros izquierdistas más destacados eran sin duda el anarquista Jean Grave y el sindicalista revolucionario Víctor Griffuelhes, poseedores ambos de la conocida propensión a escribir sobre política que caracterizaba a los de su oficio. No caben muchas dudas de que el papel del zapatero disminuyó cuando el centro de gravedad del movimiento se desplazó hacia las industrias a gran escala y el empleo en el sector público. Aunque entre los comunistas más prominentes de 1945 había dos ex ebanistas y un ex pastelero, la lista no contenía ningún zapatero y su centro de gravedad se encontraba en los metales y los ferrocarriles.

113. Claude Willard, *Le mouvement socialiste en France, 1893-1905: Les Guesdistes*, París, 1965, esp. pp. 335-337. Véase también Tony Judt, *Socialism in Provence, 1871-1914*, Cambridge, 1979, pp. 73, 112.

Entre los cincuenta y un ex artesanos que en 1951 fueron elegidos a la cámara francesa, había un solo zapatero (socialista).¹¹⁴

Si había algunas ocupaciones que fuesen típicas de los activistas del Partido Socialista austríaco, eran las de cerrajeros/mecánicos e impresores.¹¹⁵ Es difícil encontrar zapateros que sobresalgan en dicho partido y, aunque el Partido Socialista español tuvo a Francisco Mora, zapatero, como secretario durante un tiempo y más adelante (característicamente) como historiador del partido, la ocupación que dominaba de manera clara a ese grupo de artesanos era el ramo de imprenta. Sin duda podemos descubrir unos cuantos zapateros destacados en partidos socialistas de menor importancia como, por ejemplo, el húngaro, donde dos de ellos se convirtieron en directores de su periódico (cosa que no tiene nada de rara) y en la Socialdemocracia (marxista) del reino de Polonia y Lituania, donde los zapateros remendones «siguieron siendo durante toda su historia el principal baluarte» de su apoyo.¹¹⁶ Pero las únicas variantes del socialismo y el comunismo modernos en las que, según parece, el remendón radical alcanzó verdadera prominencia son las que destacan por no haberse transformado en partidos de masas, o siquiera partidos típicos de la clase obrera industrial. Tanto el secretario general del minúsculo Partido Comunista austríaco como su candidato presidencial (simbólico) eran ex oficiales zapateros, procedentes de las provincias de Carintia y Bohemia respectivamente, y es indudable que el zapatero radical más eminente del siglo xx es el presidente Ceausescu de Rumanía, de cuyo partido, en el momento en que él se afilió, probablemente formaba parte un mero puñado de rumanos étnicos.

En la industrializada Gran Bretaña, los zapateros, tan prominentes entre la época de la «Corresponding Society» de Londres y la elección del radical ateo Charles Bradlaugh como representante de la circunscripción zapatera de Northampton en 1880, no desempeñaron ningún

114. Parti Communiste Français, *Des français en qui la France peut avoir confiance*, París, 1945; Maurice Duverger, ed., *Partis politiques et classes sociales en France*, París, 1955, pp. 302, 304.

115. Basado en datos que se encuentran en Jean Maitron y Georges Haupt, eds., *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international: l'Autriche*, París, 1971.

116. Información personal proporcionada por colegas húngaros. M. K. Dziejwanowski, «Social democrats versus "Social Patriots": The origins of the split in the Marxist movement in Poland», *American Slavic and East European Review*, vol. X (1951), p. 18.

papel destacado en la era del Partido Laborista, excepto dentro de su propio sindicato. Apenas estaban representados entre los diputados laboristas, ni eran especialmente visibles en otros ámbitos. El único hombre que poseía cierta experiencia (no cualificada) en la fabricación de calzado, experiencia obtenida en los comienzos de su agitada carrera, y que alcanzaría una posición destacada es Ben Tillett, líder de los trabajadores del transporte.¹¹⁷

Poca duda cabe de que, en general, el papel del zapatero radical había perdido importancia en la era de los movimientos obreros de masas de signo socialista en comparación con lo que ocurría antes de que éstos apareciesen. A buen seguro, ello se debe en parte a que la fabricación de calzado se transformó: de ser un oficio artesanal o semiartesanal numéricamente importante, pasó a ser una industria numéricamente mucho menor que distribuía sus productos por medio de tiendas. Ya no eran tantos los miembros del más característico de «esos oficios sedentarios que permiten que un hombre “filosofe” mientras lleva a cabo sus tareas», entre los cuales los anarquistas encontraban a tantos de sus partidarios.¹¹⁸ De modo creciente, la mayoría de los hombres y las mujeres que fabricaban calzado se convirtieron en una subespecie del operario de fábrica (o del trabajador que hacía su tarea fuera del taller) del industrialismo desarrollado; la mayoría de las personas que vendían zapatos no tenían nada que ver con su fabricación. El zapatero radical como tipo pertenece a una época anterior.

Su momento de gloria se sitúa entre la Revolución americana y la ascensión de los partidos obreros socialistas de masas, allí donde y cuandoquiera que se produjese. Durante ese período su inclinación hacia la reflexión independiente, las conversaciones y las prédicas de índole democrática, inclinación que hasta entonces había expresado principalmente por medio de la heterodoxia y el radicalismo, encontró formulaciones teóricas en las ideologías revolucionarias de carácter igualitario y secular, así como en su militancia práctica en los movimientos de masas de protesta y esperanza sociales. La asociación con tales ideologías radicales específicamente políticas hizo que el antiguo «zapatero filosófico» se transformara en el «zapatero radical», el pobre

117. Basado en Joyce Bellamy y John Saville, eds., *Dictionary of Labour Biography*, Londres, a partir de 1972.

118. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, I, p. 131.

intelectual de pueblo en el *sans-culotte* de pueblo, republicano o anarquista.

La combinación de ubicuidad con ocasionales y grandes concentraciones de artesanos semiproletarizados dio al zapatero su papel universal y relevante de abogado, portavoz y líder del pobre. Como individuo raramente se encontraba en la primera línea de los movimientos nacionales. Hasta cabe que, entre los trabajadores manuales que se labraron una reputación como teóricos e ideólogos, a hombres como el corsetero Tom Paine, el sastre Weitling, los impresores Proudhon y Bray, el tornero Bebel y el curtidor Dietzgen se les recuerde más que a cualquier zapatero. Su fuerza radicaba en la base. Por cada Thomas Hardy, Mora o Griffuelhes, había cientos de hombres que incluso al especialista de la historia de los movimientos radicales y obreros le resulta difícil rescatar del anonimato del militante local, ya que poco se sabe de ellos excepto que hablaban y luchaban localmente por otros pobres: John Adams, el remendón de Maidstone en los motines de peones agrícolas de 1830; Thomas Dunning, cuya decisión e ingenio salvaron a los zapateros de Nantwich de lo que bien habría podido ser la suerte que corrieron los peones de Dorchester; el solitario zapatero y anarquista italiano que llevó sus ideas a una ciudad provincial del Brasil. Su entorno era el de la política cara a cara, de la *Gemeinschaft* en lugar de la *Gesellschaft*. Desde el punto de vista histórico, pertenece a la era del taller, la ciudad pequeña, el vecindario urbano y, sobre todo, el pueblo, en vez de la fábrica y la metrópoli.

No desapareció totalmente. Uno de los autores del presente artículo recuerda todavía que, en sus tiempos de estudiante, asistió a clases de marxismo impartidas por un admirable miembro escocés de la especie y que fue en el taller de un remendón calabrés, allá por el decenio de 1950, donde por primera vez le llamaron la atención sobre el problema del radicalismo de los zapateros. Seguramente hay todavía lugares donde sobrevive, y no en menor medida para inspirar a los jóvenes y hacerles seguir los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, del mismo modo que el tío zapatero de Lloyd George enseñó a su sobrino los elementos de la política radical en un pueblo galés en el decenio de 1880. Tanto si sigue siendo un fenómeno significativo en la política del pueblo llano como si no, ha servido bien a dicho pueblo. Y ha dejado su huella en la historia, tanto colectivamente como a través de un sinnúmero de individuos.

(1980)

8. EL «NUEVO SINDICALISMO» EN PERSPECTIVA

I

Al historiador británico de la clase obrera el término «nuevo sindicalismo», tal como se aplica a su período de origen, el decenio de 1880 y principios del de 1890, le sugiere tres cosas. Primeramente le hace pensar en una nueva serie de estrategias, normas de actuación y formas de organización para los sindicatos, en contraposición a las que se asocian con un sindicalismo «viejo» que ya existía. En segundo lugar, le sugiere una actitud política o social más radical por parte de los sindicatos en el contexto de la ascensión de un movimiento obrero socialista; y en tercer lugar, la creación de nuevos sindicatos de trabajadores que hasta entonces no estaban organizados o era imposible organizar, así como la transformación de los sindicatos viejos siguiendo las directrices de los innovadores. Por lo tanto, también induce a pensar en un crecimiento explosivo de la organización sindical y del número de sus afiliados. La huelga portuaria de 1889 y sus consecuencias ilustran todos estos aspectos del «nuevo sindicalismo» y, por ende, proporcionan la imagen más popular de todo el fenómeno. Es interesante que el parecido crecimiento y transformación de los sindicatos en 1911-1913 no haya dado origen a ninguna etiqueta similar, pese a ser igualmente innovador y mucho más radical. De ello cabe deducir que en su momento fue considerado como una continuación, o una segunda entrega, del proceso iniciado en 1889. De hecho, creo que ésta es la mejor forma de verlo.¹

1. El término «nuevo sindicalismo» data del decenio de 1880. Véase *A Speech by John Burns on the Liverpool Congress*, Londres, 1890, p. 6.

Un estudio comparativo del «nuevo sindicalismo» en varios países durante el período 1890-1914 da a entender que en ellos se producían fenómenos sindicales equiparables. Ahora bien, en un aspecto el caso británico era en aquel momento único en Europa. Sólo en Gran Bretaña encontramos un sindicalismo «viejo» ya establecido y significativo, arraigado en las industrias básicas del país, y cuyos objetivos eran combatir, transformar y expandir. Es obvio que no ocurría lo mismo en el otro país de industrialismo viejo, Bélgica. En Alemania, los Sindicatos Libres, aunque desde 1889 habían multiplicado casi por cuatro su número de afiliados, recién en 1900 contaban con una fuerza numérica que pudiese compararse con la de los «sindicatos viejos» de Gran Bretaña en 1887 (680.000 contra 674.000). En pocas palabras, el «nuevo sindicalismo» continental de finales del siglo XIX era nuevo principalmente en la medida en que hizo de los sindicatos una fuerza seria, cosa que hasta entonces no habían sido fuera de algunas localidades y de algún que otro oficio artesanal, como, por ejemplo, el de imprenta o el de la elaboración de cigarros. Hasta este punto, el «nuevo sindicalismo» de Gran Bretaña es *sui generis*.

Así, en el continente, el sindicalismo se desarrolló simultáneamente con el movimiento político de las masas obreras y sus partidos y, en gran parte, impulsado por ellos. Sus principales problemas surgieron cuando se hizo suficientemente masivo para descubrir que las normas de actuación de los líderes sindicales, por socialistas que fueran, no podían ser del todo congruentes con las de los líderes políticos de los partidos socialistas. Es probable que el número de afiliados a los sindicatos creciera más aprisa que el de miembros de cualquier partido y que finalmente los superase, excepción hecha de países como Bohemia y Finlandia, donde el partido tuvo siempre más miembros que los sindicatos, es de suponer que a causa de la repercusión local del sentimiento nacional. Sin embargo, el *electorado* del partido superaba en gran medida al número de afiliados a los sindicatos, excepto en Dinamarca hasta 1913.² Por otro lado, en Gran Bretaña, como sabemos, el propio Partido Laborista era una creación de los sindicatos, y antes de 1914 el total de votos a favor de *todos* los candidatos laboristas y socialistas, cualesquiera que fuesen sus afiliaciones, nunca

2. Georges Haupt, «Socialisme et syndicalisme. Les rapports entre partis et syndicats au plan international: une mutation?», en M. Rebérioux, ed., *Jaurès et la classe ouvrière*, París, 1981, p. 50.

equivalió a más de alrededor del 20 por 100 de afiliados a los sindicatos,³ mientras que en Alemania, incluso después de que los sindicatos adquirieran un tamaño (y, según algunos, una densidad de organización) superior a los de Gran Bretaña, el voto socialdemócrata representaba más o menos el doble de *todos* los afiliados a los sindicatos, prescindiendo de cual fuera su signo ideológico, con la única omisión de las organizaciones de empleados asalariados.⁴

Así pues, en ciertos aspectos importantísimos, el «nuevo sindicalismo» británico no puede compararse con el de los países continentales. Sin embargo, hay analogías entre los casos británico y continental, en la medida en que la extensión masiva del sindicalismo planteó problemas de estrategia y de organización que no se habían suscitado anteriormente. Además, en algunos aspectos todos los movimientos sindicales intentaron resolver estos problemas de la misma manera, aunque la pauta británica, que al final complementaría un sindicalismo «de oficio» ampliado principalmente por medio de «sindicatos generales», no tuvo paralelo a la misma escala en la Europa continental. A la inversa, ni la política consistente en dar al movimiento sindical la forma de un número relativamente reducido de organizaciones amplias que abarcasen industrias enteras («sindicalismo industrial»), ni la formación de grupos locales interprofesionales tales como las *Bourses du Travail* o las *Camere del Lavoro* tuvieron mucho éxito en Gran Bretaña.

Inglaterra y el continente también pueden compararse de forma directa, en la medida en que la iniciativa y las ideas del movimiento sindical salieron sobre todo de la izquierda radical y, de hecho, teóricamente revolucionaria, aunque, como es natural, en las islas británicas el grueso de los líderes de los sindicatos más antiguos no lo formaban socialistas y menos aún revolucionarios. Pese a ello, es importante insistir, ante escépticos como Clegg, Fox y Thompson,⁵ en el papel desproporcionadamente grande que el movimiento socialista, aun siendo numéricamente pequeño, desempeñó en los sindicatos británicos, en especial a partir de mediados del decenio de 1890. El número total

3. Calculado a partir de datos que se encuentran en G. D. H. Cole, *British Working Class Politics, 1832 to 1914*, Londres, 1941.

4. G. S. Bain y R. Price, *Profiles of Union Growth: A Comparative Statistical Portrait of Eight Countries*, Oxford, 1980, p. 170.

5. H. A. Clegg, Alan Fox, A. F. Thompson, *A History of British Trade Unions Since 1889*, Oxford, 1964, vol. I, capítulo 7.

de afiliados a todas las organizaciones socialistas a mediados del citado decenio puede calcularse con generosidad en 20.000 a lo sumo, y el número de afiliados que pagaban la cuota en el momento de la fundación del Comité de Representación Obrera no podía ser mayor que unos 10.000, toda vez que ellos mismos decían ser sólo 23.000.⁶

No hay duda de que una parte de esta izquierda británica —los marxistas y después los sindicalistas revolucionarios— se guiaba por ideologías y estrategias internacionales y, al revés, que en el continente se tomaba nota de la experiencia sindical británica. El hecho de que los movimientos de un país industrial afirmaran verse influidos por la experiencia, las ideologías y las estrategias ajenas es en sí mismo prueba de cierto grado de comparabilidad; es dudoso, sin embargo, que la historia sindical británica hubiese sido significativamente distinta si en Gran Bretaña nadie hubiera oído hablar del sindicalismo revolucionario; o que la historia de los sindicatos del continente hubiera sido muy diferente si en Francia o en Alemania nadie hubiera conocido el término británico *ca'canny* («huelga de trabajo lento»)⁷. Con todo, estos modelos extranjeros o internacionales no siempre eran simples etiquetas pintorescas que los activistas nacionales pegaban en botellas que contenían brebajes estrictamente autóctonos. El marxismo internacional del decenio de 1880 hablaba poco de los sindicatos, salvo para exigir una amplia organización de clase y advertir contra la exclusividad de oficio; pero a partir de 1906 aproximadamente, el objetivo británico de racionalizar la estructura sindical de acuerdo con las pautas del «sindicalismo industrial» nació, de ello no hay duda, de ideas y experiencias tomadas o adquiridas en el extranjero. En cualquier caso, el hecho de que el liderazgo y el activismo sindicales de este período se identificasen de modo tan general con movimientos social-revolucionarios, y de que el sindicalismo también acabara creando sus propias organizaciones internacionales, es en sí mismo significativo.⁸ Por ello ha de afectar nuestra valoración de ciertas formas

6. H. Pelling, *The Origins of the Labour Party 1880-1900*, Oxford, 1965, p. 229, para estimaciones.

7. Véase la utilización de esta táctica en É. Pouget, *Le sabotage*, Bibliothèque du Mouvement Prolétarien XIII, París, sin fecha, pp. 5-8, donde se la califica de «una importación inglesa».

8. Las conferencias internacionales con asistencia de secretarios de federaciones de sindicatos nacionales empiezan en 1901; un secretariado internacional existía desde 1903; una Federación Internacional de Sindicatos, desde 1913.

nuevas de acción que tienen lugar a escala internacional y son objeto de numerosos debates, por ejemplo: las huelgas generales.

El aspecto del «nuevo sindicalismo» que es más fácil de comparar es la pauta general de crecimiento sindical a través de «saltos» discontinuos o explosiones.⁹ Tales saltos tuvieron lugar en la mayoría de los movimientos sindicales europeos durante el período que estamos estudiando, aunque no necesariamente de forma simultánea. Si tanto Gran Bretaña como Alemania experimentaron uno de esos saltos en 1889-1890 —ambos movimientos registraron un incremento de alrededor del 90 por 100 durante ese breve período, aunque el británico desde una base cinco veces tan grande como la alemana—, no hay ningún equivalente británico de los grandes saltos continentales de 1903-1904 (Noruega, Suecia, Suiza y los Países Bajos) o de 1905 (Austria). Tampoco hay un verdadero equivalente continental de la gran explosión británica de 1911-1913. Esto debería advertirnos de que no debe hacerse una correlación demasiado estrecha entre la expansión sindical y las fluctuaciones económicas cíclicas, sean nacionales o internacionales.

Bien podemos preguntarnos, empero, si vale la pena hacer hincapié en lo obvio, a saber: que el crecimiento sindical en cierta etapa debe ser discontinuo en todas partes. Sólo cuando en un país el sindicalismo ha sido reconocido e institucionalizado, o cuando ha alcanzado densidad tal, mediante el reclutamiento voluntario o la afiliación forzosa, que sólo deja espacio para un crecimiento o expansión y una contracción marginales, de acuerdo con los cambios que sufra el tamaño de la fuerza laboral, sólo entonces —repito— podemos esperar que la curva del crecimiento sindical sea uniforme. En ningún país y en ninguna industria (con raras excepciones, como la minería del carbón británica antes de 1914) se había llegado a esta etapa en 1880-1914. El crecimiento tiene que ser discontinuo en estas circunstancias, porque los sindicatos, si quieren ser eficaces, deben movilizar y, por ende, tratar de reclutar, no determinados números de individuos, sino

En 1912 tenemos ya constancia de treinta y dos secretariados sindicales internacionales correspondientes a determinadas ramas del sindicalismo. Sin embargo, estas formas de coordinación internacional de sindicatos no tenían mucha importancia práctica.

9. Véase «Economic fluctuations and some social movements», en E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, Londres, 1964, capítulo 8. (Hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979.)

grupos nutridos de trabajadores, lo suficientemente grandes como para posibilitar los convenios colectivos. El reclutamiento ha de hacerse en conjuntos.

II

Olvidemos de momento las comparaciones internacionales y consideremos el fenómeno británico del «nuevo sindicalismo». Es de todo punto indudable que el año 1889 señala una transformación cualitativa del movimiento obrero británico y sus relaciones laborales. Entre la gran huelga portuaria y la primera guerra mundial observamos la aparición, a escala nacional, de organizaciones eficaces y permanentes de patronos, tales como la Federación de Armadores, la Federación de Patronos de la Industria Mecánica y la Asociación de Editores de Periódicos. Presenciamos los primeros conflictos laborales y los primeros convenios colectivos a escala auténticamente nacional; las primeras intervenciones del gobierno central en conflictos del trabajo y, de hecho, la creación de oficinas gubernamentales cuya misión era ocuparse del interés constante que estas cuestiones despertaban ahora en el gobierno. Porque durante este período vemos también las primeras expresiones de preocupación política por los posibles efectos de las huelgas y los sindicatos en la posición competitiva de la economía británica. De todos son conocidas la aparición de un Partido Laborista nacional, que en esencia consiste en afiliados a los sindicatos, y la legislación social de los años anteriores a 1914.

En lo que se refiere a los sindicatos propiamente dichos, la diferencia más notable no es el aumento del tamaño y el cambio en la composición del movimiento, sino, probablemente, sus efectos económicos. Hablando *grosso modo*, antes de 1900 más o menos, el sindicalismo servía, en todo caso, para ensanchar las diferencias salariales entre distintos grupos de trabajadores. Después de 1900, y en especial a partir de 1911, contribuyó a la disminución progresiva de las diferencias.¹⁰ De todos modos, no hay que pasar por alto las innovaciones reales de la estructura sindical y la distribución industrial o profesional. Si comparamos la lista de los sindicatos más importantes de 1885

10. Véase E. H. Hunt, *Regional Wage Variations in Britain 1850-1914*, 1, Oxford, 1973, p. 354.

con la de 1963 (según datos facilitados por la Real Comisión de Sindicatos y Asociaciones de Patronos de 1965-1968), veremos (Cuadro 1) que sólo uno de los diez sindicatos principales de 1885 seguía en la lista al cabo de ochenta años: el de Mecánicos Unidos. Por contra, siete de los diez sindicatos principales de 1963 fueron fundados durante el período 1880-1914 o son descendientes en línea directa de sindicatos creados en dicho período: los antepasados del Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte, de Trabajadores Generales y Municipales, el Sindicato Nacional de Trabajadores de las Minas y el Sindicato de la Electricidad nacieron en 1888-1889; los antepasados de los Trabajadores del Comercio, la Distribución y Afines en 1891; uno de los predecesores del Sindicato Nacional de Ferroviarios (nacido éste en 1913) en 1889, y la Asociación Nacional de Funcionarios del Gobierno Local en el decenio de 1900.

CUADRO 1

Clasificación de los diez sindicatos más importantes: 1885 y 1963

1885	1963
Mecánicos Unidos	Trabajadores Generales y del Transporte
Mineros de Durham	Trabajadores de la Industria Mecánica
Caldereros Unidos	Trabajadores Generales y Municipales
Carpinteros y Ebanistas Unidos	Trabajadores de las Minas
Hilanderos de Algodón Unidos	Trabajadores del Comercio, la Distribución y Afines
Sastres Unidos	Funcionarios del Gobierno Local
Mineros de Northumberland	Sindicato Nacional de Ferroviarios
Fundidores de Hierro Unidos	Sindicato de la Electricidad
Operarios de Albañilería	Sindicato Nacional de Maestros
Operarios del Calzado	Sindicato Nacional de Empleados Públicos

Es obvio que estaba naciendo una nueva era de relaciones laborales (o conflictos de clase). La conmoción de 1889 fue pasajera, pero provocó cambios permanentes de actitud, no sólo entre los sindicatos, sino también entre los patronos, los políticos y los administradores

gubernamentales, y les estimuló e incluso empujó a reconocer la existencia de transformaciones que ya habían tenido lugar por debajo del horizonte de la visibilidad colectiva. Hasta este punto, es probable que la conmoción de 1889 fuese más eficaz que la explosión, mucho mayor y duradera, de 1911-1913. Este cataclismo añadió un millón y medio de miembros (lo que equivale al 66 por 100) a las fuerzas del sindicalismo y fue acompañado de 3.165 huelgas que representaron un total de sesenta millones de días-hombre perdidos en tres años: concentración de conflictos industriales muy superior a las habidas en anteriores períodos de la misma duración. Debido a la falta de estadísticas adecuadas antes de 1892, no podemos medir la repercusión de los años 1889-1890, pero el número de miembros del Congreso de los Sindicatos aumentó en 650.000 (80 por 100) entre 1888 y el año culminante de 1890, con alrededor de 2.400 huelgas y la pérdida de once millones de días-hombre en 1889 y 1890.¹¹ No obstante, a diferencia del número de miembros adquiridos en 1911-1913, más de un tercio de los nuevos afiliados de 1888-1890 se habían perdido en 1893, principalmente a causa del derrumbamiento de la mayoría de los «nuevos sindicatos» de 1889. Su peso relativo en el movimiento obrero organizado —imposible de calcular con precisión por falta de cifras oficiales dignas de confianza antes de 1892 y, de hecho, porque tampoco son de fiar las estadísticas confeccionadas por los propios sindicatos nuevos— fue casi seguramente bastante mayor durante un momento en 1889-1890 en comparación con 1911-1913, pero el tamaño medio de las huelgas fue, a lo sumo, una cuarta parte del de 1911-1913, aunque el número de huelgas por año fue mucho mayor. Numerosas huelgas pequeñas habidas en 1888-1890 no constan para nada en los anales.

El tamaño y las repercusiones de la conmoción de 1889 fueron inesperados, pero, vistos desde nuestra perspectiva, no sorprendentes. Cuando, por la razón que sea, el descontento en la industria se ha ido acumulando sin encontrar salida, el estallido consiguiente es, de modo casi inevitable, amplio y dramático, tanto más cuanto que, en semejantes situaciones, el efecto demostrativo de las luchas iniciales es espectacular, sobre todo si se ven coronadas por el éxito. Ejemplo de

11. Para la pertenencia a los sindicatos, véase B. C. Roberts, *The Trades Union Congress 1868-1921*, Londres, 1958, p. 379; para las mejores estimaciones de huelgas, Clegg, Fox, Thompson, p. 489.

este efecto es el brote de sindicalismo de masas en el Brasil y en Polonia en años recientes. En general, las huelgas de 1889 tuvieron muchísimo éxito: de las 1.051 cuyo resultado se conoce, sólo el 20 por 100 fracasaron mientras que el 45 por 100 fueron victoriosas y el resto se resolvieron gracias a algún acuerdo.¹² Esto se debió en parte a que los sindicatos escogieron un buen momento del ciclo económico para presentar sus reivindicaciones y en parte a que en las industrias «modelo» del estallido de 1889, la portuaria y la del gas, el mecanismo que acumulaba tensión también creó una inusitada fuerza de negociación entre los trabajadores, o coincidió con ella. En el caso de la industria del gas, todavía son válidos los argumentos que se adujeron hace varios años.¹³ En cuanto al transporte por agua, 1889 fue un año récord para las tarifas de carga tanto de salida como de entrada, lo que explica por qué fue un buen año para que el joven sindicato de marinos lanzase su ataque a escala nacional contra una industria muy competitiva. Sólo fue derrotado en Liverpool por el frente unido que formaron las dieciséis compañías trasatlánticas, cuyo reducido número les permitió concertar su acción.¹⁴ En cuanto a los trabajadores portuarios, Lovell ha demostrado qué inflamable era la combinación, en Londres, de, por un lado, un tráfico que crecía con rapidez, y que en esencia era cargado y descargado dando prisa a una mano de obra que seguía empleando métodos primitivos y manuales, y, por otro, la presión que sufrían los beneficios de las compañías portuarias que, de hecho, se veían empujadas a tratar de reducir los costes de mano de obra.¹⁵ Podemos considerar que el primero de estos dos factores se hizo sentir en la mayoría de los puertos británicos. En resumen, desde hacía muchos años los patronos exprimían a los trabajadores, que ahora se encontraban tanto con que eran relativamente más indispensables como con que se enfrentaban a unos patronos que no podían arrostrar el coste de los conflictos prolongados.

12. Report on the Strikes and Lock-Outs of 1889. C. 6176. Parl. Papers LXVIII of 1890.

13. Véase mi *Labouring Men*, capítulo 9.

14. Clegg, Fox, Thompson, pp. 55-56.

15. John Lovell, *Stevedores and Dockers: A Study of Trade Unionism in the Port of London, 1870-1914*, Londres, 1969, capítulo 2. Véanse también R. Brown, *Waterfront Organization in Hull 1870-1900*, Hull, 1972; E. L. Taplin, *Liverpool Dockers and Seamen, 1870-1890*, Hull, 1974; M. Daunton, «The Cardiff Coal Trimmers' Union 1888-1914», en *Llafur*, n.º 2 [3] (1978), pp. 10-23.

John Mavor, que analizó la huelga ferroviaria escocesa de 1890, resume la situación. «La huelga», a su juicio, «es mejor calificarla de revuelta de los trabajadores contra la organización ineficiente de su industria». La expansión de los ferrocarriles escoceses había sido demasiado rápida, sin que se adaptara su estructura ni se modernizara su equipo, al mismo tiempo que se permitía que se desencadenara una competencia feroz entre sus dos líneas principales. Mavor comentó:

No hay un número ilimitado de artesanos muy cualificados de entre los cuales puedan extraerse fácilmente trabajadores eficientes. La clase artesana consiste ahora en un gran número de estratos, estando la habilidad muy especializada e incluso localizada en cada plano. Esto da más y más poder a ciertos estratos de artesanos ... La parálisis generalizada que ocasionó una huelga de a lo sumo 9.000 hombres fue una circunstancia significativa y seria.

De hecho, aunque las compañías lucharon hasta el final y derrotaron al sindicato, no pudieron permitirse el lujo de despedir a los huelguistas en masa: sólo fueron castigados poco más de 500 hombres de todas las categorías en las tres compañías ferroviarias.¹⁶

He aquí, pues, la situación existente en las industrias y profesiones establecidas. En la medida en que el «nuevo sindicalismo» fuera la organización de los sindicatos en *nuevas* industrias y profesiones, en su mayor parte aún era simbólica. Simbolizaba el futuro, el mundo del mañana. En este sentido, son significativos los comienzos del sindicalismo entre los oficinistas, los oficios de distribución y los servicios públicos, o la fundación del Sindicato de la Electricidad. A corto plazo semejantes sindicatos, si sobrevivían, aún no eran grandes ni tenían éxito.

De este breve análisis pueden sacarse dos conclusiones. La primera: que los sindicatos y las huelgas podían ser «nuevos», pero nacieron porque la industria era lo contrario de nueva. En general, la industria no había afrontado la expansión modernizándose y racionalizando.

16. Para la huelga ferroviaria escocesa de 1890, véase Clegg, Fox, Thompson, pp. 232-233; Philip S. Bagwell, *The Railwaymen: The History of the National Union of Railwaymen*, Londres, 1963, pp. 139-149; J. Mavor, *The Scottish Railway Strike*, Londres, 1891. Las citas proceden de J. Mavor, «The Scottish railway strike», en *Economic Journal* (1891), I, p. 215.

zándose, sino incrementando la explotación de su fuerza laboral como en el pasado. En algunos casos, la racionalización fue la respuesta a la conmoción de 1889-1890, en vez de ser al revés. Sin duda la presión que recaía sobre los precios y los beneficios durante los largos años de la «Gran Depresión» estimuló esta política, al mismo tiempo que la depresión hacía que los obreros organizados no se sintieran inclinados a pasar a la ofensiva y, además, aplazaba cualquier resurgimiento del sindicalismo en industrias que habían tenido una breve organización durante el gran «boom» de comienzos del decenio de 1870, pero que habían sido incapaces de mantenerla. A mediados del decenio de 1880 las primeras batallas de los futuros «nuevos sindicalistas» se habían librado precisamente contra esta postura defensiva de los sindicatos viejos. Como dijo Tom Mann en 1886, «la verdadera política sindicalista de *agresión* parece haber desaparecido por completo».¹⁷ Y cuando llegó el momento para una agresión triunfante, el ejemplo del éxito, o incluso el espectáculo de unos trabajadores hasta entonces inactivos y desmoralizados declarándose en huelga, tuvo el efecto de una bola de nieve.

Con todo, hay una segunda conclusión. La duración del éxito de los nuevos sindicatos o de la expansión sindical dependía de que los patronos estuvieran dispuestos a aceptarlos. Y sucedió que, en principio, los patronos británicos se mostraron muy dispuestos a aceptarlos. De las sugerencias que hicieron los patronos para impedir o resolver conflictos que el Ministerio de Comercio recogió en 1889-1890, sólo el 20 por 100 eran hostiles a los sindicatos o intransigentes, y, por término medio, este porcentaje no cambió durante los seis años siguientes (véase Cuadro 2). Como sabemos, la actitud de la administración era favorable a un sindicalismo fuerte pero moderado. Los grandes patronos, o los que eran capaces de una acción coordinada, estaban en situación de contraatacar o de resistirse a los sindicatos viejos o nuevos si éstos iban más allá de lo que ellos opinaban que podían tolerar o permitirse. Si bien normalmente ambos bandos reconocían un equilibrio, una gran explosión del sindicalismo trastornaba inevitablemente esto de cuatro maneras.

17. *What a Compulsory Eight Hour Day Means to the Workers*, citado en E. J. Hobsbawm, ed., *Labour's Turning Point 1880-1900*, Brighton, 1974, p. 72.

CUADRO 2

Porcentaje de respuestas hostiles a los sindicatos por parte de los patronos en 1889-1895

Año	Respuestas recogidas	Respuestas hostiles (%)
1889	214	20
1890	341	24,6
1891	244	23
1892	230	16,5
1893	270	10,7
1894	286	27,6
1895	194	18

NOTA: En las respuestas que se cuentan como «hostiles» se incluyen exigencias de que se restringiera a los agitadores, la prohibición jurídica de los agitadores, la restricción de «los de fuera», medidas para impedir los piquetes y la intimidación, la prohibición jurídica de los sindicatos, la protección de los capitalistas y los manufactureros contra tales cosas y la exclusión de sindicalistas del empleo.

FUENTES: Calculado a partir de P.P. LXVIII, 1890, p. 445; LXXVIII, 1890-1891, pp. 689 ss.; LXXXIII/I, 1893-1894, pp. 461 ss.; LXXXI/I, 1894, pp. 1 ss.; LXXXI/I, 1894, pp. 409 ss.; XCII, 1895, pp. 211 ss.; LXXXI/I, 1896, pp. 441 ss.

En primer lugar, hacía que el sindicalismo llegase a industrias o tipos de trabajadores a los que era inaplicable la forma seccional y esencialmente localizada de los convenios colectivos, que había predominado hasta entonces. En los muelles, por ejemplo, los sindicatos tenían que escoger entre ser cotos cerrados [*closed shops*] a escala de masas o verse reducidos a pequeños grupos de especialistas, mientras que en los ferrocarriles la unidad de negociación no solía ser ni una sola planta ni una sola localidad, sino, idealmente, todo el sistema de una compañía. En segundo lugar, la sindicación súbita e incontralada podía afectar el proceso laboral, ya fuera haciendo que bajase la productividad o restando una parte de las funciones directivas. Los viejos sindicalistas podían intensificar las prácticas restrictivas, los nuevos sindicalistas, inexpertos e indisciplinados, sencillamente podían

trabajar con menos ahínco: problema muy real en los muelles londinenses de 1890. En tercer lugar, la inmensa extensión del sindicalismo ponía en primer plano problemas que por definición eran *nacionales* como, por ejemplo, la jornada de ocho horas o el principio de la mecanización. Tan pronto como los sindicatos alcanzaron suficiente extensión y organización, se vio que tales problemas requerían la acción coordinada de los dos bandos. Así, en 1893, hasta una sencilla reducción salarial en las minas de carbón supuso un conflicto simultáneo a escala nacional, toda vez que las principales cuencas mineras (fuera de Gales, Escocia y el nordeste) se hallaban ahora coordinadas en la nueva Federación de Mineros de Gran Bretaña. En cuarto lugar, la escala de tales conflictos no tenía precedentes. Así, en 1890 *The Times* comentó, refiriéndose a una breve y triunfante huelga salarial de la Federación de Mineros, que «hace veinte o incluso diez años hubiera sido imposible que 300.000 trabajadores se unieran de modo tan perfecto que pudiesen interrumpir el trabajo en un momento y reanudarlo en otro».¹⁸

Era inevitable, pues, que se produjera un contraataque encabezado por grandes patronos o por patronos recién federados, y así ocurrió a partir de 1890. El contraataque borró la mayor parte del «nuevo» sindicalismo e hizo inevitable una segunda y retardada fase de expansión. Después de todo, difícilmente cabía concebir que una industria como los ferrocarriles siguiera de modo permanente sin sindicatos efectivos, exceptuando, quizá, los de maquinistas. Por dos motivos esta segunda fase apareció principalmente como un resurgimiento o expansión del «nuevo» sindicalismo de 1889, o de otros que, de vez en cuando, se formaron de acuerdo con criterios parecidos a partir de la citada fecha. En primer lugar, porque se hicieron pocos intentos de eliminar los sindicatos por completo o de negarles el derecho a existir. Nadie negoció con la Asociación de Empleados Ferroviarios Unidos y menos aún con el debilitado Sindicato General de Trabajadores Ferroviarios, pero ninguna de las dos organizaciones fue prohibida y, por consiguiente, eran capaces de alcanzar una rápida expansión cuando se presentara la oportunidad. Por lo tanto, les fue posible crecer poco a poco, expandiéndose y recayendo

18. R. H. Gretton, *A Modern History of the English People*, 2 vols., Londres, 1913, I, p. 263. La huelga afectó únicamente a unos 100.000 trabajadores, pero la exageración por sí sola es significativa.

de cuando en cuando, como ocurrió en 1897, año en que el llamado «movimiento de todos los grados» dobló durante una breve temporada el número de sus afiliados. En segundo lugar, debido al descubrimiento del resorte del «sindicato general», que estableció su capacidad para sobrevivir, no como un sindicato universal de trabajadores no cualificados, sino como un conglomerado cambiante de diversos grupos locales y regionales de trabajadores de determinadas industrias, profesiones y plantas.¹⁹

Sin embargo, la segunda fase presentó diferencias significativas respecto de la primera. En primer lugar, no organizó solamente los espacios vacíos que había en las industrias victorianas que ya existían, sino también en industrias nuevas, transformadas técnica y organizativamente. Esto se ve con mucha claridad en el sector del metal. Del millón de miembros que se añadieron al Congreso de los Sindicatos entre 1910 y 1914, unos 200.000 eran de los Mecánicos Unidos y del Sindicato de Trabajadores, que, como ha demostrado Hyman, consistía principalmente en un grupo de trabajadores mecánicos semicualificados.²⁰ Incluso sin contar este sindicato, el número de afiliados a los del metal, de la industria mecánica y de la construcción naval aumentó en un 50 por 100 entre 1910 y 1913. En segundo lugar, mientras tanto el marco económico y político del sindicalismo había cambiado de forma fundamental. Cada vez era más frecuente que las negociaciones abarcasen toda una industria y que los conflictos industriales estuviesen entrelazados, no sólo porque los patronos se unían cuando tenían que hacer frente a sindicatos coordinados, sino porque la propia industria y, de hecho, todos los sectores de la economía industrial eran vistos de forma creciente como estratégicamente entrelazados. Sin entrar en el debate sobre hasta qué punto el análisis que hizo Lenin del capitalismo monopolista era aplicable a la Gran Bretaña de antes de 1914, es difícil negar que el capitalismo británico entre 1890 y 1910 creció en escala y que su organización pasó a estar más estructurada que en el decenio de 1880. Dicho en pocas palabras, mientras que gran parte del estallido de 1889 había consistido en una ola de huelgas locales y, en general, no muy importantes, huelgas que se propagaron por una reacción en cadena, el de 1911 estuvo dominado por confrontaciones nacionales, o batallas libradas de forma deli-

19. Véase E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, capítulo 10.

20. R. Hyman, *The Workers Union*, Oxford, 1971, pp. 38 ss.

berada por ejércitos nacionales, como demuestran vivamente las memorias de Askwith.²¹ La industria algodonera, baluarte del localismo y el individualismo de antaño, ilustra esta transformación de manera muy clara.

La sensibilidad del gobierno a las disputas laborales subrayó e intensificó esta dimensión nacional y organizada del conflicto industrial. Totalmente aparte del hecho de que los empleados del creciente sector público —que de momento correspondía al gobierno local más que al central— participaban cada vez con mayor frecuencia en el sindicalismo desde 1889,²² las autoridades públicas tenían tres motivos para intervenir en el sindicalismo y, por ende, dar forma a su estructura. Ahora funcionaban bajo un electorado que en gran parte era de clase trabajadora y de cuyas presiones y exigencias tenían que tomar nota, aunque sólo fuese para evitar que la política británica se polarizase siguiendo pautas clasistas. Por primera vez tenían que arrostrar el problema de una disgregación *general* de la economía o de la vida nacional provocada por conflictos nacionales de determinadas industrias, sobre todo en la de transportes y en la del carbón. Y a partir del decenio de 1890 se mostraron cada vez más conscientes de la vulnerabilidad relativa de la economía británica ante la competencia extranjera. Se empezó a considerar que las relaciones laborales e industriales británicas constituían un aspecto relevante de la «eficiencia nacional» británica. Esto no había sido así antes de 1880.²³ A partir de 1893, y en especial después de 1906, la intervención del gobierno central en los conflictos importantes pasó a ser un incidente común en el drama industrial y, como su principal objetivo era la resolución rápida de los conflictos, su efecto neto fue reforzar el sindicalismo, aunque sólo fuese reconociéndolo oficialmente. Cabría añadir que el programa social del gobierno, que era más amplio, surtió el efecto

21. Lord Askwith, *Industrial Problems and Disputes*, Londres, 1920.

22. La moda de municipalizar las empresas públicas y los servicios de la misma índole hizo crecer enormemente el número de trabajadores manuales del sector público en este período.

23. Leone Levi afirmó específicamente en 1877 que había «probado ... que hasta 1873 como mínimo el comercio y la industria de Gran Bretaña no habían sufrido a causa de las numerosas perturbaciones que han tenido lugar —al menos no de un modo importante— y que la competencia extranjera no le había tomado ventaja a la industria británica», *Work and Pay*, Londres, 1877, p. 94.

incidental de proporcionar a los sindicatos nuevos o débiles los medios de sobrevivir a las derrotas. La Ley de Seguros Nacionales les permitió adquirir las ventajas de las Sociedades Mutuas sin subscripciones elevadas y, por consiguiente, dio a los trabajadores un motivo para mantener su afiliación. La guerra hizo que esta integración de los sindicatos en el sistema administrativo pasara a ser permanente. El sindicalismo en la agricultura había desaparecido virtualmente después del decenio de 1870 y fue destruido de nuevo tras la explosión de 1889. No era muy fuerte en 1914, pero desde entonces nunca ha desaparecido de la escena.

La novedad de la nueva fase se refleja en las diferencias estratégicas entre la reforma sindical de 1889 y la de 1911. En ambos casos el objetivo de los reformadores, que en su mayor parte procedían de la izquierda o la ultraizquierda de la época, era sustituir el sindicalismo defensivo por el agresivo, el seccional por el de clase. Con todo, en el decenio de 1880 la alternativa era extremadamente imprecisa y, de hecho, lo mismo puede decirse de la estrategia para alcanzarla; quizá es natural que así fuera, si tenemos en cuenta que el socialismo pensaba muy poco en el sindicalismo. Si miramos hacia atrás, vemos que el programa reformista consistía en tres puntos. En primer lugar, había que crear sindicatos nuevos para los obreros que aún no estaban organizados: los no cualificados en general, a los que se consideraba móviles e intercambiables, o los más cualificados profesionalmente, para los que podrían encontrarse sindicatos profesionales adecuados. En segundo lugar, la afiliación a los sindicatos de oficio existentes debía ampliarse a fin de que abarcara a los grados menos cualificados y negociase en nombre de todos; y, en tercer lugar, las luchas de los diferentes grupos de trabajadores debían coordinarse a escala local por medio de consejos de oficio y, a escala nacional, mediante un Congreso de los Sindicatos radicalizado, así como por medio de la acción política a favor de reivindicaciones uniformes y aplicables en general: por ejemplo, la jornada de ocho horas. El resultado más significativo de este programa fue la invención del «sindicato general», aunque éste tenía una forma que no se había pensado ni previsto y no demostró todas sus potencialidades hasta después de 1911. Por regla general, los intentos de ampliar los antiguos sindicatos de oficio fracasaron. La radicalización del Congreso de los Sindicatos no duró mucho y los consejos de oficio, cuya expulsión del citado Congreso en 1895 señala el fin de la fase radical, permanecieron en los márgenes del sindica-

lismo. A decir verdad, es probable que en la segunda expansión desempeñaran un papel menos activo que en la primera.

La segunda fase, por otro lado, estuvo vinculada de manera inseparable a intentos conscientes y meditados de racionalizar y reformar la estructura y la estrategia de los sindicatos. Lo primero quería hacerse principalmente mediante la unión y la federación, con el propósito ideal de crear un solo sindicato para cada industria. Puede que en un principio la atracción que el sindicalismo industrial ejerció sobre sus principales portavoces fuera, al igual que la del sindicalismo general en 1889, política. Era posible verlo como una versión del sindicalismo de clase contra el seccionalismo, o incluso como una preparación para la futura sociedad sindicalista. Sin embargo, el estímulo de la reforma no fue en modo alguno exclusivamente ideológico, como lo atestiguan tanto la amplitud del debate sobre estructura y estrategia sindicales que se prolongó durante veinte años a partir de 1906, como la oleada de federaciones y uniones que se concretizaron, y los experimentos de conjuntar la estrategia y la lucha sindicales a escala nacional que se hicieron entre la Triple Alianza de 1914 y la huelga general de 1926. Saltaba a la vista que sindicatos viejos y nuevos sentían ahora la necesidad de adaptarse a condiciones de acción industrial que reconocían como nuevas. Esto no produjo ningún desplazamiento general y significativo hacia el sindicalismo industrial. A pesar de la entusiástica y persistente defensa de este modelo de organización por parte de la izquierda, e incluso el compromiso ocasional del Congreso de los Sindicatos con ella (por ejemplo, en Hull en 1924), la reorganización del movimiento sindical británico de acuerdo con criterios industriales fue y ha seguido siendo una aspiración carente de realismo. Con todo, no cabe la menor duda de que el movimiento reformista hizo importantes avances después de 1911. Los sindicatos británicos fueron reestructurados en gran parte, aun cuando algunas de las principales uniones no tuvieron lugar hasta después de la guerra, momento en que el descenso del número de afiliados a los sindicatos hizo más urgente una racionalización.

III

Al llegar a este punto, volvemos a la historia comparada. Porque el asunto de la estructura sindical se planteó y fue debatido acalora-

damente en todos los países, pero se resolvió de maneras muy diferentes. Una división importante es la que hay entre los países que optaron firmemente por un sindicalismo esencialmente nacional, con cualesquiera concesiones que hubiera que hacer a la autonomía local, y los que optaron por el localismo o el federalismo, excepto en industrias como los ferrocarriles, donde ello no tenía ningún sentido. La opción local y federal, que predominaba claramente en Francia e Italia, se basaba en la ideología anarquista y sindicalista revolucionaria, pero, en esencia, representaba la aparente falta de pertinencia de la economía nacional en lo que se refiere a los convenios colectivos, o, al revés, la fuerza potencial de un sindicalismo puramente local, que no debe subvalorarse en ciertas circunstancias. Así, los sindicatos del ramo de la construcción en los Estados Unidos siempre han florecido gracias a la creación de monopolistas sindicatos de oficio locales, puesto que el mercado de la construcción y de las obras públicas en las ciudades es en gran parte autónomo. Por otro lado, las huelgas generales de signo económico o las grandes huelgas de simpatía a escala local con alguna disputa profesional se producen sobre todo en las ciudades —típicamente en las ciudades portuarias—, cuya economía se ve, por así decirlo, determinada topográficamente. A principios del decenio de 1900 encontramos huelgas de esta clase en ciudades como Trieste (1902), Marsella (1904), Génova (1904), Barcelona (1902), Amsterdam (1903).²⁴ La relativa insignificancia de la dimensión nacional en un país como Francia queda demostrada por el hecho de que, según los estatutos de la CGT, el número mínimo de sindicatos (locales) necesarios para formar una federación nacional no era superior a tres.²⁵ Es claro que en países como Gran Bretaña y Alemania la opción local ocupaba un segundo lugar detrás de la nacional o regional, aunque el grado de centralización que se preveía era variable y

24. Para un útil esbozo del sindicalismo del ramo de la construcción en los Estados Unidos, véase H. A. Millis, ed., *How Collective Bargaining Works*, Nueva York, 1942, cap. 4, pp. 183-228; para las huelgas generales de carácter local a principios del siglo XIX, véase Elsbeth Georgi, *Theorie und Praxis des Generalstreiks*, Jena, 1908.

25. M. Leroy, *La coutume ouvrière*, 2 vols., París, 1913, I, p. 387. Los sindicatos nacionales con delegaciones, a diferencia de las federaciones de sindicatos locales, se hallaban virtualmente confinados, en los primeros años del decenio de 1900, a los ferrocarriles y el servicio de correos franceses.

el que se conseguía era mucho más pequeño en la práctica que en teoría.

El segundo problema importante era la división entre el sindicalismo de oficio o de empleo y diversas formas de organización más exhaustivas que abarcaban cierto número de oficios o grados de cualificación dentro de una industria o a escala más general. La historia ideológica del «sindicalismo industrial» todavía no se ha escrito. De momento ni siquiera tenemos una historia adecuada del concepto mismo de la «industria» específica, es decir, de lo que empujó al socialismo, sin duda siguiendo a los estadísticos oficiales y otros, a redactar una lista de sindicatos, cada uno de los cuales tenía que ser idealmente coextensivo con la «industria» correspondiente a cuyos trabajadores debía organizar en su totalidad. Por citar el más sistemático de los esfuerzos de este tipo, ¿qué indujo a los socialistas austríacos a prever sólo quince o dieciséis sindicatos, seleccionados de un modo un tanto inconsecuente?²⁶ Vemos, pues, que son muchas las cosas que no sabemos.

Lo que sí sabemos es que, en primer lugar, la lucha por una estructura sindical más general fue universal e iba dirigida principalmente contra el seccionalismo de oficio y de otros tipos y su «conciencia de oficio». Fuera de Gran Bretaña este seccionalismo se hallaba limitado principalmente a las antiguas ocupaciones artesanales. En la medida en que todo el sindicalismo anterior a, pongamos por caso, 1890 era «viejo», eran parecidos los problemas que se planteaban en todos los países, aunque las soluciones eran a veces muy específicas. En ciertos casos el sindicalismo de oficio podía dar buenos resultados incluso en las industrias más patentemente «industriales», como ocurría en los ferrocarriles norteamericanos, donde un complejo de treinta y dos sindicatos, catorce de ellos de gran importancia, abarcaba toda la industria en 1940. A la inversa, en ciertas circunstancias incluso un oficio tan extremadamente orgulloso de su estatus artesanal como la Asociación de Mecánicos Unidos podía pedir un reclutamiento más exhaustivo de la fuerza laboral profesional: por ejemplo,

26. Eran, por el orden alfabético en que aparecen en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (edición de 1902), artículo «Gewerkvereine»: 1) Construcción, 2) Pañería, 3) Minería, 4) Químicas, 5) Hierro y metal, 6) Gas y agua, 7) Cristal y alfarería, 8) Imprenta y papel, 9) Comercio, 10) Madera, 11) Cuerno, hueso y concha de tortuga, 12) Agricultura, 13) Comida y bebida, 14) Textiles, 15) Transporte, 16) Industrias de mujeres.

en la Australia occidental en comparación con todas las demás partes del mundo.²⁷

En segundo lugar, si bien un sindicalismo más exhaustivo hizo progresos por doquier, en ninguna parte obtuvo un éxito total. Ni los sindicatos de oficio ni sus correlativos, los de peones o «trabajadores de fábrica» generales o indiscriminados, desaparecieron por completo, ni tan sólo en países en los que, a escala nacional, existían centros sindicales fuertes que estaban comprometidos con el sindicalismo industrial. Así pues, todos los movimientos sindicales evolucionaron como una mezcla de sindicatos de oficio/de empleo más estrechos o más amplios, de sindicatos industriales que coexistían con ellos o los absorbían, y de sindicatos generales, pero formando combinaciones diferentes. En la mezcla británica los sindicatos industriales no eran importantes, exceptuando en las minas y los ferrocarriles. En la mezcla noruega los sindicatos generales dominaron durante un tiempo, aunque al final (1954) sólo abarcarían el 5 o el 6 por 100 de los afiliados a los sindicatos,²⁸ mientras que en Gran Bretaña su importancia fue en aumento, sobre todo si tenemos en cuenta que la reciente tendencia a formar sindicatos conglomerados (mediante, por ejemplo, la fusión del sindicato de mecánicos con los trabajadores de fundiciones y los delineantes, del de electricistas con el de fontaneros) es en esencia parecida al sindicalismo general. En Austria no había sindicatos generales. Y así sucesivamente.

Así, en 1954 el movimiento sindical noruego, comprometido con el sindicalismo industrial desde 1923, lo formaban cuarenta y tres sindicatos, algunos de los cuales sólo pueden calificarse de asociaciones de oficio (por ejemplo, la de Litógrafos y Fotograbadores, la de Conductores de Locomotoras, organizada aparte de la de trabajadores ferroviarios, y la de albañiles, organizada con independencia de la de trabajadores de la construcción), por no hablar del Sindicato de Trabajadores Generales. El sindicalismo industrial ha encontrado mucha resistencia incluso dentro de la industria de metalistería, donde las presiones internas para que se formasen sindicatos a escala industrial en el siglo xx han sido, en casi todas partes, más fuertes que en cual-

27. K. D. Buckley, *The Amalgamated Engineers in Australia, 1852-1920*, Canberra, 1970, pp. 190, 212.

28. Edvard Bull, *The Norwegian Trade Union Movement*, Bruselas, 1956, pp. 46-48, 128-130.

quier otra industria excepto la ferroviaria, la minería del carbón y los empleados del gobierno.²⁹ En su mayor parte el sindicalismo ha seguido siendo mixto. En ese sentido existe cierto paralelismo entre el movimiento británico y sus hermanos continentales.

En tercer lugar, los sindicatos industriales más exhaustivos (si dejamos a un lado las minas, los ferrocarriles y el sector público) eran los fundados y estructurados desde fuera y desde arriba, y, de hecho, como marcos para una posterior expansión: tal es el caso, por ejemplo, de la Federación de Metalistas de Italia, que antes de 1914 era insignificante a escala nacional. Evidentemente, esto suponía tanto la existencia de un influyente partido de la clase trabajadora como la falta de sindicatos o, en su defecto, la existencia de sindicatos relativamente débiles. La formación de sindicatos generales de trabajadores de la industria textil, tal como los que eran comunes en otras partes, era apenas concebible en Gran Bretaña, donde los trabajadores de la industria algodonera tenían su propia organización desde hacía mucho tiempo. Así se explican en gran medida el éxito relativo del sindicalismo industrial en otras partes y su fracaso en Gran Bretaña.

En cuarto lugar, y por la misma razón, los sindicatos generales, aunque no faltaban en Europa, carecían de las posibilidades de progresar de que gozaban en Gran Bretaña. Allí donde la mayor parte de los trabajadores organizables cabían, si lo deseaban, en algún sindicato nacional ya existente en teoría, había espacio para crear sindicatos destinados a los trabajadores auténticamente inclasificables (por ejemplo, los peones móviles que formaban el núcleo del sindicato general noruego), o a los trabajadores fabriles cuya inclusión en algún sindicato ya clasificado resultaba difícil. Como sabemos, existían grupos de este tipo en Alemania, Suecia, Dinamarca y Noruega, pero, a diferencia de los sindicatos generales británicos, eran grupos residuales. Tan pronto como suficientes trabajadores quedaban organizados en las oportunas ramas de actividad, podían formarse sindicatos industriales independientes a partir de la asociación general: por ejemplo, de trabajadores de los aserraderos o de las industrias del papel y la

29. Para las dificultades de los *métallos* franceses en los primeros tiempos, véase P. Louis, *Histoire du mouvement syndical en France*, París, 1920, pp. 191-192; para la lógica del sindicalismo industrial según el concepto de los militantes inteligentes, véase E. Dolléans, *Alphonse Merrheim*, París, sin fecha, ¿1939?, pp. 9-11; M. Antonioli y B. Bezza, *La FIOM dalle origini al Fascismo 1901-1924*, Bari, 1978, pp. 17-18.

pasta de papel. La fuerza de los sindicatos generales británicos radicaba en su capacidad para penetrar en todas las industrias, a falta de cualquier otro tipo de sindicato que pudiera llenar los espacios que de forma deliberada habían dejado vacíos los sindicatos de oficio. Muy a menudo creaban sindicatos industriales *de facto*, pero no había ningún motivo especial para que éstos se separasen de los sindicatos generales, dentro de los cuales formaban sectores o grupos de oficios independientes, tales como los trabajadores portuarios en el Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte.

Tenemos todavía una pregunta sin respuesta: ¿por qué, a diferencia de lo ocurrido en Gran Bretaña, en la Europa continental los sindicatos industriales progresaron a pesar de la resistencia, que ya hemos señalado, que opusieron los grupos cualificados y de oficio, la cual fue muy fuerte, sobre todo en el decenio de 1890? Porque estos grupos, después de todo, todavía formaban el núcleo natural de la sindicación y era entre ellos donde acostumbraban a producirse los avances más rápidos. Cabe sugerir que uno de los motivos residía en que gran parte del «sindicalismo industrial» aparente (o de lo que se convirtió en «sindicalismo industrial» en el continente) era en realidad análogo al llamado «nuevo modelo» de los sindicatos británicos en los decenios de 1850 y 1860. Preveía, en esencia, la formación de conjuntos relativamente centralizados —y de alcance nacional— de ocupaciones artesanales bastante afines. Quizá no sea ninguna casualidad que los dos sindicatos típicos del «nuevo modelo» en la Gran Bretaña de mediados de la era victoriana, la Asociación de Mecánicos Unidos y la Asociación de Carpinteros y Ebanistas Unidos, tuvieran sus equivalentes alemanes entre los trabajadores de la madera y los del metal, que durante la mayor parte del decenio de 1890 fueron los dos sindicatos más fuertes de Alemania, aparte de los más comprometidos con el sindicalismo industrial. Sin embargo, el caso de los trabajadores del metal o, para ser más exactos, de los constructores de máquinas, induce a pensar en otra posible razón.

Casi en todas partes los sindicatos de tales trabajadores optaron por el sindicalismo industrial; o, mejor dicho, los que escogieron esta opción acabaron predominando. Esto se debió a que en el ramo de la metalistería la posición del artesano manual cualificado era cada vez más vulnerable y, con la excepción de unos cuantos enclaves protegidos, se veía amenazada por el avance de las complejas

máquinas-herramienta y de la producción en serie. Los trabajadores cualificados del ramo de metalistería eran poderosos, pero su posición no era segura. Los años de la guerra demostrarían que en todos los países beligerantes las industrias de armamentos (es decir, de metalistería) formaban la primera línea en la batalla de la clase industrial. Y formaban la primera línea precisamente porque aquí la mecanización encontraba hombres cualificados, seguros de sí mismos, combativos y poseedores con frecuencia de una conciencia política, que se resistían a ver rebajada su categoría. Pero cada vez era más borrosa la línea entre el artesano cualificado con formación, el trabajador cualificado que «aprendía el oficio sobre la marcha» y las nuevas categorías de trabajadores semicualificados o de trabajadores que sólo poseían una gama muy reducida de habilidades. En vista de ello, los sindicatos de metalistas especializados juzgaron aconsejable, no sólo defender la exclusividad del oficio, sino también procurar reclutar a la creciente masa de trabajadores manuales a los que ya no podían excluir eficazmente. A veces las dos normas de actuación chocaban entre sí. En Gran Bretaña la resistencia de la base a la ampliación de la Asociación de Mecánicos Unidos, con el fin de que se pareciese más a un sindicato industrial, fue fuerte, además de representar un freno constante a las medidas reformistas de los líderes sindicales.³⁰ Allí donde los privilegios corporativistas estaban menos consolidados y eran menos poderosos, más fuertes eran las fuerzas favorables a la ampliación de los sindicatos, o, mejor dicho, más débiles eran las que se oponían a ella. La debilidad del sindicalismo de oficio en el ramo del metal y la previsión de los precursores continentales del sindicalismo industrial, basado en una combinación de sindicatos débiles e ideología radical, quedan demostradas por el éxito final que los sindicatos de trabajadores del metal en el continente europeo (por ejemplo, en Francia e Italia) obtuvieron al organizar la industria del automóvil. En los Estados Unidos, este ramo lo organizó en el decenio de 1930 un sindicato industrial especial, puesto que hacía ya tiempo que el sindicato del oficio de «maquinistas» cualificados había sido expulsado de él. En Gran Bretaña, la organización de la mayoría de los trabajadores de la industria automovilística fue prácticamente obra de los sindicatos generales (sobre

30. J. B. Jefferys, *The Story of the Engineers*, Londres, 1945, pp. 137-138, 166.

todo el de Trabajadores Generales y del Transporte), reduciendo a la condición de minoría a los sindicatos de trabajadores cualificados, aunque en las luchas de los decenios de 1890 y 1900 habían demostrado ser demasiado fuertes para que se les pudiera anular. En Italia y en Francia había que escoger entre ningún sindicato o el sindicato industrial de los trabajadores del metal y, de hecho, en Turín la FIOM logró su primer convenio importante del sector automóvil en 1906, cuando consiguió organizar al 40 por 100 de todos los trabajadores del metal de la ciudad.³¹

Por consiguiente, la nueva fase del capitalismo supuso un cambio en la estructura sindical, pero también en la distribución del sindicalismo. También en este caso es posible y útil hacer una comparación entre Gran Bretaña y la Europa continental. Allí donde el sindicalismo de masas logró arraigar —cosa que en 1914 aún no había hecho en Francia e Italia, exceptuando los trabajadores agrícolas italianos, que en 1910 formaban un tercio de todos los sindicalistas—,³² su distribución había cambiado, tanto geográfica como industrialmente, en 1914.

La pauta general del cambio muestra un crecimiento en los sindicatos de trabajadores del transporte, de los de fábrica (ya estuvieran organizados en sindicatos generales, industriales o de «trabajadores de fábrica»), la ascensión de los mineros —allí donde éstos no estaban ya bien organizados) y la expansión de los sindicatos de trabajadores del metal. En Alemania, por ejemplo, los trabajadores del transporte, del metal y de fábrica representaban el 12 por 100 de los afiliados a los Sindicatos Libres en 1896, pero casi el 39 por 100 en 1913. El crecimiento —del 33 al 39 por 100— fue menos acentuado en Gran Bretaña, porque el ramo del metal ya contaba con una fuerte organización y creció con bastante lentitud (en poco más del 100 por 100 entre 1892 y 1913), ocultando así la cuadruplicación de los trabajadores del transporte organizados y el aumento equivalente de los trabajadores generales. En 1888, año que en mu-

31. Para el convenio de 1906, P. Spriano, *Storia di Torino operaia e socialista*, Turín, 1972, pp. 136-146; Antonioli y Bezza, *op. cit.*, pp. 719-737 para los convenios colectivos del sector del automóvil antes de 1914. Para Francia, P. Fridenson, *Histoire des usines Renault: I. Naissance de la grande entreprise 1898/1939*, París, 1972, primera parte, III.

32. E. Lemonon, *L'Italie économique et sociale (1861-1912)*, París, 1913, pp. 406-407.

chos aspectos es más comparable con el decenio de 1890 en Alemania, los trabajadores del transporte y generales comprendían quizás el 8 por 100 de los sindicalistas británicos en comparación con alrededor del 25 por 100 en 1913.³³

En cuanto a la distribución regional, es claro que a principios del decenio de 1900 los sindicatos alemanes eran débiles en la importante zona industrial de Renania-Westfalia, con la fluctuante excepción de los mineros, pero que su penetración en dicha región se aceleró de modo notable después de 1907.³⁴ En Gran Bretaña el sindicalismo viejo tenía hondas raíces en las importantes zonas industriales del norte de Inglaterra, pero no en las de Escocia. El único análisis geográfico de que disponemos sigue siendo el que en 1892 hicieron los Webb, que encontraron (hablando *grosso modo*) como mínimo dos veces la densidad media de la sindicación nacional en Durham, Northumberland y Lancashire; del 20 al 100 por 100 sobre la media en los condados de Derby, Gloucester, Leicester, el East y el West Riding de Yorkshire y el sur de Gales; la densidad media (más o menos el 20 por 100) en Cheshire, Northampton, Stafford, Suffolk, Warwick y Escocia; y menos de la media en todas las demás partes.³⁵ Independientemente de lo que indicaría un estudio geográfico comparable para 1913, parece claro que la explosión sindical de 1911-1913 hizo progresos desproporcionados en algunas zonas que hasta entonces eran más bien débiles, tales como las dinámicas y nuevas regiones de las West Midlands, donde predominaba la ingeniería. En esta zona había ahora el 40 por 100 de la fuerza del Sindicato de Trabajadores, que pasó a ser uno de los cinco o seis más importantes del país.³⁶

Una última pregunta, que ya ha sido contestada en el presente artículo pero que vale la pena aclarar más, es la siguiente: ¿cuál fue, durante este período, el papel de los izquierdistas ideológicamente comprometidos, que tuvieron una actuación tan destacada en la expansión sindical de la totalidad de los países europeos?

33. Para los sindicatos británicos, Bain y Price, *op. cit.*, capítulo 2.

34. Véanse W. Troeltsch y P. Hirschfeld, *Die deutschen sozialdemokratischen Gewerkschaften, Untersuchungen und Materialien über ihre geographische Verbreitung, 1896-1903*, Berlín, 1907; Georges Haupt, *loc. cit.*, pp. 63-64.

35. S. y B. Webb, *The History of Trade Unionism*, Londres, 1894, Apéndice IV.

36. R. Hyman, *op. cit.*, pp. 35, 48.

Cabe hacer cuatro observaciones en relación con esta pregunta. *Primera:* hay que repetir que ni Marx ni la teoría marxista tenían nada muy específico que decir acerca de la estructura y la estrategia sindicales, en comparación con las reivindicaciones inmediatas, de tipo económico y social, de los trabajadores. Y ello a pesar de que, como ha demostrado Haupt, inicialmente el grueso de los partidos socialistas continentales evolucionó siguiendo más de cerca el modelo británico que el modelo socialdemócrata alemán, o, para ser más exactos, más cerca del modelo belga, en el cual el partido consistía en una combinación de grupos políticos, sindicatos y otras organizaciones obreras tales como, por ejemplo, las cooperativas. Bien es verdad que la Gran Depresión de los decenios de 1870 y 1880 tendió a desplazar el centro de gravedad de la mayoría de tales partidos, haciendo que se alejara de los sindicatos debilitados.³⁷ He sugerido que la estrategia sindical sacó de la teoría socialista una hostilidad general al sindicalismo exclusivo, de oficio o sectorial, pero también sacó de forma creciente (sobre todo, después de 1900) ideas estratégicas del análisis marxista de la concentración y la mecanización de la producción capitalista.

Segunda: con la ascensión del sindicalismo de masas, así como de los partidos de masas de la clase obrera, aumentó la distinción entre los socialistas que actuaban principalmente en los sindicatos y aquellos cuya actuación principal se enmarcaba en el partido político. Donde más espectacular y evidente se hizo este fenómeno fue en los movimientos sindicales que, como la CGT francesa y, en general, los grupos sindicalistas de signo anarquista o revolucionario, rechazaron de modo específico la acción política (es decir, en gran parte electoral). Sin embargo, su evidencia era casi igual en los movimientos que se identificaban íntimamente con el partido de la clase obrera, aun cuando ocupar un puesto sindical constituía un trampolín muy útil para los trabajadores que deseaban iniciar una carrera política en partidos marcadamente proletarios como el socialdemócrata PSD; y eso aun cuando los sindicatos desearan fortalecer su representación directa en las facciones parlamentarias con el objeto de subrayar su posición dominante dentro del partido (como en Gran Bretaña),³⁸ o su

37. Haupt, *loc. cit.*, pp. 33-34. Para el modelo belga, véase J. Destrée y J. Vandervelde, *Le socialisme en Belgique*, París, 1903, I, capítulo 2.

38. En Gran Bretaña los líderes sindicales, especialmente entre los mi-

mayor independencia dentro de él (tal como sucedió en Alemania).³⁹

Esta divergencia, que a menudo iba acompañada de fricciones entre el partido y los sindicatos, nacía principalmente de la socialización funcional de ambos. Tanto si la tarea cotidiana del sindicato se concebía como el derrocamiento del capitalismo como si no, no era lo mismo que la actividad del partido, que, por ende, podía concebirse, según el gusto y la situación, como una diversión excesivamente radical de las tareas normales de los sindicatos (por ejemplo, convocando huelgas políticas) o como una actividad electoral diversiva que distraía a los trabajadores de su ataque directo contra el sistema. Pero también nacía de las diferencias existentes en el seno de los sindicatos, tales como las tensiones entre la base o la militancia local y unas organizaciones nacionales cada vez más autoritarias. Si se juzgan de acuerdo con criterios revolucionarios, los líderes de los sindicatos nacionales o de las federaciones de sindicatos eran excesivamente reformistas, como, de hecho, lo eran casi todos en la teoría y en la práctica. Incluso cabría decir lo mismo de los sindicatos revolucionarios según los veían los anarquistas puros, como demuestran las luchas que durante y después de la primera guerra mundial hubo entre éstos y los líderes de la CNT anarcosindicalista. Los líderes eran menos radicales que los militantes: Verzi, el fundador de la Federación Italiana de Trabajadores del Metal, fue expulsado de ella por reformista en 1909, y Buozzi, su sucesor, pese a no ser el más extremista de los moderados, decididamente no tenía nada de izquierdista y sería denunciado por los comunistas jóvenes de *Ordine Nuovo*.⁴⁰

neros, eran elegidos habitualmente al Parlamento antes de 1914. Los líderes de los trabajadores del algodón (Mawdsley, Shackleton), de los impresores (Bowerman), de los ferroviarios (Bell, J. H. Thomas), de los carpinteros de ribera (Wilkie), de los mecánicos (Barnes), de los siderúrgicos (Hodge), de los ramos del mueble (O'Grady), por no hablar de los sindicatos «nuevos», concurrían a las elecciones o eran elegidos. (Para una lista completa, véase G. D. H. Cole, *British Working Class Politics 1832-1914*, Londres, 1941, Apéndice I.) La poca disposición a entrar en el Parlamento que mostraron los líderes nacionales activos, excepto, quizás, como precio de un puesto en el gabinete, vino más tarde.

39. W. H. Schröder, «Sozialstruktur der sozialdemokratischen Reichstagskandidaten 1898-1912», en *Herkunft und Mandat: Beiträge zur Führungsproblematik in der Arbeiterbewegung*, Francfort-Colonia, 1976, esp. pp. 94-96.

40. F. Andreucci y T. Detti, eds., *Il movimento operaio italiano: Dizionario biografico*, vol. I: Buozzi, vol. V: Verzi.

De hecho, las consignas revolucionarias solas tenían sentido sobre todo allí donde los sindicatos eran demasiado débiles para hacer algo más que organizar las rebeliones ocasionales de los no organizados, o en la preparación de grandes batallas industriales, o como defensa de la autonomía de la masa, o del sindicalismo localizado contra la invasión de la burocracia nacional y la estrategia centralizada. Esto podía dar origen a situaciones paradójicas, como ocurrió en Gran Bretaña, donde el sindicato de origen más socialista, el de Trabajadores del Gas, en 1914 ya se mostraba claramente moderado, mientras que la masa de la Asociación de Mecánicos Unidos, que nada tenía de revolucionaria, se oponía a su secretario general, el socialista George Barnes, del Partido Laborista Independiente, basándose en la ideología de la antigua exclusividad gremial, antes de descubrir —durante la guerra— una justificación de carácter izquierdista y radical para su defensa de los derechos gremiales. Clasificar los sindicatos como de derechas o de izquierdas puede tener sentido si se hace en términos de su apoyo o su oposición a varios programas y propuestas políticos y de partido, pero, como hoy día saben todos los que estudian el sindicalismo británico, las cosas son bastante más complejas en la realidad. Lo único que podemos decir en general es que durante el período 1880-1914 los sindicatos asociados con partidos y movimientos laboristas y socialistas tendían a mantener su identificación partidista, a pesar de las fricciones entre el sindicato y el partido o dentro de los sindicatos.

Tercera: podemos afirmar que en el continente la fuerza y la presencia nacional de partidos de masas con electorados también de masas proporcionaron un marco dentro del cual podían crecer los sindicatos y, de esta manera, ayudaron a racionalizar la estructura sindical. Hasta este punto el papel de los socialistas era en verdad importante y podía ser decisivo.

Cuarta: a pesar de todo, puede decirse que, en gran medida, la evolución de la estructura y la estrategia sindicales tuvo lugar con independencia de la ideología predominante, ya fuera marxista, anarcosindicalista o de otro tipo, excepto en la medida en que la conciencia política diera confianza, persistencia y dinamismo a los agitadores, líderes y activistas sindicales. La estructura y la estrategia reflejaban en gran parte la verdadera situación económica e industrial en la que los trabajadores tenían que organizarse, así como las condiciones en que lo hacían, incluyendo las que eran fruto de la historia y la evo-

lución de la clase trabajadora en el pasado. Probablemente, es ésta la principal razón por la que el sindicalismo revolucionario, pese a que el atractivo que tenía para los militantes y radicales obreros era grande e internacional en los años anteriores a 1914, en realidad nunca fue un movimiento internacional, pero sí un conjunto de ideas útiles a escala internacional. Como es natural, su atractivo en los países cuyo sindicalismo era débil o inestable, tales como España, Francia e Italia —pero también en Escandinavia—,⁴¹ fue mayor que en aquellos donde el sindicalismo era fuerte y el crecimiento era bastante estable como, por ejemplo, Alemania, Gran Bretaña y Dinamarca. Naturalmente, lo estimulaba una industrialización «de ciudad en auge», al estilo del Oeste Salvaje: por ejemplo, en las cuencas mineras del sur de Gales o en las provincias de Noruega, donde masas de trabajadores inexpertos procedentes del campo o del extranjero irrumpían en una industria nueva *que ya tenía un marco sindical*, a menos que estos novatos fuesen organizados por grupos opuestos al socialismo. Es probable que tuviese un atractivo especial para los trabajadores cuyo marco de referencia esencial era la comunidad local, tanto o más que su industria u ocupación, como en España, Italia o Francia. Tampoco deberíamos olvidar las ciudades con puerto de mar, que constituían casos especiales entre las comunidades locales: Marsella, El Havre, Nantes, Génova, Livorno, Barcelona, Belfast, Liverpool.⁴² El atractivo variable de las ideas del sindicalismo revolucionario puede explicarse, pero, como han demostrado Shorter y Tilly, no deja de ser cierto que las «diferencias ideológicas no explican casi ninguna de las diferencias en la propensión a ir a la huelga o de las formas de acción huelguística» en el país que han estudiado.⁴³

Diríase, pues, que los diversos movimientos sindicales de Europa es mejor no distinguirlos ideológicamente, sino atendiendo a la fase y el ritmo de industrialización que representan. De esta forma podemos distinguir entre países de industrialización débil o atrasada, tales como Francia e Italia, países dominados por la primera revolución indus-

41. El número de miembros de los sindicatos suecos de mineros y manufactureros subió del 13,7 por 100 de la fuerza laboral en 1902 al 38,6 por 100 en 1907, pero había descendido a 16,3 por 100 en 1911 y sólo había ascendido al 18,5 por 100 en 1913. Bain, *op. cit.*, p. 145.

42. Véase E. Shorter y C. Tilly, *Strikes in France 1830-1968*, Cambridge, 1974, pp. 155, 164.

43. Shorter y Tilly, *op. cit.*, p. 172.

trial (Bélgica y Gran Bretaña) y países que se estaban industrializando de manera rápida y masiva siguiendo pautas más modernas (Alemania, Escandinavia). En ninguno de ellos, exceptuando el «taller del mundo», había aparecido un sindicalismo de oficio o empleo que lograra colonizar las industrias básicas del país; ciertamente, no había surgido en Bélgica, que quizá carecía del amplio sector cualificado de Gran Bretaña. De hecho, durante todo este período los sindicatos belgas siguieron adoleciendo de una debilidad insólita y en 1913 apenas eran más fuertes que los de los Países Bajos, que estaban mucho menos industrializados o cuya industrialización era más reciente. Por lo tanto, ninguno de ellos siguió la pauta británica.

En el primer grupo no surgió un sindicalismo de masas en este período, excepto en el sector público, tal vez en las minas y —caso especial de Italia— entre los trabajadores agrícolas. Se crearon centros de movilización bastante fuertes, de carácter intersindical y local, así como cuadros de trabajadores artesanales capaces de dirigir batallas ocasionales. En el tercer grupo había desde países que de pronto se zambullían en un desarrollo industrial nuevo como Noruega (donde las industrias modernas fueron organizadas por un sindicato general que virtualmente dominaba todo el movimiento en el decenio de 1900, con el 50 por 100 del total de afiliados, antes de engendrar diversos sindicatos industriales), hasta otros como Alemania (donde unos sindicatos bastante fuertes y basados en los oficios ampliaron su campo, antes de que otros obreros se organizaran en sindicatos tales como el de trabajadores del transporte y el de trabajadores fabriles. Una vez más, en 1913 esta combinación de sindicalismo industrial y general ya dominaba el campo. Sin embargo, como ya hemos señalado, en ninguno de estos países se eliminó el sindicalismo de oficio. En 1913, en los países de los grupos dos y tres el sindicalismo de oficio ya había empezado a cobrar su forma moderna, teniendo en cuenta subsiguientes cambios ocupacionales. Con todo, en ninguno de ellos (salvo raras excepciones) había conseguido reclutar a la mayoría de los trabajadores de una industria y formar con ellos un conjunto nacional.

Al finalizar la primera guerra mundial, la densidad sindical en Gran Bretaña, Alemania, Dinamarca y Noruega estaría entre el doble y el triple del porcentaje de 1913, y más del triple en Suecia y los Países Bajos, mientras que en Bélgica sería casi cinco veces mayor. No es posible concluir el presente estudio sin señalar que en algunos casos —sobre todo en Gran Bretaña y Alemania— la importancia de

los sindicatos como porcentaje de la fuerza laboral era superior a la que han tenido desde entonces; que en otros casos —Francia, Dinamarca, quizá Noruega— no volvió a alcanzarse antes de mediados o finales del decenio de 1930. El gran salto adelante que dio el sindicalismo durante y después de la primera contienda mundial, ¿no deberíamos verlo como la continuación lógica de la pauta de expansión sindical del período 1880-1914? Hasta este punto el «nuevo sindicalismo» del período anterior a 1914 alcanzó su apogeo en 1918-1920. En lo que se refiere a esto, una vez más es posible comparar el movimiento británico con los de la Europa occidental. Y la medida de este notable crecimiento internacional —y radicalización temporal— es también una medida de la significación histórica de la fase de desarrollo sindical que se estudia en el presente artículo.

(1981)

9. LA FORMACIÓN DE LA CULTURA OBRERA BRITÁNICA¹

La mayoría de las personas que utilizan profesionalmente la palabra escrita proceden de las clases alta y media de la sociedad o ingresan en ellas. Por lo tanto, la literatura que habla de la vida de dichas clases en el siglo XIX es abundante y como en gran parte ha sido escrita desde el seno de tales clases, ilumina aspectos de su existencia que sería difícil reconstruir valiéndose de una documentación puramente externa. No hace falta ser historiador para saber muchas cosas acerca de la cultura y las *moeurs* de la burguesía del siglo XIX, tanto en Gran Bretaña como en Francia.

Comparado con estos conocimientos, lo que sabemos sobre la cultura de las clases trabajadoras británicas es fragmentario, incierto y problemático. En cierto sentido, de ellas sabemos menos aún que de los trabajadores rurales y los grupos marginales que todavía pueden calificarse de «campesinos» en la Gran Bretaña decimonónica, pues era fácil ver cómo vivían, sus pautas culturales eran consuetudinarias y a menudo revestían formas públicas —desde los proverbios hasta las festividades— y cualquier persona nacida y criada en el campo tenía o podía tener muchos conocimientos sobre ellas. El novelista Thomas Hardy se alejó mucho de sus raíces en el Dorset de la primera mitad del siglo XIX, pero sus novelas sobre el pueblo llano de lo que él optó por llamar «Wessex» reflejan de modo admirable esta cultura tradicional de la sociedad rural así como sus nuevas tensiones, aunque el autor no siempre comprendía lo que veía y consignaba en sus escritos.²

1. Este capítulo fue escrito en un principio para su publicación en Francia.

2. Así, el incidente crucial en su novela *The mayor of Casterbridge* (1886)

Pero las nuevas clases trabajadoras urbanas e industriales vivían en un mundo que social y a veces topográficamente se hallaba separado del mundo de las clases media y alta. Las «dos naciones», como las llamó Benjamin Disraeli en el decenio de 1840, eran marcadamente distintas y escaseaban los contactos humanos entre ellas. Pasar de la vida de una clase a la de la otra, incluso dentro de la misma ciudad de mediano tamaño, era internarse en un país diferente y desconocido; todavía era así en 1940, año en que el autor del presente libro se vio trasladado de la condición de estudiante en Cambridge a la de soldado, alojado en casa de una familia de clase trabajadora cerca de su *college*, a apenas diez minutos andando. Asimismo, para el grueso de los que escribían y publicaban, la mayor parte de la vida del trabajador varón —su tarea cotidiana— era de todo punto desconocida. Hasta novelistas que escribían deliberadamente sobre la existencia de los obreros —como Disraeli hizo en *Sibyl* (1844), la señora Gaskell en *Mary Barton* (1848) y *North and South* (1855), y Dickens en *Tiempos difíciles* (1854)— quedan horrorizados y no se atreven a cruzar las puertas detrás de las cuales tenía lugar el trabajo real de las clases trabajadoras.³

Así pues, la clase trabajadora del siglo XIX la vemos principalmente desde fuera, como tema de debate, de investigación social, de reportaje y de documentación novelesca. La cantidad de este tipo de literatura es enorme y su calidad suele ser muy alta, sobre todo en el período en que «el problema social» llamaba la atención de modo especial, como ocurrió en los decenios de 1830 y 1840 y desde el de 1880 hasta 1914; pero sus limitaciones son obvias. Y cuando los trabajadores escribían públicamente sobre ellos mismos, en los panfletos y periódicos del movimiento obrero y en memorias y autobiografías relativamente infrecuentes, a menudo hablaban con voces que no eran típicas, toda vez que pertenecían a la minoría anómala que escribía cosas para su publicación. Incluso cuando los hijos de los trabajadores empeza-

es que un trabajador agrícola, Michael Henchard, vende a su esposa. Pero los historiadores, sobre todo E. P. Thompson, ya han demostrado que «vender la esposa» era una forma de separación marital que distaba mucho de ser infrecuente en el siglo XVIII e incluso durante parte del XIX, tanto si ello traumatizaba la vida subsiguiente de los interesados, como le ocurrió a Michael Henchard, como si no.

3. Véase David Craig, «Images of factory life», en *Gulliver: German-English Yearbook* 2, Berlín, 1977, pp. 96-112.

ron a convertirse en escritores profesionales, a principios del siglo xx, siguieron siendo atípicos, no sólo por su origen social, sino también en relación con su medio familiar. Sería poco aconsejable generalizar sobre la clase trabajadora partiendo de los escritos del primer novelista británico importante cuyo origen era proletario, D. H. Lawrence (1885-1930), hijo de un minero.

Por consiguiente, la imagen de la Gran Bretaña del siglo xix que se obtiene de la página impresa es muy poco característica. Y ello es así porque Gran Bretaña era un país en el que, ya durante la segunda mitad de dicho siglo, una gran mayoría de la población la formaban trabajadores manuales no agrícolas: quizás el 70 por 100 según los cálculos del estadístico Dudley Baxter en 1867. Y muy poco sabían sobre sus vidas las personas ajenas a la clase obrera. Cuando la Ley de Reforma de 1867 concedió el voto parlamentario a un número considerable de trabajadores urbanos, un emprendedor periodista de origen obrero, Thomas Wright, ofreció a las clases medias lo que, de hecho, era una serie de guías para conocer a esta mayoría desconocida, guías que llevaban títulos como *Habits and Customs of the Working Classes* ['Usos y costumbres de las clases trabajadoras'] (1867) y *The Great Unwashed* ['La plebe'] (1868).

El historiador, por ende, tiene que reconstruir la cultura de la mayoría del pueblo británico valiéndose de la investigación. Gran parte de esta labor ya se ha llevado a cabo, sobre todo desde 1960 más o menos, y el proceso de exploración continúa. Hasta el decenio de 1950 este proceso se vio demorado porque los historiadores de la clase obrera tendían a concentrarse en el estudio de la ideología, los programas y las organizaciones asociadas con el movimiento obrero, así como en la historia de sus luchas y sus actividades de masas más visibles: desde los jacobinos británicos, owenitas y cartistas hasta los nuevos socialistas de finales del siglo xix y del siglo xx; desde las «asociaciones de oficio» del xviii hasta la huelga general de 1926, pasando por las huelgas y los sindicatos del xix. Sin embargo (exceptuando momentos esporádicos) el mundo de los militantes y de los ideólogos y líderes nacionales no era el mismo mundo que el de la mayoría:

que toma su vida tal como la encuentra ...; [que el] de lo que algunos líderes sindicales, cuando lamentan la falta de interés por su movimiento, llaman «la inmensa masa apática»; «simple gente

sencilla»; de lo que las propias clases trabajadoras califican, más sobriamente, de «el común de las gentes».⁴

El autor del pasaje que acabo de citar, perteneciente a la primera generación que produjo intelectuales de origen obrero en número considerable —la generación que alcanzó la edad adulta en los decenios de 1930 y 1940— es uno de los precursores de esta investigación relativamente nueva de la vida de la clase obrera, diferenciándola del movimiento obrero. Por supuesto, debe quedar bien claro que había y hay una vinculación orgánica entre las dos cosas. Puede que la mayoría de los trabajadores no fueran militantes, que ni siquiera estuviesen organizados, pero (en especial a partir de las pos-trimerías del siglo XIX) el mundo y la cultura de las clases trabajadoras son incomprensibles sin el movimiento obrero, que durante largos períodos fue su núcleo.

Las palabras «las clases trabajadoras» o incluso «la clase obrera» aparecen en el lenguaje político de Gran Bretaña durante los años que siguieron al final de las guerras napoleónicas. Los primeros grandes movimientos que cabe calificar apropiadamente de «obreros», tanto por su sentido de la conciencia de clase como por sus procedimientos y programas (por ejemplo, los sindicatos y las sociedades cooperativas), también adquieren importancia y prominencia en los decenios posteriores a Napoleón. A decir verdad, es muy posible que el movimiento cartista (1838-1848),⁵ al que mantenían unido fuertes lazos de conciencia de clase así como la exigencia de democratización electoral, movilizara una proporción de trabajadores (no agrícolas) mayor que la movilizada por cualquier otro movimiento antes del final de la primera guerra mundial. En este sentido, E. P. Thompson obró con acierto al dar a su magnífico libro el título de *La formación histórica de la clase obrera*, aun cuando concluye en 1830. Sin embargo, de hecho, esta aparición singularmente temprana de la «clase obrera» en el escenario nacional no reflejaba una sociedad industrializada, sino una sociedad que se encontraba en la fase inicial de la primera de todas las «revoluciones industriales». Incluso en la industria del algodón, precursora del sistema fabril, el telar mecanizado

4. Richard Hoggart, *The Uses of Literacy*, Harmondsworth, 1957, p. 11.

5. Obras recientes han insistido en la persistencia del cartismo, al menos localmente, hasta bien entrado el decenio de 1850, pero, a escala nacional, su ocaso fue evidente a partir de 1848.

apareció por primera vez en muchas ciudades durante los decenios de 1830 y 1840, mientras que los tejedores que empleaban el telar manual, en rápida decadencia, habían alcanzado su número máximo —alrededor de un cuarto de millón— en el decenio de 1820 sin ir más lejos. La fábrica propiamente dicha se hallaba limitada virtualmente a partes de la industria textil. Las llamadas «Leyes Fabriles», que proporcionaban un mínimo de protección, no fueron ampliadas más allá del ámbito de esta industria hasta 1867. De hecho, hasta las postrimerías del decenio de 1840 la población británica siguió siendo predominantemente rural, aunque a partir de 1851 hubo una mayoría urbana pequeña pero en rápido aumento.

Por consiguiente, los centros industriales permanecieron aislados, aunque concentrados regionalmente, y muchos de ellos —por ejemplo, en las Midlands— en una etapa prefabríl. Hombres y mujeres se adaptaron a sus nuevas condiciones de vida modificando las costumbres tradicionales del pueblo y de la ciudad preindustrial. Los trabajadores de Lancashire hicieron que se respetasen las festividades tradicionales de sus localidades (las llamadas «wakes»), para lo cual recurrieron a un absentismo masivo que obligaba a los amos a cerrar sus fábricas (característicamente denominadas «mills» [molinos]) y celebraron tales festividades, hasta el decenio de 1840, con los rituales religiosos y ferias tradicionales. Tejedores, mineros y marineros (probablemente el mayor grupo de proletarios británicos hasta la revolución industrial) inventaron canciones populares de estilo tradicional en las que hablaban de su nueva vida. En el decenio de 1950 los entusiastas redescubrirían, recopilarían y grabarían lo que quedaba de estas «canciones populares industriales». También es verdad que se adoptaron nuevos modos de lucha y de organización: la huelga, el «sindicato», la asociación de ayuda mutua, o «sociedad mutua», que funcionaba al mismo tiempo como centro de sociabilidad. Con todo, incluso éstas tenían una larga genealogía preindustrial.

Puede que la «asociación de oficio» de trabajadores cualificados, que se convertiría en el «sindicato» del siglo XIX, fuese o no descendiente directo de las antiguas asociaciones de artesanos, pero su mismo vocabulario refleja todavía su origen preindustrial. Organizaba a los miembros de un «oficio» o «arte»; sus miembros se autocalificaban de «oficiales»; los artesanos [*artisans*] y los trabajadores cualificados siguen llamándose «artesanos» [*craftsmen*]. Hasta hoy día los miembros de un sindicato no utilizan ningún término moderno para

dirigirse unos a otros, sino que emplean la palabra «hermanos». Y fue esta experiencia secular de organización preindustrial la que proporcionó gran parte del marco para organizar al nuevo proletariado, a la vez que los militantes típicos del nuevo movimiento eran, con algunas excepciones, una élite preindustrial o semiindustrial. De los trabajadores miembros del Instituto de Mecánicos de Manchester —en el corazón mismo de la nueva Gran Bretaña industrial— sólo alrededor del 15 por 100 eran trabajadores de la industria textil, casi el 60 por 100 procedían de las ocupaciones manuales y de los oficios de la construcción, y el resto eran trabajadores manuales que casualmente construían máquinas (las cifras son promedios correspondientes al período 1835-1838).⁶

Muchos elementos de lo que más adelante serían las características de la vida, la cultura y los movimientos de las clases trabajadoras se remontan a esta primera fase de la revolución industrial, sobre todo en las primeras zonas fabriles y mineras del norte de Inglaterra, y no era el menor de dichos elementos el propio paisaje industrial, que Friedrich Engels describió de modo inolvidable en su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844). Parte de él se conserva todavía. Gran parte de él, ya fuera construida entonces o no mucho después, se conservó hasta mediados del siglo xx; en 1939 cuatro millones de familias vivían aún en casas construidas antes de 1865. Los centros industriales siguieron siendo comunidades durante mucho tiempo, ya fuese porque nunca dejaron de ser pueblos (como ocurre con la mayoría de los asentamientos mineros) o porque conservaron el carácter de «vecindarios» incluso cuando crecieron hasta transformarse en la típica ciudad industrial, que era de mediano tamaño —pongamos 50.000-80.000 habitantes— o hasta cuando estas ciudades se fundían unas con otras y formaban las inmensas zonas edificadas en que, ya en 1881, vivía el 40 por 100 de los ingleses y galeses: Londres, Lancashire (Manchester y las ciudades que la rodean), las West Midlands (Birmingham y el llamado «Black Country»), West Yorkshire (Leeds, Bradford, etc.), Merseyside (el gran Liverpool) y Tyneside (centrado en Newcastle). Puede ser que para el geógrafo estas zonas constituyeran «conurbaciones» individuales, pero incluso hoy día la invisible división física entre Manchester y Salford es percibida

6. M. Tylecote, *The Mechanics' Institutes of Lancashire and Yorkshire before 1851*, Manchester, 1957, apéndice III.

con perfecta claridad por sus habitantes. La historia del movimiento obrero está llena de militantes modestos cuya vida entera, aparte de algunos vagabundeos y visitas a congresos en su juventud, transcurrió en su lugar de nacimiento o en alguna población cercana. Entre los mineros hasta hubo algunos líderes conocidos en todo el país que permanecieron arraigados como árboles en su pueblo natal.

No es fácil localizar la herencia de este período de los comienzos de la industrialización, aunque podemos detectarla aquí y allá, como, por ejemplo, en la costumbre (rara en la Gran Bretaña decimonónica) de que las mujeres casadas trabajen en las fábricas de algodón de Lancashire. Con todo, un elemento importante conservado desde aquella época serían las sectas protestantes disidentes («inconformistas»), cuyo período más espectacular de crecimiento numérico coincidió con los agitados decenios que mediaron entre Trafalgar y 1848. Es casi seguro que estas sectas no convirtieron a una mayoría de los trabajadores, excepto en Gales, donde la disidencia religiosa funcionaba como símbolo nacional, al igual que hacía el catolicismo entre los trabajadores inmigrados de Irlanda. Estos grupos nacionales, por lo tanto, eran los únicos entre las clases trabajadoras británicas que mostraran interés por la religión en masa, pues el relativo indiferentismo religioso de las «clases trabajadoras» ya se señalaba en el Censo Religioso de 1851. Había, sin duda, sectas tales como los Metodistas Primitivos que obviamente ejercían un atractivo especial en los trabajadores, pero sus principales éxitos los obtuvieron en los pueblos industriales, por ejemplo, entre los mineros del carbón.⁷ No obstante, la disidencia religiosa revistió muchísima importancia en la formación de las élites de la clase trabajadora, al menos en las regiones geográficas donde las sectas eran muy fuertes. En 1906 el 60 por 100 del primer grupo importante de diputados laboristas afirmaba ser de procedencia «inconformista», y aún en 1962 el 50 por 100 de los diputados laboristas procedía de estas sectas. (Excepto en algunas regiones —sobre todo Londres— el ateísmo activo no era muy importante siquiera entre los militantes: el típico anticlerical británico del siglo XIX era un inconformista.)

A pesar de todo, es imposible encontrar las pautas que caracterizan al conjunto de la cultura de la clase trabajadora en el período an-

7. El fenómeno de la «secta obrera» se comenta en E. J. Hobsbawm, *Primitive rebels*, Manchester, 1959.

terior a 1848. Surgieron en el transcurso de los siguientes treinta años, durante los cuales el capitalismo industrial pasó a ser el modo de vida común y aceptado de las clases trabajadoras y, citando a Maurice Dobb, «la clase trabajadora empezó a asumir el carácter homogéneo de un proletariado fabril».⁸ Y hasta el decenio de 1880 o, como mucho, finales del de 1870, no cobraron estas pautas la forma permanente que conservarían hasta las espectaculares transformaciones de los decenios de 1950 y 1960. Así lo demuestra la conocida discontinuidad de la historia del movimiento obrero británico. Desaparecieron el gran fermento político de 1815-1848 y la vasta movilización de masas del período cartista en el decenio de 1840.

El avance ininterrumpido del movimiento obrero moderno y del Partido Laborista no se reanudó hasta el redescubrimiento del socialismo y del que sería denominado «nuevo» sindicalismo en el decenio de 1880. Los decenios intermedios fueron distintos de lo anterior y de lo posterior.

Sin embargo, en tres aspectos fueron cruciales para la formación de la posterior cultura de la clase trabajadora. En primer lugar, enseñaron a los trabajadores que el capitalismo era a la vez nacional y —cuando menos en lo referente al futuro previsible— permanente. No era una catástrofe histórica transitoria, como una invasión o una ocupación extranjera, ni una coalición de tempestades económicas locales que permitiera la huida hacia regiones más tranquilas. Los sindicatos aprendieron, en los decenios de 1840 y 1850, que durante las depresiones era inútil enviar a sus afiliados en paro a «vagabundear» en busca de trabajo en alguna ciudad donde reinara la prosperidad. Las fluctuaciones y los movimientos de la economía eran nacionales. En segundo lugar, la pauta de la Gran Bretaña industrial —de la fábrica mecanizada (pero normalmente todavía muy pequeña), la mina, la forja, el astillero y el ferrocarril— pasó a ser la dominante y no una simple anomalía regional de Lancashire. Varias de las principales zonas industriales —las cuencas mineras de Durham y el sur de Gales, los centros de construcción naval de Escocia, y el nordeste— apenas se habían desarrollado antes de 1850, a la vez que la revolución industrial comenzó a transformar centros manufactureros que an-

8. M. H. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1946, pp. 264-265. (Trad. cast., *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, 1976.)

tes eran dominados por los artesanos. La fábrica llegó a Birmingham; la gran acería, a Sheffield.

En tercer lugar, tuvo efecto la característica estratificación de la clase trabajadora. Fue fruto conjunto de una forma arcaica de industrialización y del sistema de valores de una burguesía liberal confiada, que pasó a una posición dominante cuando las contraideologías perdieron su influencia entre las clases trabajadoras con el ocaso de los movimientos de masas de antes de 1848, así como de la expansión económica. En lo más alto de la jerarquía de la clase trabajadora había una «aristocracia obrera» que era reconocida y se reconocía a sí misma como un estrato superior al resto y, hasta cierto punto, independiente de él. Los miembros del mismo consideraban que su «arte» —que idealmente habían adquirido como aprendices— y, por ende, su habilidad les distinguían de «los peones», y hasta los que a todas luces no poseían un adiestramiento y una habilidad en el arte se asimilaban al estereotipo del «artesano». De hecho, podían hacerlo porque ambos grupos tenían sindicatos eficaces y, con algunas excepciones —una de las cuales era la hilatura de algodón (monopolio de los varones)—, la mayoría de los sindicatos en el decenio de 1870 se apoyaba en el carácter insustituible de ciertos tipos de habilidad manual que se adquirían durante un largo período de adiestramiento y experiencia.

La aristocracia obrera era «respetable», palabra clave en el vocabulario social de la Gran Bretaña decimonónica. Esta aristocracia era adulada por la clase dirigente, que se refería a ella diciendo «los artesanos inteligentes», y, a decir verdad, la debilidad de una pequeña burguesía del tipo continental y la curiosa ausencia de un estrato de oficinistas y pequeños funcionarios en la Gran Bretaña victoriana (en 1871 las empresas de la mayor nación comerciante del mundo empleaban a sólo 200.000 personas en «ocupaciones comerciales») hicieron que los «artesanos» fuesen el núcleo de lo que a veces se denominaba la «baja clase media». Y, pese a ello, como han vuelto a demostrar investigaciones recientes, se consideraba a sí misma como una clase trabajadora, e incluso, en algunos aspectos, como los portavoces y líderes del resto de los trabajadores manuales. Y forzosamente tenía que ser así, porque sus ventajas económicas y su categoría dependían de la capacidad de organizarse: en sindicatos, en sociedades cooperativistas de consumidores, en sociedades de ayuda y seguros mutuos. Gracias a estos medios, y sólo gracias a ellos, podía conservar la relativa exclu-

sividad que la separaba de «los peones» y, hasta cierto punto, la protegía de la inseguridad. Desde el punto de vista existencial, se hallaba vinculada a los que estaban debajo de ella, aunque tenía que mantenerlos a raya.

La «aristocracia obrera» aportó el modelo para un estrato bastante más numeroso de trabajadores, que, según las estimaciones de los observadores de clase media de entonces, representaba cualquier cifra hasta la mitad de la clase trabajadora manual (aunque probablemente era algo menor), aquellos que contaban con unas ganancias razonablemente regulares y que, citando a Charles Booth, formaban «el campo reconocido de todas las formas de cooperación y combinación», es decir, de organización obrera. Con todo, no hay que olvidar que antes de los comienzos del siglo xx el porcentaje real de trabajadores afiliados a sindicatos, dejando aparte algunos casos concretos de ocupaciones cualificadas, regiones e industrias, no superaba el 10 o el 15 por 100 de los trabajadores varones (1901). El resto iba desde los que eran clasificados vagamente como «mano de obra no cualificada» (pero que abarcaban muchos grupos tales como la mayoría de los ferroviarios, a los que habrían podido organizar formas de sindicalismo distintas del tipo predominante de «sindicato de oficio») hasta los nutridos grupos marginales de población y subproletariado de las grandes ciudades y los que se veían obligados a prescindir de todo amor propio aceptando la única forma de seguridad social que existía, la «ley de pobres» penal. La autobiografía de Charles Chaplin nos da una imagen viva de lo que significaba ser «pobre».⁹ Al finalizar el siglo, las investigaciones sociales revelaron que alrededor del 40 por 100 de la clase trabajadora vivía en la llamada «línea de la pobreza» o por debajo de ella.

Finalmente, durante los decenios posteriores a 1848 se pusieron los cimientos de la subsiguiente cultura de la clase trabajadora, por cuanto (con la excepción de la Ley de Pobres, cierto control jurídico de los horarios y las condiciones de trabajo y, después de 1870, la educación elemental proporcionada por el estado) la aportación de bienes y servicios para la clase trabajadora quedó casi totalmente en manos de sus propias organizaciones voluntarias y de los empresarios —generalmente pequeños— que pudieran beneficiarse abasteciendo a los pobres.

9. Charles Chaplin, *My Early Years*, Londres, 1979.

La cultura obrera que se hizo dominante en el decenio de 1880 reflejaba tanto la economía nueva y plenamente industrial, como el tamaño cada vez mayor de la clase trabajadora como mercado potencial, además de la notable mejora del promedio de salarios reales durante el período en que los costes de la vida descendieron rápidamente (hacia 1873-1896). A partir de aproximadamente 1890 también reflejó de modo creciente un aumento de la conciencia de clase así como el cambio del papel del estado en la vida nacional, que se hizo mucho mayor. El aumento de la clase trabajadora era el resultado natural de una economía que en gran parte se basaba aún en el trabajo manual. Así, el incremento de la producción de carbón —que era la fuente de energía más importante— requirió un aumento proporcional del número de mineros, de tal modo que en 1914 alrededor de un millón y cuarto de hombres, más sus familias, eran los que la economía británica necesitaba sólo para este fin. El crecimiento de la conciencia de clase fue resultado, no sólo del incremento de las tensiones entre las clases en el período de la llamada «Gran Depresión» (1873-1896) y en la época de rápido cambio industrial que siguió al mismo, sino también del espectacular desarrollo del empleo terciario. Una nueva «baja clase media», integrada en esencia por oficinistas, se introdujo entre el antiguo estrato «artesanal» y la clase media. Como su situación económica no era obviamente superior, su objetivo principal consistía en segregarse del modo más claro posible de la clase trabajadora, tanto por medio de un estilo de vida que se inspiraba mucho más en el de la clase media como valiéndose de una ideología decididamente conservadora, patriótica e incluso imperialista. Al mismo tiempo que mantenía sus ventajas económicas sobre el resto de la clase trabajadora, la «aristocracia obrera» se vio obligada de forma creciente a formar un estrato común con el resto. Cuando sus privilegios laborales reales empezaron a notar la presión de la mecanización, varios de los grupos «obreros-aristocráticos» más característicos de los decenios de mediados del siglo XIX se desplazarían marcadamente hacia la izquierda, tratando de defenderse, después de 1914. Estos grupos, sobre todo en las industrias del metal, serían la base principal de los movimientos de izquierdas.

La cultura del proletariado británico que se creó entonces es la que conocemos por los escritos de sociólogos e intelectuales de origen obrero que se dieron a conocer en tiempos de la segunda guerra

mundial, y, más aún, por los medios de comunicación en los decenios de 1950 y 1960, algunos de los cuales —en especial la televisión— mostraban un fuerte sesgo «populista». De hecho, es probable que dicha cultura no cambiara mucho hasta el decenio de 1950, momento en que el pleno empleo, los salarios altos y la recién nacida sociedad de consumo vinieron a transformar la vida material de las clases trabajadoras. Cabe argüir que probablemente la antigua cultura alcanzó su auge entre 1945 y 1951, pues fue éste el período en que mayores fueron el número de afiliados a los sindicatos (como porcentaje de la fuerza laboral), la fuerza electoral del Partido Laborista (en términos absolutos y como porcentaje del electorado total), la asistencia a los partidos de fútbol y a los cines, y quizá también el periódico de circulación masiva dirigido específicamente a un público proletario. El vocablo «cultura» lo utilizamos aquí en su sentido más amplio, el que le dan los antropólogos sociales, pues en el sentido más limitado con que lo emplearen las clases medias (es decir, la literatura y las artes consideradas como fenómeno independiente) formaba parte de la vida de sólo una sección de la clase trabajadora, por regla general (aunque no de forma exclusiva) la que era políticamente consciente y activa, así como de la de esa parte de la generación joven que terminaba una educación secundaria. Para el conjunto de los trabajadores británicos la palabra «libro» era sinónimo de revista. «Teatro» significaba cine, aunque también, hasta cierto punto, quería decir *music-ball. Pictures* [«cuadros» o «películas» en inglés] significaba cine.

Esta cultura obrera tenía un arraigo tan firme, que es fácil olvidar que poseía unos orígenes cronológicos concretos. El fútbol como deporte de las masas proletarias —casi una religión laica— nació en el decenio de 1880, si bien en las postrimerías del de 1870 los periódicos del norte del país ya eran conscientes de que atraían más lectores cuando, para llenar espacio, publicaban los resultados de los partidos. El deporte se profesionalizó a mediados del decenio de 1880, y en ese mismo decenio se creó su pauta: los partidos de liga, la eliminatoria de la copa, la dominación casi total del deporte por jugadores de origen proletario (cobraban un salario, al igual que todos los trabajadores, aunque el suyo era más alto que el del resto), la curiosa oposición binaria que hacía que las ciudades industriales de cierta importancia se dividieran en bandos rivales que seguían a equipos rivales: el Sheffield United contra el Sheffield Wednesday, el

Nottingham County contra el Nottingham Forest, el Liverpool contra el Everton, el Glasgow Rangers contra el Glasgow Celtic (con un acentuado carácter de rivalidad entre católicos y protestantes, o entre irlandeses y no irlandeses en las ciudades divididas en nacionalidades), etcétera. Las típicas vacaciones de las clases trabajadoras en la costa, los lugares de vacaciones asociados específicamente con ellas —sobre todo Blackpool en Lancashire— también cobraron forma en los decenios de 1880 y 1890. La famosa gorrita plana con visera, que sería virtualmente el uniforme del trabajador británico en sus momentos de ocio (aparece aún hoy día en una tira de dibujos, «Andy Capp», que trata de los valores tradicionales de los varones proletarios en el nordeste) triunfó, según parece, en los decenios de 1890 y 1900. La tienda de *fish-and-chips* [pescado frito con patatas fritas que se venden en cucuruchos de papel de periódico], que hasta el decenio de 1950 fue la proveedora universal de comida ya preparada, no fue inventada hasta 1865 (en Lancashire). De hecho, se olvida con frecuencia que la cocina económica corriente no entró en los hogares de la clase trabajadora hasta el decenio de 1860.

Ni siquiera la forma característica de la semana del trabajador —a la que, significativamente, en el extranjero llaman *semana inglesa*— triunfó del todo antes del decenio de 1870, momento en que la costumbre de pagar a los obreros en viernes hizo que el fin de semana o, mejor dicho, el sábado, se convirtiese en el día principal de las actividades de asueto. (El puritanismo hacía que las formas paganas de diversión quedasen excluidas de los domingos, aunque no podía evitar la costumbre que seguían muchos trabajadores varones adultos: pasarse toda la mañana en la cama leyendo periódicos que publicaban reportajes meticulosos sobre crímenes, abusos sexuales y deportes.) «San Lunes» —la declaración de independencia del trabajador y del artesano preindustriales —seguía floreciendo en el decenio de 1860, cuando era aún el principal día de la semana para galas, fiestas y manifestaciones de aniversario en Wolverhampton, para carreras de remo en Tyneside y para carreras a pie en toda Inglaterra.

Hasta los decenios de 1880 y 1890 no empezó la «High Street», la principal calle comercial de las ciudades y distritos obreros, a tomar la forma que conservaría hasta el auge de los supermercados. Fue fruto de dos cosas: del descubrimiento de un mercado de masas consumidoras entre la clase trabajadora y del imperialismo. Lo primero fue el origen de la producción fabril (a partir del decenio de

1870) de zapatos, que se vendían en las sucursales de tiendas múltiples, y, un poco después, de ropa de hombre. (La ropa barata para mujer y los cosméticos no pasaron a ser un gran negocio hasta el período de entreguerras.) También fue el origen de la producción fabril de mermeladas, salsas y escabeches baratos, lo cual formó parte de una importante transformación de las pautas alimentarias. El segundo factor, el imperialismo, produjo «cadenas de establecimientos» —empresas nacionales o regionales con numerosas sucursales (Liptons tenía ya 500 establecimientos en 1914)— que vendían comestibles procedentes de ultramar y carne congelada barata procedente de la Argentina o de las antípodas. (Las cooperativas eran reacias a tener existencias de este tipo de carne, toda vez que el artesano británico prefería la buena carne británica y podía permitírsela.) La suerte de estas cadenas de establecimientos dependía en gran parte de la venta de té indio y cingalés, que se empaquetó en gran cantidad por vez primera en 1884. A partir de 1900 empezaron a verse en las verdulerías y fruterías populares productos aún más exóticos, tales como, por ejemplo, el plátano. Las grasas coloniales eran la base del imperio del jabón Lever; el cacao colonial, de los empresarios (principalmente cuáqueros) que satisfacían el apetito ilimitado de bombones y dulces producidos en serie que tenía el niño de la clase obrera británica, especialmente de la escocesa.

Es obvio que los trabajadores británicos no perdieron sus características regionales, ni siquiera las locales, cosa que incluso hoy saben los que hacen estudios de mercado.¹⁰ De hecho, a diferencia de sus compatriotas de clase media, los trabajadores británicos nunca abandonaron del todo los dialectos locales para adoptar un inglés de tipo estándar, y hoy día uno de los pocos grupos de ciudadanos destacados de Gran Bretaña cuyo acento puede localizarse inmediatamente es el que forman los líderes sindicales.¹¹ De todos modos, la pauta de

10. Una guía útil de estas diferencias es D. Elliston Allen, *British Tastes: An Enquiry into the Likes and Dislikes of the Regional Consumer*, Londres, 1968.

11. No obstante, con excepciones muy raras, tales como los trabajadores de las canteras del norte de Gales (ya casi extintos), todos los trabajadores de todas las regiones industriales del Reino Unido hablaban inglés a principios del siglo xx.

vida y cultura de la clase obrera que apareció en los últimos decenios del siglo XIX era notablemente estandarizada.

Tampoco cambió de modo fundamental, aunque en el período de entreguerras fue enriquecida por nuevos bienes de consumo, mejores viviendas y nuevas formas de ocio. A partir de 1918 las viviendas municipales, que antes eran insignificantes, se hicieron comunes: en 1939 alrededor del 10 por 100 de los casi trece millones de viviendas de Gran Bretaña habían sido construidas por los municipios, casi todas después de la primera guerra mundial. Al mismo tiempo, el inmenso auge de la construcción de casas que se registró en el decenio de 1930 introdujo un elemento sustancialmente nuevo en la vivienda urbana: el ocupante-propietario. Entre las dos guerras mundiales aparecieron unos cuatro millones de ellos, poco menos de la mitad trabajadores.¹² Aparecieron nuevos «bloques municipales» y barrios residenciales para obreros, con jardines; a menudo, como en el caso de Londres, estaban lejos del centro. Fue el comienzo de la privatización de la vida de la clase trabajadora.

Mientras tanto se alzaron los grandes cines, palacios de sueños transitorios en los que la gente se olvidaba de los años de depresión y paro. Sus nombres («Granada», «Odeón») hacían juego con su opulenta decoración, aunque los maravillosos teatros barrocos de variedades, que habían vivido su momento de máximo esplendor entre 1890 y 1914, aún se defendían, al menos en los centros de las ciudades. Otro mundo de sueños para la clase trabajadora nació en 1919 al abrir sus puertas el primero de los llamados *palais de danse*. Tanto el cine como la música de baile influida por el jazz se importaron de los Estados Unidos, junto con síntomas de la emancipación de las muchachas de la clase trabajadora. Porque el *palais* era adonde iban las chicas para conocer chicos, y el «palacio del cine» era adonde iban unas y otros juntos, como también iban, cada vez más, los matrimonios. Al mismo tiempo, las quinielas futbolísticas, que ofrecían grandes premios a quien predijera correctamente los resultados de los partidos de la semana, añadían una dimensión nueva a las actividades intelectuales de los proletarios. Aunque la clase media condenó la pasión universal de los trabajadores (varones) bri-

12. La estimación se basa en M. Abrams, *The Condition of the British People 1911-1945*, Londres, 1946. Hasta después de la segunda guerra mundial no se recogieron cifras oficiales de modo regular sobre las casas y sus propietarios.

tánicos por las apuestas, tachándolas de inmorales y ruinosas, para la mayoría de los trabajadores (que raras veces apostaban más dinero del que podían permitirse de modo regular) ganar era simplemente la posible recompensa al placer de pasarse horas —en el caso de las quinielas, principalmente en casa— «estudiando el impreso» y poniendo a prueba sus facultades de predicción racional. Era probablemente el único tipo de estudio regular que llevaban a cabo unos hombres que no leían libros. Finalmente, estaba la radio: no comercializada, paternalista, pero incuestionablemente, a finales del decenio de 1930, el medio más universal de cultura popular, porque era el más doméstico.

La radio señaló el principio de la transformación de la vida del ser que era la víctima más permanente de la cultura proletaria y, de hecho, de la vida industrial: la mujer casada de clase trabajadora. Para la mayoría de ellas una casa pequeña en una calle estrecha no era sólo el centro de su vida, sino también el marco donde virtualmente se desarrollaba toda ella después de casarse. Sus relaciones sociales, fuera de la casa, estaban limitadas en gran parte a las vecinas, los tenderos del barrio, parientes que con mucha frecuencia vivían cerca y, quizá, unos cuantos «extraños» como el cobrador del alquiler o el «hombre de los seguros» que pasaba cada semana a cobrar una modesta suma que normalmente no proporcionaba más que el coste de un «buen entierro» para los muertos. A menos que los niños fueran muy pequeños, esta mujer pasaba gran parte del día sola en casa, mientras los hombres estaban en el trabajo y los niños en la escuela o en la calle. A veces su soledad se veía aliviada con un poco de chismorreo con las vecinas o en la tienda de la esquina. Aún se encontraba excluida de las nuevas posibilidades de trabajo —en la industria, en tiendas y oficinas— y de ocio que se ofrecieron a la muchacha *soltera* de la clase trabajadora a partir del decenio de 1880. El matrimonio ponía fin a tales posibilidades. En 1914 sólo el 10 por 100 de las mujeres británicas casadas trabajaban a cambio de un salario, e incluso en 1931 solamente el 13 por 100.

A cambio de ello, la esposa de clase trabajadora era el centro de la familia, el foco de sus relaciones emotivas, la influencia crucial sobre los hijos, como indican claramente todas las autobiografías. La esposa gastaba el dinero que ganaban los hombres. En algunas industrias o regiones (al igual que entre algunos grupos de mineros) el hombre entregaba su salario a la esposa el día de pago y ella le de-

volvía una parte «para sus gastos». (Era más frecuente que el hombre le diese una suma para los gastos semanales de la casa y dejara que ella la administrase del mejor modo posible.) La mujer establecía la condición social visible de la familia colocando cortinas y macetas con plantas en la ventana que daba a la calle —en las familias más acomodadas la ventana correspondía al *parlour* [sala de estar], que sólo se utilizaba en ocasiones especiales— y librando una batalla interminable contra el hollín y la mugre, fregando, sacando brillo y pintando. A los treinta años la mujer ya había perdido la mayor parte de su atractivo sexual y dejaba de esforzarse por cuidar su aspecto. En las zonas proletarias clásicas como el sur de Gales, incluso en el decenio de 1960, «el dinero que se gasta en ropa de mujer es, en general, escaso, y más escaso aún es el dinero destinado a comprar cosméticos y sombreros».¹³ A los cuarenta «se convierte rápidamente en la figura sin forma que la familia llama “nuestra mamá”» (R. Hoggart); a los cincuenta años lo más probable era que la aquejase una mala salud persistente, que en vano trataba de mantener a raya con específicos o «un frasco de algo» recetados por el médico (a partir de 1911, año en que se introdujo una forma rudimentaria de seguro nacional de enfermedad). Probablemente, había empezado a salir con chicos a los dieciséis años, tenido «un novio fijo» a los dieciocho y alcanzado la culminación de su vida en el día de la boda. El resto de su existencia era sacrificio.

Lo cual no quiere decir que el varón de clase trabajadora soliera estar en buena forma física. Un siglo de industrialización primitiva lo convirtió en un hombre «bajo y de tez oscura, cetrina y arrugada la cara cuando ya ha cumplido los treinta» (R. Hoggart). A principios del siglo xx los chicos de 12 años en las escuelas privadas (de clase media y aristocrática) eran por término medio 12,5 centímetros más altos que los alumnos de las escuelas estatales. Cuando por primera vez se introdujo el servicio militar obligatorio en 1917-1918 sólo al 36 por 100 de los reclutas se les podía clasificar como aptos y sanos, mientras que el 41,5 por 100 (el 48,5 por 100 en Londres) presentaban «incapacidades acentuadas» o señales de antiguas enfermedades: no es extraño que así fuera, ya que en las zonas más pobres de Leeds (1902) la mitad de los niños padecían raquitismo y el 60 por 100 tenían caries dentales.

13. D. Elliston Allen, *op. cit.*, p. 85.

Sin embargo, la vida del hombre de clase trabajadora era más variada que la de la mujer casada, toda vez que pasaba gran parte de ella en los ambientes sociables del trabajo y en centros de ocio, aún más abrumadoramente masculinos, como el «pub» y el campo de fútbol. Las dos instituciones se hallaban íntimamente vinculadas, puesto que el deporte, al que dedicaban comentarios propios de expertos, era con mucho el tema más habitual de conversación en el «pub». La sociabilidad masculina era inseparable del alcohol —que en Inglaterra era principalmente la cerveza, a la que en Escocia se le añadía el alcohol fuerte (whisky)—, si bien el convencionalismo señalaba claramente una distinción entre la «copa social» y las «copas festivas o intoxicadoras». De hecho, entre los comienzos del decenio de 1870, momento en que alcanzó su punto culminante, y el decenio de 1960, la costumbre de beber mucho mostró un claro descenso. El «pub» clásico de clase trabajadora era *the local* [taberna del barrio o «de la esquina»], adonde los hombres tendían a acudir con regularidad, por regla general de uno en uno o de dos en dos, después del trabajo o de la cena (que se tomaba temprano), para gozar de un respiro, más o menos largo, de su labor y de la vida doméstica. Al aumentar otras formas de ocio para los jóvenes, el «pub» de clase trabajadora fue convirtiéndose cada vez más (también en este caso, hasta que la tendencia dio marcha atrás en el decenio de 1960) en una fortaleza de los hombres mayores de treinta años.

¿Dónde encontramos la conciencia de clase en este mundo de hombres y mujeres hacinados, sufridos, estoicos y poco exigentes? En todas partes. La vida del trabajador británico estaba tan impregnada de conciencia social, que casi todas las cosas que hacía eran un testimonio de que era consciente de la diferencia y el conflicto entre «nosotros» y «ellos». «Ellos» no estaban definidos claramente, excepto en el taller o en la fábrica, aunque, entre 1886 y 1922, la fusión virtual de la aristocracia hacendada, los capitalistas y una nueva baja clase media en un Partido Conservador unido hizo que la definición exacta fuera innecesaria. A partir de 1922 el Partido Laborista sustituyó al Partido Liberal como contrincante de los conservadores, aunque hubo sólo dos gobiernos laboristas, efímeros y sin poder, antes de 1945. Gran Bretaña era una sociedad compuesta por dos clases y dotada de un sistema bipartidista que reflejaba ese hecho, y todo el mundo lo sabía. Pese a ello, si bien la ascensión de un partido independiente de los trabajadores basado —como

indica su nombre— exclusivamente en la lealtad de clase fue un fenómeno crucial del siglo xx —o, para ser más exactos, del período de entreguerras—, la conciencia de clase de los trabajadores británicos no puede medirse sólo por el número de votantes del Partido Laborista, siquiera sea porque nunca —ni tan sólo en su apogeo de 1945-1951— ganó más que una mayoría escasa de votos proletarios. Sin duda había en Gran Bretaña —sobre todo en los distritos carboneros o en las ciudades de provincias con alguna especialización industrial— zonas donde la clase trabajadora y el movimiento obrero organizado eran en verdad casi idénticos, pero esas zonas no constituían la norma.

Tres cosas caracterizaban la conciencia de clase de los trabajadores británicos: un profundo sentido de la independencia del trabajo manual, un código moral no formulado pero poderoso que se basaba en la solidaridad, la «justicia», la ayuda mutua y la cooperación, y, finalmente, la disposición a luchar por un trato justo. El historiador A. J. P. Taylor ha escrito lo siguiente sobre la huelga general de 1926:

El reclutamiento voluntario de la primera guerra mundial y la huelga de 1926 fueron actos de generosidad espontánea, sin paralelo en ningún otro país ... Semejante nobleza merece algo más que un tributo pasajero. Los huelguistas no pedían nada para ellos mismos. No pretendían desafiar al gobierno, menos aún derrocar la constitución. Lo único que querían era que los mineros tuviesen un salario que les permitiera vivir ... Una vez más fueron a las trincheras, sin entusiasmo y con poca esperanza.¹⁴

Pero «generosidad» no es la palabra apropiada. Lo que les dominaba era la convicción moral de que la gente tenía derecho a recibir un trato justo, un salario decente a cambio de una vida dura, «participaciones justas» incluso de la pobreza, así como la convicción de que los trabajadores tenían que ayudarse mutuamente para luchar contra «ellos», convicción adquirida durante un siglo de industrialización que convirtió a Gran Bretaña en un país de proletarios.

En la mayoría de los casos la ayuda era pequeña, extraoficial, a menudo lastimosamente inadecuada. El estado, la ley, las autoridades pertenecían a «ellos», exceptuando los municipios locales controlados por el laborismo. Hasta 1914, e incluso hasta 1945, una parte inmen-

14. A. J. P. Taylor, *English History 1914-1945*, Oxford, 1965, pp. 244-245.

sa de la vida obrera transcurría en una red de ayuda y confianza mutuas que en gran medida eran independientes de la ley. En los talleres los hombres sabían que incluso los inválidos y los ancianos tenían derecho a ganarse la vida y sus «compañeros» se encargaban de que pudieran ganársela. Los vecinos se ayudaban mutuamente. Complejos sistemas de confianza mutua funcionaban bien sin necesidad de sanciones, como en el sistema de apuestas en metálico fuera de los hipódromos, sistema que llegaba a todas las fábricas y a todas las calles donde vivía la clase trabajadora. Técnicamente era ilegal, a diferencia de las apuestas a crédito de los ricos, pero, por regla general, era tolerado por la policía. Pese a ello, funcionaba a la perfección y —lo que es más sorprendente— sin ninguna participación significativa de delincuentes organizados. Al igual que las formas más organizadas y políticas de acción obrera, simbolizaba cierto sentido de independencia de clase, pero, sobre todo, la creación de un espacio social ajeno al control de los poderosos y de los ricos. Sus ambiciones eran modestas; pero sabía cómo fijar límites al poder de «ellos», cosa que hacía por medio de una mezcla de lucha formal y de no cooperación informal. Puede que los trabajadores británicos no pretendiesen derrocar el sistema salarial, pero ninguna otra clase trabajadora ha alcanzado el grado de «control obrero» *de facto* en la fábrica que caracterizaría a tantas fábricas grandes de Gran Bretaña.

La élite de militantes con conciencia política lamentaba constantemente que las ambiciones de las masas no fueran mayores, que su interés por la ideología no fuera más pronunciado; aun cuando la gran masa de los propios militantes, los activistas de los sindicatos y del Partido Laborista, no fueran lo suficientemente revolucionarios a ojos de elementos, por lo general marxistas, que han actuado a su izquierda desde el redescubrimiento del socialismo en el decenio de 1880, normalmente con mayor influencia en los sindicatos que en la política electoral. El presente capítulo, repito, no se ocupa de ellos, aunque sólo sea porque su historia y su composición social todavía no han sido investigadas de modo satisfactorio. Es probable que la élite no fuera muy distinta de élites parecidas en otros países, incluso de las que incluían un número mucho mayor de personas que se autodenominaban marxistas. Hasta el decenio de 1950, fue una élite abrumadoramente proletaria, no sólo porque eran relativamente pocos los intelectuales de clase media que abrazaban el socialismo, y no sólo porque el sistema educativo y social cuidara de que en su mayor

parte los trabajadores inteligentes y jóvenes se limitasen a ejecutar trabajos manuales, sino también porque abandonar la propia clase (incluso, a veces, para ser capataz) era una especie de traición. Y, al igual que en otras partes, el movimiento obrero organizado no era únicamente una forma de lucha, sino también, para muchos de sus militantes, una forma de educación de uno mismo. Sin embargo, pese a su entrega y a su capacidad, los militantes constituían una minoría, aunque en el período de entreguerras, durante el cual el Partido Laborista tuvo quizá un cuarto de millón de afiliados varones y casi 200.000 afiliadas, era una minoría importante.¹⁵

Ésta era, pues, la cultura de la clase trabajadora británica en vísperas de su crisis y de su cambio. Los decenios de 1950 y 1960 la transformaron, aunque, al integrarla en la moderna cultura de consumo británica, transformaron también esa misma cultura. Durante los últimos veinticinco años la clase trabajadora de Gran Bretaña ha experimentado cambios profundos. Hoy día menos de la mitad de la población británica empleada consiste en trabajadores manuales y, con la excepción del gran complejo de industrias del metal y de la electricidad, los antiguos baluartes de la cultura obrera —el carbón, los textiles, la construcción naval, los ferrocarriles— se están muriendo o aparecen muy disminuidos. En la actualidad, más de la mitad de las mujeres casadas tienen un empleo remunerado. Los jóvenes militantes obreros han ido a la escuela y son ahora jóvenes militantes profesionales: el más característico de los miembros laboristas del Parlamento de hoy no es un minero ni un ferroviario, sino un *lecturer* de algún *college* que aspira al estatus de una universidad. El marco de las vacaciones anuales de las masas proletarias británicas no son las playas expuestas al viento de Lancashire, sino las costas soleadas de España. Las tiendas de *fish-and-chips* han cedido su puesto a las que venden «comida para llevar». En términos materiales la ganancia es enorme. Desde el decenio de 1950, por primera vez en la historia, la mayoría de los trabajadores de Gran Bretaña han podido llevar una vida digna de seres humanos. En términos no materiales, una forma de vida está terminando o ha terminado. Y, al

15. El grueso de los miembros del Partido Laborista se afiliaron al mismo a través de los sindicatos; en muchos casos sólo una minoría de sindicalistas se afiliaba de este modo. La afiliación individual no existía antes de 1918. El número de afiliados de las organizaciones de izquierdas más pequeñas era mucho más reducido.

igual que la propia Gran Bretaña, anclada en el siglo XIX, la clase trabajadora británica corre el peligro de perder su sentido de la orientación. Pero su situación y sus perspectivas en la actualidad son tema para el periodista y el sociólogo. Todavía no son tema para el historiador.

(1979)

10. LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA, 1870-1914¹

I

Si doy a este capítulo el título de «La formación de la clase obrera», no es porque desee dar a entender que la formación de esta clase o de cualquier otra es un proceso finito como la construcción de una casa. Las clases nunca están hechas en el sentido de quedar terminadas o de adquirir su forma definitiva. Cambian constantemente. Sin embargo, dado que la clase obrera era históricamente una nueva clase —que, antes de un período especificable, ni ella misma ni las demás clases reconocían como una colectividad social o institucional—, vale la pena localizar su aparición como tal grupo social durante algún período. Eso es lo que trató de hacer E. P. Thompson en un libro que en seguida, y merecidamente, se convirtió en un clásico.² Por otro lado, la clase obrera —suponiendo que ya se la pueda llamar así— de los decenios de 1820 y 1830 era patentemente muy distinta de la clase trabajadora llamada «tradicional», sobre la cual empezaron a escribir elegías agrídulces los observadores culturales, que a veces, como en el caso de Richard Hoggart, eran de origen proletario, en el decenio de 1950. Había aún un largo trecho entre las famosas chaquetas de fustán del carlismo y Andy Capp. De lo que voy a ocuparme aquí es de la aparición de la clase obrera «tipo Andy Capp»: es decir, del proletariado británico que pasó a ser reconocible, no sólo por la prenda

1. El presente capítulo fue en un principio una conferencia «Ford» pronunciada en la Universidad de Oxford.

2. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres 1963.

con que se cubría la cabeza, acerca de la cual diré algunas cosas, sino también por el medio material en que vivía, por un estilo de vida y de ocio, por cierta conciencia de clase que de modo creciente hallaba expresión en la tendencia secular a afiliarse a sindicatos y a identificarse con un partido de clase: el Laborista. Es la clase trabajadora de las finales de copa, de las tiendas de *fish-and-chips*, del *palais-de-danse*, y del Laborismo. Desde el decenio de 1950 esta clase se ha contraído y a la vez ha cambiado, aunque los teóricos de 1950 que hablaban de «ausencia de sentimiento de clase» y del «aburguesamiento» se equivocaron al predecir su disolución. Todavía queda una parte muy grande de ella. Sin embargo, desde 1950 las transformaciones han sido profundas. Con todo, no voy a ocuparme en el presente artículo de estos fenómenos más recientes relativos a la clase obrera. Junto con un grupo de personas del movimiento obrero, comentaré la naturaleza y las consecuencias de estos cambios en otra parte.³

Pero mi título también es un tributo y al mismo tiempo una crítica del notable libro de E. P. Thompson. En cierto sentido, Thompson estuvo acertado al fechar la aparición de la clase trabajadora en la sociedad británica a principios del siglo XIX, puesto que en la era del cartismo ya se había formulado la imagen de la sociedad británica que expresa el «lenguaje de clase» de Asa Briggs, y se había formulado como una imagen trinitaria de terratenientes, burguesía y clase obrera. Y esta imagen ya da a entender la absorción conceptual en la clase trabajadora de todo tipo de estratos sociales que seguían existiendo de hecho, pero que, por así decirlo, se habían vuelto socialmente invisibles. El nutrido grupo de personas que desempeñaban un papel tan importante, y con frecuencia tan consciente, en el escenario social de otros países bajo nombres tales como «campesinado», «pequeña burguesía», «pequeño artesanado», etc., no aparece en Gran Bretaña. En la época del cartismo, términos como «artesano», «oficial» (o, para el caso, virtualmente todos los términos asociados con el antiguo mundo de productores pequeños e independientes y sus organizaciones) denotan algo parecido al asalariado cualificado más que al productor independiente, mientras que, a la inversa, el término «manufacturero», que antes se refería vagamente

3. Martin Jacques y Francis Mulhern, eds., *The Forward March of Labour Halted?*, Londres, 1982.

a la fuerza laboral, acabó siendo monopolizado por el patrono industrial. La polarización de la terminología es indicio de transformación económica. Si las palabras *trade* [oficio] y *tradesman* [hombre con oficio], cuando eran utilizadas por trabajadores, adquirieron el sentido principal de habilidad industrial, los mismos términos, al ser usados por las clases media y alta, acabaron denotando de modo exclusivo la función del minorista. En el hueco intermedio desapareció el clásico *Handwerker*, *artisan* o *artigiano* que fabricaba y al mismo tiempo vendía.

Más si el período que señala Thompson es importantísimo, de esta y de otras maneras, por la aparición, la «formación» de la clase obrera inglesa, a mi modo de ver Thompson se equivoca al sugerir —pues no hace más que sugerir— que las clases trabajadoras del período anterior al cartismo, o durante éste, *eran* la clase obrera tal como evolucionaría más adelante. A pesar de la notable y, juzgada según pautas internacionales, excepcional continuidad del movimiento sindical respecto de su pasado artesano preindustrial, la mayoría de las obras posteriores a la de Thompson han demostrado que es muy peligroso ver, en los decenios posteriores a Napoleón, el proletariado, los movimientos obreros y las ideologías de nuestro siglo. De hecho, la falta de continuidad entre los movimientos obreros de antes y de después del cartismo, la distancia de generaciones entre el socialismo de Owen y el renacimiento socialista del decenio de 1880, es tan obvia, que los historiadores siguen intentando explicarla. Puede que algunas de nuestras organizaciones sean muy antiguas, y puede que se conserve algún que otro fragmento del folclore, pero la verdad es que la historia continua de los movimientos obreros británicos, incluyendo su memoria histórica, no empieza hasta mucho después de los cartistas. Si la tradición viva del movimiento se remonta hasta mucho más allá, es porque los historiadores de la clase obrera han desenterrado el pasado más remoto y lo han introducido en el movimiento, donde se ha transformado en parte del bagaje intelectual de los activistas. El owenismo, el cartismo y el resto, así como las clases trabajadoras de ese período inicial, son, por supuesto, los antepasados de la posterior clase trabajadora británica y sus movimientos, pero en algunos aspectos de gran importancia son fenómenos diferentes. En este sentido, la clase trabajadora no se «hace» hasta mucho después del período en que termina el libro de Thompson.

II

No es nada extraño que la clase trabajadora de la economía de los últimos tiempos de la época victoriana, una economía poderosa y de amplia base, fuera muy diferente de las clases trabajadoras del período anterior a la construcción de la red de ferrocarriles. No hace falta que malgastemos tiempo en demostrar un hecho tan obvio. En 1851 había más zapateros que mineros, el número de sastres superaba en dos veces y media el de ferroviarios, y había más trabajadores de la industria sedera que empleados de comercio.⁴ El taller del mundo no era todavía lo que Clapham denominó «el estado de la industria», ni en su escala, su pauta o su tecnología y su organización industrial. Si Lancashire ya había encontrado su pauta industrial, Birmingham, Sheffield, Tyneside y el sur de Gales la estaban encontrando o iban a encontrarla pronto. De lo que se trata es más bien de cómo la nueva y ampliada economía industrial afectó a la clase obrera: de diversas maneras.

En primer lugar, experimentó un gran incremento de su tamaño absoluto y de su concentración. Mientras que el porcentaje total de los empleados en las manufacturas, la minería y la industria no aumentó mucho entre 1851 y 1911, y apenas lo hizo hasta el decenio de 1890 —pero sí aumentó en el transporte— ahora constituía una masa mucho mayor y más concentrada.⁵ En 1911 había en Gran Bretaña treinta y seis ciudades de más de 100.000 habitantes, comparadas con las diez que había en 1851; y en ellas vivía el 44 por 100 de la población total comparado con el 25 por 100. Entre 1871 y 1911 Merseyside aumentó en alrededor de las tres cuartas partes y Tyneside casi triplicó su población. También aumentó el tamaño medio de los establecimientos en los que trabajaba la gente, aunque en las industrias que habían establecido su pauta mucho antes quizá esto no alteró el orden general de magnitud. Tanto si los 400 mineros y pico que formaban la fuerza laboral media de una mina de Yorkshire y de Glamorgan-Monmouth en 1912 eran muchos más que antes como si no, las minas de semejante envergadura eran conocidas desde hacía mucho tiempo; y los 220 operarios que trabajaban en la

4. *The Economic History of Modern Britain II*, Cambridge, 1932, p. 24.

5. Phyllis Deane y Alan Cole, *British Economic Growth 1688-1959*, Cambridge, 1967, pp. 142-143.

típica fábrica de algodón en 1906, aunque superiores en una cuarta parte al número de los que trabajaban en ella en 1871, apenas transformaron el carácter de tales establecimientos.⁶

Por otro lado, no podemos por menos de sorprendernos ante el surgimiento de grandes concentraciones industriales allí donde previamente no existía ninguna. Antes del decenio de 1850 no hay nada que pueda compararse con el Tyneside de mediados de la época victoriana, donde en el decenio de 1860 encontramos ya quizá doce astilleros que dan trabajo a un mínimo de 1.500 hombres cada uno; Armstrongs, tenía ya entre 6.000 y 7.000 en sus talleres de Elswick. Pero en 1914 eran ya 20.000, lo que representa alrededor del triple. Del mismo modo los talleres del Great Western Railway en Swindon triplicaron su fuerza laboral de 1875, y en 1914 alcanzaba la cifra de 14.000 trabajadores. Hay una diferencia cualitativa, y no sólo cuantitativa, entre Barrow-in-Furness en 1871-1872, período en que el mayor astillero y la mayor industria mecánica de la ciudad contaban con 600 hombres cada uno, y el Barrow de la primera guerra mundial, en el que la Vickers tenía empleados a 27.000 mecánicos y 6.000 obreros constructores de buques.⁷

En segundo lugar, la composición profesional de las clases trabajadoras cambió de modo considerable, como atestigua el hecho de que los ferroviarios, que no llegaban a los 100.000 en 1871, pasaran a ser 400.000 en 1911; de que los mineros pasaran de medio millón a 1.200.000 en el mismo período, mientras que el total de la población masculina de Inglaterra, Gales y Escocia aumentaba sólo en un 60 por 100. Y lo mismo, evidentemente, ocurrió en el caso de su composición por edades y sexos, con el descenso del empleo de chicos en edad escolar del 30 por 100 de todos los niños en 1851 al 14 por 100 en 1914,⁸ y la modesta, pero novedosa, penetración de las mujeres en industrias fabriles que no eran del ramo textil. Los cambios experimentados por las habilidades manuales de los

6. H. S. Jevons, *The British Coal Trade*, Londres, 1915: calculado a partir de datos de las pp. 65, 117; *Earnings and Hours Enquiry I: Textile Trades*, P.P. LXXX/I de 1909, p. 27; J. H. Clapham, *loc. cit.*, pp. 115, 117.

7. John Marshall, *The Industrial Revolution in Furness*, Barrow, 1958, p. 356; James Hinton, *The First Shop Stewards' Movement*, Londres, 1973, p. 28; M. C. Reed, ed., *Railways in the Victorian Economy: Studies in Finance and Economic Growth*, Newton Abbot, 1969, p. 125.

8. E. D. Hunt, *British Labour History 1815-1914*, 1981, p. 17.

trabajadores son menos evidentes y continúan suscitando muchos debates. A pesar de ello, es innegable que en 1875 los principales sindicatos nacionales eran con mucho el de Mecánicos Unidos y el de Operarios de Albañilería, a los que seguían, por el orden que se indica, el de Caldereros, el de Carpinteros y Ebanistas Unidos, el de Sastres Unidos y el de Hilanderos de Algodón. Después de 1895 el Congreso de los Sindicatos se vio notoriamente dominado por los grandes batallones del carbón —organizados ahora a escala nacional— y del algodón, y en 1914 por la Triple Alianza del Carbón, el Transporte y los Ferrocarriles. Asimismo, hasta los poderosos grupos de aristócratas obreros dependían de modo creciente y necesario, no de la indispensabilidad de las habilidades manuales insustituibles, sino de los monopolios del empleo garantizados por la fuerza de organizaciones que impedían la entrada de otros obreros que muy fácilmente hubiesen podido hacer su trabajo. De ahí que durante la primera guerra mundial el problema más acuciante de la clase obrera fuese la «dilución».

En tercer lugar, el aumento de la integración nacional y de la concentración de la economía nacional y sus sectores, y el papel cada vez mayor que el estado desempeñaba en ambas, transformaron las condiciones del conflicto industrial. Bastará con recordar que, a efectos prácticos, el conflicto laboral en forma de huelga *nacional* o cierre patronal no existe antes del decenio de 1890. De hecho, Cronin demuestra que ni siquiera la huelga probó su utilidad hasta después de 1870.⁹ Para el caso, el convenio colectivo negociado *a escala nacional* brilla por su ausencia antes de 1890, exceptuando algunas partes de la industria algodonera donde «la nación» coincidía con secciones de Lancashire. En 1910, como señalan Clegg, Fox y Thompson,¹⁰ ya había convenios de este tipo en los ramos de ingeniería, construcción naval, imprenta, hierro y acero, y calzado, así como mecanismos equivalentes en otras partes. Asimismo, del interés directo y urgente que el gobierno mostraba por las relaciones laborales son ejemplo, no sólo la creación del Departamento de Trabajo del Ministerio de Comercio (1893) y el creciente alcance de sus actividades, sino también la intervención directa de políticos de categoría

9. James E. Cronin, «Strikes 1870-1914», en C. J. Wrigley, ed., *A History of British Industrial Relations 1875-1914*, Brighton, 1982, capítulo 4.

10. H. A. Clegg, Alan Fox, A. F. Thompson, *A History of British Trade Unions since 1889*, Oxford, 1964, p. 471.

en las disputas laborales; la incursión de Rosebery en el cierre patronal del carbón en 1893 fue el primer ejemplo importante de ello.¹¹

En cuarto lugar —y ahora dejamos la economía para ocuparnos de la política—, había la ampliación del sufragio y la política de masas. A partir de aquel momento, lo que pudieran pensar y querer los votantes proletarios fue una de las grandes preocupaciones de los políticos, y, a la inversa, lo que pudiera obligarse al gobierno a hacer fue una preocupación, de carácter mucho más práctico, de los trabajadores, aunque tardaran cierto tiempo en percatarse de ello. Cuando los políticos —estoy citando al Churchill de la época eduardiana— pensaban que el problema principal era impedir que la política de partidos se convirtiese en política de clases, también era más probable que a los trabajadores les llamase la atención el potencial de una política de clases a escala nacional. Pertenecer al «Trabajo», es decir, al trabajo manual, adquirió una dimensión política que no había tenido desde el cartismo.

Estos acontecimientos son importantes porque sin ellos es difícil comprender cómo ese conjunto de microcosmos que constituían el mundo obrero británico, esa colección de pequeños mundos a menudo estrictamente independientes, pudo transformarse en un fenómeno nacional. Veamos un ejemplo tardío y bastante extremo: el de W. P. Richardson (1873-1930). Nació y vivió toda su vida en Usworth, County Durham, trabajó durante treinta años en la mina de carbón de Usworth, se casó con la hija de un minero de la localidad, presidió el consejo parroquial de Usworth, dirigió el coro de la Usworth Colliery Primitive Methodist Chapel y escribía una columna sobre las aves de corral para el periódico local. Cabe decir sin miedo a equivocarse que si, por ejemplo, Manchester hubiese sido destruido por un terremoto, en la práctica nada habría cambiado para Richardson. Sin embargo, este hombre, que estaba tan arraigado en su pueblo como cualquier lechera de Herefordshire, ayudó a fundar la rama local del Partido Laborista Independiente, fue miembro del consejo de administración del *Daily Herald*, paladín de la

11. Chris Wrigley, «The government and industrial relations», y Roger Davidson, «Government administration», en C. J. Wrigley, ed., *op. cit.*, capítulos 7, 8.

nacionalización de todas las minas, y sería el tesorero nacional de la Federación de Mineros. En modo alguno es esto un fenómeno tan natural como puede parecer al verlo retrospectivamente. Para los mineros de la generación de Richardson se hizo más fácil, y en muchos sentidos esencial, ver Usworth como parte, no sólo de la cuenca minera de Durham, sino de una industria carbonera nacional, a la vez que ser minero suponía pertenecer a una clase trabajadora nacional cuyas aspiraciones políticas y sociales concretas hallaban expresión en un partido del Trabajo independiente que tuviese sus propios periódicos y programas específicos. Una figura de más edad como Henry Rust (1831-1902) nunca reconocería del todo el hecho de que los mineros de West Bromwich y Darlaston pudieran ganar algo uniéndose al resto de los mineros de las Midlands, y mucho menos ingresando en la Federación Nacional de Mineros.¹²

A la vista de todo ello, cabría esperar que cambiase la propia clase trabajadora. Pero, ¿cómo y cuándo? Permítanme que les presente el caso sencillo, y aparentemente frívolo, de Andy Capp. ¿En qué momento esta forma particular de prenda para la cabeza —la gorra de paño— se hizo característica del proletariado británico? Ciertamente no lo era en el decenio de 1870, en Londres, pues Jules Vallès, el refugiado *communard*, se quejó específicamente de la falta de conciencia de clase entre los trabajadores locales, porque, en sus horas libres, y a diferencia de los artesanos parisienses, no llevaban «*la blouse et la casquette*».¹³ En las ilustraciones y fotografías de los decenios de 1870 y 1880 vemos una mezcla de prendas para la cabeza y, dicho sea de paso, ni siquiera las gorras estaban ya estandarizadas, como demuestra el gorro de cazador de ciervos que usaba Keir Hardie. Pese a ello, en 1914 cualquier foto donde salgan masas de trabajadores británicos, en el lugar de trabajo o fuera de él, muestra ya el conocido mar de gorras de paño con visera. La cronología detallada de esta transformación se hará cuando se haya investigado el abundante material iconográfico de que se dispone. Pero es evidente que en cuestión de más o menos un par de decenios los trabajadores varones de Gran Bretaña adquirieron la costumbre de llevar un distintivo que les clasificaba inmediatamente como miembros de

12. La información sobre Richardson y Rust procede de Joyce Bellamy y John Saville, eds., *Dictionary of Labour Biography*, vols. III, II.

13. Paul Martínez, «The French Communard Refugees in Britain 1871-1880», tesis doctoral de la Univ. de Sussex, 1981, p. 341.

una clase. Y, además, eran conscientes de ello. El argumento de este capítulo es que la clase trabajadora llamada «tradicional», con sus pautas y criterios de vida concretos, no hizo su aparición mucho antes del decenio de 1880 y fue adquiriendo su forma a lo largo de los dos decenios siguientes. Quizá debería añadir que éste fue también el período en que apareció la «clase media» tal como la conocemos, la cual, de hecho, es muy distinta de sus predecesoras de comienzos y mediados de la época victoriana, así como de la alta burguesía del «sistema». El súbito auge de la gorra tiene su paralelo en el auge igualmente rápido de la corbata de la escuela¹⁴ y en el todavía más rápido del club de golf. Entre 1890 y 1895 se fundaron en Yorkshire veintinueve campos de golf: antes de 1890 había solamente dos.¹⁵ Sin embargo, aunque la reestructuración de cada uno de los dos principales estratos sociales de Gran Bretaña es inseparable de la del otro, no es éste el tema del presente capítulo.

III

Todos los historiadores de la clase obrera saben que el decenio de 1880 fue el período en el que tuvo lugar el llamado renacimiento del socialismo en Gran Bretaña, pero los fenómenos de que me ocupo aquí son, desde el punto de vista estadístico, más significativos que los cambios ideológicos entre los pocos centenares de personas que en el citado decenio constituían las organizaciones socialistas británicas y sus simpatizantes. Son fenómenos aún más impresionantes que los comienzos de la transformación del sindicalismo en este decenio, la que recibe el nombre de «nuevo» sindicalismo. Escojo el decenio de 1880 porque la considerable transformación de las condiciones materiales de la vida obrera y de lo que cabría denominar «la orientación social e institucional del rumbo de la clase trabajadora en su travesía del territorio de la vida nacional» apenas eran visibles antes de dicho período. No pretendo decir que no estuvieran presentes. Es fácil jugar al conocido juego del historiador consistente en empujar los orígenes hacia atrás, sobre todo hacia un período en el que, como los decenios posteriores al cartismo, se advierte tan curiosa

14. Véase E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, p. 295.

15. *Victorian County History of Yorkshire*, Londres, 1914, II, pp. 543 ss.

ausencia de un perfil definible de la clase trabajadora; un período en el que aún suele ser difícil saber a punto fijo si los días de descanso de los trabajadores eran el fin de semana —la famosa *semana inglesa* con la que soñaban los trabajadores continentales— o el tradicional San Lunes.¹⁶ Así, tomando un hito conocido del mapa de la clase trabajadora «tradicional», la tienda de *fish-and-chips* tuvo su origen, probablemente en Oldham, en el decenio de 1860, y una empresa local empezó a fabricar cocinas económicas destinadas exclusivamente a freír pescado en la primera mitad del decenio de 1870. En 1876 a este comercio se le seguía calificando de «pequeño», mientras que en 1914 había ya cerca de 25.000 freidurías de pescado.¹⁷ El origen de otras innovaciones del decenio de 1880 se remonta al de 1870. El fútbol ya tenía una modesta vida subterránea como deporte espectáculo para proletarios en las postrimerías del decenio de 1870.¹⁸ Los agentes profesionales y la contratación nacional de artistas de *music-hall* son, a lo que parece, un fenómeno del mismo decenio, durante el cual también tuvo lugar el nacimiento de la prensa profesional del negocio de la música popular.¹⁹ No es mi intención reivindicar derechos de patente basados en la prioridad de ningún decenio determinado, sino sencillamente señalar que, prescindiendo de lo que ocurriera en el de 1870, la nueva pauta salió a la escena nacional en el decenio de 1880 y ya no es posible seguir pasándola por alto, aunque tanto los observadores de clase media de la época como los historiadores subsiguientes llevan ya mucho tiempo sin prestarle atención.

Tres factores influyeron en las condiciones materiales de vida de los trabajadores después de 1870: la espectacular caída del coste de la vida durante la llamada Gran Depresión de 1873-1896; el descu-

16. E. H. Hunt, *Labour History*, pp. 77-79; D. A. Reid, «The decline of Saint Monday 1766-1876», en *Past and Present*, n.º 71 (1976), pp. 76-101.

17. T. C. Barker, J. C. McKenzie y J. Yudkin, eds., *Our Changing Fare: Two Hundred Years of British Food Habits*, Londres, 1966, p. 110; «Chatchip» (W. Loftas), *The Fish Frier and his Trade: Or How to Establish and Carry on an Up-to-date Fish Frying Business*, Londres, sin fecha, pp. 15, 23-24. De las diez empresas fabricantes de cocinas económicas que se mencionan o que se anuncian en este manual, todas menos dos están en Lancashire y Yorkshire.

18. Tony Mason, *Association Football and English Society, 1863-1915*, Brighton, 1980.

19. C. D. Stuart y A. J. Park, *The Variety Stage*, Londres, 1895; G. J. Mellor, *The Northern Music Hall*, Newcastle, 1970.

brimiento del mercado de masas nacional, incluyendo el de los trabajadores bien pagados o, cuando menos, con empleo regular, para artículos producidos o tratados industrialmente; y (después de 1875) la denominada «vivienda estatutaria» (al amparo de la sección 157 de la Ley de Salud Pública), que, de hecho, creó una parte muy grande del entorno en que se desarrollaba la vida de la clase trabajadora: las hileras de casas pegadas unas a otras fuera del centro antiguo de las ciudades. Todo ello entrañaba o se basaba en la mejora modesta, fragmentaria pero a todas luces innegable del nivel de vida del grueso de los trabajadores británicos, que no es motivo de discusiones ni siquiera entre los historiadores. El aspecto crucial de dicha mejora no es la mera subida de las rentas reales y el gasto de consumo, sino los cambios estructurales que los mediaron. Donde más espectaculares son dichos cambios es en la distribución, es decir, en el declive relativo de los mercados al por menor y los comercios pequeños y en la ascensión, por un lado, de las cooperativas (el número de cuyos miembros pasó de alrededor de medio millón a finales del decenio de 1870 a cerca de un millón en 1890 aproximadamente, y a tres millones en 1914) y, por otro lado, en el auge de las tiendas múltiples que daban a la calle mayor de los pueblos y ciudades de Gran Bretaña su aspecto característico entre el decenio de 1890 y la aparición del moderno supermercado a partir del de 1950.²⁰ Tampoco hay que olvidar el nacimiento y la institucionalización de la venta a plazos, que hizo posible transformar el interior de la vivienda obrera. Su historia no ha recibido aún la atención que merece, aunque se está trabajando en ella. También en este caso parece que los decenios de 1880 y 1890 fueron decisivos. Las fechas de los casos clave, los que aclararon las confusiones jurídicas y financieras en torno a esta costumbre en aumento, son 1893 y 1895.²¹ Pero la distribución y la manufacturación no pueden separarse. La producción en serie de té envasado en paquetes estandarizados data de 1884,²² y las nuevas compotas y conservas que cambiaron la dieta de la clase trabajadora se elaboraban en las fábricas que los historiadores de la

20. J. B. Jefferys, *Retail Trading in Britain, 1850-1950*, Cambridge, 1954; W. Hamish Fraser, *The Coming of the Mass Market, 1850-1914*, Londres, 1982.

21. Cyril Ehrlich, *The Piano, A History*, Londres, 1976, pp. 102-103.

22. John Burnett, *Plenty and Want: A Social History of Diet in England from 1815 to the Present*, Londres, 1966, p. 111.

clase obrera conocen principalmente porque fueron escenario de las primeras luchas de las trabajadoras fabriles.

En cuanto a la vivienda, el principal fenómeno no era sólo que ahora se construían casas algo más grandes y mejores, sino que se estaban formando calles y barrios aparte para obreros y, de hecho, sobre todo con la explotación masiva del transporte público y barato en el decenio de 1880, hasta algunos barrios residenciales para trabajadores, principalmente barrios interiores. Sobre el efecto de esta creciente segregación residencial diré algo más adelante. En cuanto a los barrios residenciales para trabajadores, vale la pena apuntar que su aparición tendía a debilitar o cortar uno de los vínculos existenciales más fuertes de la comunidad obrera: el que había entre el lugar de trabajo y el lugar donde se vivía, aunque probablemente sólo ocurría así en Londres. En 1905, el London County Council calculó que 820.000 trabajadores hacían un largo viaje cada día para ir a trabajar a Londres.

La transformación más espectacular, por supuesto, tuvo efecto en la pauta de ocio y vacaciones de la clase trabajadora. No hará falta que les recuerde hoy la elevación del fútbol a la categoría de deporte espectáculo nacional y cada vez más proletario, ni la formación de una cultura futbolística masculina, cuya consagración definitiva fue la asistencia del rey a la final de copa a partir de 1913. Tampoco es preciso recordar que la emancipación del fútbol de (o, mejor dicho, contra) el patronazgo de las clases media y alta tuvo lugar en el decenio de 1880 con el triunfo de Blackburn contra los Old Etonians; la franca profesionalización del deporte, en 1885; y la instauración de la Liga, en 1888. Por cierto, esa instauración se hizo de acuerdo con el modelo del sistema creado anteriormente en los Estados Unidos para el béisbol profesional.²³ Salta a la vista que el decenio de 1880 fue igualmente importante para la evolución de las vacaciones de la clase trabajadora. El primer volumen del *Herapath's Railway Journal* en cuyo índice aparece el apartado de «tráfico de vacaciones» como tal es el de 1884, y los comentarios del periódico merecen citarse:

Año tras año crece la importancia del tráfico de vacaciones en la Pascua, en Pentecostés y en agosto. Sus dimensiones todavía no

23. Geoffrey Green, *The History of the Football Association*, Londres, 1953, p. 125.

han aumentado hasta el punto de afectar los dividendos, pero es fácil prever un momento en que sucederá así ... Puede que nunca convirtamos la Pascua en un carnaval, pero nuestras masas trabajadoras parecen decididas a aprovecharla como unas vacaciones importantes.²⁴

El crecimiento de los vínculos entre las ciudades fabriles y Blackpool puede seguirse a través de Bradshaw. En 1865 había sólo dos trenes diarios con vagones de tercera clase entre Bolton y Blackpool; en 1870, cuatro; en 1875, doce; en 1880, trece; en 1885, catorce; pero en 1890 ya eran veintitrés. Pero hay como mínimo una forma más general y menos intensiva en trabajo de calcular el crecimiento del negocio de las vacaciones, toda vez que una declaración anual del Ministerio de Comercio, al amparo de una ley de 1861, nos permite medir el importe de las inversiones que se proponían llevar a cabo en muelles y obras portuarias; muchos de tales muelles estaban destinados a diversiones y eran estructuras de esas que son tan características de las vacaciones en la costa inglesa.²⁵ El cuadro 1 divide las inversiones propuestas en inversiones destinadas principalmente a lugares de vacaciones para la clase media y las correspondientes a este tipo de lugares para la clase obrera, omitiendo los casos dudosos:²⁶

24. *Herapath's Railway Journal*, 19 de abril de 1884, p. 441.

25. Esto se hizo al amparo de la Ley General de Muelles y Puertos de 1861. Datos en P.P. LXII, 1863; LV, 1864; L, 1865; LXVI, 1866; LXIII, 1867-1868; LIV, 1868-1869; LIX, 1870; LX, 1871; LII, 1872; LVIII, 1873; LIX, 1874; LXVII, 1875; LXV, 1876; LXXIII, 1877; LXVII, 1878; LXIV, 1878-1879; LXVI, 1880; LXXXII, 1881; LXII, 1882; LXII, 1883; LXXI, 1884; LXX, 1884-1885; LIX, 1886; LXXIV, 1887; XC, 1888; LXIX, 1889; LXVI, 1890; LXXXVI, 1890-1891; LXXI, 1892; LXXX, 1893-1894; LXXXVI, 1894; LXXXVII, 1895; LXXV, 1896; LXXVIII, 1897; LXXXIII, 1898; LXXXVII, 1899. Véase también: *Return from the Authorities of Harbours ... Giving description of works executed within the last twenty years, distinguishing Piers, Docks ... etc.*, P.P. LXII de 1883.

26. A los centros de vacaciones en la costa se les ha asignado su «tono social» (utilizando las palabras apropiadamente victorianas de H. J. Perkin) a la luz del conocimiento general (p. ej., Torquay o Skegness) y de la labor de numerosos investigadores, empezando por E. W. Gilbert, «The growth of inland and seaside health resorts in England», en *Scottish Geographical Magazine*, LV (1939). Para una bibliografía, véase J. Walvin, *Leisure and Society 1830-1950*, Londres, 1978; véanse también H. J. Perkin, «The "social tone" of Victorian seaside resorts in the Northwest», en su *The Structured Crowd: Essays in*

CUADRO 1

Inversiones previstas en muelles de diversión, 1863-1899

Período	Clase media		Clase obrera	
	Total (miles de libras)	Promedio anual (miles de libras)	Total (miles de libras)	Promedio anual (miles de libras)
1863-1865	78	26	30	10
1866-1870	112,5	22,5	25	5
1871-1875	98,5	19,7	30	6
1876-1880	184,4	36,9	83,8	16,8
1881-1885	292	58,4	70	14
1886-1890	174,5	34,9	75,5	15,1
1891-1895	172	34,4	291,5	58,3
1896-1899	158	39,5	191,9	48

Este índice, que es forzosamente tosco, muestra el incremento de los centros de vacaciones de la clase obrera a partir de finales del decenio de 1870, pero, sobre todo, el enorme aumento de las propuestas de inversión en el decenio de 1890, que por primera vez hizo que los planes de inversión en diversiones para la clase obrera en vacaciones superasen de modo considerable las destinadas a la clase media.

A modo de ilustración de lo que acabamos de decir, recurriremos al ejemplo clásico de Blackpool, donde las primeras señales reales de acción se registran en el decenio de 1860 con la inauguración del segundo muelle, el North Pier (costó poco más de la mitad de lo que se gastó en el de Ventnor, en la isla de Wight), y del primer teatro. En el decenio de 1870 se advierte claramente que el negocio empieza a ser muy importante: el Winter Garden (que costaría 107.000 libras) se inició en 1878. Pero el Blackpool que mejor co-

English Social History; J. Lowerson y J. Myerscough, *Time to Spare in Victorian England*, Brighton, 1977, pp. 30-44. En el último período probablemente se exagera la inversión correspondiente a la clase media, en parte porque se rechazaron varios proyectos importantes para préstamos, en parte porque, andando el tiempo, hasta los lugares de vacaciones de la clase media reconocieron, a veces de mala gana, el potencial financiero del mercado de masas.

nocemos es el del decenio de 1890: el de la Torre, la Noria, el Muelle Victoria en la Costa Sur, el paseo ampliado, el Teatro de la Ópera (1889), el mercado nuevo, la biblioteca gratuita, el ayuntamiento y, para colmar la medida, un tribunal local y un escudo de armas.

Ahora bien, todo el mundo sabe que los trabajadores británicos, a diferencia de la clase media inglesa, que creó un alto grado de estandarización durante este período —especialmente en su forma de hablar—, no perdieron su identidad regional o siquiera local, ni sus peculiaridades, gustos y orgullo locales. Y, pese a ello, resulta igualmente claro que la nueva pauta de vida era más homogénea, a escala nacional, que cualquiera que existiese antes. En la mina a veces los mineros insistían en llevar la ropa de trabajo que dictaba la costumbre regional. Incluso en la segunda guerra mundial, cuando el Ministerio de Comercio intentó sustituir esta ropa por prendas «de utilidad» estandarizadas, los sindicatos pusieron el grito en el cielo. Con todo, fuera del trabajo, el minero, como la mayoría de los demás trabajadores varones, vestía igual desde Blyth hasta Midsummer Norton. El trabajador se identificaba con su equipo local contra el resto del mundo (de hecho, en las ciudades suficientemente grandes se identificaba con una de las dos mitades —City o United, Forest o County— que definían al ciudadano de Manchester, de Nottingham o de donde fuera). Pese a ello, la pauta de la cultura futbolística era la misma en todas partes (con una dosis de emoción extra de más o de menos según el lugar) y era *nacional* o, para ser más exactos, una pauta de la nación proletaria, toda vez que el mapa de la Liga de Fútbol era virtualmente idéntico al mapa de la Inglaterra industrial. Era nacional hasta en la simbólica conquista anual del espacio público de la capital de la nación por los dos ejércitos proletarios locales que invadían Londres para la final de copa. Desde las postrimerías del decenio de 1860 existían rituales colectivos regionales del mismo tipo, señaladamente las manifestaciones anuales de los mineros, de las que ha sobrevivido la Gala de los Mineros de Durham (quizá sólo porque, a diferencia de las otras, tenía exactamente esta característica de ocupación simbólica de una capital local por parte de los mineros), pero aún no existían rituales nacionales.

Una pauta nacional única, bastante estandarizada, de la vida de la clase trabajadora: y, al mismo tiempo, una pauta que cada vez era más específica de la mencionada clase. Lo que tanto llama la atención

es la segregación del mundo del trabajador manual británico.²⁷ En primer lugar, era una segregación residencial que iba en aumento, debido tanto al éxodo de la clase media y de la baja clase media, que abandonaban zonas que antes eran mixtas (se ha estudiado el proceso en el caso del East End de Londres), como a la construcción de barrios urbanos y barrios residenciales nuevos y destinados *de facto* a una sola clase. Algunos de estos nuevos barrios, edificios y bloques iban destinados a la clase trabajadora, como era el caso, por ejemplo, del Queen's Park Estate en Paddington; la mayoría, para los nuevos habitantes de barrios residenciales, a los que, muy acertadamente, se identificaba con la nueva baja clase media formada por oficinistas; y para los «tories de villa», es decir, el tipo de gente que naturalmente, como el *Cornhill Magazine* lo planteaba en 1901, viviría, si pudiese, en uno de los «barrios residenciales de oficinistas» que había en Londres: Clapham, Forest Gate, Wandsworth, Walthamstow o Kilburn.²⁸ Otros no se proyectaban para determinado estrato social o estilo de vida, pero acababan siendo residencia de una sola clase porque los alquileres eran prohibitivos para los pobres o, más probablemente, porque, de hecho, cada vez era mayor la divergencia entre el estilo de vida de los trabajadores manuales y el de los empleados «de cuello blanco» con ingresos comparables. A principios del decenio de 1900 la separación residencial de los trabajadores mejor pagados (los «artesanos») y la baja clase media de nuevo cuño no era en modo alguno universal. Según se decía, las mejores viviendas populares —casas de cinco o seis habitaciones— seguían habitándose indistintamente «artesanos, oficinistas, agentes de seguros, tenderos», etcétera, en Birkenhead, Bolton, Chester, Crewe, Croydon, Darlington, Derby, Hull, Newcastle, Oldham, Portsmouth, Preston, Sheffield, South Shields y Wigan; pero en cierto número de lugares se señala de forma específica la ausencia de trabajadores en este tipo de alojamiento, o se dice que era habitado «con más frecuencia por oficinistas, dependientes y demás que por personas de la índole que habitualmente se incluye en el término

27. Para una impresión de un «gueto» obrero, véase C. F. G. Masterman en *The Heart of the Empire*, Londres, 1901, pp. 12-13.

28. G. S. Layard, «Family Budgets II», en *Cornhill Magazine* N.S.X., 1901, pp. 656 ss.

“clases trabajadoras”». ²⁹ Entre estos lugares se contaban Birmingham, Bradford, Bristol, Burton-on-Trent, Gateshead, Grimsby, Halifax, Hanley, Huddersfield, Kidderminster, Liverpool (o, al menos, Bootle), Manchester, Middlesbrough, Northampton, Norwich, Nottingham, Plymouth, Reading, Southampton, Stoke on Trent, Walsall, Wolverhampton y la mayor parte de los alrededores de Londres. Dado que las mejores viviendas solían ser las de construcción más reciente, es razonable suponer que la segregación iba en aumento.

Por supuesto, ocurría igual, y por la misma razón, en lo que se refiere a la segregación entre los artesanos bien pagados y los mal pagados, aun cuando su cohabitación sigue advirtiéndose en varias ciudades —Norwich, Nottingham, Preston y Stockport, por ejemplo— y aun cuando la concentración de la clase trabajadora en la zona interior de las ciudades, y su resistencia a trasladarse demasiado lejos del trabajo, según se observa en varias poblaciones, significaba que los «cinturones» obreros, aunque estratificados desde el punto de vista residencial, formaban un barrio coherente. Los edificios Shaftesbury de Battersea, que eran un baluarte de artesanos (y del socialismo de Battersea) formaban, después de todo, parte de esa zona que hay entre Lavender Hill y el río en la que «se halla alojado ... el grueso de la *clase* trabajadora». ³⁰

En segundo lugar, los trabajadores se veían segregados por las expectativas. Como dice Robert Roberts, antes de 1914 «los trabajadores cualificados generalmente no se afanaban por ingresar en un rango superior», ³¹ pero, de hecho, hasta la oportunidad de mejorar en el estrato inferior a la clase media aceptada se vio disminuida por dos acontecimientos: el creciente recurso a la escolarización formal como criterio de clase, por no decir como medio de salir de la clase trabajadora manual, y el ocaso de la otra forma de avanzar hacia la propia estimación y el orgullo, a saber, el adiestramiento y la experiencia del artesano consumado. Cada vez era más frecuente definir a los trabajadores como personas que no habían recibido ninguna educación o que, habiéndola recibido, poco habían sacado de ella; y el contraste entre los que abandonaban la escuela y los que se quedaban en ella, o el contraste entre los que encontraban

29. Board of Trade, Report on Cost of Living, P.P. CVII, 1908, *passim*. La cita procede de la página 655.

30. *Ibid.*, p. 406.

31. R. Roberts, *The Classic Slum*, p. 13.

empleo gracias a la escolarización y los que no tenían necesidad alguna de ella —contraste que a veces se daba entre padres e hijos, aunque no tanto entre madres e hijos (véase D. H. Lawrence)— intensificó las diferencias percibidas entre trabajadores manuales y no manuales. Por otro lado, la descualificación bastante extensa que tuvo lugar durante los últimos treinta años antes de 1914 creó la frustración que Askwith, que en aquellos años era el principal mediador industrial del gobierno, juzgaba tan importante. Al joven trabajador:

... no le gusta reconocer ante sí mismo que no le están formando como mecánico, obrero de la construcción naval o de la construcción de casas, sino para ser un operario. Pero al poco la desilusión hace mella en la mayoría de ellos; y cuando un hombre está desilusionado, es muy natural que sienta amargura, y antagonismo ante el sistema que él considera la causa.³²

Así pues, los horizontes del trabajador cualificado se veían cada vez más limitados por el mundo del trabajo manual, e incluso más en el caso de los menos cualificados. A pesar de sus diferencias, se vieron forzados a constituir una clase única al ser excluidos del resto de la sociedad.

En tercer lugar, los trabajadores eran segregados por la divergencia de los estilos de vida, de «lo que hacen los trabajadores» comparado con lo que hacen los miembros de otras clases. Así, parece claro que el fútbol, al conquistar el apoyo de las masas, se convirtió en una actividad cada vez más proletaria, tanto para los jugadores como para los aficionados. Sin duda era principalmente una actividad de los trabajadores más cualificados y más respetables, pero, en la medida en que el apoyo al equipo unía a todos los que vivían en Blackburn, Bolton o Sunderland, y en la medida en que el fútbol pasó a ser el principal tema de conversación en los «pubs»,³³ una especie de lengua franca para la relación social entre hombres, formaba parte del mundo de *todos* los trabajadores. Por otro lado, la peculiar forma obrera de apostar, que registró un claro incremento a partir del decenio de 1880, era proletaria de un modo espectacular. Era, como sugiere McKibbin, «la forma de ayuda propia obrera que

32. G. Askwith, *Industrial Problems and Disputes*, Londres, 1920, p. 10.

33. B. S. Rowntree, *Poverty and Progress. A Second Social Survey of York*, Londres, 1941, pp. 359-360.

más éxitos cosechó en la época moderna»,³⁴ una red ilegal (pero honrada en su casi totalidad) de transacciones financieras que llegaba a todas las calles proletarias y a todos los talleres. La misma distinción de clase hacía que el periódico dominical (cuyo tipo ideal fue *The News of the World* hasta que aparecieron los diarios proletarios) se separase cada vez más tanto de la prensa de calidad como de la prensa (cuyo precursor fue Northcliffe) de la nueva baja clase media. Y luego, como ya hemos apuntado, está la gorra.

Y finalmente, la clase obrera se vio menos segregada que alienada de la clase dirigente por dos acontecimientos a los que, junto con la caída de los salarios reales, Askwith atribuyó la agitación laboral de 1910-1914. Según dijo confidencialmente al gabinete, eran la ostentación conspicua de lujo que hacían los ricos, demostrada de forma especial por la utilización del automóvil, y el crecimiento de los medios de comunicación de masas, que incrementaban la coordinación nacional de las noticias... y de la actividad.³⁵ Cito a Askwith, no como prueba de que la plutocracia —el término pertenece al vocabulario político de la época eduardiana— fuera más dada a ostentar durante la *belle époque* que en tiempos de la reina Victoria, aunque es posible que sí lo fuese, sino como prueba de que existía la creencia de que la riqueza de los ricos era ahora más visible y ocasionaba mayor malestar.

Lo que significa todo esto es que iba en aumento la convicción de que existía una sola clase trabajadora, unida en una comunidad de destino con independencia de sus diferencias internas. Una clase en el sentido social y no únicamente en el sentido clasificatorio: un grupo en cuyo seno era ya absurdo hablar de «la clase de los mineros» como si fuera distinta de «la clase de los trabajadores del algodón», como Keir Hardie hacía aún a principios del decenio de 1880.³⁶ Y, a decir verdad, esto explica cómo un período que proporcionó abundantes razones para un crecimiento del seccionalismo y las rencillas internas entre grupos de trabajadores —uno piensa, por ejemplo, en la industria de la construcción naval— pudo ser también un

34. Ross McKibbin, «Working-class gambling in Britain, 1880-1939», en *Past and Present*, n.º 82 (1979), p. 172.

35. Citado en H. Pelling, *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, 1968, p. 147.

36. Fred Reid, «Keir Hardie's conversion to socialism», en Asa Briggs y John Saville, eds., *Essays in Labour History 1886-1923*, Londres, 1971, p. 28.

período en el que los trabajadores se consideraban y actuaban como el Trabajo, así con mayúscula. La historia de esa mayúscula todavía no se ha escrito, igual que la historia de la clase obrera como nombre singular en vez de plural, pero poca duda cabe de que la transformación se hace perceptible en los veinte años anteriores a 1914. Y, de hecho, incluso en términos puramente económicos, a partir de 1900, y más aún a partir de 1911, se observa una convergencia, en lugar de una divergencia, entre índices salariales locales, regionales, para obreros cualificados y para los no cualificados. Como Hunt ha demostrado, hasta 1890 los sindicatos y todo el ambiente de las relaciones industriales en Gran Bretaña ayudaron a mantener la diferenciación salarial; entre 1890 y 1910 no ejercieron ninguna influencia clara en ninguno de los dos sentidos; pero en 1911 ya constituían una fuerza que ayudaba a reducir la diferenciación.

Los políticos se percataban de esta conciencia de clase, de lo que Chamberlain, en 1906, llamó «el convencimiento, nacido por primera vez en las clases trabajadoras, de que su salvación social está en sus propias manos».³⁷ Si se quería evitar que la política de partidos se identificase con el conflicto de clases, ahora había que mostrarse respetuoso ante la supremacía de la clase cuando se apelaba a los trabajadores por motivos partidistas. Rhondda, según proclamaban tanto su diputado, el liberal-laborista Mabon, como el periódico local, era «laborista en cada una de sus aspiraciones», pero lo esencial de esta observación era, por supuesto, argüir que no era *solamente* laborista: «Dado que no sólo de pan vivirá el hombre, los electores mineros de Rhondda son nacionalistas, son inconformistas», etcétera. La retórica política de la época eduardiana «tenía que utilizar un lenguaje, y en particular la palabra “laborista”, para unir a sus seguidores en la pauta acreditada de la política»,³⁸ pues amenazaban con escaparse de ella. Allí donde, como en el Ulster y en el Liverpool de Salvidge, el atractivo de la religión y de la nacionalidad era suficiente, la clase no ocupaba un lugar importante —o no surtía mucho efecto— en el lenguaje de la política local.³⁹

37. Julian Amery, en James L. Garvin, *The Life of Joseph Chamberlain*, Londres, 1932-1969, vol. VI, p. 791.

38. P. Stead, «The language of Edwardian politics», en D. Smith, ed., *A People and a Proletariat*, Londres, 1980, p. 150.

39. P. J. Waller, *Democracy and Sectarianism: A political and Social History of Liverpool 1868-1920*, Liverpool, 1981, capítulos 7, 13-15.

Paradójicamente, la clase entró por vez primera en la política laborista utilizando la puerta de atrás. De hecho, en la medida en que se le viese como «un representante de clase», a un hombre se le consideraba «fuera del ruedo de la “política de partidos”», aun cuando, como individuo, fuese liberal, «tory» o, más raramente, socialista.⁴⁰ Esto no significaba sólo que los socialistas y los no socialistas podían colaborar felizmente en el nuevo Partido Laborista, y que los mineros acérrimamente liberales podían pasarse al laborismo sin cambiar sus opiniones. Significaba también que los trabajadores «tories» que no quisieran votar a los liberales podían dar su voto a los laboristas. Esto fue objeto de comentarios cuando en 1903 Will Crooks ganó en Woolwich un escaño tan imposible, que los liberales ni siquiera habían presentado un candidato a él en 1900; y era significativo en Lancashire, donde los trabajadores estaban divididos políticamente, aun cuando la «política de fábrica» de Joyce se hallase ya en rápida decadencia durante el decenio de 1890. Fue la cuenca minera de Lancashire la que tuvo con mucho la mayoría más grande a favor de la afiliación al laborismo, y en 1913⁴¹ los sindicatos de la industria algodonera, notorios por su falta de radicalismo, votaron a favor de la sobretasa política, con una mayoría considerable, en todas partes excepto en Oldham, que era un baluarte obrero de los «tories».⁴²

Con todo, hay que preguntarse si esto habría sido posible en el caso de que los intereses comunes de los trabajadores como clase no hubieran parecido ya, incluso en política, *más* importantes, al menos de una forma más inmediata, que otras formas de lealtad; cosa que, salta a la vista, no ocurría en Liverpool ni en Belfast. Muy pronto la opción a favor del laborismo tenía que convertirse en una opción *contra* otros partidos en vez de ser un medio de soslayar la política de partidos. Bien puede ser que el estancamiento del voto laborista después de 1906 refleje la dificultad de dar este siguiente paso. La guerra de 1914 eliminaría dicha dificultad.

Porque este paso entrañaba la visión socialista del partido inde-

40. H. Pelling y F. Bealey, *Labour and Politics, 1900-1906*, Londres, 1958, p. 158.

41. Ray Gregory, *The Miners and British Politics, 1906-1914*, Londres, 1968, p. 185.

42. Joseph L. White, *The Limits of Trade Union Militancy*, Westport-Londres, 1978, pp. 152-155.

pendiente y laborista, que era en esencia distinto de la anterior lucha por una representación independiente de la clase obrera en el Parlamento. Esta lucha había consistido fundamentalmente en la exigencia de que hubiera *algunos* trabajadores en el Parlamento que pudiesen hablar directamente a favor de los intereses concretos de los trabajadores manuales, del mismo modo que los administradores de las compañías de ferrocarriles hablaban en nombre de los intereses ferroviarios o los navieros hacían lo propio en relación con su ramo. Lo malo del Partido Liberal no era que, como partido nacional, se opusiera a esto —por el contrario—, sino que no alcanzaba a comprender que el nuevo concepto del laborismo independiente suponía algo más que un puñado de trabajadores autorizados o de diputados que antes eran trabajadores: un Joseph Arch, un Burt, incluso —¿por qué no?— un John Burns, que hablasen en nombre del trabajo del mismo modo que Cobden y Bright habían hablado en el de los manufactureros de Lancashire. Suponía que los trabajadores debían votar *exclusivamente* a favor de los representantes de clase. Como Ramsay Macdonald explicó en 1903, «tan pronto como hay un movimiento laborista en política, el significado mismo de la representación obrera tiene que cambiar», porque «la política laborista era la expresión de las necesidades de la clase trabajadora». No, añadió característicamente, «como clase, sino como principal constituyente de la nación». ⁴³ Pero la lucha de clases no podía eliminarse tan fácilmente de la política de la clase trabajadora, sobre todo en un momento en que ambos bandos daban muestras de creciente acrimonia.

Esto me lleva a mi última observación: la conciencia de clase. He evitado deliberadamente identificar los sentimientos y las opiniones de la masa de trabajadores, en la medida en que sepamos cuáles eran, con los de la vanguardia de activistas y militantes, porque es evidente que las dos cosas no eran la misma. Los activistas estaban imbuidos del espíritu del inconformismo en un momento en que la disidencia disminuía. Manifestaban un fuerte desagrado ante muchos aspectos de la nueva forma de vida de la clase trabajadora, sobre todo la cultura futbolística. Cabría recopilar una voluminosa antología de los escritos en que los socialistas de la época expresaban el odio, las mofas y el desprecio que en ellos inspiraban la estupidez y la inercia de las masas proletarias. Cualquiera que fuese el significado

43. Citado en David Marquand, *Ramsay Macdonald*, Londres, 1977, p. 84.

de la conciencia de clase para los militantes, las masas no se mostraban a la altura de las expectativas de éstos. Pero, también es un error ver a la clase trabajadora sencillamente como un submundo apolítico y estoico, un gueto compuesto por la mayor parte de la nación o, en el mejor de los casos, como una fuerza a la que era posible movilizar en defensa de sus estrechos intereses económicos, como sindicalistas en potencia o reales. También adquirieron una conciencia de clase. No quiero dar demasiada importancia al hecho de que una minoría reducida de trabajadores se convirtiera al socialismo, aunque no se trata de un fenómeno insignificante; ni tan sólo al éxito asombroso que obtuvieron esta minoría y sus organizaciones en su intento de que las aceptaran como cuadro de líderes y «trust» de cerebros a partir del decenio de 1890. Los movimientos obreros necesitan líderes y los líderes necesitan preparación. Desde el resurgimiento del socialismo, las organizaciones de la izquierda socialista han proporcionado, con mucho, los mecanismos más eficaces tanto para unir a la élite autoelegida de trabajadores capacitados, inteligentes, dinámicos e innovadores —principalmente trabajadores jóvenes— como lo que es, con mucho, el mejor marco para la formación de éstos. En este período estas personas iniciaron su carrera en calidad de socialdemócratas, seguidores del Partido Laborista Independiente o sindicalistas revolucionarios, del mismo modo que durante el período de entreguerras los futuros líderes del sindicalismo nacional empezaron en el Partido Comunista. Fueron aceptados como líderes por personas que no compartían sus puntos de vista, porque eran los mejores y tenían ideas útiles e ideas que en apariencia no lo eran. Pero es obvio que en la transformación política del laborismo hay algo más que esto. Lo que tenemos que explicar es la transformación de los mineros, que de ser un grupo notoriamente inmune a la llamada de los socialistas pasaron a ser lo que se ha denominado «la guardia pretoriana de un Partido Laborista explícitamente socialista».⁴⁴ Lo que tenemos que explicar no es únicamente por qué ocurrió esto en zonas donde se libraba una encarnizada batalla de clases, como el sur de Gales, sino también en zonas donde no había una militancia industrial digna de atención, como, por ejemplo, Yorkshire; no sólo en cuencas mineras donde a los mineros les iban mal las cosas, como Lancashire, sino en algunas donde sucedía lo contrario.

44. Gregory, p. 178.

A diferencia de los progresos que hizo el movimiento sindical en este período (duplicó el número de sus afiliados y luego, tras un par de decenios, volvió a duplicarlo hasta alcanzar más de cuatro millones en 1914), es casi imposible trazar el mapa de los progresos de la conciencia de clase. El auge de algo que, incluso según nuestras pautas, es sindicalismo (y, en 1910-1914, militancia) de masas es, desde luego, indicio de que hubo cierta transformación, pero su naturaleza exacta no está clara. Los indicadores electorales nos fallan, en parte porque otros trabajadores no son tan identificables, como votantes, como lo son los mineros, pero principalmente porque las estadísticas del voto obrero independiente son oscuras antes de 1906 y no son significativas desde esa fecha hasta 1914. Sólo a partir de 1918, momento en que el laborismo aparece de pronto con el 24 por 100 del total de votos (en 1929 subiría hasta alcanzar el 37,5 por 100), el hecho de votar al laborismo puede tomarse como indicio razonable de conciencia de clase política. A partir de dicho momento, es posible afirmar que masas grandes y crecientes de trabajadores británicos consideran que el dar su voto al laborismo es una consecuencia automática de ser trabajadores. No ocurre todavía así antes de 1914. En 1913, incluso el 43 por 100 de los mineros seguía votando contra el pago de la sobretasa política del sindicato al Partido Laborista.⁴⁵

Sin embargo, aunque la formación de la conciencia obrera antes de 1914 no puede cuantificarse, es innegable que existía. En 1915 Beatrice Webb pudo decir:

El poder del movimiento radica en la obstinación masiva de la base, cada día más representativa de la clase trabajadora. Siempre que puede dirigirse a favor o en contra de alguna medida concreta, este sentimiento masivo se vuelve casi irresistible. Nuestra clase gobernante inglesa no se atrevería a desafiarlo abiertamente.⁴⁶

En 1880 nadie habría podido o querido hacer en serio semejante afirmación. Las dos naciones de Disraeli ya no eran los ricos y los pobres, sino la clase media y la clase obrera, una clase obrera en la que, en su entorno físico, sus prácticas y reflejos, puede reconocerse, al menos en las regiones industriales, la que Richard Hog-

45. *Ibid.*, p. 188.

46. Beatrice Webb, *Diaries 1912-1924*, Londres, 1952, p. 45.

gart describió basándose en la experiencia del período de entreguerras. En la medida en que no era deferente, apolítica y apática, sus opiniones políticas ya no se encontraban implícitas en una creencia general en los derechos del hombre, en la que los trabajadores no eran más que una nutrida sección de un término más exhaustivo: «el pueblo». Se apagan las ideas políticas del cartismo, ya sea como movimiento independiente de masas o como parte del radicalismo liberal. El último movimiento de este tipo fue fundado casi en el mismo momento en que se fundó el Comité de Representación Obrera. Unió a la izquierda que en el período medio de la época victoriana se aglutinaba en torno al *Reynolds News*, su inspirador, y a poderosas figuras liberal-laboristas como Howell, Fenwick y Sam Woods, con nuevos sindicalistas de la izquierda socialista: Tom Mann, Bob Smillie. John Burns le dio su bendición. Con todo, esta Liga Democrática Nacional desaparece antes de 1906 tras unos años de ejercer una influencia en modo alguno menoscupible. Dudo que alguna historia general de la Gran Bretaña de este período mencione siquiera su nombre. Incluso los historiadores de la clase obrera la consideran como poco más que una nota a pie de página. El futuro estaba en el Comité de Representación Obrera, y la esencia de su programa, cualquiera que fuese, consistía en servir específicamente las exigencias y aspiraciones de la clase trabajadora.

Me permitirán que concluya con un minero más. Escojo a Herbert Smith, 1862-1938, porque no era un activista de capilla inconformista, ni un hombre al que cupiera asociar con alguna ideología o, a pesar de su entusiasmo por la educación, con una gran afición a leer. Probablemente se encontraba tan cerca del minero medio como pudo estarlo cualquier otro líder (incluso entre los mineros, incluso en el sur de Yorkshire): un hombre lento, duro, de confianza, más aficionado al cricket y al Barnsley Football Club, a cuyos partidos asistía religiosamente, que a las ideas; un hombre más inclinado a pedirles a sus oponentes que salieran a la calle que a discutir. Herbert Smith avanzó ininterrumpidamente de comprobador de la cantidad de mineral extraído a la presidencia de los mineros de Yorkshire y finalmente, en el decenio de 1920, de la Federación de Mineros. En 1897, a los treinta y cinco años de edad, decidió dar su apoyo al Partido Laborista Independiente. Lo que hace que esta conversión sea significativa es la avanzada edad que tenía Smith cuando optó por ella. A partir de aquel momento fue siempre socialista y, si bien

durante el decenio de 1920 atacó a los comunistas, era, según las pautas de la época eduardiana, un miembro bastante izquierdista del citado partido. Es claro que no fue la ideología lo que le atrajo. Fue la experiencia de la lucha de los mineros y el hecho de que los socialistas exigían lo que, a su modo de ver, necesitaban los mineros: la legalización de la jornada de ocho horas, un salario mínimo garantizado y más seguridad en las minas.

Pero su elección expresó también una conciencia de clase visceral, militante y profunda cuya manifestación visible era su forma de vestir. Herbert Smith era famoso por su gorra. Una biografía suya lleva por título *The Man in the Cap* [El hombre de la gorra].⁴⁷ La llevaba como una bandera. Hay una fotografía de cuando, ya viejo, era alcalde de Barnsley. En ella aparece junto a lord Lascelles, éste con la elegancia, el bombín y el paraguas enrollado característicos de su clase, y el jefe de la policía del condado, que luce uniforme de gala. Herbert Smith, que era un hombre fornido, más bien gordo, llevaba la cadena y las insignias de alcalde, pero al mismo tiempo lucía su gorra. Uno podría decir muchas cosas sobre su carrera, no todas ellas lisonjeras, aunque desafío a quien sea a negarle toda admiración al hombre que, en 1926, se sentó a la mesa de negociaciones tocado con su gorra, sin la dentadura postiza, que había dejado sobre la mesa para sentirse más a gusto, y dijo «no» en nombre de los mineros a los propietarios de las minas, al gobierno y al mundo. Lo único que quiero decir aquí es que Herbert Smith como líder obrero y su carrera habrían sido impensables en cualquier período anterior de la historia de la clase obrera, y puede que también en cualquier período posterior. Fue fruto de la nueva clase trabajadora, a la que él ayudó a forjar, cuya aparición en los decenios anteriores a 1914 he tratado de describir en líneas generales. Ciertamente, era excepcional entre los millones de hombres que llevaban gorra; pero era excepcional sólo como árbol particularmente majestuoso en un bosque extenso. Había innumerables otros, menos prominentes, menos políticos, menos activos, que se reconocían a sí mismos en la imagen de Herbert Smith, y nosotros deberíamos reconocerles también.

(1981)

47. Jack Lawson, *The Man in the Cap: The Life of Herbert Smith*, Londres, 1941.

11. RECONSIDERACIÓN DE LA ARISTOCRACIA OBRERA

No cabe duda alguna de que los observadores victorianos creían que en Gran Bretaña existía un estrato superior de clases formadas por trabajadores manuales; a estas clases se les daban diversos nombres, pero también se las denominaba «aristocracia obrera» o «aristocracia de las clases trabajadoras».¹ La superioridad de este estrato o grupo era a la vez económica (salarios más altos y regulares, mayores oportunidades de ahorrar), social («entre algunos barrios obreros de mi parroquia y otros hay un abismo social tan grande ... como entre mi propio plano y, pongamos por caso, el de lord Devonshire»),² política y cultural. Sus miembros eran «respetables» («las respetables clases artesanas»)³ o, como hubieran preferido decirlo los victorianos, morales. Según se creía, se fundían con las «bajas clases medias» y, de hecho, a veces se les clasificaba como pertenecientes a ellas («En realidad, los sentimientos del artesano están más cerca de los del pequeño tendero que de los del trabajador no cualificado»). Sin embargo, aunque «la escisión en ambos lados» de este estrato era «más honda abajo que arriba»,⁴ tanto sus propios miembros como los observadores lo asociaban también, en esencia, con organizaciones tales como los sindicatos, las cooperativas y, por supuesto, las sociedades mutuas. Para el *Athenaeum* de 1866, la «clase trabajadora

1. Edith Simcox, en *Industrial Remuneration Conference*, Londres, 1885, p. 90.

2. *Interdepartmental Committee on Physical Deterioration*, P.P. XXXII, 1904, Q4419, Declaración del reverendo W. Rees de Salford.

3. *Report of the Departmental Committee on the Pupil-Teacher System*, vol. II, Actas de las Declaraciones, P.P. XXVI, 1898, Q12373.

4. *Saturday Review* (6 de abril de 1867), pp. 438-439.

superior», cuya admisión en el electorado se sugería, consistía en sindicalistas y cooperativistas.⁵ Es claro que pertenecían al mundo de la clase obrera. En cuanto a la movilidad social entre esta élite y los estratos inferiores, se decía, sin duda con exageración periodística, que «tenemos aquí dos clases radicalmente distintas que viven en condiciones del todo diferentes, las cuales apenas permiten al individuo ascender de la una a la otra».⁶ En cualquier caso, las diferencias físicas entre los estratos de la clase trabajadora llamaron la atención de las gentes de la época, tanto de clase media como de clase obrera. La condición física de los niños de la clase obrera «más alta» del York de Rowntree era claramente mejor que la del resto: la del 61,2 por 100 de los chicos y el 65,2 por 100 de las niñas (entre los tres y los trece años) se calificaba de «muy buena» y «buena» en comparación con el 27,5 (28,7) por 100 de la clase «media» del estamento obrero y el 17,4 (16,7) por 100 de los estratos más pobres. El promedio de diferencia de estatura para los chicos era de tres pulgadas y media [8,75 cm] entre el estrato más alto y el más bajo, casi una pulgada [2,5 cm] entre el más alto y el del medio, a la vez que la diferencia de peso era de cinco libras y media [2,49 kg] y dos libras tres cuartos [1,24 kg] respectivamente.⁷ No es extraño, pues, que John Burns se fijara en la diferencia de tamaño físico entre los sindicalistas «viejos» y los «nuevos» en el Congreso de los Sindicatos de 1890.⁸ Resumiendo, las gentes de la época aceptaban como cosa natural la existencia de semejante estrato, y lo mismo podemos hacer nosotros.

Hasta tal punto se ha aceptado como cosa natural, que se han formulado diversas teorías acerca de la significación política y, en un plano más amplio, histórica de su existencia y sus actitudes sociales, políticas e ideológicas. A decir verdad, su estudio como estrato especial de la clase obrera se ha mezclado constantemente con el debate político. Hizo su primera entrada en el dominio público durante los debates en torno al Segundo Proyecto de Ley de Reforma y sus posibles consecuencias. A partir del decenio de 1880 los marxistas se ocuparon de ello: el término no aparece en los escritos de Marx y Engels antes de dicho decenio. Hablando *grosso modo*, los liberales y

5. *The Athenaeum* (3 de marzo de 1866), p. 292.

6. *Edinburgh Review*, vol. 171 (1890), pp. 211 ss.

7. B. S. Rowntree, *Poverty*, reimpresión Nelson (2.ª ed.), pp. 250-253.

8. Citado en Standish Meacham, *A Life Apart*, Londres, 1977, p. 25.

los radicales se congratularon del gran valor de este grupo y su inmunidad ante el desorden social y las llamadas de los revolucionarios, mientras que éstos lamentaron tales características y se valieron de la existencia de una «aristocracia obrera» para explicar la escasa respuesta que hallaba su causa. La clásica formulación de la tesis según la cual el «reformismo» de los movimientos obreros y los partidos socialdemócratas de Gran Bretaña (y, por extensión, de otros países) se debía a dicha «aristocracia obrera» aparece en los escritos de Lenin, que se basó tanto en Engels como en los Webb.⁹ Ni la clásica visión liberal del «artesano inteligente» ni la clásica explicación leninista o casi leninista de las raíces del «reformismo» de la clase obrera británica gozan hoy de gran aceptación. No obstante, el elemento político-ideológico de los debates históricos en torno a la aristocracia obrera, cuya fase moderna empezó durante la guerra fría, es obvio y persistente. Aunque ya no es importante, o no debería serlo, plantea la cuestión de si los historiadores no habrán estado comentando un ejemplo de estratificación de la clase trabajadora en el siglo XIX empleando términos inventados por personas ajenas al asunto para fines que nada tienen de históricos.

En vista de ello, tal vez será útil volver a echar mano de las formas que empleaban los victorianos para clasificar a las «clases trabajadoras» o «clases industriales», porque, aun cuando sus criterios de clasificación (al igual que los nuestros) eran en cierto modo impuestos *a priori* a la realidad social, no por ello dejaban de ser un intento de reflejar aspectos de dicha realidad. Desgraciadamente, en Gran Bretaña, a diferencia de en Francia, no se han realizado estudios cuantitativos y sistemáticos del vocabulario político, y estamos a oscuras incluso en lo que se refiere a datos tan elementales como de qué manera, cuándo y por quién se hacía la distinción entre «las clases trabajadoras» y la «clase obrera», cómo se utilizaban los términos y de qué modo cambiaron sus aplicaciones. Aunque algunos estudiosos prefieren la tesis según la cual el concepto de una «aristocracia obrera» se remonta más allá del decenio de 1840, las clasificaciones que aquí comentamos son menos frecuentes antes de la mitad del siglo que después de ella. Son de dos tipos. En primer lugar, hay una amplia distinción «moral» entre las clases trabajadoras «respetables»

9. He comentado sus opiniones reales en «Lenin and the aristocracy of labour», en *Revolutionaries*, Londres, 1973, pp. 121-129.

y las «ordinarias». Si bien la mayoría de los miembros de la aristocracia obrera serían ciertamente —casi por definición— «respetables»,¹⁰ es obvio que el grupo era más amplio, tanto porque formaban parte de él la mayoría de las personas situadas entre la clase trabajadora superior y la aristocracia, como porque también incluía una sección de «los pobres». En segundo lugar, había un estrato amplio que englobaba a la aristocracia obrera, pero también a otras secciones tales como los tenderos, los patronos modestos, probablemente hasta los últimos decenios del siglo a muchos oficinistas y formaba (como ya se señaló en 1954) lo que a la sazón recibía el nombre de «baja clase media». Se decía que las «clases industriales» no estaban formadas sólo por trabajadores, sino también por artesanos, tenderos, patronos de mano de obra (utilizando el término en sentido moderado), oficinistas.¹¹ Tanto si a los tenderos se les incluía en la «clase artesana» (como hacían los testigos de la RCFS) o —quizá de un modo que ya no reflejaba la realidad— en los «capataces, mecánicos y oficinistas», como hizo un coronel que formaba parte de la Comisión Real sobre la Milicia y los Voluntarios,¹² como si los artesanos se juntaban o identificaban incluso con la «baja clase media», la distinción era imprecisa y cambiante. En obras recientes, sin embargo, se ha argüido con acierto que «esta baja clase media pertenecía ... a un mundo social cuyo centro de gravedad se hallaba en el artesano "superior", en vez de pertenecer a un mundo de clase media, un mundo al que el artesano "superior" aspiraba a ascender».¹³ El artesano que se convertía en tendero, o incluso el sindicalista que (cosa muy posible)¹⁴ «se instalaba por cuenta propia», no cambiaba de clase y de estilo de vida, o ni siquiera abandonaba su sindicato, que tenía prevista esa contingencia,¹⁵ a menos que al ascender sobrepasara la línea que separaba la baja clase media de la clase media. A la inversa, otros

10. G. Best, *Mid-Victorian Britain 1851-1875*, Londres, 1971, es una útil introducción al tan debatido tema de la «respetabilidad», esp. pp. 256-263.

11. *Royal Commission on Friendly Societies* (en lo sucesivo RCFS), P.P. XXV, 1871, Q6584.

12. *Royal Commission on the Militia and Volunteers*, P.P. XXX, 1904, Q11926.

13. R. Gray, «Styles of life, the "labour aristocracy" and class relations in later nineteenth century Edinburgh», en *International Review of Social History*, n.º 8 (1973), pp. 445.

14. A. E. Musson, *The Typographical Association*, Oxford, 1954, pp. 93-94.

15. Por ejemplo, RCFS, P.P. XII, 1873, Q25.509 para Mecánicos y Bom-

miembros de esta «baja clase media» compartían las organizaciones de los «artesanos» (sociedades mutuas, cooperativas) —excepto, omitiendo casos marginales, sindicatos— y también sus actividades características: por ejemplo, el movimiento de Voluntarios (sobre el que Gray llama acertadamente la atención).¹⁶ En 1871 las sociedades de crédito hipotecario de Oldham se componían de hombres cualificados y administradores —que eran clasificados con ellos— de las industrias algodonera y de ingeniería, a los que se sumaban tenderos modestos.¹⁷ En los Voluntarios de East Surrey había «una proporción razonable de oficinistas, algunos comerciantes modestos, una gran proporción de artesanos»;¹⁸ en East Yorkshire, «la clase artesana y mecánica y tenderos modestos»; en los Gordon Highlanders «el 50 por 100 eran artesanos (carpinteros, herreros, sastres), el 20 por 100 agricultores, el 10 por 100 oficinistas, maestros de escuela, profesores».¹⁹ Cabe señalar, de paso, que Gran Bretaña es probablemente el único país donde, en el siglo XIX, la expresión «clase media» se amplió para que incluyera a determinadas secciones de los trabajadores manuales.²⁰

El tercer grupo de criterios se ideó con un fin más específico: estratificar las clases trabajadoras manuales. Dicho sea de paso, no dejaba, ni mucho menos, de haber disputas sobre quién pertenecía a estas clases; si bien, por regla general, se incluía a los peones agrícolas, aunque como grupo más bien aparte, Rowntree, en cambio, omitió a los trabajadores del servicio doméstico, así como a los trabajadores acogidos a las instituciones públicas. La posición de un número considerable de pobres distaba mucho de ser clara, aunque cabe subsumirlos en la categoría de «los pobres», que era en parte coincidente con otras y en parte residual. Se recordará que la enciclopedia «de los que trabajan, los que no pueden trabajar y los que no quieren trabajar» de Mayhew llevaba por título *London Labour and the London Poor*

beros. Véase K. Buckley, *The Amalgamated Engineers in Australia 1852-1920*, Canberra, 1970, pp. 95-96, para miembros de ese sindicato que eran patronos.

16. R. Gray, «Styles of life...», *loc. cit.*

17. RCFS XXV, 1871, Q6211.

18. RC Volunteers XXX, 1904, Q8222.

19. *Ibid.*, Qs8961, 12312.

20. Véase G. S. Layard, «Family budgets II: A lower-middle class budget», en *Cornhill Magazine*, X (1901), p. 656: «una clase que incluye a todos esos tipos y condiciones de hombres, entre el mecánico cualificado y el coadjutor investido de órdenes sacerdotales».

[Los obreros de Londres y los pobres de Londres].²¹ Con todo, aquellos que, según acuerdo general, formaban parte de las «clases trabajadoras» eran divididos universalmente en dos grupos: los «artesanos» o trabajadores cualificados y los «peones» o trabajadores no cualificados. «Las clases trabajadoras», escribió *The Beehive* en 1864:

se dividen en dos secciones, una que comprende el artesano y el mecánico cualificados y la otra el peón, el vendedor callejero, los hombres que se ganan el sustento diario por medios que les sería difícil describir, pero, pese a ello, honrados, y los bravucones de toda índole.²²

En la medida de lo posible, a todos los trabajadores les correspondía una categoría u otra, aunque incluso a mediados de siglo había grupos que no encajaban: la clasificación profesional de la Antigua Orden de Guardabosques mostraba a los «operarios de fábrica» como grupo independiente, aunque los «hilanderos y los tejedores» *no* se incluían entre ellos.²³ Con la evolución de la estructura y la mecanización de la economía industrial, esta clasificación binaria dejó de reflejar la realidad y en 1900 es ya causa de graves dificultades. «Ya no es siempre posible clasificar categóricamente a tal o cual hombre diciendo que es cualificado o no cualificado», escribió el estadístico A. L. Bowley.²⁴ Bramwell Booth, del Ejército de Salvación, hablaba de «mecánicos, operarios y peones».²⁵ Los semicualificados aparecen bajo este nombre, y como categoría intermedia especial, antes de 1914.²⁶ Sin embargo, la dicotomía artesano-peón duró hasta la Ley de la Vivienda de 1936, tomada casi sin cambio de la propuesta de una Comisión Selecta de 1902 que intentó definir lo que constituía la «clase traba-

21. Henry Mayhew, *London Labour and the London Poor. A Cyclopaedia of the Conditions and Earnings of Those that Will Work, Those that Cannot Work, and Those that Will Not Work*, Londres, 1861.

22. *The Beehive* (2 de julio de 1864).

23. RCFS XXIII/II, 1874, apéndice del informe de sir G. Young, p. 526.

24. A. L. Bowley, *Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century*, Londres, 1900, p. 23.

25. En G. Haw, ed., *Christianity and the Working Classes*, Londres, 1906, p. 152.

26. Charity Organization Society, *Report on Unskilled Labour* (citado como RUL), Londres, 1908, p. 14; N. B. Dearle, *Industrial Training*, Londres, 1914, pp. 13-32.

jadora» («clase obrera» en 1936), de la que, según se decía, formaban parte los:

mecánicos, artesanos, peones y otras personas que trabajen a cambio de un salario, buhoneros, vendedores callejeros, personas que no trabajan a cambio de un salario, pero que trabajen en algún oficio u ocupación manual sin emplear a otras personas salvo a miembros de su propia familia, y personas, aparte de los sirvientes domésticos, cuyos ingresos no pasen de las tres libras semanales, y las familias de tales personas que puedan estar residiendo con ellas.²⁷

En resumen, la clasificación de *The Beehive* no había perdido oficialmente su vigencia.

Con todo, deberíamos señalar un aspecto interesante. Mientras que los «peones» como estrato —tanto si se les clasificaba junto con los pobres inclasificables como si no— raramente se subdividían en subgrupos que no fueran los urbanos y los agrícolas (aunque de vez en cuando se encuentran tales subdivisiones),²⁸ los artesanos eran, en esencia, un conjunto de grupos profesionales claramente definidos, generalizados en un estrato. Consistían en «mecánicos de toda índole, hombres de todos los oficios, artesanos que trabajan».²⁹ Sin embargo, no es extraño que en esta dicotomía cada vez más convencional cualquiera que disfrutase de los ingresos, las condiciones y el estilo de vida de la clase trabajadora superior fuera asimilado a las condiciones del «artesano», se pareciera o no a los artesanos cualificados que en un principio formaban el núcleo del grupo «artesano». De esta manera era posible clasificar a los maquinistas de tren, los hilanderos de algodón y, más adelante, los caldereros junto con los ebanistas, los carpinteros modelistas y los carpinteros de ribera. Sin embargo, los mineros del carbón o los trabajadores del hierro y el acero (a excepción de los artesanos conocidos como, por ejemplo, los moldeadores de hierro) raramente o nunca parecen haber disfrutado de esta categoría: después de todo, era probable que un minero que aban-

27. Citado en A. Marwick, «Images of the working class since 1930», en J. Winter, ed., *The Working Class in Modern British History*, Cambridge, 1983, p. 219.

28. Por ejemplo, en el *Falkirk Herald* (8 de octubre de 1890). Debo esta referencia al doctor James Young.

29. RCFS XXVI, 1872, Q16592.

donase la mina sólo pudiera optar a un empleo de peón. De hecho, los mineros se intercambiaban fácilmente con los peones o se dedicaban a la cosecha durante el verano, que era una estación floja,³⁰ mientras que los albañiles, incluso en períodos de empleo malo, no iban a trabajar a las fábricas de gas, porque al volver, sabiéndose de dónde venían («y generalmente se averigua»), no eran aceptados por sus compañeros. «Obraría en contra suya del siguiente modo: si es mecánico y se fue a trabajar en la fábrica del gas durante el invierno ... ellos dirían: "No es más que un fogonero de gas. No tiene nada de mecánico"».³¹

Es evidente que durante el período eduardiano forzosamente se reconocería la irrealidad de este sistema binario. Así lo hizo el censo de 1911 introduciendo la conocida clasificación social quintuple, que dividía a los trabajadores en tres grupos: cualificados, parcialmente cualificados y no cualificados. Pero es igualmente evidente que durante la mayor parte del siglo XIX no se consideró que dicho sistema plantease graves problemas de clasificación, excepto en un aspecto: ¿cómo considerar a unos hombres que eran indiscutiblemente «artesanos» en el sentido preindustrial de la palabra, pero que, obviamente, no pertenecían —o no pertenecían plenamente— al favorecido estrato superior de la clase obrera? El principal problema, que tuvo una importancia especial durante la primera mitad del siglo, fue el crecimiento de la producción en serie en las artes manuales no transformadas por la fábrica o la mecanización, es decir, la división de un antiguo «oficio» en una rama que trabajaba para el mercado de clase alta y un grupo más amplio que trabajaba para el sector barato del comercio, normalmente por medio de la subdivisión de la antigua habilidad general del arte en variedades más especializadas de artesanos adiestrados sólo para ejecutar una serie limitada de procesos o tipos de trabajo: las alas «honorable» y «no honorable», respectivamente, del oficio.³²

30. Raphael Samuel, en R. Samuel, ed., *Miners, Quarrymen and Saltworkers*, Londres, 1977, p. 66.

31. RUL, Q409 y, de modo más general, Qs407-413.

32. Véanse Mayhew III, p. 221; I. Prothero, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London*, Folkestone, 1979, pp. 42 ss.; David Goodway, *London Chartism 1838-1848*, Cambridge, 1982, cuarta parte: *The trades*.

«En lugar de un artesano competente (el ebanista) ... a menudo sólo era capaz de producir un mueble determinado y a veces sólo se le encargaba una

Pero conviene señalar que la subdivisión de los gremios sólo desclasaba a un artesano allí donde éste no podía mantener los salarios y las condiciones propios de su categoría. Allí donde sí podía mantenerlos, como en la construcción naval, que, en esencia, aumentó su producción multiplicando la especialización manual, no surgía ninguna dificultad. El otro problema se debía a que incluso los gremios no transformados, sobre todo cuando resultaba imposible controlar con eficacia el ingreso en ellos, eran incapaces de mantener las condiciones de la aristocracia obrera para más de una porción (por regla general minoritaria) de sus miembros. Un ejemplo que hace al caso son los oficios relacionados con la construcción.

Al igual que las nuestras, las clasificaciones de las clases trabajadoras en la época victoriana eran convencionalismos impuestos en gran parte a la realidad social *a priori*, o intentos de encajar una realidad cambiante en casillas preindustriales («artesanos» y «peones»). A pesar de ello, trataban de describir aspectos de la citada realidad y, como hemos visto, ajustaban sus descripciones —sin duda con los retrasos debidos a la inercia, los prejuicios y la ideología— a medida que quedaba probada su notable falta de adecuación. Y al parecer, había a la sazón pocas dudas sobre la realidad de la división de los trabajadores en un estrato más favorecido y el resto, cualquiera que fuese su nombre exacto. La mayoría de los historiadores posteriores la han aceptado como algo natural por las mismas razones.

Naturalmente, el estrato favorecido, al igual que el resto, consistía en obreros manuales asalariados que presentaban los estigmas comunes de la existencia proletaria: inseguridad, incertidumbre y el riesgo de la pobreza. Pero esto no es incompatible con la estratificación.³³

porción del mismo.» W. G. Bunn, en *Industrial Remuneration Conference*, 1885, pp. 168-169.

33. Para las principales aportaciones al debate, véanse H. Pelling, «The concept of the labour aristocracy», en *Popular Politics and Society in Late Victorian England*, Londres, 1968; A. E. Musson, *British Trade Unions 1800-1875*, Londres, 1972; M. Piva, «The aristocracy of the English working class: Help for a debate in difficulties», en *Histoire Sociale - Social History*, vol. 7, 14 (1974), pp. 270-292; J. Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution*, Londres, 1974; J. Foster, «British imperialism and the labour aristocracy», en J. Skelley, ed., *The General Strike 1926*, Londres, 1976; G. Stedman Jones, «Class struggle and the Industrial Revolution», en *New Left Review*, n.º 90 (1975), pp. 35-69; A. E. Musson, «Class struggle and the labour aristocracy, 1830-1860», en *Social History*, n.º 3 (1976), pp. 335-356; H. F. Moor-

Era improbable que alguien afirmase que los mecánicos cualificados y los constructores de buques no gozaban de mejor posición económica, o de una condición social más elevada que, pongamos por caso, los revisores de ferrocarril, aunque los unos se hallaban sujetos de modo desproporcionado al paro cíclico y los otros quizá disfrutaban tanto de regularidad como de seguridad. Por otra parte, se registraba al mismo tiempo un movimiento de entrada y otro de salida del estrato favorecido. La entrada raras veces podía controlarse institucionalmente (por ejemplo, mediante el aprendizaje) y, a decir verdad, la misma expansión numérica de la fuerza laboral hubiera imposibilitado por completo tal restricción. Es inconcebible que el sector cualificado de la fuerza laboral masculina en la manufactura de metales, máquinas, aperos, vehículos, etcétera, que se duplicó entre 1851 y 1891, pudiera reclutarse exclusivamente por medio del aprendizaje reglamentario. Durante un período de crecimiento económico secular el abandono de ocupaciones bien retribuidas por otras que lo fuesen menos era quizá menos probable, excepto por medio de la sustitución tecnológica de la habilidad manual, pero es claro que en cada ocupación cualificada o favorecida había una masa de hombres marginales que efectuaban una especie de movimiento «browniano» hacia arriba y hacia abajo; y algunos de ellos podían hundirse tanto, que entraban en el estrato más bajo, el de los pobres convertidos en trabajadores eventuales, el «residuo», del que era virtualmente imposible escapar. Sin embargo, hasta entre los miembros más marginales de un oficio afectado por la adversidad, solía ser muy clara la diferencia entre los cualificados y

house, «The Marxist theory of the labour aristocracy», en *Social History*, 3/1 (1978), pp. 61-82; A. Reid, «Politics and economics in the formation of the British working class: A response to H. F. Moorhouse», en *Social History*, 3/3 (1978), pp. 347-361; John Field, «British historians and the concept of the labour aristocracy», en *Radical History Review*, n.º 19 (1978-1979), pp. 61-85; M. Shepherd, «The origins and incidence of the term "labour aristocracy"», en *Bulletin of SSLH*, n.º 37 (otoño de 1978), pp. 51-67; *Bulletin of SSLH*, n.º 39 (otoño de 1979), pp. 16-22; J. Melling, «Aristocrats and artisans», en *Bulletin of SSLH*, n.º 40 (primavera de 1980), pp. 6-11; «Conference report: The labour aristocracy», *ibid.*, pp. 13-18; intercambio sobre el mismo tema entre John Baxter y Michael A. Shepherd; véase también el editorial, pp. 2-3; Gregor McLennan, *Marxism and the Methodology of History*, Londres, 1981, cap. 10: «The theory of the labour aristocracy», pp. 206-232; A. Reid, «Intelligent artisans and aristocrats of labour: The essays of Thomas Wright», en J. Winter, ed., *The Working Class in Modern British History: Essays in Honour of Henry Pelling*, Cambridge, 1983.

los demás. El número de peones de la construcción que solicitaron ayuda a la Comisión de Socorro de West Ham en 1905-1916 fue el doble del de artesanos, aunque la proporción de trabajadores cualificados que había en la industria era mayor que la de peones, y la mayoría de ellos se valieron de algún medio poco claro para librarse del peligro.³⁴ Por otra parte, había siempre un estrato, el de «los mejores», que siempre podía encontrar trabajo.³⁵

Es innegable, además, que en una economía de mercado lo que determinaba la tasa salarial y todo lo que la acompañaba eran la demanda y la oferta en vez de alguna característica objetiva de la mano de obra, como, por ejemplo, la habilidad, en el sentido de una aptitud para el trabajo que sólo pudiera adquirirse por medio de un aprendizaje relativamente prolongado. Pero en la economía decimonónica, aquella «yuxtaposición de tecnología manual y tecnología que funcionaba con vapor»,³⁶ la habilidad suponía un grado de escasez real que podía reforzarse artificialmente. Hasta en el decenio de 1960 la Comisión Donovan sobre los Sindicatos señalaba que «la dificultad de adquirir su pericia protege (a los más cualificados)».³⁷ Era probablemente la forma más segura o, mejor dicho, más manipulable, de crear fuerza para negociar, como resulta obvio cuando ocupaciones que antes eran cualificadas se transformaron en ocupaciones semicualificadas y consiguieron conservar su categoría.

En cualquier caso, utilizar la incertidumbre y la movilidad de la clase trabajadora como argumento para negar la existencia de una aristocracia obrera equivale a interpretar mal la naturaleza de semejante élite. Su preocupación primaria tenía que ser la protección de las ventajas de que gozaban sus miembros *reales*, prescindiendo de su procedencia y de adónde pudieran ir. El restriccionismo o control del ingreso, en la medida en que funcionaba, no era un fin en sí mismo, sino que era más que nada uno de los instrumentos que proporcionaban la citada protección. Los artesanos que insistían en que a ningún peón

34. RUL, Qs225, 235, pp. 11, 48-49, 102-103.

35. N. B. Dearle, *Problems of Unemployment in the London Building Trade*, Londres, 1908, p. 93.

36. R. Samuel, «The Workshop of the World: Steam power and hand technology in mid-Victorian Britain», en *History Workshop*, n.º 3 (1977), pp. 6-72.

37. *Royal Commission on Trade Unions and Employers' Associations 1965-1968: Report*, Cmnd3623, Londres, 1968, p. 87.

debía permitírsele «empuñar las herramientas» del oficio sabían perfectamente que, en muchos casos, ellos mismos habían aprendido su oficio de la misma manera «ilegítima». La prueba efectiva de su categoría era el haber demostrado que eran capaces de ganar un salario de artesano, que podían negarse a trabajar por un salario inferior y que, como grupo, podían insistir en que se les reconocieran su categoría y sus condiciones, entre las que estaba la posibilidad de negarse a trabajar con gente a la que tal vez pagasen menos, o incluso más, por hacer el trabajo. En la economía decimonónica la habilidad, en el sentido de «la dificultad de adquirir su pericia»³⁸ como no fuera mediante una formación relativamente prolongada, era sin duda la mejor forma de establecer y reforzar la escasez en el mercado. Asimismo, un núcleo de trabajadores cualificados, cuya sustitución o desclasamiento en masa resultaban demasiado caros, proporcionaba la mejor arma con que los hombres de un oficio podían mantener su categoría de trabajadores cualificados, incluso cuando el cambio industrial los transformaba en mano de obra semicualificada. No era, con todo, la única arma. La prueba consistía en la capacidad para excluir, sin que importase cómo. Y ni siquiera los sindicatos de artesanos auténticos de mediados de la época victoriana titubeaban en excluir a los negociadores más débiles o los riesgos actuariales más dudosos entre trabajadores por lo demás elegibles, mientras pudiera mantenerse la categoría de élite para lo más selecto del oficio.

Los hilanderos de algodón son un ejemplo extremo de ello. Su trabajo real era, en el mejor de los casos, semicualificado y en poco se diferenciaba del que hacían sus ayudantes, los «grandes destajistas», de entre cuyas filas se reclutaban todos los hilanderos. Un hilandero trabajaba normalmente con dos o tres ayudantes y casi todos éstos sabían hacer el trabajo de aquél. Así pues, todos los hilanderos empezaban su carrera profesional como «plebeyos» y no como «aristócratas», y su condición aristocrática dependía directamente de la defensa de un número limitado de puestos estratégicos del proceso laboral, puestos que daban cierta fuerza negociadora, contra la posible competencia de un número mayor de hombres muy capaces de sustituirlos. Que su puesto era vulnerable lo demuestra el hecho de que un *mindler* [cuidador] que tuviese que dejar su empleo por enfermedad, o por haber sufrido alguna lesión, tenía que volver, al recuperarse, a

38. *Ibid.*

trabajar a destajo hasta que se produjera una vacante en alguna máquina de hilar intermitente, e incluso puede que entonces tuviera que ponerse a la cola de los destajistas elegibles para un ascenso por antigüedad.³⁹ Pero mientras la línea entre los que llegaban a ser *min-ders*, y los que no, estuvo claramente definida, los hilanderos como grupo *fueron* aristócratas obreros, su posición ratificada por el nivel de sus ganancias y por la diferencia salarial que los separaba de los destajistas. En Oldham, los hilanderos ganaban 41 chelines y 10 peniques, los grandes destajistas 19 chelines y 4 peniques; en Bolton 45 chelines y 9 peniques y 15 chelines y 9 peniques, respectivamente (esto en 1914).

¿Podría decirse que había una aristocracia obrera allí donde la citada línea era borrosa o no existía, es decir, allí donde las estrategias del sindicalismo de oficio eran inaplicables? Es probable que no, por cuanto el criterio de semejante grupo era económico, pero la pregunta tiene que quedar sin respuesta. Esto no quiere decir que fuese imposible la presencia de grupos no aristocráticos en los niveles salariales más altos o que, de hecho, gozaran de ciertas ventajas sobre otros grupos de su profesión. Pero resulta difícil clasificar a los picadores de las minas de carbón como aristócratas obreros, aunque sólo fuese porque no se sabe de ningún caso, en aquel siglo, en que esta categoría de mineros intentase o lograrse formar un sindicato independiente para los picadores, en vez de constituir el núcleo de los sindicatos de mineros de todo tipo. A la inversa, los únicos grupos de ferroviarios que tendían a formar sindicatos de oficio aparte eran los de personal de locomotoras, cuyo camino hacia el ascenso era del todo independiente, una vez el muchacho hubiese dado el primer paso por la senda que llevaba al piso de caldeo. Según parece, no existía el traslado lateral desde otros grados al de maquinista.⁴⁰ Un caso interesante y ambiguo es el de los capataces o de los trabajadores que ejercían algún tipo de supervisión. Si bien los administradores inten-

39. J. White, *The Limits of Trade Union Militancy. The Lancashire Textile Workers 1910-1914*, Westport-Londres, 1978, pp. 36 ss. Para las cifras, pp. 32, 38.

40. Tendencias menos afortunadas a una organización independiente se daban entre los guardavías, y —especialmente en las zonas rurales— éstos muestran algunos síntomas de su categoría de aristócratas obreros. Su número era limitado, su trabajo era de gran responsabilidad y, desde luego, debían de sentirse un grupo seleccionado por poseer una regularidad y una fiabilidad especiales.

taron con bastante constancia (y éxito al final) separarlos como grupo del resto⁴¹ en los oficios cualificados, los artesanos entre los que eran reclutados continuaron, en la medida de lo posible, considerándolos como miembros del «oficio» y, de hecho, como representantes del mismo.⁴²

Sin embargo, la aristocracia obrera, ya fuese natural o «artificial», no era una simple cuestión de salarios y categoría más elevados. El hecho mismo de que estos hombres se considerasen una minoría selecta —seleccionada por los patronos— les daba una sensación de superioridad personal. Los hilanderos, como dijo el secretario de su sindicato, James Mawdsley, pertenecían a los «gigantes ... por su capacidad de trabajo», escogidos entre la masa de los «lentos e inconstantes».⁴³ Mawdsley menospreciaba a los que no conseguían llegar y que, al no ser ascendidos, tenían que dejar la industria y dedicarse a algún trabajo no especializado («peones ... buhoneros ... porteros ... en el comercio local»), o que «seguían siendo destajistas toda la vida con algún que otro intento de hacerse hilanderos cuando alguno de éstos enfermaba».⁴⁴ Los artesanos, recuerda Robert Roberts, «se consideraban a sí mismos seres cultural y socialmente superiores».⁴⁵ Y, de hecho, incluso cabía defender su superioridad utilizando los argumen-

41. Por ejemplo, H. Stanley Jevons, *The British Coal Trade*, Londres, 1915, p. 856, Apéndice X, cláusula II, para un ejemplo: «Las personas cuyo cargo es la inspección y la supervisión no son trabajadores a quienes quepa aplicar la Ley (de Salario Mínimo) de las Minas de Carbón». El doctor Joseph Mellinger me ha llamado la atención sobre el hecho de que la cuestión de distinguir a los capataces de los trabajadores se suscitó incluso antes, al amparo de la legislación sobre compensaciones para trabajadores (Ley de Responsabilidad de los Patronos, 1880), ya que a «los empleados encargados de la supervisión o de la dirección» se les podía considerar como agentes del patrono a efectos de responsabilidad por las heridas causadas por su negligencia o por órdenes dadas por ellos.

42. «Los capataces de taller serán hombres que estén cualificados en el trabajo de sus respectivos talleres. Probablemente, como trabajadores mostraron una habilidad y una pericia especiales, las cuales condujeron a su elevación de entre la masa.» John Macauley, ed., *Modern Railway Working. A Practical Treatise by Engineering Experts*, 2 vols., Londres, 1912-1914, vol. II, pp. 57-58. Respecto de trabajadores y capataces, véase Carter Goodrich, *The Frontier of Control*, edición de 1975, capítulos VII-IX.

43. Citado en E. J. Hobsbawm, ed., *Labour's Turning Point*, Londres, 1948, p. 6. Véase también J. White, *loc. cit.*, 1978.

44. *Labour's Turning Point*, *loc. cit.*

45. R. Roberts, *The Classic Slum*, Harmondsworth, 1973, p. 92.

tos darvinianos que tanto agradaban a las gentes de las postrimerías de la época victoriana:

La elevación progresiva de la Regla Común —sostenían los Webb— mediante la promoción constante de la «Selección de los Más Aptos», ocasiona una creciente especialización de la función, creando un grupo distinto que tiene un Nivel de Vida y unas tradiciones corporativas propias que cada recluta acepta gustosamente.⁴⁶

Así pues, los intentos de negar la *existencia* de una aristocracia obrera son poco convincentes, aunque, por supuesto, puede haber un desacuerdo legítimo en torno a su tamaño, su composición, sus características, su significación social y política y otros aspectos.⁴⁷ Ni siquiera se ve seriamente socavada cuando se señala el innegable seccionalismo de los sindicatos británicos, puesto que la existencia de divisiones verticales en el seno de la clase trabajadora no prueba que sean más significativas que las horizontales. Las luchas seccionales (como, por ejemplo, las disputas motivadas por cuestiones de demarcación en los astilleros, que forman el trasfondo de la crítica de Reíd) eran disputas en pos de derechos monopolísticos, es decir, por parte de artesanos que defendían su categoría o de aquellos que tenían oportunidades de conseguirla, por el reconocimiento como miembros de un estrato superior. Entre los no artesanos había peleas por derechos monopolísticos en sus niveles más modestos. Su ataque contra la existencia de una jerarquía no era más grave que el que hubiese representado la creación de un monopolio de licenciadas en los equipos de mecanógrafas de las universidades para la diferencia de categoría profesional y de perspectivas entre secretarías y profesores de universidad. En las condiciones de la época victoriana —que en este aspecto eran fundamentalmente distintas de las de finales del siglo xx— no todos los grupos de trabajadores estaban en situación de utilizar los métodos exclusivistas del sindicato de oficio con el mismo efecto: la diferencia entre los cajistas y los que todavía eran llamados «peones de im-

46. S. y B. Webb, *Industrial Democracy*, edición de 1913, p. 719.

47. Para las principales aportaciones al debate en torno a la aristocracia obrera, véase la nota 33. «Intelligent artisans and aristocrats of labour: the essays of Thomas Wright», en J. Winter, ed., *The Working Class in Modern British History*, pp. 171-173, es la exposición más sucinta de los argumentos en contra.

prenta» aún no había sido erosionada, o siquiera atacada, ni tan sólo en Fleet Street.

Asimismo, si los grupos de menor importancia raramente podían cambiar sus posiciones jerárquicas como grupos, los individuos que trataban de hacer lo mismo dependían precisamente de la fuerza de la jerarquía. La mejor oportunidad de progresar, para el peón victoriano que trabajaba en una ocupación segregada, consistía en desaparecer y presentarse en otra parte reivindicando la categoría de artesano y demostrándola con su habilidad para ganar un salario de artesano. La segunda oportunidad óptima consistía en unirse, mediante un «diferencial» convencional fijado desde arriba, a un oficio de élite más favorecido: por ejemplo, en el ramo de la construcción, el de los yeseros y fontaneros comparado con el de los albañiles o pintores. Ciertamente, no se trataba de un ataque contra los privilegios de la élite como grupo.

Sin embargo, el argumento extraído del seccionalismo puede emplearse para atacar, no la existencia de una estratificación, sino la coherencia subjetiva de una «aristocracia obrera» compuesta de modo tan patente por hombres de habilidades variables y a veces no comparables, o que no poseían ninguna habilidad real, y a veces por grupos entre los cuales existía una competencia y un conflicto visibles. Y, de hecho, nadie puede negar la existencia de tales conflictos, ni la del muy respetado orden jerárquico dentro del estrato superior. Pese a ello, una serie en apariencia heterogénea de ocupaciones habitualmente *eran* clasificadas juntas: como «élite de la clase trabajadora» que incluye a «mecánicos, albañiles, carpinteros, cajistas, etc.»;⁴⁸ como miembros de ciertas organizaciones tales como la Hearts of Oak Friendly Society, donde «tenemos carpinteros, ebanistas ... tenemos mecánicos e ingenieros (tanto estacionarios como maquinistas de tren), bomberos, tenderos modestos, oficinistas, químicos»⁴⁹ que, reconoció el testigo, podían clasificarse como «artesanos, y aquellos artesanos extraídos de oficios seleccionados cuidadosamente». Asimismo, como se ha puesto de relieve en muchas investigaciones recientes, había una diferencia en los estilos de vida, diferencia que iba desde la vivienda y el modo de vestir (a veces incluso en la ropa de trabajo, como en el caso de los artesanos que insistían en llevar cuello duro en el ta-

48. Simcox, en *Industrial Remuneration Conference*, p. 86.

49. RCFS XXII, 1872, Q24392.

ller)⁵⁰ hasta la sociabilidad y las actividades de ocio.⁵¹ Y, fueran cuales fuesen las diferencias seccionales entre grupos individuales que reivindicasen la categoría de «artesanos» u otra equivalente, o el orden jerárquico dentro del estrato, cualquier miembro daba por sentado que tenía más en común con los artesanos que con los no artesanos, y la mayoría consideraba que eran superiores a los plebeyos, a no ser por las desgracias personales. Cuando le preguntaron por qué los albañiles en paro no querían que sus esposas trabajasen, un capataz de la construcción dijo: «Pienso que tienen un poco más de lo que ellos llaman “orgullo”». Al preguntarle por qué evitaban la Ley de Pobres a toda costa, dijo sencillamente: «Perderían su derecho de votar. Son ingleses, ¿comprende?».⁵²

¿Qué unía a los artesanos en un único estrato, el de la aristocracia obrera? En recientes trabajos de historia social se ha insistido con razón en que la unión se debía a las actitudes y los estilos de vida en vez de a los niveles de ingresos sin más, y, cosa más dudosa, al grado de control que sobre su propio trabajo ejercía un hombre y a la ausencia de supervisión directa. Los aristócratas obreros, y en especial los artesanos, sin duda esperaban gozar de cierto grado de independencia, así como de mucho control sobre su trabajo concreto, pero en la actualidad está claro que no eran en modo alguno los únicos trabajadores que disfrutaban de semejante autonomía, aunque sólo fuera porque muchos trabajos de la economía victoriana sencillamente no eran rutinarios ni podían supervisarse con facilidad. El ejemplo de los mineros del carbón se ha citado con frecuencia.⁵³ La posibilidad de controlar

50. Roberts, *The Classic Slum*, p. 38.

51. G. Crossick, *An Artisan Elite in Victorian Society: Kentish London, 1840-1880*, Londres, 1980; «The labour aristocracy and its values», en *Victorian Studies*, n.º 19 (1976); ed. *The Lower Middle Class in Britain*, Londres, 1977; Robert Gray, *The Aristocracy of Labour in Nineteenth-century Britain, c. 1850-1914*, Londres, 1981; «Styles of life, the “labour aristocracy” and class relations in later nineteenth-century Edinburgh», en *Int. Rev. of Soc. Hist.*, n.º 8 (1973); «The labour aristocracy in the Victorian class structure», en F. Parkin, ed., *The Social Analysis of Class Structure*, Londres, 1974; *The Labour Aristocracy in Victorian Edinburgh*, Londres, 1976.

52. RUL, Qs227, 231, pp. 102, 103.

53. Véanse D. Douglas, «The Durham pitman», en R. Samuel, ed., *Miners, Quarrymen*, pp. 215 ss.; H. S. Jevons, *Coal Trade*, p. 606. Para la cuestión general del control sobre el trabajo, R. Price, *Masters, Unions and Men. Work Control in Building and the Price of Labour, 1830-1914*, Cambridge, 1980; Carter Goodrich, *Frontier of Control*.

su empleo distinguía al artesano, no tanto de los trabajadores no artesanos en general, sino de aquellos en particular con quienes trabajaba bajo su dirección. Sin embargo, el creciente interés por la cultura de la clase trabajadora, por sus estilos de vida y por la naturaleza del trabajo concreto que ejecutaba en su empleo no debería inducirnos a subvalorar el nivel real y la previsibilidad de los ingresos del aristócrata obrero, factores éstos que en un principio se empleaban como criterio principal para juzgar su pertenencia a la aristocracia obrera.⁵⁴

En tres aspectos eran cruciales los salarios para la categoría del aristócrata obrero. En primer lugar, su tasa salarial y sus ingresos indicaban la escasez relativa de la oferta, o la situación estratégica para negociar, lo cual le permitía establecer su superioridad económica en una economía incontrolada de libre empresa. También le permitía tomar ciertas medidas (individuales y colectivas) contra la inseguridad económica y, de esta manera, mantener cierta fuerza negociadora. La «clase F» de Booth «vive mejor, pero, además de esto, ahorra más. El riesgo de perder su trabajo a causa de alguna crisis no suele afectarles».⁵⁵ En segundo lugar, medía el «diferencial» que separaba el «artesano» del «peón» en su propia ocupación y de este modo la fuerza relativa de su posición como aristócrata obrero. En tercer lugar, proporcionaba la expresión concreta de la comparabilidad de grupos que por lo demás eran inconmensurables y, por ende, una forma conveniente de indicar su común pertenencia al mismo estrato. Excepción hecha de factores históricos y consuetudinarios (cabe que también éstos tendieran a imponer cierto nivel salarial de índole general entre ocupaciones de categoría comparable), el «artesano» de determinada ocupación probablemente fijaba sus exigencias de acuerdo con las de otros «artesanos» de su localidad. Si en Oldham tanto los hilanderos de algodón como los mecánicos, que eran los pilares de las sociedades locales de crédito hipotecario, «obtendrán 30 chelines» en 1871,⁵⁶ es de presumir que era por esta razón.

El estilo de vida del aristócrata obrero, su «orgullo» al igual que su elección de empleo en tiempos difíciles, estaba en gran parte en función de esta fuerza o aspiración económica. De ahí que los albañiles londinenses, pese a que su sindicato no podía darles un subsidio

54. E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, Londres, 1964, capítulo 15.

55. Booth, *Life and Labour*, I, p. 161.

56. *RCFS XXV*, 1871, Q6236.

de paro, no quisieran que sus esposas trabajasen, ni estuviesen dispuestos a acogerse a la Ley de Pobres, pues ésta los desclasaba. De ahí el estigma que representaba el que se supiera que uno iba a la casa de empeños, a menos que lo legitimase una catástrofe que afectara a todo el grupo, como ocurrió en Newcastle durante el cierre patronal de la industria mecánica en 1897-1898.⁵⁷ De ahí, a la inversa, la importancia de demostrar en público que uno era capaz de ahorrar y de comprar símbolos de prestigio social y, hasta en tiempos de estrecheces, «mantener intacto el “salón”, que casi nunca se usaba, pero que de algún modo, gracias a su reluciente mobiliario, daba impresión de independencia y de categoría social».⁵⁸ De ahí, en resumen, el vínculo entre la aristocracia obrera y la «respetabilidad», a la que también aspiraban muchos otros, pero que se hallaba más al alcance de quienes contaban con los ingresos del aristócrata obrero.

No obstante, dado que los recursos individuales eran demasiado exigüos para la «ayuda propia» personal, el aristócrata obrero recurría inevitablemente a métodos colectivos: sociedades mutuas, cooperativas, pero, sobre todo, sindicatos que, en la mayoría de los casos, antes de finalizar el siglo XIX, sólo él podía mantener. De ahí la conocida costumbre de equiparar virtualmente la aristocracia obrera del siglo XIX con el sector sindicado de trabajadores. Así lo hace Schulze-Gaevernitz,⁵⁹ que identifica el estrato superior de los trabajadores con el grupo principal de cooperativistas, de sindicalistas, de socios de clubs deportivos y de adeptos a numerosas sectas religiosas. En sí mismo el sindicalismo no es un indicio concluyente de aristocracia obrera, ni tan sólo en los oficios artesanales, en parte porque su fuerza fluctuaba; en parte porque en la mayoría de los sindicatos había un grupo de hermanos más débiles que a duras penas podían conservar su categoría, si es que la conservaban, en virtud de su carnet sindical; en parte porque algunas de las ventajas de los sindicatos oficiales también podían conseguirse mediante el consenso extraoficial de los trabajadores en el trabajo. Organizados o no organizados, los artesanos de las obras de construcción de Londres insistían en la misma tarifa

57. Paul Johnson, «Credit and thrift and the British working class», en J. Winter, ed., *The Working Class...*, p. 156.

58. The Pilgrim Trust, *Men Without Work*, Cambridge, 1938, p. 189.

59. G. von Schulze Gaevernitz, *The Cotton Trade in England and on the Continent*, Londres, 1895, p. 175; *Britischer Imperialismus und englischer Freihandel*, pp. 365-366.

por tiempo trabajado para todos los hombres que hicieran el mismo trabajo, con independencia de la productividad individual. «Es una regla del ramo de la construcción más que una regla sindical, diría yo.»⁶⁰ Además, empezando a mediados de la época victoriana con los mineros del carbón y los operarios de la industria algodonera, el sindicalismo efectivo empezó a extenderse hacia los no artesanos. Con todo, si no se daban otras circunstancias, los sindicatos eran una élite favorecida incluso dentro de los gremios, como queda claro en el estudio que hizo Mayhew de la diferencia entre el 10 por 100 de los «hombres asociados» de los oficios en Londres y el resto.⁶¹ No hay ninguna duda seria sobre su capacidad para mejorar los salarios y las condiciones de sus afiliados ni sobre la superioridad general de ambas cosas respecto de sus colegas no sindicados. El sindicalismo también fortaleció la conciencia colectiva del estrato artesano, tanto estableciendo tasas salariales estándar dentro de cada oficio, independientemente de las diferencias entre individuos, como por medio de un mecanismo que permitía fijar las exigencias a la luz de la «comparabilidad» con otros de categoría parecida. El sindicalismo de oficio se apoyaba en un diferencial salarial en relación con los menos favorecidos y, de hecho, a veces se proponía específicamente elevarlo al máximo, como en el caso de los hilanderos de algodón, que insistían —contra los patronos— en trabajar con un número de «destajistas» cuatro veces mayor del que la gerencia consideraba necesario, alegando que sólo este sistema les garantizaba el salario más alto.⁶² Y, de hecho, los hilanderos tendían a ganar entre el doble y el cuádruplo de lo que percibían incluso sus destajistas más veteranos,⁶³ dependiendo enteramente de la fuerza de exclusividad de su sindicato. Es casi seguro que en la segunda mitad del siglo XIX el sindicalismo servía para mantener y aun para incrementar los diferenciales salariales en relación con los menos favorecidos, aunque a partir de 1900 —o, para ser más exactos, de 1911— la sindicación masiva comenzó a surtir el efecto con-

60. *RUL*, Q252. Para un comentario general, Qs245-262.

61. Mayhew, vol. III, p. 221; «por regla general, puedo comentar que encuentro que los hombres asociados de cada oficio comprenden alrededor de una décima parte del conjunto».

62. S. y B. Webb, *Industrial Democracy*, pp. 475, 575.

63. H. A. Turner, *Trade Union Growth, Structure and Policy: A Comparative Study of the Cotton Unions*, Londres, 1962, p. 141.

trario.⁶⁴ En pocas palabras, cualesquiera que fuesen sus intenciones, el sindicalismo minoritario funcionaba como un mecanismo para establecer la exclusividad y la superioridad.

En trabajos realizados recientemente se ha hecho hincapié en los hábitos, los estilos, las expectativas y las condiciones de vida del estrato obrero favorecido. Huelga resumir aquí los diversos estudios relativos a este campo, que no se ha beneficiado sólo del creciente interés por los debates en torno a la aristocracia obrera, sino también del desarrollo de la investigación de la clase trabajadora en aspectos tales como la vivienda,⁶⁵ el ocio y los deportes,⁶⁶ y el amplio campo de la historia demográfica o familiar. Al fomentarse la vivienda para el mercado «artesano» y crecer la costumbre de desplazarse al trabajo en el transporte público⁶⁷ es probable que aumentara su segregación residencial.⁶⁸ Esto no se debe sólo a que, probablemente, las viviendas más grandes que había en las zonas más favorecidas y menos centrales estaban fuera del alcance de todo el mundo excepto del «artesano acomodado» o de los «artesanos de más categoría»,⁶⁹ sino también a que tal vez otros que alcanzaban los ingresos requeridos gracias a las elevadas ganancias de la familia no «penetraban en estos distritos más favorecidos y preferían vivir con las clases "B" y "C", entre las que se sentían más a gusto».⁷⁰ Los estudios relativos a las pautas de matrimonio entre grupos son recientes y fragmentarios⁷¹ y aparecen

64. E. H. Hunt, *Regional Wage Variations in Britain 1850-1914*, Oxford, 1973, cap. 9, esp. pp. 354, 358.

65. Véase John Burnett, *A Social History of Housing 1815-1970*, Londres, 1978, y las referencias en dicha obra.

66. Para un estudio útil, véase James Walvin, *Leisure and Society 1830-1950*, Londres, 1978.

67. Para Londres, la ciudad mejor estudiada, A. S. Wohl, «The housing of the working classes in London, 1815-1914», en Stanley D. Chapman, ed., *The History of Working Class Housing*, Newton Abbot, 1971, esp. pp. 29-36. Para las provincias, Burnett, pp. 161 ss.

68. Se da por sentada en Rowntree. Para el más completo estudio de la vivienda realizado en la época, véase *Report of an Enquiry by the Board of Trade into Working Class Rents, Housing and Retail Prices*, P.P. CVII, 1908, que estudia 73 ciudades de Inglaterra y Gales.

69. Rowntree, pp. 183-184, *Board of Trade*, 1908, pp. 51, 156, 167, 358.

70. Rowntree, p. 103.

71. John Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution*, Londres, 1974, y G. Crossick, *An Artisan Elite*, son notables intentos de analizar este fenómeno.

sesgados por la tendencia de algunas ocupaciones, artesanas o no, a ser en gran parte endogámicas, pero no hay duda de que muestran, como cabía esperar, una clara oposición de los hijos de los artesanos a casarse con los de los peones. También se han observado diferencias en la actitud de los artesanos ante la escolarización de sus hijos,⁷² así como la conocida diferencia en las expectativas de una carrera para sus hijos.⁷³ En cuanto a las personas con conciencia política, el valiosísimo *Dictionary of Labour Biography* proporciona ahora datos sobre sus lecturas;⁷⁴ asimismo existe ahora un útil análisis del contenido de los semanarios de gran circulación entre 1850-1890.⁷⁵

Estas diferencias de estilo de vida, aunque es evidente que dependían de unos ingresos superiores o más regulares, no estaban sencillamente en función de unos salarios mejores. Cabe aventurar que si las cooperativas de la época eduardiana no vendían mucha carne importada, porque, como en Sheffield, «la clase artesana prefiere carne británica de buena calidad»,⁷⁶ ello no se debía exclusivamente a razones gastronómicas. Es evidente que «la extraordinaria manía pianística de la sociedad de finales de la época victoriana», manía que sólo era superada por la que se daba en los Estados Unidos y que representaba alrededor de un piano por cada cinco a diez súbditos británicos,⁷⁷ no era primariamente musical. Era un símbolo de respetabilidad, de los logros alcanzados y de categoría social. Como afirmó un líder minero de Yorkshire en 1873: «Tenemos más pianos y cochecitos de niño, pero el piano está por encima del cochecito».⁷⁸ De lo que vale la pena tomar nota es que la nueva posibilidad, a partir de 1880, de comprarse artículos que, a pesar de la generalización de la venta a plazos, todavía eran caros y estaban fuera del alcance de los pobres probablemente incrementó los signos claros de diferenciación social de los que

72. Crossick, 1976.

73. Gray, 1973.

74. J. Bellamy y J. Saviile, eds., *Dictionary of Labour Biography*, a partir de 1972. Hasta la fecha se han publicado seis volúmenes.

75. Virginia Berridge, «Popular Sunday papers and mid-Victorian society», en G. Boyce, J. Cutran, P. Wingate, eds., *Newspaper History*, Londres-Beverly Hills, 1978, capítulo 13. «Popular journalism and working class attitudes 1854-1886. A study of *Reynolds Newspaper*, *Lloyd's Weekly Newspaper* and the *Weekly Times*», tesis doctoral, Universidad de Londres, 1976.

76. *Board of Trade*, 1908, p. 790.

77. Cyril Ehrlich, *The Piano: A History*, Londres, 1976, p. 91.

78. *Ibid.*, p. 97.

podían permitirse su adquisición. Es claro que los «siete u ocho pianos por semana, a menos que haya problemas laborales», que los comerciantes podían albergar la esperanza de vender en el año de expansión de 1911 en «una ciudad manufacturera del norte»⁷⁹ contribuían a que la minoría que podía permitírselos se distinguiese de la mayoría que no podía.⁸⁰

No es por nada que Rowntree describe el salón típico del «artesano acomodado» de York diciendo que era utilizado, aparte de para recibir a las visitas formularias, «por el marido cuando tiene que escribir algo en relación con las sociedades mutuas o de otro tipo, o por los hijos para hacer ejercicios de música».⁸¹ Estas actividades no se limitaban a señalar diferencias en los estilos de vida materiales, sino que, según los criterios de la Ayuda Propia de Samuel Smiles y los ideales de la clase media victoriana, eran en sí mismas un medio de distinguir élites dentro de las capas inferiores, porque también eran un medio de crearlas. Simbolizaban esfuerzo, inteligencia y educación, en resumen «perfeccionamiento». Pero, huelga decirlo, para la aristocracia obrera, a diferencia de para las bajas clases medias con aspiraciones, el «perfeccionamiento» no era únicamente individual, sino colectivo.

Porque estudios recientes del concepto de «respetabilidad»⁸² han confirmado que, si bien el hambre de «respetabilidad» unía a los es-

79. *Ibid.*, p. 106.

80. Un promedio de ventas de cuatro pianos a la semana (teniendo en cuenta depresiones, «problemas laborales» y una tendencia al alza que alcanzó su apogeo en 1913) representa que, en el transcurso de quince años, habría un piano en alrededor del 16 por 100 de las casas de una ciudad de aproximadamente 100.000 habitantes; un promedio de cinco a la semana, en alrededor del 20 por 100.

81. Rowntree, p. 184.

82. Entre ellos T. Tholfsen, «The intellectual origins of mid-Victorian stability», *Pol. Sci. Quarterly*, LXXXVI (1971), pp. 57-91, y *Working Class Radicalism in Mid-Victorian England*, Londres, 1977; G. Best, *op. cit.*, 1971; R. Gray, *op. cit.*, 1973, 1974, 1976; G. Stedman Jones, «Working class culture and working-class politics in London, 1870-1900: Notes on the remaking of a working class», en *Journal of Social History*, VII (1974), pp. 460-508; G. Crossick, *op. cit.*, 1976, 1978; C. Reid, «Middle class values and working class culture in nineteenth century Sheffield - the pursuit of Respectability», en S. Pollard y C. Holmes, eds., *Essays in the Economic and Social History of South Yorkshire*, Sheffield, 1976; P. Bailey, «Will the real Bill Banks please stand up? Towards a role analysis of mid-Victorian working class respectability», en *Journal of Social History*, XII (1979), pp. 336-353.

tratos superiores de la clase obrera con el resto de la «baja clase media» y con secciones de «pobres» que luchaban por mejorar su condición, no entrañaba (aunque no excluía) un simple aburguesamiento ideológico. En primer lugar, es indiscutible que la aristocracia obrera se consideraba a sí misma como una parte de las «clases trabajadoras» y, de hecho, al final, de la «clase obrera» y, allí donde estaba organizada, como una especie de portavoz de la totalidad de dicha clase, incluidos los «peones»,⁸³ en todo caso los agrícolas. Desde luego, es probable que hubiera personas o grupos tan empobrecidos, marginales o «toscos», que se les considerase excluidos de las «clases trabajadoras» y del «movimiento obrero», pero, por desgracia, apenas se ha investigado este extremo. Había sin duda un elemento de auto-defensa en esta identificación de clase. Aun en el supuesto de que los artesanos hubiesen querido levantar barricadas para excluir de modo permanente al resto de las clases trabajadoras, no hubieran podido hacerlo, por los motivos que hemos examinado antes. Su suerte y sus «diferenciales» estaban ligados a los de las ocupaciones menos cualificadas o a los de las masas, de entre las cuales podían reclutarse o sustituirse o en las que podían hundirse, según se advertía echando un vistazo a los miembros marginales de su estrato. Se sabían parte de una clase trabajadora de la que no podían aislarse desde el punto de vista económico.⁸⁴ Pero también es evidente que el grueso de los trabajadores más favorecidos no querían dejar de trabajar por un salario, mientras pudieran hacerlo, y aceptaban su condición de proletarios como un destino vitalicio. En este sentido, es casi seguro que diferían de los trabajadores norteamericanos, pues para muchos de éstos el trabajo asalariado era (o, al menos, así lo esperaban) una etapa transitoria de su ciclo vital.

En segundo lugar, es, por consiguiente, claro que su «respetabilidad» no era idéntica a la de las clases medias, por mucho que los dos ideales tuvieran en común. No podía serlo, porque era demasiado amplio el abismo de ingresos que separaba a lo más alto de la «clase trabajadora» indiscutible de la parte más baja de la «clase media» indiscutible.⁸⁵ Por otro lado, el mismo proceso de «mejorar» mediante el esfuerzo personal y la ayuda propia, proceso que ambas clases suscribían, tenía que producir semejante divergencia, por cuanto para el pri-

83. Royden Harrison, *Before the Socialists*, Londres, 1965, p. 32.

84. Roberts, *The Classic Slum*, p. 92.

85. *Ibid.*, p. 18.

mer grupo la ayuda propia no podía hacerse real sin instituciones colectivas (sociedades mutuas, cooperativas, etc.). En la medida en que eran asalariados, el sindicalismo, que les era indispensable como grupo, en realidad significaba lo contrario del ideal de la clase media, a saber: la igualación social dentro del grupo organizado, ese «propósito sumamente equivocado y dañino de buscar una *tasa salarial uniforme sin prestar atención a las diferencias* de habilidad, conocimiento, laboriosidad y carácter». ⁸⁶ En algunos aspectos de suma importancia, los aristócratas obreros, por «respetables» que fuesen, no podían comportarse como miembros de la clase media, aun en el supuesto de que lo desearan. Si así era (como ocurría a veces en el caso de ex sindicalistas que pasaban a ser amos o directivos y siempre en el caso de los que se movían hacia un lado y entraban en el «capitalismo de a penique» u otro tipo de empresa de poca monta), tenían que cambiar de papel. Hasta los hilanderos de algodón, que identificaban sus intereses con la prosperidad de sus amos e invertían sus fondos en fábricas de algodón, sabían que esto no debía afectar su política *como sindicato*. ⁸⁷

Asimismo, aunque los símbolos e indicadores reales de «respetabilidad» solían ser copias modificadas de prototipos de la clase media, el concepto mismo no había sido tomado en préstamo. Cierta medida de virtudes y esfuerzos puritanos es también necesaria para la mejora colectiva de una clase, aunque si quienes los practican son revolucionarios, por ejemplo, es poco probable que la clase media los considere «respetables». En cualquier caso, de la respetabilidad de la clase trabajadora victoriana formaban parte actividades (relacionadas principalmente con las tabernas) que las clases medias veían con malos ojos. No hay ningún indicio de que las 200 sociedades mutuas de Oldham que se reunían en «pubs» en 1874 fueran, de acuerdo con las pautas de la clase trabajadora, menos respetables que las veintiséis que celebraban sus reuniones en escuelas. ⁸⁸

«Respetables», «superiores» y, pese a ello, miembros de las «clases trabajadoras»: la combinación plantea el tan discutido asunto de las actitudes políticas de la aristocracia obrera o, para ser más exactos, de su moderación. Como hemos visto, esto lo defendían tanto los

86. S. y B. Webb, *Industrial Democracy*, p. 282.

87. J. White, *The Limits...*, pp. 113-114.

88. *RCFS XXIII/II*, 1874. Informe del Hon. E. L. Stanley, pp. 290 ss.

liberales radicales de la época victoriana como los marxistas y, por consiguiente, ha sido puesto en duda por sus críticos, que alegan que el grueso del activismo organizado de la clase obrera a finales del período victoriano y durante el eduardiano, dejando aparte casos especiales como el de la minería, procedía de este estrato. Si algo era, la aristocracia obrera representaba, pues, el semillero de la izquierda.⁸⁹ No hay duda de que es al mismo tiempo cierto y natural que un número desproporcionado de activistas obreros salieron del seno de la «clase artesana». El estrato mismo no hubiera podido existir como tal sin alguna actividad colectiva organizada y, lo que es más, el abismo entre, por un lado, el estrato victoriano que incluía a los «artesanos» y, por otro, la «clase media» hizo que las capas superiores de trabajadores manuales estuvieran llenas de «hombres y mujeres con personalidad, carácter y gran inteligencia» que tal vez hubieran sido arrastradas de ellas de haber existido una sociedad más meritocrática o con mayor movilidad hacia arriba.⁹⁰ No sabemos qué proporción de esta clase trabajadora superior era en algún sentido activista, aunque este aspecto puede investigarse: cabe estudiar, por ejemplo, el índice de participación en las votaciones y elecciones sindicales. En 1892 la muy politizada elección del secretario general de la Asociación de Mecánicos Unidos (ASE) no atrajo a mucho más del 50 por 100 de los votos.⁹¹ A poco más o menos, la actividad era mayor en las organizaciones pequeñas y locales, aunque gran parte de ella no siempre puede distinguirse de la sociabilidad, formularia o no. Así, en 1871 las tres cuartas partes de los miembros de las numerosas sociedades de crédito hipotecario de Oldham (el número de sus socios oscilaba de los cincuenta a los 150) asistían a las reuniones, puesto que —según se afirmaba— «generalmente, las clases trabajadoras ponen interés en asistir a la reunión para conversar y para ver qué pasa».⁹² Y es de todo punto

89. Esto plantea algunas dificultades a los críticos que deseen mantener a la vez que no existía ninguna aristocracia obrera y que ésta era radical en lugar de moderada. Véanse los comentarios de T. Matsamura, *The Labour Aristocracy Revisited*, Manchester, 1984, p. 4, a propósito de «The concept of labour aristocracy» en Pelling, *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, Londres, 1968.

90. Roberts, *op. cit.*, pp. 177-178.

91. J. B. Jefferys, *The Story of the Engineers*, Londres, 1945, p. 113. Éste fue «con mucho, el voto más grande jamás emitido».

92. *RCFS XXV*, 1871, Q6253.

indudable que los activistas de la clase trabajadora probablemente se encontraban a la izquierda del centro político que existía entonces.

Sin embargo, vistos en su conjunto, no se puede dudar seriamente que, como dijo Robert Roberts, «hasta 1914 los miembros de esta élite generalmente, en lo que se refiere a los valores de clase, siguieron siendo tan conformistas y de mentalidad tan conservadora como sus colegas «tories». Juntos formaban el gran baluarte contra cualquier tipo de revolución».⁹³

Pero esto no quiere decir que alguna otra sección de la clase trabajadora fuera más avanzada o revolucionaria desde el punto de vista político.⁹⁴ Los «peones» y los «pobres» no organizados eran potencialmente más propensos al motín. Puede que desconfiaran más que los artesanos de lo que les llegaba de sus gobernantes, toda vez que permanecían fuera del alcance de la organización y la política, incluso, en gran parte, de las votaciones.⁹⁵ Carecían de la capacidad que poseía el estrato superior para ganar mejoras seccionales por medio de la acción colectiva. Obviamente, tenían más razones para estar descontentos. Sin embargo, no es posible sugerir seriamente que los estratos inferiores de las clases trabajadoras británicas del siglo XIX (con la posible excepción de los irlandeses influidos por el fenianismo que se encontraban en Gran Bretaña) estuvieran politizados, en alguno de los sentidos realistas de la palabra, y mucho menos que fuesen revolucionarios.

No hay, pues, ninguna razón para eliminar a la aristocracia del trabajo, tal como se concebía tradicionalmente, de la historia de las clases trabajadoras decimonónicas. A pesar de todo, algunas preguntas relativas a ella son aún objeto de disputas legítimas. La más importante de ellas es: ¿exactamente de qué estrato estamos hablando? Los estudiosos modernos (en su mayor parte marxistas o de izquierdas) se han mostrado inclinados, a veces sin darse cuenta, a aplicar el término a un estrato mucho más restringido en comparación con numerosos observadores victorianos. Han preferido pensar en términos

93. Roberts, *op. cit.*, p. 179.

94. Puse cuidado en no sugerir esto en el ensayo original sobre la aristocracia obrera.

95. Neal Blewett, «The franchise in the United Kingdom, 1885-1918», en *Past and Present*, n.º 32 (1965), pp. 27-56; H. C. G. Mathew, R. McKibbin, J. McKay, «The franchise factor in the rise of the Labour Party», en *English Hist. Rev.* (1976), pp. 732-752.

de un grupo que corresponde al 12 por 100 de los «artesanos acomodados» de Rowntree, al 12,4 por 100 de la población del East End de Booth, o al 13 por 100 de la clase trabajadora en la estimación de Webb de 1912.⁹⁶ Por supuesto, tales estratos tienen alguna significación. De lo contrario, difícilmente habrían sido singularizados por los investigadores sociales competentes. Por otro lado, esos investigadores también aplicaban términos como «la clase de operarios acomodados» o «la próspera aristocracia de las clases trabajadoras» a un grupo más grande: pongamos por caso, al 25 por 100 del total de las clases trabajadoras urbanas y rurales y los pobres,⁹⁷ o incluso más, como en los casos de la «Clase D» de Rowntree y la «Clase F» de Booth. Y, desde luego para algunos, la clase que era identificada primariamente como «el campo reconocido de todas las formas de cooperación y combinación» era la de los que tenían «ganancias regulares estándar», en vez de sólo los que estaban mejor pagados. Es evidente que, si bien es razonable decir que una minoría del 10 al 15 por 100 era una «aristocracia», el término resulta poco realista y engañoso cuando se aplica a, pongamos por caso, el 40 por 100 de las clases trabajadoras.

Encontramos aquí dos dificultades. La primera es que sabemos demasiado poco acerca de lo que unía o dividía al grupo más pequeño (el 10 o el 15 por 100) y a los estratos más nutridos que había debajo, que a menudo se componían de trabajadores que en esencia eran similares. Así, en el Londres de Booth un tercio de sus «artesanos» (y Booth, naturalmente, usa la dicotomía victoriana)⁹⁸ pertenecía al grupo de las personas relativa y absolutamente pobres, y sólo el 19 por 100 del estrato superior formado por obreros de la construcción, trabajadores del mueble y de la madera, trabajadores del metal y «artesanos varios» de las «Clases E y F» eran «artesanos mejor pagados».⁹⁹ Es igualmente claro que muchos de estos artesanos tenían las mismas aspiraciones que los más favorecidos y trataban de hacerlas realidad, evidentemente con menos éxito, valiéndose de los mismos

96. Rowntree, p. 182; Booth, I, p. 36; Sidney Webb, *Facts for Socialists*, Fabian Tracts, edición de 1915.

97. Simcox, *Industrial Remuneration Conference*, pp. 86-90.

98. La clasificación profesional que efectúa Booth (vol. I, p. 34) distingue entre «diferentes clases de mano de obra, clase más baja, temporeros, regulares, etc.» (grupos 1-6) y «diferentes clases de artesano» (grupos 7-12). Es claro que los restantes grupos —aparte, presumiblemente, de muchas «mujeres cabeza de familia, etc.»— no pertenecen a las clases trabajadoras.

99. Booth, vol. VII, p. 54.

métodos. Hasta este punto el continuo de valores artesanos debió de llegar mucho más allá de la aristocracia obrera en el sentido limitado del término. De hecho, casi los únicos grupos que podían trazar fronteras bien definidas entre los estratos eran lo que se ha dado en llamar aristócratas obreros «artificiales» (los hilanderos de algodón y los caldederos, por ejemplo), y a cuyos miembros, de no haber sido por sus sindicatos, es obvio que no se les habría clasificado como «artesanos». Por otro lado, como demuestra la tendencia de tantos gremios londinenses, a principios del siglo XIX, a dividir los sectores en «honorables» y «no honorables», «regulares» y «pésimos», había unos límites al significado de pertenecer a un oficio común, límites determinados, en esencia, por la decisión de los que eran capaces de organizarse (es decir, mantener su condición de «honorables»), de concentrarse en sus propios asuntos. Los sastres aristocráticos, incluso cuando reconocían lo deseable de un sindicato general, confinaban a los miembros más marginales del oficio a una rama inferior de la organización. Los carpinteros que lograron seguir en sindicatos después de 1834 consideraban la derrota de ese año como «la separación de los buenos de los malos».¹⁰⁰ Una vez abandonado *de facto* el intento de crear una organización universal en los oficios («sindicato general»), se vio con claridad que la fuerza de los sindicatos de oficio de mediados de la época victoriana se basaba en reclutar una élite dentro del oficio que fuera capaz de mantener las grandes ventajas que a su vez atraían a tales hombres. Eso era el verdadero «nuevo modelo» que distinguió a los sindicatos de los decenios de 1830 y 1840 de los de decenios posteriores. Cuando Applegarth dijo con orgullo a la Comisión Real sobre los Sindicatos que capataces de todas las partes del país pedían hombres de repuesto a los secretarios de sus delegaciones, porque les constaba que serían «buenos trabajadores y hombres de buen carácter moral»,¹⁰¹ no se limitó a decir algo que resultase atractivo para los hombres de clase media que integraban la Comisión, sino que hizo hincapié en lo que distinguía a los miembros de la Asociación de Carpinteros y Ebanistas Unidos de los no organizados y daba fuerza a su sindicato. Ciertamente, entre los artesanos no había «ninguna línea rígida que separase a los asociados de los demás». Pero podía darse por sentado que «el sindicalista goza de mejor

100. Goodway, *London Chartism*, pp. 174, 178.

101. *Royal Commission on Trades Unions*, P.P. XXXII, 1867, Q23.

posición que el trabajador ajeno al sindicato; no es infrecuente que su salario medio sea un chelín o así más alto; tiene más facilidades para encontrar trabajo y normalmente recibe subsidios tanto de enfermedad como de paro.¹⁰² Y es obvio que, en asociaciones organizadas de modo permanente, él lo sabía.

La segunda dificultad es que no sabemos si las actitudes del estrato superior diferían (ni, en caso de ser así, hasta qué punto) de las del estrato más nutrido: por ejemplo, en política; tampoco sabemos, a decir verdad, si, como masa, tenía alguna actitud política específica. Es razonable suponer que antes del ocaso del cartismo la mayoría de los trabajadores con conciencia política se verían atraídos hacia una posición que, *grosso modo*, sería radical y cartista, siempre con la excepción de los irlandeses, que se mostraban receptivos a la llamada de su causa y de su iglesia nacionales más que a la de cualquier otra cosa. A partir del decenio de 1880 la conciencia de clase, aunque en sí misma se la consideraba totalmente separada de la lealtad al partido, adquirió una creciente dimensión política que al final produciría un partido de clase: el Laborista. En ese sentido, desde luego, en algunas regiones fue notable el papel que interpretó el sector organizado y seguro de sí mismo de la clase, sector en el que los «artesanos» ocupaban un lugar prominente. Así, en Londres, «la porción inteligente del socialismo» de Battersea se encontraba, según Booth, principalmente entre los «artesanos superiores» del Shaftesbury Estate.¹⁰³

Pero, por supuesto, diríase que en el período intermedio, y en vista de la importante obra de Joyce,¹⁰⁴ los trabajadores estaban despolitizados *como clase* y elegían su filiación política de acuerdo con la religión, el compromiso de sus patronos, la tradición local, la filiación de la comunidad u otros factores: del mismo modo, más o menos, que posteriormente elegirían entre equipos de fútbol rivales. Como sabemos, durante este período hasta sindicatos asociados anteriormente con el radicalismo gustaban de recalcar que evitaban los «debates políticos».¹⁰⁵ El reglamento del Liverpool Trades Council prohibía las

102. Simcox, *loc. cit.*, p. 90.

103. Booth, serie I, vol. I, p. 294.

104. Patrick Joyce, *Work, Society and Politics: The Culture of the Factory in Later Victorian England*, Brighton, 1980.

105. Para la indiferencia de los sindicatos a las campañas políticas (exceptuando, como de costumbre, los zapateros), véase F. E. Gillespie, *Labour and Politics in England 1850-1867*, Durham NC, 1927, p. 204.

«cuestiones de partido o políticas a menos que tuvieran que ver con cuestiones laborales».¹⁰⁶ Verdad es que incluso en este período el «interés laboral» seguía siendo demócrata-radical, hasta en Lancashire, donde el activismo de la clase trabajadora «tory» era más fuerte que en otras partes. Era una minoría, pero, tal vez porque la anterior ideología radical-cartista había atraído de forma especial a los artesanos, gran parte de su fuerza residía entre hombres de tradición artesana. Donde su influencia resultaba débil era en las fábricas, incluida la «aristocracia obrera» fabril, como, por ejemplo, los hilanderos de algodón.

Esto induce a pensar que, en la medida en que la aristocracia obrera pueda identificarse con el sector organizado por el sindicalismo de oficio, pudo haber algunas diferencias entre su compromiso político y el de los que se encontraban inmediatamente debajo. Pero no lo sabemos con certeza. No obstante, en el período «clásico» de la aristocracia obrera —de mediados de la época victoriana a la eduardiana— estas diferencias aparecían tan mezcladas con los matices regionales, locales o confesionales de la política, que a menudo resultaba difícil distinguirlas. Allí donde el «torismo» era fuerte, como en Lancashire, el liberal-radicalismo de los activistas artesanos era más visible, pero, típicamente, lo era entre «oficios» tales como los «sastres, los zapateros, los artesanos de la construcción y diversos tipos de trabajadores del metal» que constituían los típicos «liberales de la clase obrera» de Vincent.¹⁰⁷ En cambio, allí donde la tradición local o regional era decididamente liberal, como en el nordeste, no ocurría igual. «Todo el mundo» estaba a favor de Gladstone. Por supuesto, dada la amplitud del abismo entre la identificación de clase y la identificación política en los años que mediaron entre el cartismo y la ascensión del partido *político* de clase, es decir, el Laborista, la búsqueda de generalizaciones nacionales sobre las actitudes de la clase obrera victoriana quizá no sea una rama de la investigación que dé muchos frutos.

De todos modos, estas observaciones plantean dificultades reales a los historiadores que se interesan por la aristocracia obrera. Si, durante gran parte del que se considera su período de apogeo, las diferencias entre sus actitudes y las del grueso de los trabajadores «respe-

106. P. J. Waller, *Democracy & Sectarianism: A Political and Social History of Liverpool, 1868-1939*, Liverpool, 1981, p. 100.

107. John Vincent, *The Formation of the British Liberal Party, 1857-1868*, Harmondsworth, 1972, p. 117.

tables» —los que tenían un empleo más o menos regular— eran marginales o aparecían entremezcladas con pautas locales y regionales, ¿qué es exactamente lo que esperamos conseguir investigándolo? El estudio de este estrato ¿puede sobrevivir a la extinción del debate político que dio pie a una parte tan grande del mismo, es decir, la tesis de que su «moderación» específica fue responsable de la inmunidad del proletariado británico a la llamada de la revolución?

Dado que este autor nunca suscribió dicha tesis, los lectores esperarán que la respuesta sea «sí». El estudio de la aristocracia obrera sólo carecería de sentido si lo considerásemos un concepto puramente ideológico. Pero, como sostuve en mi estudio original y he tratado de reafirmar en el presente capítulo, «en lo que se refiere a la Gran Bretaña decimonónica, se apoya en cimientos sólidos de realidad económica y política».¹⁰⁸ Las realidades sociales están ahí para ser investigadas, aunque algunas de las teorías que sobre ellas se proponen estén equivocadas. Lo menos que se puede decir es que la aristocracia obrera ilumina la estructura y la estratificación de la clase trabajadora en la primera nación industrial, así como la «formación» de dicha clase. A decir verdad, todo esto es incomprensible sin ella. También puede arrojar luz —aunque no se ha investigado mucho en este campo— sobre las diferencias específicas entre la clase trabajadora británica y las de otros países en vías de industrialización, en los cuales el análisis de la época no distinguía un estrato similar de significación comparable aunque la teoría marxista posterior intentó equivocadamente introducir el concepto.¹⁰⁹

108. *Labouring Men*, p. 303.

109. Tal vez será útil resumir lo que el presente autor ha escrito anteriormente sobre este tema. 1) La «tesis leninista» es rechazada claramente para el período posterior a la formación del Partido Laborista, aunque con un gesto cortés hacia la fraseología ortodoxa, pues las monografías originales fueron escritas en 1949 y 1954. (*Labouring Men*, capítulos 15, 16). 2) La aparición de una aristocracia obrera, basada en un siglo de supremacía económica mundial de Gran Bretaña, se incluyó entre las «raíces del reformismo británico» en el período posterior a 1850, pero sólo como uno entre cinco factores, un factor con el que los otros cuatro no tienen ninguna relación específica (*ibid.*, p. 341). Creo que en mis textos he evitado cuidadosamente comprometerme con la explicación exclusiva o primaria del «reformismo», incluso en 1850-1914, basada en la existencia de una aristocracia obrera. 3) Las ambigüedades de los puntos de vista del propio Lenin acerca de la aristocracia obrera se analizan en una monografía que volvió a publicarse en *Revolutionaries* (Londres, 1973, pp. 121-129). 4) El desacuerdo del autor con la «tesis leninista» no fue expresado tan

En cambio, un aspecto importante de la discusión clásica relativa a la aristocracia obrera victoriana permanece intacto: era política y socialmente moderada. Más o menos en la misma época en que Thomas Wright producía su guía para visitar las clases trabajadoras sin salir de casa,¹¹⁰ un autor francés —que también conocía por experiencia el trabajo manual en talleres de mecánica y que era el equivalente de un liberal-radical británico— producía una guía muy parecida para visitar el mundo de los trabajadores de París, y, sobre todo, el de los artesanos cualificados.¹¹¹ En primer lugar, aunque es obvio que describía el mismo grupo que Thomas Wright (es decir, los trabajadores cualificados del ramo del metal), Denis Poulot apenas alude a la distinción entre «artesanos» y «peones», distinción que es central en el caso de Thomas Wright. A los peones sólo los menciona de paso diciendo que, desde el punto de vista del patrono, eran más dóciles que los trabajadores cualificados. (El propio Poulot era un patrono que había ascendido desde abajo.) En segundo lugar, el tipo de sindicalismo de oficio no político que era tan característico de Gran Bretaña, y que Poulot considera admirable al mismo tiempo que se lamenta de su debilidad en Francia, aparece contrastado de forma constante con la política revolucionaria imbuida de clase, que el autor deplora. En tercer lugar, el tipo de mecánico cualificado más deseable desde el punto de vista del patrono (el «verdadero trabajador»), y que se ajusta al «artesano inteligente» del debate que a la sazón se celebraba en Gran Bretaña, constituye una reducida minoría del total de la fuerza laboral (el autor calcula un 10 por 100) y *menos de la tercera parte* de los trabajadores a los que se consideraba como los más cualificados, dignos de confianza y capaces de realizar trabajos responsables

claramente, o siquiera polémicamente, como hubiera podido expresarse, tanto porque el autor, por razones que parecían buenas en el momento de escribir, era reacio a hacer hincapié en puntos de vista que a la sazón eran heterodoxos entre los marxistas, como porque prefirió entrar en polémicas contra aquellos que, por motivos antimarxistas, negaban la existencia o el valor analítico del concepto de una aristocracia obrera en la Gran Bretaña del siglo XIX.

110. Para Wright, véase Alastair Reid, «Intelligent artisans and aristocrats of labour: the essays of Thomas Wright», en J. Winter, ed., *The Working Class...*, pp. 171-186.

111. Denis Poulot, *Question Sociale. Le Sublime ou le travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être*, París, 1870. Nueva edición con introducción de Alain Cottureau, París, 1980.

y de supervisión.¹¹² Incluso estos admirables «caballos de trabajo» están, por supuesto, muy politizados de acuerdo con el espíritu de la Revolución francesa, aunque creen en el parlamentarismo y se oponen a la violencia. A la inversa, y en cuarto lugar, se calcula que los revolucionarios sociales apasionados representaban el 23 por 100 de la fuerza laboral y aparecen claramente como la influencia principal en otro 45 por 100,¹¹³ siendo el resto politizado de modo ocasional o marginal desde el punto de vista social. Las estimaciones de Poulot, hechas en vísperas de la Comuna de París, parecen bastante realistas, ya que los trabajadores del metal serían el contingente más nutrido (13,2 por 100) entre los detenidos por su participación activa en la Comuna, así como el segundo grupo, por orden de importancia, de los que fueron sentenciados.¹¹⁴ Difícilmente podría haber un contraste más notable que el que se daba entonces entre los «oficiales mecánicos» británicos y los franceses. Subrayan dicho contraste las evidentes similitudes en el proceso laboral y en el comportamiento y prácticas de taller de los dos grupos.

En resumen: en 1869 los trabajadores franceses del ramo del metal no inducían a pensar ni en una aristocracia del trabajo ni en moderación política, a diferencia de sus colegas ingleses. ¿Hay una conexión entre estos dos aspectos de su imagen? No es irrazonable sugerir que la hay. Así, es evidente que la debilidad del sindicalismo efectivo entre los mecánicos franceses dio más importancia a la política como método de defender los intereses de clase. Ocurría en Francia que la tradición política era de signo revolucionario, entremezclada con elementos de comunismo utópico (es decir, el ideal de un mundo de cooperativas de productores) mucho más fuertes que en la Gran Bretaña de antes de 1848. Sin embargo, los historiadores del Partido Laborista Independiente han detectado que también en Gran Bretaña existía la correlación inversa entre la fuerza sindical y el radicalismo político.¹¹⁵ Los sindicatos fuertes gozaban sin duda del favor del patrono Poulot, que veía en ellos una influencia potencialmente moderadora y —como es lógico, aunque un tanto inesperado— Poulot, por

112. Poulot, p. 291.

113. *Ibid.*, pp. 135-137, 156, 170-171, 188.

114. J. Rougerie, *Paris Libre 1871*, París, 1971, pp. 158-159.

115. David Howell, *British Workers and the Independent Labour Party, 1888-1906*, Manchester, 1983, p. 126; véase también P. Joyce, *Work, Society and Politics*, p. 331.

esta razón, defendió vigorosamente la Primera Internacional en Francia contra los que la acusaban de subversión.¹¹⁶ A la inversa, es seguro que en Gran Bretaña el «viejo» sindicalismo fue hostil a los extremismos políticos mientras el capitalismo pareció ser una empresa en pleno funcionamiento y un sistema dispuesto a aceptar la categoría y las exigencias de los partidarios del citado sindicalismo. Pero, como se ha sugerido, el sindicalismo efectivo, formal o informalmente organizado, del tipo gremial predominante era esencialmente exclusivo en la práctica. De hecho, cuanto menos pudieran apoyarse los trabajadores en el monopolio natural de sus habilidades y experiencia, más funcionaba el sindicalismo gremial como mecanismo cuya función era separar a los superiores de dentro de los inferiores de fuera.

Esta situación cambió a partir del decenio de 1890. (El cambio se estudia en otra parte del presente libro.) Una aristocracia obrera amenazada por las innovaciones tecnológicas y de administración, empujada cada vez más a salir de la antigua «baja clase media» por la ascensión de un nuevo estrato de oficinistas, que tendía a expulsar a todos, menos a los capataces, de los «mejores» distritos de viviendas de la «baja clase media», distritos que antes eran socialmente mixtos, se encontró al mismo tiempo empujada hacia un universo obrero común y aparentemente inescapable, y radicalizada potencialmente en defensa de sus propios privilegios. Cualesquiera que fuesen las implicaciones de una aristocracia obrera, en la medida en que ésta continuara existiendo, es obvio que ya no eran las del período victoriano. Pero esta observación no es nueva ni, hoy día, polémica. La hice ya en el artículo original de 1954, que es el punto de partida de la mayor parte del debate actual en torno a este tema.

(1978)

116. Poulot, p. 351.

12. LA CLASE OBRERA Y LOS DERECHOS HUMANOS¹

En torno a la naturaleza de los derechos, los filósofos han discutido con mayor entusiasmo y competencia que los historiadores; en particular, los filósofos norteamericanos y más aún en la actualidad. No me atrevo a penetrar en ese campo de minas que son semejantes discusiones, pero lo menos que incluso un historiador puede hacer es decir con claridad en qué sentido utiliza la palabra «derechos». En el presente capítulo la emplearé para referirme sencillamente a cualquier forma de facultad legítima que una persona o un grupo de personas puedan reivindicar al amparo de alguna ley positiva que, al menos en principio, penalice la negativa a conceder dicha facultad. También la utilizo para aludir a facultades legítimas que la persona o las personas crean que pueden reivindicar basándose en una serie de creencias aceptadas de modo universal acerca de lo que deberían ser tales facultades, aunque no se exprese en ninguna ley real que pueda hacerse cumplir jurídicamente, sino que se base en alguna creencia moral o ideológica. Huelga decir que esto puede formularse en términos casi jurídicos, tales como los que reivindicán «derechos naturales» al amparo de la «ley natural» contra la ley existente, o la superioridad de la ley consuetudinaria respecto de la ley del gobierno. Esta serie de creencias debe gozar de una aceptación generalizada, aunque ocurre con frecuencia que en una sociedad coexisten, y chocan entre sí, varias de tales series de creencias relativas a derechos. Los derechos que no se basan en semejante consenso son difíciles o imposibles de distinguir de los deseos subjetivos. Un «derecho» es algo que debe ser reconocido como

1. Este capítulo fue en un principio una conferencia pronunciada en la Emory University, Atlanta, Georgia, en 1982.

tal por otras personas. Un hombre que crea tener gran necesidad de mi dinero y que posea una navaja puede atracarme, y hasta puede que opine que su acción está justificada. Pero que tenga derecho a atracarme depende de lo que piensen otros y no él solo.

También quiero hacer dos observaciones complementarias. Sólo es posible hablar con realismo de «derechos» allí donde éstos puedan estar garantizados por la acción humana. Los agricultores pueden defender su derecho jurídico o de otra índole a regar sus campos, pero a ninguno de ellos se le ocurrirá la estupidez de defender un derecho a la lluvia. Y, desde el punto de vista de un historiador, los derechos no existen en abstracto, sino sólo allí donde la gente los exija o pueda darse por sentado que son conscientes de su ausencia. Basándonos en consideraciones filosóficas, podemos pensar que todas las personas deberían tener derecho a elegir entre comer jamón y no comerlo, pero sería de todo punto anacrónico e irreal acusar, pongamos por caso, a las comunidades judías del siglo xvi de infringir los derechos humanos de sus miembros al no darles esta opción. Un derecho es lo que se reconoce como tal.

Ahora bien, la principal relación entre la historia de los movimientos obreros, que, históricamente, son un fenómeno bastante moderno, y los derechos humanos es que aquéllos, por regla general, se componen de personas «subprivilegiadas», como dijo F. D. Roosevelt, de cuyos problemas se ocupan. Es decir, se ocupan de personas que, de acuerdo con las definiciones de su tiempo, no gozan de tales derechos o tienen menos derechos que otras personas y grupos. Ahora bien, la gente raras veces exige derechos, lucha por ellos o se preocupa por ellos a menos que no los disfrute en medida suficiente o no los disfrute en absoluto, o, en el caso de que goce de ellos, a menos que tenga la sensación de que son inseguros. Nadie ha puesto jamás en marcha un movimiento a favor del derecho a caminar, porque todos nosotros damos por sentado que podemos caminar cuando queremos y que es improbable que nos lo impidan. En cambio, sí ha habido agitaciones por el derecho a caminar para ciertos fines —por ejemplo, en las manifestaciones públicas— o en ciertos lugares —por ejemplo, por los senderos públicos que hayan sido cerrados por terratenientes particulares— o en ciertos momentos. Y, por supuesto, el derecho a no ser encarcelados arbitrariamente (lo cual nos impediría caminar) forma parte de la mayoría de las Declaraciones de Derechos Humanos. Raramente grupos particulares de personas que esperan gozar de ciertas

facultades legítimas se toman la molestia de exigir lo que ya tienen. Los ricos no tienen que preocuparse por el derecho a recibir tratamiento médico gratuito o barato. Son los pobres quienes tienen que hacerlo. Los movimientos obreros se ocupan de personas que tienen motivos para exigir un montón de derechos y por esto, con independencia de su actitud filosófica ante la «ley natural», la teoría política o la teoría jurídica de la justicia y los derechos, dichos movimientos han tenido un papel muy importante en el desarrollo de los derechos humanos. Y podría sostenerse que eso es realmente lo único que hace falta decir sobre el tema del presente capítulo.

Sin embargo, el historiador no puede darse por satisfecho con esta observación obvia. Porque los movimientos obreros europeos nacieron y, por consiguiente, empezaron a influir en la lucha por los derechos humanos, y en la definición de éstos, en un momento en que el concepto mismo de tales derechos experimentaba unos cambios bastante profundos. De hecho, en aquel momento coexistían varios *tipos* de «derechos», cada uno de los cuales influía, y recibía a su vez la influencia de las características y requisitos especiales de los movimientos obreros, así como de los fenómenos que nacían de la existencia de los mismos.

Porque los «derechos», digan lo que digan algunos filósofos, no son abstractos, universales e invariables. Existen como partes de una serie determinada de creencias que se albergan en la mente de los hombres y las mujeres y que se refieren a la naturaleza de la sociedad humana y al ordenamiento de las relaciones entre los seres humanos que hay en ella: un modelo del orden social y político, un modelo de la moralidad y la justicia. Es posible que, como ha sostenido Barrington Moore,² haya una concepción general de lo que es justo o injusto que sea válida para todas las sociedades y todas las épocas, pero en la práctica la serie concreta de creencias relativas a los derechos no es la misma para todas las sociedades, lugares y períodos. Pero lo que es indudablemente cierto es que, que yo sepa, no hay ninguna sociedad que no reconozca algunos derechos, al menos para algunos de sus miembros, y rechace las reivindicaciones de otros. Es dudoso que alguna sociedad pudiera existir sin establecer tales distinciones.

Ciertamente, la gente trabajadora común de la mayor parte de la

2. Barrington Moore Jr., *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*, Londres, 1978.

Europa preindustrial creía tener algunos derechos o poder reclamarlos. Lo que es más, incluso cuando estos derechos no eran reconocidos como algo que podía hacerse valer jurídicamente ante los tribunales de las autoridades gobernantes, cosa que podía ocurrir o no, ciertas de tales facultades legítimas eran aceptadas moralmente incluso por los gobiernos y las clases dirigentes. Así, el preámbulo al Estatuto de Artificieros isabelino de 1563 consideraba claramente que era obligación del estado «proscribir la holgazanería, fomentar la frugalidad y entregar a la persona contratada, así en tiempos de escasez como en tiempos de abundancia, una proporción conveniente de salario».³

Esto formaba parte de aquella «economía moral» que E. P. Thompson ha comentado tan bien.⁴ Se basaba en una visión general de lo que constituía un orden social justo, y sabemos que no sólo parecía legitimar ciertas exigencias o expectativas de los trabajadores pobres, sino también, en la medida en que este derecho moral fuera infringido, sus rebeliones en contra de ello. Así, en el decenio de 1790 los nobles y caballeros que monopolizaban la tierra en Inglaterra hicieron cuanto les fue posible para garantizar a los pobres rurales un mínimo de ingresos o de seguridad social modificando la Ley de Pobres, cuando el grado de pauperismo rural parecía ir en aumento de un modo sin precedente y más allá de toda razón. (No estoy hablando aquí de los efectos de su iniciativa, sino de sus intenciones.) Asimismo, cuando los peones sin empleo y pauperizados se dedicaban a destruir las trilladoras que les privaban de su principal empleo invernral, muchos miembros de la pequeña nobleza no sólo simpatizaban con ellos: en 1822, Sir B. Bunbury, *baronet*, llegó a enviar una circular a sus terrazgueros de East Anglia pidiéndoles que no usaran semejante maquinaria, y no fue el único en obrar así. También trataban a los acusados con notable indulgencia, cuando, como magistrados, juzgaban casos de destrucción de máquinas. George Rudé y yo hemos comentado esta cuestión en nuestra monografía sobre el levantamiento de 1830.⁵ A la inversa, cuando la pequeña nobleza británica implantaba un privilegio de clase que se creía contrario al consenso moral, hacía una clara dis-

3. A. E. Bland, P. A. Brown, R. H. Tawney, eds., *English Economic History: Select Documents*, Londres, 1914, p. 325.

4. E. P. Thompson, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth century», en *Past and Present*, n.º 50 (1971), pp. 76-136.

5. E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, Harmondsworth, 1973, p. 61, capítulo 13.

tinción entre su derecho constitucional a obrar así y la legitimidad moral. La Ley de Caza de 1674 dio el monopolio de la caza (en el sentido jurídico, que es bastante especializado, de la palabra) a personas que poseyesen o tuvieran alquilada tierra cuyo valor superase determinada cifra, que para la época era enorme, o a los hijos y herederos de nobles y caballeros. No sólo fue esto rechazado por toda la gente del campo alegando que Dios dio a cada hombre el derecho a capturar criaturas silvestres si podía (de ahí que la caza furtiva, que estaba muy generalizada, no fuera vista como un crimen a pesar de constituir un delito jurídico), sino que la misma opinión la albergaba en principio el gran guru de la Ley Común, cuyos puntos de vista en el siglo XVIII —como sabrán todos los norteamericanos— tenían una autoridad inmensa, a saber: Blackstone.⁶

No obstante, el sistema de «derechos» que predominaba en la mayoría de las sociedades preindustriales de Europa difería de las concepciones posteriores de los derechos en tres aspectos. En *primer* lugar, aceptaba la falta de igualitarismo, si bien el caso de la Ley de Caza que acabo de citar demuestra que pueden encontrarse en él elementos de igualdad y universalismo. Que los pobres tuvieran derecho a ganarse la vida modestamente no significaba que tuvieran derecho a llevar la misma vida que los lores. Los derechos dependían del rango, de la categoría jerárquica o personal y de la situación, y no podían necesariamente generalizarse. En *segundo* lugar, los derechos suponían obligaciones y viceversa. La protesta y la rebelión eran legítimas en la medida en que no cumplieran con su obligación aquellos que estaban obligados a garantizar que los pobres pudieran ganarse la vida o comprar pan a precios razonables. A la inversa, como demuestra mi anterior cita del Estatuto de Artificieros, el derecho a una «proporción conveniente de salario» era inseparable de la obligación de trabajar, es decir, de evitar la «holgazanería». A decir verdad, a veces puede resultar engañoso y anacrónico separar incluso derechos y obligaciones, ya que en muchos casos los derechos eran *obligatorios* y no opcionales. Por ejemplo, en ciertos tipos de jurisprudencia popular el derecho a tomarse venganza de sangre sobre un ofensor constituía, al mismo tiempo, la obligación de hacerlo. Era un derecho (en nuestro sentido) porque ciertas formas de homicidio siempre se conside-

6. P. B. Munsche, *Gentlemen and Poachers: The English Game Laws 1671-1831*, Cambridge, 1981, pp. 117-119.

raron malas; pero, al mismo tiempo, el hombre que ejercía esta excepcional libertad de matar también *tenía* que «tomar sangre». ⁷ Walter Scott, en su maravilloso relato «The two drovers», lo pone de relieve de una manera extraordinariamente viva. En *tercer* lugar, estos derechos raras veces aparecían especificados rígidamente en la ley, o no se especificaban en absoluto, excepto en términos de precedente y consenso, lo que, por supuesto, venía a ser lo mismo. En este sentido, por ejemplo, la concepción moderna de la igualdad ante la ley es difícil de aplicar, incluso a personas cuya categoría social es la misma. A lo sumo, en las sociedades legalistas había igualdad en el sentido de que todos estaban sujetos al mismo proceso obligatorio de la ley, de tal manera que cualquier infracción de sus formalidades y rituales, por insignificante que fuese, invalidaba una acusación o un veredicto. Más allá de esto, podemos decir *grosso modo* que lo que se juzgaba era la persona y la circunstancia a la luz de los valores de quienes hacían de jueces. Un hombre conocido en su pueblo como un perdulario tenía menos probabilidades de librarse del castigo que un ciudadano honrado y trabajador; aunque, desde luego, podía haber diferencias de opinión sobre su carácter entre la pequeña nobleza y los vecinos del hombre. Pero tanto los gobernantes oficiales como la opinión pública aplicaban la flexibilidad. Por otra parte, la historia del juicio con jurado en Gran Bretaña demuestra que los jurados estaban a menudo dispuestos a absolver, a pesar de las pruebas, cuando opinaban que estaba en juego un problema más amplio de justicia o libertad.

No quiero ahondar más en el concepto tradicionalista de cómo debía funcionar apropiadamente una sociedad, y qué tenían que hacer sus dirigentes y sus comunidades para garantizar que así fuera; ni en lo que al respecto tenía derecho a hacer el pueblo llano; ni en qué circunstancias intervenía a tal efecto. Lo único que quiero decir aquí es que los «derechos» en este sentido eran un componente poderoso de la filosofía moral y —si la expresión que sigue es la correcta— la experiencia política, de los hombres y las mujeres que surgían de su propio pasado para formar el nuevo fenómeno de los movimientos obreros. No es posible seguir generalizando sobre ellos. Algunos de estos supuestos condujeron directamente a movimientos obreros —por

7. A. Pigliaru, *Il banditismo in Sardegna: La vendetta barbaricina come ordinamento giuridico*, Milán, 1975, pp. 241-257: «La vendetta como obligación jurídica».

economía política de Adam Smith y sus sucesores. No los trataré sólo como derechos «burgueses», tanto porque ejercieron una influencia visible mucho más allá de los partidarios del liberalismo burgués —un ejemplo que hace al caso es *Los derechos del hombre*, de Tom Paine—, pero también porque muchos de los Derechos formulados en el contexto de los últimos años del siglo XVIII todavía se corresponden con lo que quiere y necesita la mayoría de las personas de las sociedades modernas.

El nuevo tipo —«Derechos del Hombre»— de los derechos humanos era novedoso y peculiar por tres motivos. En *primer* lugar, tales derechos pertenecen a individuos, concebidos como tales en abstracto y no, de la manera tradicional, como personas inseparables de su comunidad o de otro contexto social. Esto era un tanto novedoso desde el punto de vista histórico. Eran, por supuesto, los derechos de hombres que estaban integrados en «asociaciones políticas» organizadas, desde la familia o la tribu hasta las ciudades y los estados, pero, como da a entender el término mismo «asociación» (que he sacado de la Declaración de 1789), estas entidades colectivas se conciben como grupos de personas que se asocian y que pueden, por así decirlo, imaginarse fuera de dichas asociaciones. Las «asociaciones políticas» tienen el deber o se crean para proteger los derechos del individuo tanto contra ellas mismas (por ejemplo, el estado), como contra otras personas. Por consiguiente, su poder debe ser limitado en alcance y en medios, a sus agentes hay que pedirles cuentas y los derechos de los individuos deben garantizarse contra ellas. Actualmente, en las sociedades constitucionales, esta forma de abordar la cuestión la damos por sentada, pero pertenece a una visión histórica específica de las relaciones humanas.

En *segundo* lugar, y en consecuencia, estos derechos son teóricamente universales e iguales, toda vez que los individuos concebidos aisladamente sólo pueden tener derechos iguales como tales, aunque como personas sean del todo diferentes. No puede haber razón alguna por la cual los lores, como individuos abstractos, hayan de tener mayores derechos que los campesinos, los ricos que los pobres, los cristianos que los judíos (o al revés). Se les considera, por así decirlo, como personas que han comprado una entrada a precio fijo, para ver una película: no importa quiénes sean, tienen el mismo derecho a ocupar un asiento. Por ende, las Declaraciones de Derechos han sido, en teoría, universalmente aplicables. A decir verdad, su atractivo

más poderoso ha sido que a los *grupos* que reclaman mejores condiciones para sí basándose en motivos *especiales* —por ejemplo, como mujeres, negros o trabajadores— les proporcionan una justificación *universal* para actuar de este modo, lo que hace que a otras personas que aceptan tales derechos les resulte difícil oponerse a la reclamación en principio. Jefferson sabía lo que se hacía cuando propuso que los colonos exigieran la independencia, no sólo porque tuvieran determinados motivos de queja contra el rey Jorge, sino porque éste infringía los derechos inalienables de todos los hombres, para garantizar los cuales se habían instituido gobiernos. La importancia que esto tiene para los movimientos obreros es obvia.

En *tercer* lugar, y también a consecuencia de lo que hemos dicho, estos derechos eran esencialmente políticos o *político-jurídicos*: toda vez que el motivo de su proclamación era proporcionar garantías institucionales para los seres humanos y ciudadanos. En este sentido, el derecho a la libertad de palabra tiene que entrañar formas de proteger dicha libertad, como bien saben los disidentes rusos. Así pues, los derechos del tipo «Derechos del Hombre» llevaban implícitos programas políticos y acción política, en la medida en que tales derechos no estuvieran ya garantizados efectivamente por la constitución y la ley. Y, desde luego, en la práctica ésa era precisamente la razón por la que se redactaban Declaraciones de los Derechos del Hombre.

Pero *no* entrañaban un programa social y económico, porque las libertades garantizadas por esos derechos eran negativas: no había que ponerles trabas. Según la famosa frase de Anatole France, «la ley en su majestuosa igualdad da a cada hombre igual derecho a dormir bajo un puente o a comer en el Ritz». Ésta era su *cuarta* característica. Los burgueses-liberales los acogieron bien, ya que, argüían ellos, se conseguiría el máximo bienestar económico gracias a la empresa privada, sin trabas, de los individuos. El grueso de los agricultores modestos y de los pequeños productores y comerciantes no querían que les pusiera trabas ni el gobierno ni la ley, aunque se reservaban el derecho de recabar ayuda del gobierno cuando los tiempos eran malos: estaban al mismo tiempo a favor y en contra de los derechos de propiedad sin restricciones, lo cual creaba problemas intelectuales que raras veces les preocupaban pero que han preocupado a los intérpretes de Rousseau y de Tom Paine. Sin embargo, como bien sabía Adam Smith, para ciertos propósitos no bastaba una de-

parte eran personas que no gozaban de ellos y porque incluso los derechos jurídicos y las libertades civiles que en teoría eran aceptados se veían atacados en la práctica por los adversarios de la clase obrera. En Gran Bretaña nadie dudaba del derecho a la libertad de palabra, de prensa y de manifestación pública, aun cuando no había cláusula alguna en ningún documento jurídico que garantizase tales derechos. No obstante, como sabemos, el derecho efectivo a la libertad de palabra y reunión (por ejemplo, en Trafalgar Square y en los parques reales de Londres) fue necesario conseguirlo recurriendo a una serie de «luchas por la libertad de expresión» o de manifestaciones de masas y también hubo que luchar de modo parecido para tener una prensa libre popular o radical. La principal aportación a los derechos humanos que durante el siglo XIX hicieron los movimientos obreros fue demostrar la necesidad de ampliarlos considerablemente, así como que tenían que ser efectivos en la práctica además de existir sobre el papel. Fue, huelga decirlo, una aportación importante y de todo punto crucial.

Pero, a pesar de ella, varios derechos humanos en potencia seguían sin estar amparados por las dos principales familias de derechos que constituían el legado de la clase obrera del pasado. Para ser más exactos, incluso cuando tales derechos habían sido formulados en la teoría o en la práctica durante el pasado preindustrial, la situación de las sociedades burguesas, capitalistas y en vías de industrialización del siglo XIX era tan distinta de dicho pasado, que las antiguas formulaciones sencillamente ya no servían.

El primer grupo de tales derechos eran los políticos y jurídicos que representaban una pieza esencial para el funcionamiento de cualquier movimiento obrero: por ejemplo, el derecho a la huelga y a la organización colectiva. Apenas necesito recordarles que algunos de estos derechos se veían excluidos específicamente de las declaraciones liberal-radicales de los Derechos del Hombre, de los códigos jurídicos y de las constituciones, por ejemplo, en Francia, jurídicamente, entre 1791 y 1884. En este sentido, la era del liberalismo burgués clásico en realidad recortó los derechos de organización y acción corporativas que las sociedades preindustriales no sólo habían reconocido en la práctica, sino que, además, consideraban como instituciones clave en la estructuración de la sociedad. Así pues, estos derechos y otros varios resultantes de ellos tuvieron que restaurarse y redefinirse en términos de la economía del siglo XIX. La historia de

los sindicatos obreros y sus luchas en todos los países ilustra el campo principal para el desarrollo de tales derechos humanos y no es necesario aquí profundizar en sus detalles. Sin embargo, estos derechos eran y son *instrumentales*, lo que quiere decir que el derecho a la huelga o a formar un sindicato no suele ser significativo en sí mismo, sino que, en esencia, lo es por lo que las huelgas y los sindicatos pueden conseguir para los trabajadores. En este sentido, son medios en vez de ser un fin en sí mismos.

No cabe decir lo mismo del segundo grupo de derechos omitidos, cuya clásica formulación es la «inmunidad frente a la necesidad» que propugnaba Roosevelt. Como señalé al principio de este capítulo, las sociedades preindustriales reconocían que las personas tenían un derecho moral legítimo a ciertos elementos básicos de la vida. Reconocían que la comunidad social de la que los hombres y las mujeres formaban parte tenía la obligación básica de garantizar tales elementos, en la medida en que ello fuera humanamente posible, y los gobernantes o las autoridades políticas que no cumplían dicha obligación perdían una parte o toda su legitimidad. Por ejemplo, había que socorrer a los pobres o a las personas que todavía (o ya) no podían mantenerse a sí mismas: huérfanos, viudas, ancianos. En Gran Bretaña existía incluso la obligación jurídica nacional de proporcionar tal socorro desde Isabel I: la Ley de Pobres. La sociedad y sus organizaciones políticas tenían una serie de obligaciones muy claras para con sus miembros.

Ahora bien, la innovación espectacular —y, de hecho, diabólica para la mayoría de las personas— de la sociedad burguesa y su economía capitalista era que no tenía ningún lugar para estos derechos y obligaciones positivos y, de hecho, trató de abolirlos. Como decía una canción popular del siglo XIX:

Si la vida fuera una cosa que pudiese comprarse con dinero
Los ricos podrían vivir y los pobres podrían morir.

Y con frecuencia así ocurría: y a los pobres los dejaban morir, como, por ejemplo, durante la gran plaga de hambre que azotó Irlanda. Lo más importante no era que a la economía liberal le tuviese sin cuidado que la gente muriera, y mucho menos que lo deseara. Al contrario, argüía con gran fuerza que los mecanismos de la empresa que buscaba beneficios y funcionaba por medio del mercado

el lenguaje natural de la política, ya que proporciona un respaldo moral inherente a cualquier exigencia o acción. Los políticos británicos que defienden alguna decisión discutible afirman invariablemente que «hemos juzgado correcto» hacer o dejar de hacer esto o aquello. Cuando los movimientos obreros británicos exigían «un salario que permitiese vivir», o «que los salarios fueran la primera carga sobre la industria», era patente que hablaban en este lenguaje: cualquiera que fuese la decisión del mercado, la gente tenía *derecho* a lo que Isabel I llamó una «proporción conveniente de salario». El Derecho a Trabajar, el Derecho a Todo el Producto del Trabajo y palabras del mismo estilo acudían instintivamente a los labios de los agitadores sociales y socialistas del siglo XIX.

Por otro lado, los teóricos de los movimientos obreros no hablaban universalmente el lenguaje de los derechos, al menos después de los decenios primeros e intermedios del siglo. El Derecho a Trabajar movilizaba a la gente, pero no hacía lo mismo el Derecho al Socialismo, aun cuando la mayoría de los partidos políticos obreros de Europa estaban, al menos en teoría, profundamente comprometidos con esta aspiración. Son dos las razones principales de esto.

La primera y menos significativa es que la teoría socialista que es, con mucho, la más influyente, el marxismo, rechazaba de manera específica el lenguaje de los derechos humanos, por varios motivos que no tienen ninguna relación directa con el tema del presente capítulo. En la medida en que el marxismo afirmaba ser un análisis del funcionamiento de la sociedad —pasada, presente y futura— en vez de un programa, ese lenguaje, por supuesto, no tenía que ver con él, como, de hecho, tampoco tiene que ver con Ricardo y Paul Samuelson. Los «derechos» no son un concepto analítico en la ciencia, del mismo modo que no lo es la «ley», en el sentido de algo que *debería* suceder. Una «ley» científica, si nos da por utilizar este término, no supone ninguna reivindicación o derecho en absoluto. Sin embargo, Marx no era sólo indiferente a los «derechos del hombre», sino que se oponía rotundamente a ellos, toda vez que, en esencia, son individualistas, pertenecientes al «hombre egoísta ... separado de los demás hombres y de la comunidad».¹¹ En este sentido Marx

11. «Ninguno de los supuestos derechos del hombre, por consiguiente, va más allá del hombre egoísta ... esto es, un individuo separado de la comunidad, encerrado en sí mismo, absorto por completo en su propio interés y actuando de acuerdo con su capricho privado. El hombre dista mucho de estar conside-

todavía habla un lenguaje social antiguo. Esta incompatibilidad fundamental de las ideas de Marx con la teoría liberal clásica ha tenido consecuencias de gran alcance para la posición de los ciudadanos individuales en los estados que se instauraron de acuerdo con el modelo bolchevique desde 1917, aunque es un grave error deducir de esta incompatibilidad teórica una incompatibilidad permanente de los regímenes marxistas con las garantías jurídicas y constitucionales de los derechos de los ciudadanos, ya sea formalmente o en la práctica; tanto como lo sería suponer que ningún estado que se base en los derechos del hombre propugnados por el liberalismo clásico puede ser un estado policial. Los reparos a la constitución soviética de 1936 no son, como podría sugerir una lectura de críticos como Kolakowski,¹² que sus autores no entendieron que, como marxistas, no podían redactar semejante lista de derechos, sino que el estado soviético no prestó la más leve atención a ella. Con todo, la crítica justificada de las deficiencias (incluyendo las jurídicas, constitucionales y políticas) de los *estados* que afirman haberse inspirado en Marx no tiene nada que ver con el problema de las conexiones históricas entre los *movimientos obreros* (que no deben identificarse con los estados ni siquiera cuando éstos reclaman tal identificación) y los derechos humanos.

Pero la segunda razón, mucho más significativa, es que los derechos, en el sentido de aspiraciones muy diversas a una vida buena o tolerable, no constituyen un fin en sí mismos, sino que son aspiraciones amplias que sólo pueden realizarse por medio de estrategias sociales complejas y cambiantes, sobre las que no arrojan ninguna luz específica. Es posible, como entendió Jefferson, convertir «la búsqueda de la felicidad» en un «derecho natural» (podemos, desde luego, preferir pensar en ello sencillamente como una generalización psicológica, verdadera o falsa, relativa al comportamiento de los individuos), en la medida en que podemos definir ciertas situaciones que impiden dicha búsqueda y que pueden eliminarse inmediatamente. Si

rado, en los derechos del hombre, como un ser perteneciente a una especie; por el contrario, la misma vida de la especie —la sociedad— aparece como un sistema que es externo al individuo y una limitación de su independencia original». «On the Jewish question», citado en T. Bottomore, ed., *Karl Marx, Early Writings*, Londres, 1963, p. 26.

12. Por ejemplo, L. Kolakowski, «Marxism and human rights», en *Daedalus* (otoño de 1983), pp. 81-92.

y a los viejos, así como sufragar el coste de la educación popular. Sin tales políticas, estos derechos humanos son totalmente ineficaces.

Ahora bien, es inevitable que al implementar estas políticas se susciten conflictos entre los derechos del individuo y los de la sociedad. En nuestro siglo, casi todos los intentos de cambiar la sociedad o de mejorarla en beneficio de los pobres han significado una mayor intromisión pública en la libertad del individuo, una intromisión mayor de la que prevé el significado literal de la Carta de Derechos norteamericana: de ahí las contorsiones exegéticas que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos ha hecho en el presente siglo. Los Derechos clásicos (o, mejor dicho, las posibilidades de verse libres de intromisiones) no sólo han tendido a tener poca utilidad práctica para las personas que trataban de mejorar las condiciones sociales. También se han prestado fácilmente a ser utilizados con fines propagandísticos por los adversarios de dichas personas. Al derecho a trabajar por un salario decente, tal como lo ven los movimientos obreros (es decir, citando una antigua Declaración de Derechos jacobino-comunista, «la obligación [de la sociedad] de tomar medidas para el sustento de todos sus miembros»),¹³ se oponen las leyes basadas en el Derecho a Trabajar que forman parte de las legislaciones estatales norteamericanas, y que son una carta constitucional para los esquiroleros y los explotadores y niegan implícitamente cualquier aspiración a derechos sociales. Recuérdese que los conservadores británicos opinaron que la Ley de Seguridad Social de Lloyd George abría el camino que llevaba a la esclavitud estatal («el estado servil») porque obligaba a las damas a comprar cupones de la seguridad social para sus doncellas y, quizá, hasta a mojarlos personalmente con la lengua para pegarlos en las correspondientes tarjetas. La paradoja de la libertad es que se convirtió en la consigna de los que menos la necesitaban y querían negársela a los que tenían más necesidad de ella: la Liga para la Defensa de la Libertad y la Propiedad que en el decenio de 1880 se opuso al socialismo en Gran Bretaña, la Liga por la Libertad que luchó contra el *New Deal* de Roosevelt o, para el caso, el general Pinochet, que se valió de la coerción y la tortura para persuadir a los chilenos de las virtudes de la economía

13. Albert Laponneraye, «Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen», 1832, en Gian Mario Bravo, *Les socialistes avant Marx*, París, 1970, vol. I: artículo 10.

de mercado libre, tal como la entendían los discípulos del profesor Milton Friedman (y no hay motivo para pensar que no estén comprometidos sinceramente con ideales libertarios).

Esta observación no debe interpretarse como una crítica de la libertad en el sentido anticuado e individualista de las Declaraciones de los Derechos del Hombre de los revolucionarios franceses. Puede que el teórico considere que este concepto de la libertad es inadecuado, insatisfactorio y analíticamente débil, pero es un hecho empíricamente comprobable que para la mayoría de los seres humanos del siglo xx el verse libres de que las autoridades (seculares) externas les digan lo que deben y lo que no deben hacer —más allá de un mínimo variable que se acepta como legítimo en bien de la sociedad y sus miembros— es un componente crucial de lo que ellos consideran libertad. Probablemente, ningún orden político moderno que no tenga en cuenta que a las personas no les gusta que las coaccionen será considerado satisfactorio por sus miembros.

Esto es necesario decirlo, ya que la otra paradoja de la libertad es que los que quieren cambiar la sociedad con el fin de crear las condiciones para el desarrollo libre de todos los individuos, que era el sueño de Marx, han tendido a relegar los derechos del individuo frente al estado y la sociedad cuando su posición les ha permitido proceder a la reconstrucción de ésta. En casos extremos, como en la Unión Soviética bajo Stalin, los han eliminado por completo. A causa de ello, ha surgido toda una literatura polémica, sobre todo desde 1945, que trata infructuosamente de demostrar que ésta es la característica fundamental de los movimientos revolucionarios, socialistas o, a veces, de todos los movimientos obreros.

Contra esto hay que decir que, históricamente, los movimientos obreros y los movimientos asociados que pedían la reforma social y la transformación de la sociedad han sido partidarios de los Derechos del Hombre tanto en el sentido individual como en el social; y su aportación a la instauración y ampliación de estos derechos ha sido capital. Esto se debe en parte al hecho de que sus ideologías más influyentes se hallan firmemente enmarcadas en la familia de lo que en cierta ocasión Bernard Shaw denominó: los que creen en las grandes verdades sentimentales de Jefferson, la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Son hijos de la Ilustración racionalista del siglo xviii y, a diferencia de la derecha tradicionalista, del fascismo o de la mayoría de las ideologías del nacionalismo, nunca han recha-

ran intentado ni conseguido convertirse en el foco de los derechos universales e iguales y de la emancipación universal de la humanidad. Porque no todos los movimientos de los que exigen derechos tenían esta intención ni esta capacidad. Las minorías católicas del siglo XIX eran con frecuencia objeto de discriminación y, por consiguiente, se encontraban luchando contra ella, recibiendo el apoyo y a veces apoyando a los que eran hostiles a cualquiera de sus manifestaciones. Pero, a diferencia del movimiento de los pobres, la agitación católica normalmente no se convertía en el punto de reunión de los que luchaban por los derechos humanos en general.

¿Todo esto sigue siendo cierto? Probablemente sólo de forma limitada. El lenguaje de los derechos humanos todavía se habla, pero en un marco distinto del que existía en el siglo XIX y a principios del XX. En muchos países la lucha por los derechos humanos aún se considera como parte de un programa general para el progreso de la humanidad, individual y colectivamente, hacia un futuro mejor y más auténticamente humano. Pero todavía son más los países donde hoy día los derechos humanos se utilizan principalmente para defenderse contra la reaparición de una barbarie que ha estado penetrando en la sociedad humana desde la primera guerra mundial. ¿Quién iba a pensar, en tiempos de John Stuart Mill y Karl Marx, que en el decenio de 1980 uno de los principales derechos humanos por los que habría que luchar en la mayor parte del mundo sería el derecho a no ser torturado, o el de los civiles a no ser exterminados en guerras en que ellos ahora son el blanco principal? Tanto en sociedades capitalistas como en socialistas, así como en lo que se denomina «Tercer Mundo», hay gente que lucha por las sociedades humanas, buenas y justas que jamás se consiguieron, pero también por el mantenimiento o la vuelta de los derechos y libertades que, al menos en parte, se consiguieron durante los 150 años en que, en general, el mundo avanzó, aunque fuera de modo muy desigual, hacia un mayor grado de civilidad así como de prosperidad: la era de la esperanza y la creencia en el progreso. No sabemos cómo será el futuro. Pero podemos decir que una de las fuerzas principales que ayudaron a la civilidad a avanzar durante un siglo y medio, desde la Revolución americana hasta la primera guerra mundial, período éste de claro avance, fue la que encontró su expresión organizada en los movimientos obreros y socialistas del mundo occidental.

(1982)

AGRADECIMIENTOS

El capítulo 1, «Historia de la clase obrera e ideología», apareció por primera vez en *Journal of Social History*, verano de 1974.

El capítulo 2, «Notas sobre la conciencia de clase», procede de I. Meszaros, ed., *History and Class Consciousness*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1971.

El capítulo 3, «La religión y la ascensión del socialismo», procede de *Marxist Perspectives*, primavera de 1978.

El capítulo 4, «¿Cuál es el país de los trabajadores?», apareció por primera vez en *Saothar (Journal of the Irish Labour History Society)*, n.º 8 (1982).

El capítulo 6, «El hombre y la mujer: Imágenes a la izquierda», apareció por primera vez en *History Workshop Journal*, 1978.

El capítulo 7, «Zapateros políticos», fue escrito conjuntamente con Joan W. Scott y se reproduce, con permiso de la Past and Present Society, de *Past and Present: A Journal of Historical Studies*, n.º 89 (noviembre de 1980). Derechos mundiales: The Past and Present Society, Corpus Christi College, Oxford, Inglaterra.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Accati, Luisa, 134
activistas, 51, 61, 68, 72, 83, 100, 106, 108, 141, 146, 147-148, 149, 182, 188, 212, 235, 240, 259, 262, 289-290, 294; *véase también* militantes
Adams, John, 148, 184
Adler, Victor, 110
Agulhon, M., 56, 65, 104
alegoría, 99-101, 103, 106
alemana, nacionalidad, 74, 92
Alemania, 20, 60, 79, 95, 110, 116, 132, 148, 157, 165-167, 175, 180, 186-189, 202, 205, 208-209, 213, 214
algodón, industria del, 139, 199, 205, 219, 242, 243, 283
anarquismo, 19, 66, 106, 113, 309; y religión, 83; y sindicatos, 202, 210-211, 212; y zapateros, 147-148, 150, 171, 179, 181, 183
antibélico, sentimiento, 85
anticlericalismo, 63, 67, 73, 151, 179
Antigua Orden de Guardabosques, 269
Applegarth, Robert, 292
Arch, Joseph, 259
Argentina, 80, 229
aristocracia obrera: conciencia de clase de la, 266-273, 276, 287; definición de, 264-266, 280-282; elemento cultural en, 224-233; ideología de, 287-290; radicalización de, 294, 297; visión contemporánea de, 280, 284, 290-292, 295-296; y divisiones nacionales, 82; y habilidades, 243, 273, 274; y movimiento obrero, 274, 287; y sindicalismo, 282-284, 288, 294; *véase también* artesanos, trabajadores cualificados
artesana, tradición, 294; prácticas rituales de, 98; vocabulario de, 99; y artesanos cualificados, 65, 224, 270-272, 274, 277-278; y gremios, 99, 220; y zapateros, 144, 157-158, 164, 168, 177, 183
«artesano acomodado», 291
«artesano inteligente», 266
artesano-peón, dicotomía, 225, 269-270
artesanos: pérdida de status, 206-207; visión contemporánea de, 267, 291-293, 296; y enseñanza, 285; y habilidades, 65, 224, 270-272, 274, 277-278; y organizaciones, 203-205, 268; y trabajo de mercado, 253-254
arts and crafts, movimiento, 125
Askwith, G., 199, 255, 256
Asociación de Carpinteros y Ebanistas Unidos, 123, 124, 191, 206, 243, 292
Asociación de Cordobaneros Unidos, 177
Asociación de Editores de Periódicos, 190
Asociación de Empleados Ferroviarios Unidos, 197
Asociación de Mecánicos Unidos (ASE), 105, 191, 198, 203, 206, 207, 212, 243, 289

- Asociación de Mineros de Derbyshire, 96
 Asociación de Zapateros, 147
 ateísmo, 53, 57, 61, 67-68, 151, 222
 Australia, 81, 204
 Austria, 61, 84-85, 165, 189, 204
 ayuda mutua, 234-235
- Balzac, Honoré de, 119
 banderas, 41, 68, 91, 105, 107, 109, 111, 112; *véase también* estandartes sindicales
 Barbier, H. A., 119
 Barnes, George, 212
 Barnsley, 263
 Bart, sir B. Bunbury, 302
 Baviera, 92
 Baxter, Dudley, 218
 Bebel, August, 15, 136, 184; *Mujer y socialismo*, 136
 Belfast, 80, 87-88, 90
 Bélgica, 186, 214, 309; nacionalismo en, 80, 87, 89
 Bennett, Timothy, 154
 Bernstein, Eduard, 12, 18
 Besant, Annie, 140
 Bismarck, O. von, 95
 Blackstone, sir William, 303
 Blanqui, 55
 Bloch, Marc, 27
 Bloomfield, George, 161
 Bloomfield, Robert, 160; *The Farmer's Boy*, 160
 Boehme, Jakob, 60, 151, 160
 Bohemia, 85, 185
 Bolsa del Trabajo de Gante, 80
 Bonnefoi, Faustin, 149
 Booth, Bramwell, 269
 Booth, Charles, 225, 291 y n., 293
 Bowley, A. L., 269
 Bradlaugh, Charles, 151n., 182
 Brandt, Paul, 142
 Brant, John, 176
 Brasil, 80, 86, 147, 184, 193
 Bray, 184
 Breslau, 95
 Brown, John, 152, 164n.
- Bryan, William Jennings, 40
 Buozzi, 211
 burguesía, 31, 32, 216, 224, 239, 246, 305, 311; y secularización, 65; *véase también* clase dirigente
 Burke, Peter, 158
 Burns, John, 259, 262
 burocracia, 49, 212
 Burt, Thomas, 259
- Cabet, Étienne, 178
 Caillebotte, G., 127
 Caldereros Unidos, 191, 243
 campesinos, 34-36, 39, 42, 45, 59, 65, 79, 85, 100, 216
 capitalismo: agrícola, 173; industrial, 223-224; y ajuste de la clase trabajadora, 208; y clase, 33, 37, 40-41, 46, 49; y derechos, 311; *véase también* industrialización
 carbón, industria del, 199, 205, 226, 245
 Carta de Derechos de 1689, 305
 Carta de Derechos norteamericana, 317-318
 cartismo, 15, 42, 84, 139, 146, 218, 219, 223, 238, 239, 244, 262, 293, 309
 Castro, Fidel, 134
 catalana, nacionalidad, 75, 82
 Cato Street, conspiradores de, 150, 176, 177, 178
 catolicismo, 70, 76, 86, 89, 222
 Caxton, William, 66
 Ceausescu, Nicolae, 182
 Certificado de la Asociación de Mecánicos Unidos, 101
 certificados sindicales, 105
 CGT, 202, 210
 cine, 227, 230
 Citrine, sir Walter, 108
 City Livery Companies, 99
 Clapham, sir John, 241
 clase, conciencia de: concepto de, 29-36, 43, 50; de la burguesía, 32, 39, 40, 41-43, 48; de los campesinos, 32; del proletariado, 32, 41-42, 48,

- 50, 86, 234, 257; desarrollo histórico de, 37-41, 43, 50, 226, 261; iconografía de, 93, 100; lenguaje de, 99-100; y capitalismo, 33, 37, 40-41, 50; y divisiones nacionales, 80; y huelgas, 48; y la religión, 59, 63; y organización, 43-46, 48-50; y partidos políticos, 45-47, 50, 244-246, 293-294
- clase alta, 216, 217
- clase dirigente, 224
- clase media, 216, 217, 246, 247, 261
- clase media, baja, 43 y n., 224, 226, 253, 256, 264, 267-268, 298
- Clegg, H. A., 187, 243
- Clydeside, 91
- Cobb, Richard, 171
- Cobbett, William, 148, 171
- Comintern, 16
- Comisión Real sobre la Milicia y los Voluntarios, 267
- Comisión Real sobre los Sindicatos, 292
- Comité de Representación Obrera, 15, 90, 188, 262
- Comollo, Pietro, 112
- Comunidad Económica Europea, 112
- comunismo, 70, 87, 138, 297
- comunistas, 12, 19, 113, 179
- Concini, Marques, 155
- Confederación Nacional del Trabajo (CNT), 211
- Congreso de los Sindicatos (TUC), 108, 192, 198, 200, 201, 243, 265
- Congreso de Organizaciones Industriales, 21
- Connolly, James, 79, 90-91
- Convención Democrática Nacional de 1899, 15
- cooperativa de producción, 210
- Costa, 110
- Crane, Walter, 103, 125, 138, 141
- Crispin, 153
- Crispiniano, 153
- Crooks, Will, 258
- Chamberlain, Neville, 257
- Chaplin, Charles, 225
- checoslovaca, nacionalidad, 80, 84, 85, 86
- Chicago, Mártires de, 111, 112
- Child, F. J., 18
- Chipre, nacionalismo en, 78
- Churchill, Winston, 244
- Dalou, Aimé Jules, 122
- Darwin, Charles, 66
- Daumier, Honoré, 122
- David, Jacques Louis, 130
- Davitt, Michael, 79, 83
- Declaración de Derechos Humanos, 300, 305, 309, 317
- Declaración de los Derechos del Hombre y Ciudadanos, 305-307, 310, 319
- Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU, 317
- De Gaulle, Charles, 49n.
- Dekker, Thomas, 153; *Sboemaker's Holiday*, 153
- Delacroix, Eugène, 118, 120-122, 125, 126, 141
- De Leonitas británicos, 14
- democracia, política de, 308-309; como resultado electoral, 89
- De Mun, Albert, 83
- Departamento de Trabajo del Ministerio de Comercio, 243
- Derbyshire, 100, 102, 104
- derecho: definición de, 299-300, 301-305; y movimiento obrero, 300-301, 303-319
- Derecho al Socialismo, 314
- Derecho a Todo el Producto del Trabajo, 314
- Derecho a Trabajar, 314, 318
- Deschamps, Marie, 119
- Deubler, Konrad, 64
- Deutsch, K. W., 12
- Devonshire, lord, 264
- Dickens, Charles, 217; *Tiempos difíciles*, 217
- Dietzgen, Joseph, 184
- Dinamarca, 58, 186, 205, 213, 215

- Diocleciano, 153
 Disraeli, Benjamin, 217, 261; *Sibyl*, 217
 Dobb, Maurice, 223
 Dodel, F. W., 66; *Moisés o Darwin*, 66
 Dolleans, Édouard, 12
 Dublín, 87
 Dunning, Thomas, 102, 184
 Durham, 104, 109, 223

 «economía moral», 302
 educación, 85, 152, 225, 232, 235-236, 254-255, 262, 308
 Ejército de los Ciudadanos, 91
 Ejército de Salvación, 269
 elecciones municipales, 20, 76
 élites, 63, 65, 114, 221, 265
 emigración, 79
 Engels, Friedrich, 13, 33, 110, 221, 265
 entierros civiles, 53-55, 56, 63
 Escandinavia, 213, 214
 Escocia, 209, 223, 233, 242
 España, 53, 58-59, 67, 75, 79, 213
 Espartaco, 64
 especialización laboral, 80
 esquirols, 23
 Estados Unidos, 12, 17, 21, 22, 38, 79, 80, 81, 82, 175, 202, 207, 230, 249, 285, 317-318
 estandartes de los sindicatos, 93, 97, 100, 103, 104, 106, 111-112, 114, 129, 130, 178; *véase también* banderas
 Estatuto de Artificieros, 302, 303
 Exposición Internacional de 1937 en París, 126

 familia, 123, 131, 133, 135, 139-140, 232
 Faure, Sebastián, 61
 Federación de Armadores, 190
 Federación de Metalistas de Italia, 205
 Federación de Mineros de Gran Bre-
 taña, 197, 245, 262
 Federación de Mineros del Sur de Gales, 76
 Federación de Patronos de la Industria Mecánica, 190
 Federación de Trabajadores de la Región Argentina (1890), 146
 Federación Italiana de Trabajadores del Metal, 211
 Federación Nacional de Mineros, 245
 Federación Socialdemócrata, 20
 federalismo, 202
 Felipe, Luis, 149
 Fenwick, 262
 Ferry, Jules, 66
 Feuerbach, Ludwig von, 65
 Finlandia, 186
 FIOM, 208
 flamenca, nacionalidad, 75, 80
 Flandes, 88
 Flaubert, Gustave, 120; *La educación sentimental*, 120
 Fogel, R. W., 20
 Ford, Madox, 127
 Fox, Alan, 187, 243
 Fox, George, 151
 France, Anatole, 307
 Francia, 22, 38, 53, 60, 67, 79, 84, 88, 107, 113, 146, 153, 155, 180, 188, 202, 207-208, 213, 215, 216, 296-297
 Friedman, Milton, 319
 Fundidores de Hierros Unidos, 191
 Fusillade de Fourmies, 111
 fútbol, 227-228, 230, 233, 247, 249, 252, 255, 259

 Gales, 75-76, 134, 222, 242; Sur de, 78, 98, 213, 223, 260
 Galileo, 64
 Gaskell, Elizabeth, 217; *Mary Barton*, 217; *North and South*, 217
 Gast, John, 305
 Gifford, William, 160
 Ginzburg, Carlo, 64
 Goethe, J. W. von, 140
 Goldwater, Barry, 40

- Gombrich, Ernst, 24
 Gorki, Maxim, 126, 153
 Gramsci, Antonio, 143
 Grave, Jean, 152, 181
 Gray, Robert, 268
 Gray, Thomas, 154
 Griffuelhes, Victor, 181, 184
 guerra civil española, 19
 Guerra Fría, 12
 Gutenberg, Johann, 66
- Habsburgo, imperio, 85
 Halifax, lord, 154
 Hampshire, 148
 Hardie, Keir, 245, 256
 Hardy, Thomas (activista), 184
 Hardy, Thomas (novelista), 216
 Harrison, J. F. C., 22, 139; *Robert Owen and the Owenites*, 22
 Haupt, Georges, 19, 210
 Hawker, James, 177
 Hears of Oak Friendly Society, 279
 Heine, Heinrich, 120
 Hewes, George, 150
 hilanderos de algodón, 270, 275-276, 281, 283, 288, 294
 Hilanderos de Algodón Unidos, 191, 243
 Hitler, Adolph, 95, 112
 Hobsbawm, Eric J., 148
 Hoggart, Richard, 232, 238, 261-262
 Holcroft, Thomas, 152
 Hone, 172
 Howell, George, 262
 Hude, Robert, 153-154
 huelga, 13, 23, 25, 84, 85, 111, 134, 135, 146, 147, 173, 190, 192-194, 198, 202, 213, 220, 243, 308, 310-311; francesa de 1936, 19; francesa de 1871-1890, 107; generales, 189, 198, 201, 218, 234, 309; portuarias de 1889, 185, 190, 193; salarial, 197
 Hungría, 85
 Hunt, 257
- imperialismo, 227-229
 India, nacionalismo en, 75, 80
 india, nacionalidad, 75
 industrial, sindicalismo, 201, 203-208
 Industrial Workers of the World, 79
 industrialización: concentración de la, 221-224, 242; y divisiones nacionales, 78-79, 81; y la división sexual del trabajo, 131, 132-137, 224; y radicalismo de zapateros, 169, 173, 176-177, 178-179, 183-184; y sindicalismo, 194-195, 197, 203-204, 213-214; y trabajo aristocrático, 224, 243, 270-274
 industrias de armamentos, 85; sindicalismo en, 207
 ingenieros, federación de, 243
 Inglaterra, 85, 145, 146, 148, 153, 155, 159, 165, 187, 209, 221, 233, 242, 302, 312
 inmigración rural, 69
 inmigrantes, grupos, 75, 78-80
 Instituto de Mecánicos de Manchester, 221
 Internacional, 110-111
Internacional, himno de la, 113, 137
 IRA, 91
 Irlanda, divisiones nacionales en, 76-77, 79, 86-90, 92, 222, 311
 Isabel I, 311, 314
 Israel, 83
 Italia, 58 y n., 67, 109, 111, 202, 207-208, 213, 214
- Jefferson, Thomas, 307, 315
 Johnson, Lyndon B., 49n.
 Jorge III, 307
 Joyce, Patrick, 293
 Juana de Arco, 140-141
- Kautsky, Karl, 65, 67
 Kent, 148
 Klingender, F. D., 93, 130; *Art and the Industrial Revolution*, 93
 Kolakowski, Leszek, 315
 Kollwitz, Kaethe, 126

- Lapointe, Sylvain, 149
 Larkin, James, 79, 90
 Lascelles, lord, 263
 Lassalle, Ferdinand, 95, 106, 115
 Lavin, Jack, 107
 Lawrence, D. H., 218, 255
 Leeson, R. A., 99, 105
 lenguaje alegórico y simbólico, 105,
 111, 114, 130, 141
 Lenin, V. I., 44, 86, 198, 266, 295n.
 Leno, J. B., 175
 Lévi-Strauss, Claude, 24
 Ley Común, 303
 Ley de Caza, 303
 Ley de la Vivienda, 269
 Ley de Pobres, 225, 280, 282, 302,
 311, 312
 Ley de Seguridad Social, 318
 Ley de Seguros Nacionales, 200
L'Humanité, 109
 liberalismo económico, 124
 libertad, idea de la, 118-119, 307, 318
 líderes, 13, 17, 42, 45, 55, 61, 73, 90,
 95, 110, 178, 186-187, 218, 223, 224,
 260
 Liga Comunista, 51, 148
 Liga contra la Ley de Granos, 42
 Liga Democrática Nacional, 262
 Liga para la Defensa de la Libertad y
 la Propiedad, 318
 Liga por la Libertad, 318
 Lincoln, Abraham, 40
 Liverpool Trades Council, 293
 Lodge de Sherborne, 153-154
 London Country Council, 249
 Londres, 98, 146, 153, 193, 253-254,
 283
 Lovell, John, 193
 lucha de clases, 51; e historiografía,
 14, 22
 Lukács, György, 29, 30-32; *Historia y
 conciencia de clase*, 29
 Luxemburg, Rosa, 139
 Lynd, Staughton, 20
- Mabon, 257
 Macdonald, Ramsay, 259
 Madison, James, 317
maillotins, 155
 Mann, Tom, 79, 195, 262
 Marx, Eleanor, 139
 Marx, Karl, 14, 29-30, 32, 33, 43n., 51,
 62, 67, 72, 95, 148, 210, 265, 314-
 315, 319, 321; *El Capital*, 29; *El
 18 Brumario de Luis Bonaparte*, 30;
Manifiesto Comunista, 30
 marxismo, 18-19, 29, 66, 68, 117, 235,
 265; teoría del trabajo aristocrático,
 295; y derechos, 308, 309, 314-315;
 y sindicatos, 188, 210, 212
 masculinas, imágenes, 124-131, 136-
 137, 141-142
 masonería, 100, 113
 matrimonios, 53, 56, 63, 139, 230, 231,
 284
 Mavor, John, 194
 Mawdsley, James, 277
 Mayer, Gustav, 11, 12, 15
 Mayhew, Henry, 157, 268, 283
 McKibbin, Rose, 255-256
 mecanización, 207, 269, 271
 Mehring, Franz, 12, 15
 Meocchio, 63
 Mersey Quay and Railway Carters, 105
 metal, industrias del, 206-207, 208,
 226
 Metodismo Primitivo, 100, 222
 Metternich, Prince, 61
 Meunier, Constantín, 123, 126, 128,
 142
 México, 52
 migración, 39, 78
 militancia, 68, 77n., 113, 147, 260
 militantes: e ideología, 54, 60, 67, 100;
 e historiografía ortodoxa, 18; y cla-
 se obrera, 142, 145, 173, 222, 235-
 236, 259, 308; y rituales, 106, 116;
 y sindicatos, 211; véase también
 activistas; sindicatos, líderes de
 Mill, John Stuart, 321
 Millet, J. F., 122; *La Libertad en las
 barricadas*, 122
 mineros, 23-24, 80, 124, 127, 173, 220,
- Lloyd George, David, 184, 318

- 221, 226, 241, 244-245, 252, 258, 260, 270-271, 280, 283; sindicalización de, 197, 204, 208-209; y militancia, 142, 263; y nacionalidad, 75; y religión, 58, 222; y ritual, 98, 100, 104, 109-110
- Mineros de Durham, 191
- Mineros de Northumberland, 191
- Modona, G. Neppi, 22; *Sciopero, potere politico e magistratura* 1870-1922, 22
- Moore, Barrington, 301
- Mora, Francisco, 182, 184
- Morris, William, 13, 103, 125
- Motines de Rebeca en Gales, 134
- movimiento obrero: cambio de miembros, 107-108; organización, 93, 260; raíces del, 52; y ateísmo, 53, 55, 61, 67, 69; y clase obrera, 12-15, 17, 27, 238-263; y conciencia de clase, 32, 39; y derechos, 308-321; y división sexual del trabajo, 132-137; y divisiones nacionales, 74-84, 87-88; y el trabajo aristocrático, 274, 287; y política, 89-90, 210-211, 234; véase también aristocracia obrera; socialismo; sindicatos; trabajadora, clase
- mujeres: imágenes de, 117-126, 132-141; trabajo de las, 231-232
- Mukhina, V. I., 126
- Müller, Christian, 100
- Murphy, J. T., 18
- Mussolini, Benito, 64
- nacionalidad de los obreros, 74-91, 243; separatismo, 82, 91-92
- nacionalismo lingüístico, 80, 82, 86, 88-89
- Napoleón, 75, 120, 130, 219
- Nápoles, 52
- nazis, 39, 112
- Nestroy, Johann, 159
- Nettl, Peter, 22; *Rosa Luxemburg*, 22
- Nettlau, Max, 18
- Northampton, 148-149
- Noruega, 58, 79, 189, 204, 213-215
- Obelkevich, J., 55
- obrero portuario, 142
- oficiales artesanos, 12, 37, 98, 102, 151, 159, 161, 165-167, 174, 176, 177-178, 179; y el trabajo aristocrático, 271-272
- oficinistas, 267, 268, 298
- Operarios de Albañilería, 191, 243
- Operarios del Calzado, 191
- orangistas, 89-90
- Owen, 240
- owenismo, 139, 218, 240
- Paine, Thomas, 61, 184, 306, 307, 317; *Los derechos del hombre*, 306, 317
- Países Bajos, 57, 58, 88, 189, 214
- paro, 230, 293
- Parti Ouvrier Français, 180
- Partido Comunista, 20, 260
- Partido Comunista alemán, 180
- Partido Comunista austríaco, 182
- Partido Comunista chino, 46n.
- Partido Comunista de la Unión Soviética, 46n.
- Partido Comunista francés, 16
- Partido Comunista norteamericano, 20-21
- Partido Conservador, 44, 233
- Partido Demócrata norteamericano, 82
- Partido Laborista, 76, 108, 183, 186, 223, 227, 233-234, 235-236, 239, 258, 260-261, 293, 294, 295n.
- Partido Laborista belga, 80
- Partido Laborista Independiente, 15, 20, 139, 212, 244, 260, 262, 297
- Partido Laborista nacional, 190
- Partido Liberal, 233, 259
- Partido Socialdemócrata, 84, 210
- Partido Socialdemócrata alemán, 14-15, 68, 76, 95, 106
- Partido Socialdemócrata de Viena, 80
- Partido Socialista austríaco, 57-58, 182
- Partido Socialista español, 182
- Partido Socialista polaco, 83
- pauperismo, 302
- Peel, sir Robert, 154

- peones, 270-271, 274, 277, 281, 285, 287, 290, 296
 periódicos, 227, 256
 Perrot, Michelle, 108
 Petición de Derechos británica de 1628, 305
 Picasso, Pablo, 141
 Pilsudski, Josef, 83
 Pinochet, Augusto, 318
 Plaid Cymru, 78
 Plauto, 161
 pobreza, 133, 149, 156, 268, 272, 285-286, 290, 313, 316; laboral, 164, 168
 polacos, 79, 86
 Polonia, 76, 83, 86, 182, 193
 Poncy, Charles, 175
 Pottier, Eugène, 137
 Pouget, Émile, 150; *Le Père Peinard*, 150
 Poulot, Denis, 296-297
 Pounds, John, 160
 precapitalistas, sociedades, 37-41
 preindustrial, sociedad, 271-272, 310
 Primera Internacional, 298
 Primero de Mayo, 103, 107, 108-112, 114, 125, 138
 proletariado, 30, 31, 32, 37, 47, 74, 133, 134, 139, 221, 234, 249, 287; fabril, 223; rural, 57
 protoindustria, 131
 Proudhon, P. J., 53-54, 184, 320

 radio, 231
 Ragionieri, Ernesto, 62, 64
 Ramazzini, Bernardino, 161
 Real Comisión de Sindicatos y Asociaciones de Patronos, 191
 Reims, Gonzalle de, 149
 Reino Unido, 87, 89
 religión, 91, 222, 257; e ideología, 51-73, 94
 revolución alemana de 1848, 145, 148; de 1918-1919, 19-20
 revolución americana, 100, 179, 183, 305, 309, 321
 revolución campesina, 39
 Revolución de Octubre, 114
 Revolución francesa, 79, 297, 305, 320
 Revolución industrial, 151, 178, 220
 Revolución Rusa, 85
 Richardson, W. P., 244-245
 Roberts, Robert, 254, 277, 290
 Rodinson, Maxime, 52
 Roll, Alfred, 127
 Roosevelt, F. D., 300, 311, 318
 Rops, Félicien, 120, 122
 Rosebery, Earl de, 244
 Rostow, Eugene V. Debs, 64
 Rostow, Walt Whitman, 64
 Rougerie, Jacques, 145, 147
 Rousseau, J. J., 307
 Rowntree, B. S., 268, 286, 291
 Rudé, George, 148, 302
 Ruhr, 76, 79, 80
 Rumania, 172, 182
 Rusia, 128-129, 153, 305
 Rust, Henry, 245

 Sachs, Hans, 156
 salarios, 25, 84, 101, 132-133, 135-136, 176, 190, 226, 231, 234-235, 256, 257, 263, 264, 270, 272, 274-276, 279, 281, 283, 293, 308, 312
 salud de la clase trabajadora, 232
 Samuelson, Paul, 314
 Sander, Friedrich, 152
 Sastres Unidos, 191, 243
 Scott, Walter, 304
 Schulze-Gaevernitz, G. von, 282
 secularización, 51-69, 73
 Segunda Internacional, 19, 58, 84, 128, 139
 Segundo Proyecto de Ley de Reforma, 265
 seguros mutuos, 224
 Shakespeare, William: *Julio César*, 153
 Shanin, Theodore, 36
 Shaw, George Bernard, 319
 Shorter, E., 213
 siderurgia, industria de la, 124
 sindicato: agrícola, 200; estructura de los, 210-212; industrial, 191-200, 203-208, 214-215, 261; líderes, 110, 187, 188, 207; movimiento sindi-

- cal, 89, 196-197; nuevo sindicalismo, 185-215; organización de los, 102, 185, 188-190, 197; y conciencia de clase, 17, 24, 44, 48; y la aristocracia obrera, 282-284, 288, 292, 296; y la división sexual del trabajo, 123, 134, 135; y los derechos, 308, 309, 311; y los zapateros, 147, 176-177; y movimiento obrero, 220, 223-224, 227, 235, 239, 246, 252; y nacionalismo, 76, 83-84, 86, 90; y partidos políticos, 186-187, 210-211; y rituales, 97, 98, 101, 105, 106, 109, 147
- Sindicato de Fundidores de Hierro, 128
- Sindicato de la Electricidad, 191, 194
- Sindicato de Obreros Portuarios, 130
- Sindicato de Trabajadores, 124, 198, 209
- Sindicato de Trabajadores Generales, 204
- Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte, 191, 206, 208
- Sindicato General de Trabajadores Ferroviarios, 197
- Sindicato Nacional de Empleados Públicos, 191
- Sindicato Nacional de Ferroviarios, 191
- Sindicato Nacional de Maestros, 191
- Sindicato Nacional de Mineros de Derbyshire, 96
- Sindicato Nacional de Operarios del Calzado, 177
- Sindicato Nacional de Remachadores y Acabadores de Zapatos y Botas, 177
- Sindicato Nacional de Trabajadores Generales, 124
- Sindicato Nacional de Trabajadores Portuarios, 76
- Sindicatos Libres, 208
- Smiles, Samuel, 152, 286
- Smillie, Bob, 262
- Smith, Adam, 306, 307
- Smith, Herbert, 262-263
- socialismo: líderes, 110, 186; renacimiento del, 15, 240, 246; «utópico», 139-140; y conciencia de clase, 13, 46-48, 86; y derechos, 308; y división sexual del trabajo, 136; y los zapateros, 179; y movimiento obrero, 218, 223, 235, 240, 258, 260; y nacionalismo, 80; y partidos políticos, 187-188; y religión, 51-73; y rituales, 94, 103-105, 114, 116; y simbolismo, 123-124, 125-126, 139; y sindicalismo, 210, 213
- Socialist League, 13-14
- sociedad de consumo, 140, 227
- Sociedad Fabiana, 139
- Sociedad Mutua de Albañiles, 124
- sociedades cooperativas, 219, 224, 268
- sociedades de ayuda, 224
- sociedades mutuas, 101, 104, 161n., 200, 220, 264, 268, 282, 286
- Southcott, Joanna, 140
- Spriano, P., 16; *Storia del Partito Comunista Italiano*, 16
- Stalin, Joseph, 319
- Stendhal, M., 130
- subproletariado, 225
- Sudáfrica, 81
- Suecia, 189, 205, 214, 309
- sufragio, 133, 244; masculino, 106; universal, 88
- Suiza, 95, 146, 189
- Tampucci, Hippolite, 149
- Taylor, A. J. P., 234
- tejedores, 58, 146, 158, 220
- telar mecánico, 219
- Tercer Mundo, obreros del, 12, 87, 321
- Tercera Internacional, 142
- Terkel, Studs, 18; *Hard Times*, 18
- textil, industria, 220-221
- Thernström, Stephan, 25
- Thompson, A. F., 187, 243
- Thompson, E. P., 12, 25-26, 133, 155, 219, 238-240, 302; *La formación histórica de la clase obrera*, 12, 219
- Tillett, Ben, 183
- Tilly, C., 213
- trabajadora, clase: conciencia de, 17,

- 32, 36, 43; estratificación de la, 266, 269-270; formación de la, 238-263; historia de la, 11-28; nacionalidades de la, 74, 76, 79-81, 89, 114; y la cultura, 216-237; y la religión, 58; *véase también* aristocracia obrera, proletariado
- trabajadores, 12, 33, 128, 146, 157-158, 198, 210, 213, 222; cualificados, 89, 94, 98, 128, 142, 179, 180, 203-205, 207-208, 220, 242-243, 254-255, 257, 269, 271, 275-278; pobres, 49
- trabajadores de fábrica, sindicalización de, 208, 214
- Trabajadores de la Industria Mecánica, 191
- Trabajadores de las Minas, 191
- Trabajadores del Comercio, la Distribución y Afines, 191
- Trabajadores del Gas, 212
- Trabajadores Generales y Municipales, 191
- trabajo: división del, 166, 174; división sexual del, 131, 132-137, 224; doméstico, 131
- Tranmael, 79
- transporte: industrias del, 199; trabajadores del, 102, 183, 209, 214, 241
- Trempé, Rolande, 26
- Triple Alianza del Carbón, el Transporte y los Ferrocarriles, 243
- Turner, Ian, 146n.
- Tutill, George, 106
- Ulster, 77, 81, 82, 87-89, 91, 92, 257
- Unión Soviética, 47, 319
- Unità*, 109
- vacaciones de la clase trabajadora, 227, 236, 249-251
- valones, 80, 88
- Vallès, Jules, 245
- Vandervelde, Emile, 110
- Van Gogh, Vincent, 127
- venta a plazos, 248, 285
- Verzi, 211
- Viena, 53, 80, 85, 96, 152, 173
- Vincent, John, 294
- viviendas, 230, 249, 253-254, 284
- votaciones, 261, 289; *véase también* sufragio
- Vovelle, M., 56
- Webb, Beatrice, 11, 12, 94, 135, 139, 209, 261, 266, 278
- Webb, Sidney, 11, 12, 94, 135, 209, 266, 278, 291
- Weitling, Wilhelm, 51, 169, 184
- Wesley, John, 72
- West, T. A., 125; *Light and Life*, 125
- Weydemeyer, Joseph, 148
- Williams, J. E., 196
- Winckelmann, J., 130
- Winks, W. E., 152
- Winkworth, William, 148
- Wolf, Eric, 39
- Woods, Sam, 262
- Wright, Thomas, 84, 218, 296; *Habits and Customs of the Working*, 218; *The Great Unwashed*, 218
- Wroclaw, 95
- Yonne, 149
- Yorkshire, 100, 102, 104, 155
- zapateros: artesanos, 144, 157-158, 164, 168, 177, 185; radicalización de los, 147-148, 150, 171, 179, 181-183; y sindicalismo, 147, 176-177; y socialismo, 179
- Zeldin, Theodore, 145

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
1. Historia de la clase obrera e ideología	11
2. Notas sobre la conciencia de clase	29
3. La religión y la ascensión del socialismo	51
4. ¿Cuál es el país de los trabajadores?	74
5. La transformación de los rituales obreros	93
6. El hombre y la mujer: imágenes a la izquierda	117
7. Zapateros políticos (en colaboración con Joan W. Scott)	144
8. El «nuevo sindicalismo» en perspectiva	185
9. La formación de la cultura obrera británica	216
10. La formación de la clase obrera, 1870-1914	238
11. Reconsideración de la aristocracia obrera	264
12. La clase obrera y los derechos humanos	299
Agradecimientos	322
Índice alfabético	323